ROSIE PROMISE



GUÍA RÁPIDA *para no enamorarte* DE UN PADRE SOLTERO

COMPROMISOS IMPERFECTOS, 3

Índice

Guía rápida para no enamorarte de un padre soltero
Sinopsis
Créditos legales
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Epílogo

Nota de la autora
No te pierdas nada
Esto es para ti
Encuéntrame aquí

Guía rápida para no enamorarte de un padre soltero

Compromisos imperfectos, 3

ROSIE PROMISE

Sinopsis

Guía rápida para no enamorarte de un padre soltero

Comedia romántica con un gruñón irresistible, una niñera caótica y una familia inesperada

«Todo empezó con una niña de tres años, un dragón imaginario y un padre gruñón que estaba convencido de que yo iba a arruinar su vida… Puede que tuviera razón».

Harry Montgomery tiene tres reglas muy claras:

1. Mantener su vida bajo control.
2. Proteger a su hija.
3. No depender de nadie.

Durante tres años lo ha conseguido hasta que aparece **Sylvia Green**.

Sylvia solo iba a quedarse unos días mientras Harry encontraba una niñera de verdad. Pero **Hazel**, la hija de tres años de Harry, ya ha tomado una decisión muy seria: **Sylvia se queda.** Y cuando una niña que cree en dragones decide algo, discutir es completamente inútil.

Entre desayunos que terminan cubiertos de harina, cuentos improvisados sobre dragones y un padre gruñón desesperado por mantener el orden en su casa, Sylvia empieza a descubrir que **la vida perfectamente organizada de Harry Montgomery no es tan perfecta** como él quiere aparentar.

El verdadero problema para Harry no es que Sylvia altere su rutina, ni siquiera que su hija la adore. El verdadero problema es que, poco a poco, **empieza a sentirse peligrosamente bien cuando Sylvia está cerca.**

Pero **Harry Montgomery ya ha aprendido una lección muy dolorosa**: cuando te acostumbras a una familia… perderla puede romperte por completo y Harry no piensa volver a pasar por eso.

Guía rápida para no enamorarte de un padre soltero es una **comedia romántica divertida, tierna y adictiva** sobre un **gruñón irresistible**, una **niñera** caótica y una **niña de tres años** que está convencida de que **el amor es mucho más sencillo de lo que los adultos creen.**

Esta es la tercera entrega de la **serie *Compromisos imperfectos*,** una serie de **historias auto conclusivas**, perfectas para **disfrutar y enamorarte**.

¿Qué vas a encontrar en esta historia?

- **Gruñón irresistible**
  - **Padre soltero**
  - **Grumpy x sunshine**
- **Niñera caótica**
  - **Niña adorable que cree en dragones**
- **Convivencia forzada**
- **Familia encontrada**
- **Romance tierno y divertido**
- **Final feliz**

© Rosie Promise, 2026

Impreso por Amazon.
Todos los derechos reservados.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Los personajes y actos que aparecen en este libro son totalmente ficticios y fruto de la imaginación de la autora. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia y no hay ninguna intención por parte de la autora.

Capítulo 1
Harry

El salón de Mason y Nora parece un campo de batalla. Hay globos medio desinflados flotando cerca del techo, un dinosaurio de plástico ha terminado dentro de un bol de patatas fritas, una corona de princesa está pisoteada junto al sofá y lo que queda de la tarta color rosa está llena de sospechosas huellas de dedos pequeños. Por si eso era poco, de fondo suena en bucle una canción infantil desde hace más de diez minutos y un montón de niños corren de un lado a otro bajo la agotada mirada de sus padres.

Hazel aprieta mi mano con sus pequeños dedos mientras avanzamos hacia la puerta sorteando juguetes tirados por el suelo. Mi hjia lleva una capa roja que no recuerdo haberle puesto antes de llegar a la fiesta y Draggy, su inseparable dragón de peluche, bajo el brazo. El dragón perdió un ojo de botón hace meses, aunque a Hazel le da igual. Ella insiste en que sigue viendo perfectamente.

—Papá, Draggy dice que está cansado.

—Draggy debería irse a dormir.

—Dice que vale.

No sé si eso significa que ella también lo está, porque Hazel tiene una energía envidiable, a pesar de que lleva corriendo y riendo de un lado para otro toda la tarde.

Rachel aparece desde la cocina con un plato en la mano y gesto cansado, pero alegre.

—Gracias por venir —nos dice a mi hija a mí.

—Gracias por invitarnos —le respondo con una sonrisa.

—Hazel ha sido la única niña que no ha intentado lamer la mesa —me confiesa con una sonrisa.

—Tiene estándares —le respondo con convicción.

Rachel ríe y tras ella veo a Lucke, que está intentando convencer a tres niños de que dejen de usar un globo como balón de fútbol. Hazel se suelta de mi mano para ir a ver a Mia, la hija de

Rachel y Lucke, que duerme plácidamente en su carrito, ajena al ruido que la rodea. Aprovecho para mirar a nuestro alrededor y me doy cuenta de lo distinta que es esta casa a la mía. Aquí todo está vivo, desordenado y ruidoso. Hay folletos de publicidad en la nevera aguantados con imanes de todos los colores, zapatillas tiradas cerca de la escalera y una torre de libros sobre una estantería, que están a punto de caerse. Nada parece estar exactamente donde debería estar. En mi casa, en cambio, cada cosa tiene su lugar. Tenemos un horario escrito en la nevera, que nos permite que cada día sigamos el mismo orden. Sin duda, esa estricta agenda mantiene nuestro mundo bajo control. Suelto un suspiro.

—Harry —escucho que alguien me llama y levanto la cabeza.

Sylvia está apoyada en el marco de la puerta que da al jardín. Lleva vaqueros, unas zapatillas viejas y una sudadera demasiado grande, que parece haber robado de algún hermano mayor. El pelo lo lleva recogido en una coleta, que se mueve cuando inclina la cabeza. Tiene una sonrisa que parece saber algo que yo todavía no sé y es entonces cuando veo que Hazel corre hacia ella con las prisas propias de alguien que acaba de recordar algo importante.

—¡Sylvia!

La niña se lanza contra sus piernas y ella se agacha inmediatamente para abrazarla. Ese gesto me sorprende, porque lo hace con naturalidad, sin esa incomodidad que muchas personas muestran cuando un niño invade su espacio personal.

—Eh, pequeña dragona.

Hazel levanta su peluche.

—Se llama Draggy —le cuenta mi hija.

—Me encanta su nombre.

—Hoy ha volado mucho y está cansado.

Las dos hablan con absoluta seriedad sobre dragones imaginarios en mitad de un salón lleno de globos y nadie parece encontrarlo extraño. Observo la escena unos segundos y Sylvia al alzar la mirada, me sorprende espiándolas.

—¿Has sobrevivido a la fiesta? —me pregunta sonriente.

—Más o menos —resoplo.

—Pues esta la versión suave. Deberías ver cuando hay piñata.

—Lo tendré en cuenta.

—Los dragones dicen que quieren verte pronto —dice Hazel a Sylvia.

La frase le sale con esa lógica infantil que no admite discusión y yo pienso que es una de esas cosas absurdas que dicen los niños cuando están demasiado cansados. A pesar de eso, Sylvia no se ríe y se agacha un poco más hasta quedar a la altura exacta de mi hija.

—Los dragones nunca se equivocan —le responde la chica con convicción.

Hazel asiente con un gesto de solemnidad absoluta y mira a Draggy, como si el muñeco debiera aprobar lo que acaban de escuchar. Durante un segundo olvido moverme, mientras Sylvia se levanta y se sacude un poco las rodillas de los vaqueros y sus ojos verdes se cruzan con los míos.

—Buenas noches, Harry.

—Buenas noches.

Hazel vuelve a agarrar mi mano.

—Papá, Draggy quiere ir a casa.

—Draggy tiene buen criterio.

Cuando salimos a la calle, el aire es frío y tranquilo en comparación con el ambiente caótico de la fiesta. Las casas del barrio están iluminadas con luces detrás de las ventanas. Hazel bosteza y el dragón casi se le cae de las manos.

—Vamos al coche, cariño.

—Vale.

La ayudo a subir al asiento trasero y ajusto el cinturón de su sillita.

—Papá.

—¿Sí?

—Sylvia entiende a los dragones.

—Eso parece —le respondo y le doy un beso en la frente.

Cuando arranco el motor, ya está medio dormida. Las calles del barrio a esta hora tienen la calma propia de las noches entre semana. Todo parece en orden desde fuera: semáforos que cambian de rojo a verde para nadie, alguna farola parpadeando con el cansancio de un funcionario al final de su turno, mientras las calles

están vacías. Conduzco despacio para no despertar a Hazel y miro a menudo por el retrovisor. Va dormida con la cabeza ladeada y Draggy apretado contra el pecho. Hace unas horas corría detrás de globos de colores con la capa ondeando por el salón de Mason y Nora. Ahora parece tan pequeña, que algo se me aprieta en el centro del pecho y lanzo un suspiro.

«Necesito una niñera».

Esas tres palabras llevan varios días dándome vueltas dentro de la cabeza. Antes tenía a la señora Morrison y eso, dentro de lo razonable, funcionaba. Era puntual, tranquila, sabía preparar sopa sin convertir la cocina en la zona cero de una catástrofe y tenía la capacidad casi milagrosa de conseguir que Hazel se pusiera los zapatos sin necesidad de negociar durante veinte minutos. Luego se cayó por la escalera de su edificio, se fracturó la cadera y todo mi sistema se fue al infierno.

Aprieto un poco más el volante. Mañana tengo una reunión a primera hora con el equipo del proyecto de Brooklyn, otra a las once con un cliente que cree que los plazos de obra son solo una opinión que puede cambiarse según su capricho y una revisión de planos que tendría que haber cerrado ya esta tarde. El despacho de ingeniería lleva semanas funcionando a base de que yo me dedique a apagar incendios y gente fingiendo que no huele a humo. Puedo gestionar cálculos estructurales, contratistas incompetentes y presupuestos que no cuadran ni con la ayuda de cualquier divinidad celestial y de tres hojas de Excel. Lo que no consigo gestionar es quién recoge a mi hija de la guardería dentro de dos días y eso me descoloca por completo.

Hazel se mueve en la sillita, murmura algo que no entiendo, por lo que reduzco un poco la velocidad del coche para que no se despierte.

La lista de posibles canguros es deprimente. Una vecina que a veces me había echado una mano, ahora trabaja dde noches, por lo que esa solución de emergencia ha desaparecido. Rachel tiene ya bastante con su casa convertida en un circo permanente. Mason ayudaría si se lo pidiera, pero vive en una dimensión en la que el concepto horario parece orientativo y yo necesito a alguien que sepa

llegar a tiempo y recordar que un puñado de galletas no sustituyen una cena. Podría buscar una agencia, pedir recomendaciones y seguir fingiendo que todavía tengo margen para resolverlo con lógica y planificación… También podría admitir que estoy más cerca de un ataque de pánico de lo que me gusta reconocer. Paro en un semáforo y suelto aire poco a poco en un intento de calmarme, pero no lo consigo.

El coche huele a colonia infantil y a las patatas fritas que alguien, seguramente Hazel, ha debido esconder bajo el asiento en algún momento de la semana. Mientras espero que se ponga en verde recuerdo a Sylvia agachada frente a ella, respondiendo a lo de los dragones con la misma seriedad que si estuvieran negociando un tratado de paz internacional. No entiendo qué hacer con esa imagen. Es la hermana pequeña de Mason. Tiene veintitrés años, es decir, que es demasiado joven. Aunque también debo tener en cuenta que ha trabajado en guarderías, ha hecho de canguro y por lo que se ve tiene una relación bastante particular con la realidad cuando intervienen criaturas de menos de un metro y dragones imaginarios. La verdad es que no parece el tipo de persona que yo elegiría después de hacer una lista racional de requisitos, porque lleva sudaderas enormes y dice lo primero que piensa... Desde luego, no parece la persona que dejaría a cargo de mi hija.

El semáforo cambia y sigo avanzando. Entonces recuerdo a Hazel esta tarde, tirada en la alfombra del salón de Mason, riéndose con la cabeza hacia atrás mientras Sylvia le colocaba una servilleta en el pelo a modo de corona de dragón. No es la media sonrisa que a veces me dedica cuando cree que estoy demasiado cansado para jugar, sino que era una sonrisa de verdad y que hacía tiempo que no veía en la cara de mi hija.

Hazel no es una niña huraña, ni tampoco es de esas que se van con cualquiera. Es muy observadora y piensa sus decisiones más que el resto de niños de su edad. La mayoría de los adultos le hacen gracia durante diez minutos y después vuelve a su dragón, a sus bloques de colores o a mirarme con cara de «papá, tienes que relajarte un poco». Sin embargo, con Sylvia es distinto, porque la ha elegido con una naturalidad insultante.

Giro en nuestra calle y veo la hilera de casas adosadas, todas idénticas. Aparco frente a la mía y apago el motor. Durante unos segundos no me muevo y respiro hondo. Al otro lado de la puerta de entrada, me espera la misma casa de siempre: el recibidor impecable, el salón en orden, la cocina limpia y los horarios pegados en la nevera. Todo está en su sitio. Sin embargo, esta noche eso no logra tranquilizarme en absoluto.

Salgo del coche con cuidado y abro la puerta trasera. Hazel sigue dormida. La saco despacio de la sillita y se acurruca contra mi pecho sin despertarse y con Draggy atrapado entre los dos. Le aparto un mechón de la cara y cierro el coche con el mando.

—Papá —murmura, atrapada todavía en algún punto entre el sueño y el mundo.

—Estoy aquí —susurro y le doy un beso en la frente, aunque no me responde, solo aprieta el peluche.

Entro en casa y el contraste es inmediato en cuanto cierro la puerta. Después del ruido de la fiesta, aquí todo resulta correcto. No hay globos medio muertos por el suelo, ni platos sucios por todas partes, ni niños gritando que un dinosaurio ha robado la tarta. Solo encuentro la entrada limpia, el aire fresco y una tranquilidad tan perfecta que roza lo irreal.

Subo las escaleras con Hazel en brazos hacia su dormitorio. Su habitación es el único espacio de la casa donde permito un poco de desobediencia. Los peluches están repartidos por la cama, hay libros infantiles apilados en la alfombra y varios dragones ocupan las estanterías. La dejo sobre el colchón y ella protesta con un pequeño gesto al notar que se separa de mí.

—Está todo bien, princesa —musito.

Le quito las zapatillas, le coloco mejor la manta y dejo a Draggy junto a ella. Hazel se gira hacia él de inmediato y lo abraza. Cuando estoy a punto de apagar la lamparita la oigo murmurar, bajito, con esa voz espesa de niña agotada.

—Sylvia entiende a los dragones.

Me quedo quieto con la mano en el interruptor. Podría pensar que es una tontería, otra más de su alocado mundo infantil o quizá una frase nacida de una fiesta demasiado larga, del exceso de

azúcar y de una imaginación de tres años que funciona a tiempo completo. Sería lo más fácil y lo más sensato…

Miro a mi hija dormida, a su dragón tuerto y a la habitación llena de pequeñas pruebas de que no todo en esta casa obedece mis reglas. Luego pienso en Sylvia, en su coleta, en sus zapatillas viejas, en la forma en que Hazel la ha mirado esta noche y en la respuesta tranquila que le ha dado sin burlarse ni tratarla como si su mundo fuese una fase incómoda que hubiera que soportar hasta que madurase.

«Quizá esa chica sea justo lo que Hazel necesita», me digo para mí y suelto el aire despacio. Después, cierro la puerta con cuidado y bajo las escaleras sin encender más luces de las necesarias. La casa vuelve a recibirme con la misma tranquilidad que antes me parecía un triunfo, porque todo está donde debe estar. De hecho, durante mucho tiempo he pensado que esto es exactamente lo que necesitamos mi hija y yo: orden, rutina y previsibilidad.

Entro en la cocina y dejo las llaves en el cuenco de cerámica junto a la puerta. En la nevera sigue pegado el horario de la semana: guardería, trabajo, baño a las seis, cena a las seis y media y cuento a las siete. Todo funciona cuando cada cosa ocurre a la hora prevista. Excepto cuando deja de funcionar.

Me apoyo un momento en la encimera y la imagen vuelve sola a mi cabeza: Hazel riéndose en la alfombra de Mason mientras Sylvia le colocaba aquella corona improvisada. El salón estaba lleno de globos e inmerso en el caos absoluto, pero Hazel estaba feliz y eso es lo que me inquieta. Porque si soy sincero conmigo mismo, la variable nueva no son los globos ni el azúcar ni la música infantil a un volumen crimina, la variable nueva es Sylvia.

Respiro hondo y miro hacia el pasillo que conduce a la escalera hacia la planta de las habitaciones. Arriba, mi hija duerme abrazada a un dragón tuerto y convencida de que una chica con zapatillas viejas entiende un idioma que yo llevo años intentando traducir.

Apago la luz de la cocina. Quizá mañana tenga que llamar a Mason, aunque la idea me sigue pareciendo una mala decisión. Pero mientras subo las escaleras empiezo a sospechar algo que me

incomoda todavía más: puede que sea exactamente esa la decisión que necesito tomar.

Capítulo 2
Harry

Llamo a Mason a primera hora porque no me queda otra opción. No me gusta pedir ayuda, ni depender de nadie, ni, en general, tener que decir en voz alta que hay algo en mi vida que no tengo bajo control. Sin embargo, ahora tengo un problema muy gordo con la canguro y eso convierte mis preferencias en un asunto bastante secundario.

Mason tarda poco en contestar.

—Dime que el edificio no se está cayendo —me dice como saludo al responder al teléfono.

—No se está cayendo.

—Entonces podrías haber esperado media hora.

—No.

Al otro lado oigo un ruido, el golpe seco de una puerta cerrándose y unos pasos. Mason parece despierto, aunque el tono de su voz me dice lo contrario.

—Vale —resopla—. ¿Qué pasa?

Me apoyo en la encimera de la cocina y miro el horario pegado en la nevera: guardería, trabajo, comida, baño, cena y dormir. Todo perfectamente colocado, pero también perfectamente inútil si no tengo a nadie que recoja a Hazel cuando yo no pueda hacerlo.

—La señora Morrison se ha roto la cadera.

Mason guarda silencio un segundo.

—Joder… —maldice como respuesta.

—Sí.

—¿Está bien?

—Dentro de lo aceptable, sí. Pero no va a poder volver de momento.

—Entiendo.

—Así que necesito a alguien… ¡Cuanto antes!

—Eso también lo entiendo.

Suelto aire despacio.

—Tiene que ser ya. Hoy, si puede ser. Esta semana la tengo imposible y la siguiente no pinta mejor —le cuento.

Mason no responde enseguida y cuando lo hace, su tono cambia un poco y parece menos somnoliento.

—Sylvia está buscando trabajo.

Cierro los ojos un momento.

—Mason —le corto.

—Escúchame antes de poner esa voz.

—No he puesto ninguna voz.

—La has puesto. La acabo de oír.

—Tu hermana tiene veintitrés años.

—Sí, eso suele pasar después de cumplir los veintidós.

—No eres gracioso.

—No intentaba serlo.

Me paso una mano por el pelo.

—Necesito a alguien responsable.

—Sylvia lo es.

—Necesito a alguien puntual.

—Puede serlo.

—Necesito a alguien que entienda que Hazel tiene horarios, rutinas y normas.

—Harry…

—¿Qué?

—Estás hablando de Sylvia como si perteneciera a una banda de moteros.

No respondo porque no tengo tiempo para discutir una estupidez como esa, así que Mason continúa.

—Ha trabajado en guarderías. Ha hecho de canguro. Le encantan los niños y, por si se te ha olvidado, ayer tu hija se pasó toda la tarde pegada a ella.

Miro hacia el pasillo. Hazel sigue arriba y por eso la casa está en calma todavía.

—Una cosa es caerle bien a Hazel en una fiesta y otra distinta es encargarse de ella cada día—le aclaro.

—No he dicho que sea lo mismo, sino que puede ayudar.

—Mason—. Aprieto la mandíbula—. No quiero improvisaciones.

—Entonces estás llamando a la familia equivocada —me dice con tono divertido.

—No estoy de humor —le corto.

—Eso sí que no es una novedad.

Debería colgar, pero no lo hago porque necesito una solución y porque la alternativa es peor: una agencia, una desconocida, entrevistas, tiempo que no tengo y paciencia de la que tampoco dispongo.

—No esperes que mi hermanita funcione como un reloj suizo —advierte Mason.

Miro otra vez hacia la nevera y observo el horario, las notas y el orden impecable que a veces parece sostener la casa por sí solo.

—Ahora mismo estoy tan desesperado que solo necesito que funcione.

Mason se ríe por lo bajo.

— Para ser tú, eso ha sonado casi humano.

—No abuses.

—Le diré que vaya.

—Hoy —insisto.

—Sí, Harry, que vaya hoy.

—Bien.

—Intenta no recibirla con una lista plastificada de normas en la puerta.

—No prometo nada.

—Eso me preocupa bastante menos que a Sylvia.

Cuelgo antes de que la conversación empeore y me quedo quieto unos segundos con el móvil en la mano.

«No me entusiasma nada esta idea», me digo para mí y suelto un suspiro.

Hace apenas unos segundos que Mason ha colgado cuando el móvil vuelve a vibrar en mi mano porque acabo de recibir un mensaje.

Sylvia:
Mason dice que necesitas ayuda con Hazel.

—Genial. Ni siquiera me da tiempo a arrepentirme —musito.

Miro el texto unos segundos y pulso el icono de llamada antes de que pueda pensarlo demasiado. Sylvia tarda dos tonos en contestar.

—Hola —me saluda con un tono de voz que suena demasiado despierta para ser esta hora tan temprana.

—Soy Harry.

—Ya, lo he visto.

No sé por qué, pero eso me incomoda un poco.

—Mason te ha explicado la situación.

—Sí, algo me ha contado.

—La señora Morrison se ha roto la cadera.

—Buf... Debe ser doloroso.

—Sí, eso dice…

Me quedo callado durante un momento, porque no soy especialmente bueno con las conversaciones que implican pedir favores.

—Necesito a alguien que recoja a Hazel de la guardería esta semana —digo al final—. Y probablemente la siguiente.

—Vale —me responde demasiado rápido.

—¿Vale?

—Sí.

—¿No quieres saber nada más?

—Supongo que ya me lo contarás cuando llegue.

Frunzo el ceño.

—¿Cuándo llegues?

—Tu hermano me ha dicho que vaya para tu casa.

—No he confirmado nada todavía.

—Ahora mismo lo estás haciendo.

No sé si eso es descaro o lógica.

—Esto es temporal, ¿eh? —le aviso.

—Perfecto.

—Hazel tiene rutinas.

—Me gustan las rutinas.

—Horarios muy claros.

—Puedo leer relojes.

Me aprieto el puente de la nariz con la punta del dedo índice y del dedo gordo.

—Sylvia.

—Dime.

—No quiero improvisaciones.

—Entonces estás contratando a la persona equivocada.

—Esto no es un contrato.

—Entonces es un favor.

—Dejémoslo en un acuerdo temporal —le aclaro.

—Vale, me sirve.

Me sorprende que no parezca preocupada por nada, aunque eso tampoco me tranquiliza.

—¿Puedes venir esta mañana? —le pregunto—. Así vemos si esto funciona.

—Sí, ya te he dicho que estoy de camino. Llegaré en quince minutos.

Parpadeo.

—¿Cómo que estás a quince minutos?

—Estoy en una cafetería cerca de tu casa.

Eso explica bastante cosas.

—¿Llevas ahí todo este rato?

—Solo estaba esperando a que mi hermano dejara de hablar de ti.

No sé si sentirme insultado o agradecido.

—Bien —digo al final—. Entonces ven.

—Voy.

Cuelga antes de que pueda añadir nada más y me quedo mirando el móvil un momento. Aún no termino de creer que acabo de pedir ayuda a la hermana de Mason para que cuide de mi hija. Si alguien me hubiera dicho hace una semana que acabaría haciendo esto, me habría reído en su cara. La verdad es que no me entusiasma nada esta idea. Suelto un suspiro y, en ese mismo momento, escucho que una puerta en el piso de arriba se abre y

oigo pasos rápidos bajando la escalera. Al instante, veo Hazel aparecer arrastrando a Draggy por una pata. Lleva el pelo revuelto y la expresión seria que pone por las mañanas, como si levantarse fuese un trámite indigno al que ha accedido por pura generosidad.

—Papá.

—Buenos días.

—Draggy también.

—Buenos días, Draggy.

Hazel asiente, satisfecha con que se respeten las normas básicas de educación con los dragones.

—¿Qué haces? —quiere saber mientras acaba de bajar.

—Trabajar.

—No.

—Llamar por teléfono también cuenta.

Se acerca hasta quedar pegada a mi pierna.

—¿A quién?

—A Mason.

—Vale.

No pregunta nada más, de hecho, nunca lo hace cuando todavía está medio dormida. Se limita a apoyarme a Draggy en la rodilla con la confianza de quien me deja una responsabilidad importante.

—Cuídalo.

—Está bien.

Hazel me observa un momento.

—Hoy viene Sylvia —me dice y la miro.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunto.

—Porque sí —me responde encogiéndose de hombros.

No sé qué hacer con esa respuesta, así que me limito a dejar el móvil sobre la encimera, le devuelvo el dragón y voy a abrir las cortinas del salón. La luz entra en la casa y me da la sensación de que lo ordena todo aún más. El sofá sigue impecable, la mesa baja está vacía y no hay ni un juguete fuera de lugar, porque anoche los guardé todos antes de acostarme.

Hazel camina hasta la puerta justo cuando suena el timbre. Yo me giro, aunque ella sale corriendo sin esperar.

—Hazel —la llamo, pero ya es demasiado tarde.

Abro la boca para frenarla cuando ya está tirando del pomo con más entusiasmo que fuerza. Por suerte, llego justo a tiempo para abrir yo antes de que se cuelgue de la manilla de la puerta.

Sylvia está al otro lado con una mochila colgada de un hombro y unas Converse viejas, que parecen incapaces de tomarse nada en serio. Lleva una coleta y mira primero a Hazel, le sonríe, luego me observa a mí y, por último, observa lo que ve de la casa.

—¡Mi Sylvia! —exclama Hazel sin darle margen para nada y se lanza hacia ella con la misma falta de prudencia con la que se lanza a todo lo que le gusta.

—Hola, pequeña —le dice Sylvia mientras se agacha para recibirla tomándola en brazos.

—¡Has venido! —añade feliz Hazel abrazándola.

—Eso parece.

Yo me quedo a un lado, sujetando la puerta, intentando recordar que esto es solo una solución temporal y que lo último que necesito es que la escena parezca más doméstica de lo que ya parece.

Sylvia entra, deja que Hazel siga pegada a ella y pasea la mirada por el recibidor y el salón con una curiosidad que no se molesta en disimular.

—Esto está demasiado ordenado para tener una niña.

Cierro la puerta y miro a mi hija que sigue abrazada a su cintura. Observo también la mochila que lleva, las zapatillas y sospecho que esto va a ser complicado. Suelto un suspiro en un intento de armarme de paciencia.

Sylvia deja la mochila junto a la pared con un gesto despreocupado que contrasta con el resto de la casa, porque todo aquí está en su sitio. Cada objeto tiene un lugar asignado y ese lugar se respeta. No es una manía mía, simplemente es eficiencia.

—Tengo a Draggy —le dice Hazel, que continúa pegada a ella como si llevaran meses sin verse.

—Eso ya lo veo.

—Es un dragón.

—Sí, ya lo veo y además es el dragón más bonito que he visto en mucho tiempo —añade siguiéndole el juego a la niña.

—Pero no escupe fuego dentro de casa.

—Me parece una norma muy sensata.

No intervengo porque necesito observar cómo interactúan, aunque Sylvia no parece incómoda, ni impresionada, ni especialmente interesada en demostrar que puede manejar la situación. No sé si eso me tranquiliza o me preocupa.

—Siéntate —le indico después de aclararme la garganta.

Sylvia levanta la vista hacia mí y observo cómo sus ojos se mueven con rapidez por el salón antes de volver a mi cara.

—¿Ahora viene el interrogatorio? —pregunta arqueando una ceja.

—No, ahora vienen las reglas.

—Ah.

—Sylvia se sienta aquí —indica Hazel tirando de su mano y señalando el sofá.

Sylvia se deja guiar sin discutir y se sienta mientras Hazel trepa a su lado con Draggy entre las dos como si fuese parte de la reunión. Yo me quedo de pie.

—Esto es temporal —le vuelvo a recordar.

Sylvia asiente.

—Eso me ha dicho Mason.

—La señora Morrison volverá cuando se recupere.

—Entendido —asiente con la cabeza.

—Mientras tanto necesito que todo funcione.

—También entendido.

No parece intimidada, ni impresionada, ni particularmente interesada en demostrar que es capaz, solo se limita a escuchar lo que le digo.

—Hazel se levanta a las siete —le informo apoyando una mano en el respaldo de la silla más cercana.

—Vale.

—Desayuna a las siete y media.

—Vale.

—A las ocho menos cuarto se prepara para la guardería.

Hazel levanta la mano.

—Hoy no.

—Hoy sí —corrijo mirando a mi hija.

—No —insiste Hazel.

—Sí —me impongo.

—No… —musita poniendo gesto triste.

—Hazel.

—Valeeeee, papá —me responde y suspira con dramatismo.

Vuelvo a Sylvia.

—A las ocho y media se sale de casa.

—Entendido.

—La guardería está a diez minutos andando.

—Eso me gusta más que conducir.

No respondo.

—A las cinco es la hora de recogerla.

—Bien.

—Después le das un poco de merienda.

—Yo quiero chocolate —dice Hazel levantando otra vez la mano.

—No, cariño, ya sabes que eso no —le recuerdo.

—Un poquito solo, papá. Un trocito pequeñín…

—No.

—Un poquitooooo, porfiiiiiiiiii —insiste.

—Hazel.

Se deja caer contra el respaldo del sofá con resignación.

—Valeeeeeeee, papá —resopla.

Sylvia observa la escena, mientras yo sigo enumerando en orden cronológico todo lo que debe hacer.

—El baño es a las seis y media.

—Ajá.

—La cena a las siete.

—Vale.

—Y el cuento a las siete y media.

—Eso suena bien.

—¡Ah! Debe ir a dormir a las ocho en punto como máximo.

—Todo muy exacto y preciso —me dice Sylvia.

—Funciona.

Sylvia asiente despacio.

—Imagino que también hay normas de la casa.

—Sí, por supuesto.

—Cuéntame.

—Nada de televisión antes de la guardería.

—Vale.

—Nada de azúcar entre semana.

—¡Eso es injusto! —exclama Hazel poniéndose en pie.

—Hazel.

—No es justo —añade mi hija arrugando la nariz enfadada.

—Siéntate —insisto.

Se deja caer otra vez en el sofá con expresión indignada.

—Continuemos —digo y Sylvia hace un gesto con la mano.

—Adelante.

—Nada de que Hazel se acueste más tarde sin motivo.

—¿Los dragones cuentan como motivo? —me pregunta Sylvia y yo me giro para mirarla antes de responderle.

—No.

Hazel interviene inmediatamente.

—Sí, papi, sí que cuentan.

—No —respondo taxativo.

—Sí, porfiiiiii.

—Hazel.

Sylvia levanta la mano.

—Creo que el tema de los dragones lo podemos negociar más tarde.

No me gusta la palabra «negociar» aplicada a una rutina que está directamente relacionada con mi hija y que lleva funcionando tres años con precisión.

—Las rutinas no se negocian —afirmo con contundencia.

—Entendido —me responde Sylvia asintiendo con la cabeza —. Entonces básicamente quieres que tu hija sea un pequeño robot feliz —me suelta mirándome directamente a los ojos.

Tomo aire antes de responderle para no dejarme llevar por la impulsividad y decirle algo que sea más que el «No» que me sale de

forma automática.

—Yo no soy un robot —se adelanta mi hija girando la cabeza hacia nosotros.

—No, cariño—dice Sylvia—. Claro que no lo eres —añade con una sonrisa dulce en los labios.

—Quiero que mi hija tenga estabilidad —insisto volviendo a mirarla.

—Eso suena mucho mejor que robot —concede.

—Porque lo es.

Sylvia se reclina en el sofá y Hazel aprovecha el cambio de postura para tumbarse a su lado y levantar a Draggy por encima de su cabeza.

—Sylvia entiende a los dragones.

La frase de mi hija aparece en mitad de la conversación con absoluta normalidad.

—¿Qué significa eso exactamente? —le pregunto girándome hacia ella para mirarla.

Hazel baja el dragón y me observa con la lógica inquebrantable que tienen los niños, porque creen que el mundo es mucho más sencillo de lo que pensamos los adultos.

—Que no se enfada por cosas que no son importantes.

Sylvia permanece callada, mientras mi hija continúa hablando.

—Los dragones sí son importantes.

—Entiendo.

—Papá a veces se enfada por cosas que no son importantes —se gira para contárselo a Sylvia, que no dice nada—. Sylvia lo entiende —añade acariciando la cabeza de Draggy.

Miro a la niña, después a Sylvia, a su mochila apoyada contra la pared y al orden que nos rodea y tengo la sensación de que contratarla como canguro es un total y absoluto error, aunque no tengo ninguna otra alternativa ahora mismo.

Hazel abraza a Draggy con concentración, como si acabara de resolver un asunto diplomático muy delicado y Sylvia sigue sentada en el sofá con una tranquilidad que empieza a resultarme sospechosa. No obstante, no parece incómoda, ni impresionada, ni

especialmente preocupada por haber provocado una pequeña rebelión en una niña de tres años.

—Aquí no se trata de enfadarse o no enfadarse —digo mirándola.

—¿No? —me pregunta Sylvia inclinando ligeramente la cabeza.

—Se trata de que las cosas funcionen —le aclaro.

—¿Funcionen cómo? —quiere saber arrugando el entrecejo.

—De forma previsible.

—Los dragones no son previsibles —suelta Hazel levantando el dragón otra vez.

—Exacto —murmura Sylvia.

La miro.

—Los dragones no viven aquí —respondo mirando a Sylvia y Hazel frunce el ceño al escucharme.

—Draggy sí —me responde mi hija.

—Draggy es un peluche —le aclaro.

—No —insiste ella.

—Sí —sentencio yo.

—No —Hazel vuelve a la carga.

—Hazel.

—Valeeeeee, papi —acepta lanzando un suspiro cargado de drama.

Vuelvo a Sylvia.

—Hazel necesita rutina.

—Todos los niños la necesitan.

—Entonces estamos de acuerdo.

Sylvia se inclina hacia delante y apoya los codos en las rodillas.

—Sí y no.

No me gusta nada cómo suena eso.

—Explícamelo —le ruego arqueando una ceja.

—La rutina está bien —dice—. Los horarios también. De hecho, los niños funcionan mejor cuando saben qué esperar.

—Exacto —asiento con la cabeza algo más tranquilo al comprobar que estamos de acuerdo en algo.

—El problema aparece cuando la rutina se convierte en una religión —añade Sylvia y yo me quedo sin palabras y me limito a mirarla.

Hazel aprovecha la pausa para meter el dragón dentro de la mochila de Sylvia.

—Draggy se muda.

—Draggy no se muda —corrijo yo.

—Sí.

—No.

—Hazel, por favor.

Ella vuelve a suspirar.

—Valeeee.

Sylvia observa la escena con una sonrisa leve en los labios, apenas visible.

—No nos mires así —le digo.

—¿Así cómo?

—Como si todo esto fuera divertido.

—No es divertido —me aclara.

—¿Entonces?

—Es interesante —me explica.

—No quiero ser interesante —le aclaro.

—Papá siempre quiere cosas aburridas —suelta Hazel que se tumba ahora boca arriba en el sofá y levanta los pies hacia el respaldo.

—Papá solo quiere que la casa funcione y si lo hace es gracias a las normas —le aclaro.

Sylvia se reclina contra el sofá.

—Las normas ayudan.

—Ayudan mucho —sentencio.

—Pero también pueden volver rígido todo lo que tocan —añade Sylvia.

—Eso es discutible.

—Todo lo es.

La miro con atención y veo que en su gesto no hay rastro de desafío, pero tampoco de sumisión. Solo la percibo tranquila y esa tranquilidad empieza a ponerme nervioso.

—Este acuerdo es temporal —le recuerdo.

—Sí, lo sé —me confirma.

—Hasta que la señora Morrison pueda volver.

—Sí, mi hermano Mason me lo ha contado.

—Entonces estamos de acuerdo.

—Sí.

Hazel levanta la cabeza.

—Sylvia se queda.

—De momento.

—Mucho momento —dice mi hija alzando los brazos en señal de victoria y con una gran sonrisa.

—Ya veremos.

Hazel me mira como si acabara de decir una estupidez monumental.

—Papá no entiende nada —afirma negando con la cabeza.

—Papá entiende bastante.

—Valeeeee, papi —acepta y se sienta otra vez en el sofá.

Sylvia se inclina y le aparta un mechón de pelo de la cara y Hazel acepta el gesto como si fuera lo más normal del mundo y eso tampoco me gusta. Si no fuera por lo desesperado que estoy por tener ayuda con Hazel, no me arriesgaría a aceptar a esta chica como canguro, pero no tengo otra opción. El problema es que ya me parece un error incluso antes de dejarla sola con Hazel.

Capítulo 3
Harry

El día empieza mal antes siquiera de empezar. Lo sé en cuanto abro un ojo y no oigo el ruido de los pies de Hazel corriendo por el pasillo, ni su voz hablándole a Draggy, como si ese dragón de peluche tuviera voz propia y opiniones firmes sobre el desayuno.

Me incorporo en la cama, me paso una mano por la cara y miro el reloj de la mesilla. Son las 07:12. Perfecto. Voy tarde, aunque no del todo, pero sí lo suficiente como para que todo dependa de que las siguientes dos horas funcionen con precisión. Me levanto de golpe, me visto y salgo al pasillo con la sensación de que el día ya me está esperando con los brazos cruzados.

—Hazel.

Llamo a mi hija, pero no me contesta. Camino hasta su habitación y empujo la puerta y la encuentro sentada en el suelo, en medio de la alfombra, en pijama, despeinada y el dragón verde entre los brazos. Me apoyo en el marco de la puerta y respiro hondo.

—Buenos días.

—No.

Empieza fuerte, así que entro en la habitación y me agacho frente a ella.

—Eso no me vale como «buenos días».

—No es un buen día.

—Ah, ¿no?

Niega con la cabeza con absoluta convicción.

—No se puede salir de casa.

Miro el reloj otra vez.

—Sí se puede.

—No —me responde ella convencida.

—Hazel…

—No se puede —repite, abrazando al dragón con más fuerza —. Draggy lo ha dicho.

Claro. Draggy… El consejero espiritual de esta casa.

—¿Draggy ha dicho eso? —le pregunto arqueando las cejas.

Asiente con una seriedad impropia de ella.

—Hoy viene Sylvia.

Ahí está. Me paso la lengua por los dientes y me levanto despacio.

—Sylvia vendrá más tarde.

—No.

—Sí.

—Que no, papi.

Cierro los ojos un segundo tratando de guardar la calma y cuando los abro, intento sonreír.

—Hazel, tienes que vestirte, porque tenemos que ir a la guardería y no podemos llegar tarde. Luego debo ir al despacho, porque tengo una reunión importante a la que no puedo faltar.

No me mira, porque está hablando con el dragón.

—Draggy dice que no.

Perfecto. Me giro, salgo de la habitación y voy directo a la cocina. Necesito un café o algo que me dé la sensación de que tengo el control de la situación, aunque sea durante treinta segundos.

Pongo la cafetera en marcha, saco una taza y me apoyo en la encimera mientras espero. Ya son las 07:19. Si en diez minutos no está vestida, se me va a complicar la mañana. Si en veinte minutos no hemos salido por la puerta, esto se hunde. Si llego tarde a la reunión que tengo a las nueve, habré perdido algo más que tiempo. Suelto un resoplido, cojo el móvil y reviso el correo. Por suerte, en la bandeja de entrada no encuentro nada que no supiera ya. El cliente sigue esperando la reunión de esta mañana como si fuera la única cosa importante del universo y, en cierto modo, lo es.

El café empieza a caer en mi taza y el sonido debería calmarme, pero no lo hace. Vuelvo a la habitación de Hazel con la taza en la mano y me la encuentro en el mismo sitio. No se ha movido ni un centímetro.

—Vale. Vamos a intentarlo de otra manera —le digo y me siento en la cama y doy un sorbo al café—. Si te vistes ahora, te

dejo elegir el desayuno —se queda en silencio—. Puedes elegir lo que quieras —. Nada —Incluso… tortitas —. Mueve un poco la cabeza, lo justo para que sepa que me está escuchando —. Con sirope —. Gira los ojos hacia mí y tengo claro que he despertado su interés —. Y con fruta —. La mirada vuelve al dragón —. Pero solo si te vistes ya.

Hago una pausa.

—No —me dice arrugando la nariz.

Me quedo mirándola un segundo, evaluando si tengo margen para insistir o si acabo de perder la primera ronda.

—Vale. Plan B.

Dejo la taza en la mesilla y me levanto.

—Si no te vistes, no hay dibujos esta tarde.

Eso sí que es una amenaza seria y, al instante, levanta la cabeza.

—No, eso no, papi.

—Sí, eso sí, Hazel.

—No puedes.

—Claro que puedo.

Se levanta de golpe.

—Eres malo.

—Soy tu padre.

—Eres malo y mi padre.

No puedo evitar soltar una risa breve que me traiciona.

—Gracias.

—No es un gracias.

—Ya lo he entendido.

Se cruza de brazos con Draggy colgando por un ala de una de sus manos.

—Hoy no se puede salir —suelta con más convicción que antes.

—Hazel…

—Hoy viene Sylvia.

Por cómo lo dice, tengo la sensación como si eso fuera una ley universal y no una frase que no deja de repetir.

—Sylvia vendrá por la tarde —le repito por enésima vez.

—No.

—Sí.

—Viene por la mañana.

—No.

—Sí —. Respiro hondo—. ¿Por qué tiene que venir por la mañana?

Me mira como si fuera obvio.

—Porque sí.

Claro, ese es un argumento irrefutable. Miro el reloj. Son las 07:27. Esto empieza a ser un problema real. Me paso la mano por el pelo, camino en círculos por la habitación y vuelvo a detenerme frente a ella.

—Escúchame. Si no salimos de casa en diez minutos, papá llega tarde. Si papá llega tarde, papá pierde la reunión. Si papá pierde la reunión…

—No pasa nada.

Me quedo en silencio un segundo.

—Sí pasa.

—No.

Aprieto la mandíbula.

—Hazel, esto es importante.

—Sylvia también.

Ahí me deja sin palabras. Miro el reloj otra vez. Ya son las 07:31. Genial. Perfecto. Fantástico. Esto es exactamente lo que necesitaba. Empiezo a imaginarlo todo en cadena, sin querer, pero sin poder evitarlo: llegaré tarde, la cara del cliente, la oportunidad que se va, el día que se desmorona antes de las nueve de la mañana y, por encima de todo, esa sensación de no tener el control, algo que detesto. Vuelvo a mirar a Hazel y veo que sigue ahí, sin moverse, como si fuera una estatua con un dragón colgando de una de sus manos.

—Vale —digo al final, más para mí que para ella—. Vale.

Me siento en el suelo frente a ella, cruzo las piernas y la miro a la altura de los ojos.

—Negociemos —le digo y veo cómo se inclina un poco hacia delante—. ¿Qué quieres?

—Que venga Sylvia.

—Vendrá.

—Ahora.

—No puede venir ahora.

—Sí puede.

—No puede.

—Sí puede.

Esto es un bucle. Cierro los ojos un segundo y trato de relajarme, aunque no lo consigo.

—Cariño, Sylvia tiene cosas que hacer.

—Yo también.

—¿El qué?

—Esperarla.

La lógica infantil es un territorio hostil para mí. Abro los ojos y la observo. Está completamente convencida. Para ella, que venga Sylvia, no es un capricho sino una decisión y eso lo vuelve todo más difícil.

El timbre suena en ese momento y ambos nos quedamos inmóviles, hasta que Hazel es la primera en reaccionar.

—¡Mi Sylvia!

Se levanta de un salto, Draggy casi vuela de sus brazos, y sale corriendo hacia la puerta. Me quedo un segundo en el suelo, procesando lo que acaba de suceder. Un instante después, me levanto rápido y la sigo por el pasillo. Cuando llego al recibidor, veo que mi hija ya está intentando abrir la puerta con sus pequeñas manos, saltando ligeramente para alcanzar el pomo. Por suerte, abro antes de que lo consiga y ahí está Sylvia. Lleva la mochila colgada de un hombro, un café en la mano, una coleta y una sonrisa que no sé si clasificar como amable o peligrosa.

—Buenos días.

Hazel se lanza contra ella.

—¡Mi Sylvia!

Sylvia se agacha sin soltar el café y la recibe entre sus brazos.

—Hola, terremoto —le saluda ella con una sonrisa.

—Has venido —dice mi hija sin soltarla de su abrazo.

—Claro que he venido.

—Papá decía que no.

Sylvia levanta la vista hacia mí, con esa media sonrisa que ya empiezo a reconocer.

—Pues papá se equivocaba —la corrige Sylvia.

No me gusta el tono que utiliza, ni lo poco que duda, ni lo natural que resulta todo de repente.

—Llegas pronto —le dice mi hija.

—Llego cuando me necesitan.

Da un sorbo a su café como si estuviera en su casa.

—Además, alguien me dijo que hoy no se podía salir de casa.

Hazel asiente con entusiasmo.

—Draggy lo ha dicho —afirma Hazel.

—Draggy es muy sabio —añade la canguro.

No puedo creer que esté validando eso.

—Sylvia… —empiezo.

—Relájate —me dice como si fuera fácil, yo no tuviera una reunión en menos de una hora y el resto del día no dependiera de que todo funcione.

—No es tan sencillo —le respondo.

—Nunca lo es — añade, se quita la mochila y la deja en el suelo—¿Vamos a vestirte? —le pregunta a mi hija y, ante mi asombro, Hazel asiente sin dudar, sin negociar, sin discutir y sin absolutamente nada de lo que he estado haciendo yo durante los últimos veinte minutos.

—¿Perdona? —pregunto con cara de idiota.

—A veces no va de convencer —me responde Sylvia encogiéndose de hombros.

—Ah, ¿no?

—No.

—¿Y de qué va?

Me mira, ladeando la cabeza.

—De saber entrar.

No sé muy bien qué significa eso, pero tampoco tengo tiempo para analizarlo. Además, Hazel ya le está tirando de la mano para llevarla a su habitación.

—Ven —le pide la niña.

—Voy —le responde con una sonrisa.

Sylvia pasa a mi lado y, durante un segundo, noto el olor de su café y a algo dulce que imagino que debe ser su perfume. Sí, ya sé que no debería fijarme en eso, porque no es relevante.

—Harry —oigo que me llama y me giro hacia ella.

—¿Sí?

—Respira.

Me quedo mirándola.

—Estoy respirando.

—Pues no lo parece.

Desaparece por el pasillo antes de que pueda contestarle y me quedo en la entrada, con el reloj marcando las 07:39 y la sensación de que algo acaba de cambiar sin que yo haya tenido nada que ver.

Empiezo a escuchar sus voces desde la habitación de Hazel.

—Ese no —oigo a mi hija.

—¿Este sí?

—No me gusta.

—Te encanta.

—Valeeeeee —acepta Hazel y yo frunzo el ceño.

¿Vale? ¿En serio? Camino hasta la puerta del dormitorio y me apoyo en el marco. Veo a mi hija de pie, dejándose poner la camiseta como si nada, mientras Sylvia se mueve con naturalidad, como si llevara aquí semanas en lugar de minutos.

—¿Qué está pasando?

—Nos estamos vistiendo.

—Eso ya lo veo.

—Entonces todo bien.

Hazel levanta los brazos para que le pase la camiseta por la cabeza.

—Papá, mira.

—Estoy mirando.

—Estoy vestida.

Miro el reloj. Son las 07:44. No puede ser.

—¿Zapatos?

—Zapatos.

Sylvia se agacha, saca unas Converse pequeñas de debajo de la cama y se las enseña.

—¿Estas?

Hazel asiente.

—Sí, son iguales que las tuyas —le dice mi hija con una sonrisa de pilla.

—Perfecto.

Se las pone con una rapidez que me deja completamente fuera de juego.

—Listo.

Hazel se levanta, da un par de saltos y sonríe.

—Ya está.

La miro, después observo a Sylvia y luego vuelvo a mirar a Hazel.

—¿Ya está? —pregunto alzando una ceja.

—Ya está.

No sé qué decir, ni qué pensar, lo único que tengo claro es que hace diez minutos esto me habría parecido imposible.

—Papi, ya podemos salir —me dice Hazel que viene corriendo hacia mí, me abraza las piernas y levanta la cabeza.

Miro a Hazel de nuevo y luego observo a Sylvia otra vez. Ella me sostiene la mirada, tranquila, como si nada de esto fuera sorprendente. Hazel sigue abrazada a mis piernas con una satisfacción irritante. Yo continúo con la vista fija en Sylvia, que no parece ni remotamente impresionada por lo que acaba de conseguir. Ella me mira con las manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros, la cabeza un poco ladeada y me devuelve la mirada con una calma que empieza a parecerme sospechosa.

—No era tan difícil —dice.

—Llevaba veinte minutos intentándolo.

—Ya.

—¿Ya?

—Sí.

—Eso no es una explicación.

—No me la has pedido.

Hazel se aparta de mí y gira sobre sí misma para enseñarnos la ropa, las Converse pequeñas y una coleta mal hecha que, por lo visto, a ella le parece una obra de ingeniería capilar impecable.

—Estoy guapa.

—Sí —le digo.

—Mucho —añade Sylvia.

Hazel asiente, satisfecha con la unanimidad, y corre hasta la cama para recuperar a Draggy. Mientras lo hace, miro el reloj. Son las 07:46. Todavía puedo llegar a tiempo, aunque demasiado justo y sin margen para nada. Eso no me gusta, pero el hecho de que siga siendo posible debería considerarlo una pequeña victoria.

—Desayuno en cinco minutos —digo.

Hazel se gira con Draggy en brazos.

—Quiero tortitas.

—No hay tiempo para tortitas.

—Pero…

—Tostadas.

—No.

Sylvia se cruza de brazos.

—Puedo hacer unas tostadas y cortar fruta mientras tú te pones la chaqueta y dejas de mirar el reloj.

La miro.

—No hace falta que…

—Harry.

La forma en que pronuncia mi nombre no es especialmente suave, ni dulce, ni nada que lograra afectarme lo más mínimo. Aun así, consigue lo imposible: hacerme callar medio segundo.

—Vas a llegar tarde si sigues aquí plantado discutiendo con una niña de tres años sobre hidratos de carbono.

Hazel levanta la mano.

—Yo quiero de eso.

Sylvia asiente con absoluta seriedad.

—Yo también, pequeña.

No sé en qué momento mi casa se ha llenado de gente que habla un idioma que, claramente, no es el mío.

—Diez minutos —digo al final.

—Nos sobran dos.

—No te emociones.

Sylvia sonríe y se gira hacia Hazel.

—Vamos a la cocina.

—¡Sí!

Salen las dos delante de mí, una pequeña y otra no tanto, ambas con Converse y una facilidad ofensiva para moverse por la casa como si la ley de la gravedad aquí funcionara mejor para ellas que para mí. Las sigo hasta la cocina y me quedo un segundo en la puerta. Hazel ya está subida a su silla y Draggy ocupa la de al lado. Sylvia deja el café sobre la encimera, se remanga la sudadera y abre el armario del pan sin preguntar dónde está. Eso debería molestarme más de lo que lo hace.

—¿Mermelada o mantequilla? —le pregunta a Hazel.

—Las dos.

—Eso es una barbaridad.

—Sí.

—Me gusta tu estilo —le dice guiñándole un ojo a la niña y Hazel se ríe.

Yo miro el reloj otra vez y luego las miro a ellas, a la niña que hace media hora estaba sentada en el suelo negándose a vestirse y a la mujer que ha aparecido con una mochila, un café en la mano y una sonrisa peligrosa para desmontar mi mañana en menos de diez minutos.

No sé qué es más inquietante, que Hazel la haya dejado entrar en su pequeño universo sin condiciones o que yo haya hecho exactamente lo mismo con mi casa.

—A las ocho salimos —anuncio cogiendo mi chaqueta del respaldo de la silla.

—Sí, jefe —contesta Sylvia sin mirarme.

Hazel se gira hacia ella, fascinada.

—¿Papá es jefe?

—Muchísimo —le responde Sylvia mientras acaba de untar una tostada.

Hazel me mira, luego se gira hacia Sylvia y después abraza a Draggy con fuerza, como si acabara de entender algo

importantísimo. Yo, en cambio, solo tengo claro una cosa: esto se me ha ido de las manos.

Capítulo 4
Sylvia

La casa de Harry no parece una casa en la que vive una niña de tres años. Todo está en su sitio, limpio y pensado, como si alguien hubiera decidido que aquí dentro no puede pasar nada que no esté previsto.

Entro detrás de Hazel después del parque con la sensación de haber cruzado una frontera, dejando al otro lado el barro, las risas, las hojas en el pelo y un dragón que hoy ha decidido que podía volar porque sí, para adentrarnos en este lugar, donde todo está en silencio, perfectamente alineado y ligeramente tenso, como si la casa estuviera esperando a que alguien hiciera algo fuera de lugar para señalarlo.

Veo que Harry está en la cocina de pie, con la espalda recta, sin moverse, mirando el reloj con una concentración que roza lo obsesivo, como si en cualquier momento fuera a ceder por puro agotamiento y empezar a obedecerle. Aparta la vista de él en cuanto nos oye entrar.

—Llegáis tarde.

Ni «hola», ni «qué tal», ni «seguís vivas»… Él va directo al problema. Me quito la mochila de un hombro y la dejo sobre la silla más cercana.

—Buenas tardes para ti también.

Hazel no tarda ni medio segundo en intervenir.

—Hemos visto un dragón, papi.

Harry cierra los ojos un instante.

—No.

—Sí, ¡de verdad! ¡Te lo prometo! —exclama la cría con convencimiento.

—Hazel.

Ella levanta a Draggy con orgullo.

—Este.

Me muerdo el labio inferior para evitar sonreír. Sin embargo, Harry parece estar haciendo un esfuerzo por no perder la paciencia. Yo, sin decir ni media palabra, me limito a apoyarme en la encimera, cruzo los brazos y lo observo con calma. Tiene la camisa ligeramente arrugada, la corbata floja y la mirada propia de alguien que ha tenido un día demasiado largo y que aún no ha terminado.

—¿Qué tal la reunión? —pregunto.

—Productiva.

Eso significa que no quiere hablar del tema. De acuerdo, lo tendré en cuenta.

—Tengo hambre —me dice Hazel tirándome de la sudadera.

Harry reacciona inmediatamente.

—La merienda es a las cinco.

Miro el reloj.

—Son las cinco y diez —digo.

—Entonces vamos tarde —nos avisa él.

—O llegamos justo a tiempo.

Me mira con gesto de que no le ha gustado mi respuesta. Abre la nevera, saca un tupper perfectamente etiquetado y lo deja sobre la encimera.

—Come un poco de fruta —le ordena a la niña, que arruga la nariz al escucharle.

—No, no quiero fruta, papi, porfiiiii.

—Sí.

Me cruzo de brazos y veo que Hazel se deja caer contra el mueble con dramatismo.

—No, no quiero fruta —insiste la cría y Harry se pasa una mano por el pelo.

—Es lo que hay.

—Noooooo —lloriquea Hazel.

Yo estoy en silencio mientras la tensión y la dictadura de las normas y del reloj se adueñan de la situación, hasta que lanzo un hondo suspiro y tomo una decisión.

—Vamos a hacer tortitas.

Harry gira la cabeza hacia mí como si acabara de decir que vamos a invocar a un demonio en mitad de la noche de los muertos.

—No —me dice de forma tajante.

—Sí —le respondo sin que me tiemble el pulso.

—No hacemos tortitas entre semana —insiste.

—Ya, pero hoy sí.

Hazel levanta la cabeza.

—¿Tortitas?

—Tortitas —confirmo con una sonrisa.

Harry apoya las manos en la encimera.

—He dicho que no.

—Harry —insisto y me acerco un paso hacia él—. Hoy es un día especial.

—No lo es.

—Claro que lo es.

—¿Por qué?

Le sostengo la mirada un segundo.

—Porque Hazel lo necesita.

Ambos nos quedamos en silencio y la niña nos mira a los dos, conteniendo la respiración como si esto fuera un momento decisivo en la historia de la humanidad. Harry la mira, luego a mí y, por último, vuelve a mirar el reloj.

Pierde. No lo dice en voz alta, pero sabe que ha perdido.

—Cinco minutos.

Sonrío.

—Perfecto —respondo con una sonrisa.

—¡TORTITAS! —exclama la cría con emoción.

Y en ese instante, la cocina deja de parecer un quirófano y empieza a parecer una casa. Hazel se sube a la encimera antes de que Harry pueda decir nada.

—Bájate de ahí.

—No.

—Hazel.

—¡Quiero ayudar a Sylvia!

—Puedes ayudar desde el suelo.

—No, porque no llego.

—Déjala —digo, observando la discusión.

—No.

—Harry.

Me mira y yo le sostengo la mirada hasta que cede. Supongo que no lo hace porque quiera, sino porque no tiene tiempo para meterse en otra guerra.

—Cinco minutos —repite.

—Ya lo has dicho —le respondo y abro uno de los armarios— ¿Dónde tienes la harina? —le pregunto con una sonrisa.

—Tercer estante, a la derecha.

La encuentro en un bote transparente, etiquetado y alineado con otros tres recipientes idénticos.

—Claro que sí —sonrío otra vez y lo dejo sobre la encimera— Vale, equipo.

Hazel levanta la mano.

—¿Qué hago?

—¿Te has lavado las manos?

—¡Sí!

—Pues tú mandas —le digo a mi pequeña cocinera.

Harry resopla.

—No, Hazel no manda.

—Hoy sí —le aviso.

—No.

Hazel golpea la encimera con entusiasmo y yo hago caso omiso a la negativa de Harry.

—¡Yo mando!

—Vale —digo—. Primera orden.

—Empezamos con la harina —añade la cría.

—Perfecto.

Le doy el bote, algo que, al instante, me doy cuenta de que ha sido un error, porque lo abre con demasiada energía y la mitad cae directamente al suelo. Las dos nos quedamos en silencio y observo que Harry se queda completamente quieto. Observo el suelo, la nube blanca de harina que asciende desde él y después vuelvo la mirada hasta Hazel.

—Bien —asiento.

Harry no dice nada, lo que es mucho peor.

—Eso… —empieza.

—Es parte del proceso —le corto quitándole importancia al pequeño accidente.

—¡Es suave! —exclama la niña sonriente con la mano dentro del bote de harina.

—Sí.

—No —dice Harry—. No es parte del proceso.

—Claro que lo es —insisto.

—Sylvia.

—Harry.

—Que digo que no.

—Relájate —le suelto y él me lanza una mirada que, en otro contexto, probablemente haría que alguien saliera corriendo, pero yo no lo hago.

—Draggy también quiere —dice Hazel que sigue a lo suyo jugando con la harina.

—Draggy participa —afirmo.

—Draggy no puede participar —sentencia Harry.

—Hoy sí.

—No —insiste Harry.

—Claro que sí —le respondo mientras cojo un bol—. Ahora hay que añadir los huevos.

Hazel levanta la mano.

—¡Yo lo hago!

—¡Claro que sí!.

Le doy un huevo y veo que Harry da un paso adelante.

—No se lo des.

—Demasiado tarde.

Hazel lo golpea mal contra el borde del bol y el huevo no se rompe. Se le resbala y acaba cayendo al suelo. Ahora bajo nuestros pies tenemos un mejunje de harina y huevo.

—Esto es un desastre —afirma Harry cerrando los ojos un momento mientras niega con la cabeza.

—Esto es una cocina —respondo.

Hazel mira el suelo.

—Se ha muerto el señor huevo.

—No, solo se ha transformado —le explico.

—Ah.

Mi respuesta le vale a la cría, aunque el padre no está tan convencido.

—Voy a limpiar eso —dice buscando un trozo de papel de cocina.

—Luego lo hacemos.

—No, mejor ahora.

—Luego —insisto.

Me mira y otra vez tengo esa sensación de que está decidiendo si pelear o no.

—Luego —gruñe.

—Bien —le respondo con una sonrisa.

Rompo otro huevo.

—Ahora tú remueve —le digo a Hazel dándole la cuchara.

—Vale —me responde empezando a mezclar el contenido del bol con un entusiasmo desmedido y la mezcla salpica la encimera, su camiseta e incluso a mí.

—Esto no va a salir bien —afirma Harry, que observa la escena como si acabáramos de sufrir un accidente nuclear.

—Claro que sí.

—¡Estoy cocinando! —exclama Hazel levantando la cuchara con una sonrisa de oreja a oreja.

—Eso parece —le respondo sonriente.

—Soy una chef, papi.

—Eres una chef increíble —añado y veo cómo se le ilumina la cara de felicidad.

Harry se queda mirándola.

—Draggy también comerá tortitas —dice ella.

—Por supuesto —le contesto asintiendo con la cabeza.

—Claro porque a los dragones también les gusta comer tortitas —me explica la cría aún con la cuchara en la mano.

—Eso es un hecho científico.

—No es científico—. Harry resopla negando con la cabeza.

—Claro que sí —le respondo sonriente y cojo la sartén.

La pongo al fuego y echo un poco de mantequilla. Un instante después, empieza a chisporrotear y Hazel se queda en silencio y sin

pestañear, mientras observa con atención la sartén.

—¿Ahora qué? —me pregunta abriendo mucho los ojos.

—Ahora viene la parte mágica.

Vierto un poco de la mezcla, aunque queda bastante irregular y lo que hay sobre el teflón parece cualquier cosa menos una tortita.

—Eso no parece una tortita —observa Hazel.

—Bueno, es una tortita con personalidad.

Hazel aplaude.

—¡Es bonita!

—Claro que sí, ¡es única! —exclamo sonriente y atenta a la sartén.

—Esto es un desastre —murmura Harry apoyando una mano en la encimera.

—Es una merienda —le corrijo y doy la vuelta a la tortita, que se me rompe un poco por su extraña forma, pero da igual.

—Yo quiero esa —dice la niña sin apartar la vista de la sartén.

—Pues esa es tuya.

—¡Sí!

Harry la mira, luego fija la vista en mí y después vuelve a la tortita. Y ahí pasa algo. Hazel sonríe, de verdad, porque está feliz y Harry lo ve. Se queda quieto y no dice nada. Lo más sorprendente de todo es que desde que hemos llegado a casa, no está mirando al reloj, sino a Hazel y eso cambia algo, no sé muy bien el qué todavía, pero lo cambia.

La primera tortita llega al plato en un estado discutible. Tiene un lado más tostado de la cuenta, el otro demasiado pálido y una forma que no se parece a nada reconocible. Pero Hazel la observa como si fuera la cosa más bonita que ha visto en su vida.

—¡Es perfecta! —exclama la cría.

—Es discutible —murmura Harry.

—Es perfecta —repito.

Hazel asiente con firmeza, como si acabáramos de establecer una verdad universal.

—Los dragones comen así —sentencia.

—Claro que sí —le doy la razón, le corto un pedazo con el tenedor y se lo doy. Hazel se lo mete en la boca sin esperar a que se enfríe del todo.

—¡Está muy rica! —exclama alzando los brazos con la boca llena, con la camiseta manchada de harina y huevo, con el pelo despeinado y también cubierto de harina y con Draggy apoyado en el borde de la mesa como si también estuviera a punto de probar las tortitas.

Harry se queda quieto al otro lado de la encimera observándola sonreír, mientras yo sigo cocinando sin decir nada. La segunda sale mejor, la tercera es casi redonda y la cuarta vuelve a ser un desastre. Hazel no hace distinciones y para ella todas son igual de importantes.

—Esta es de Draggy.

—Perfecto.

—Y esta es mía.

—También.

—Y esta es tuya —añade señalándome.

—Gracias —le respondo haciéndole una reverencia teatral, que hace que Hazel se ría.

—Y esta es de papá.

Harry levanta la vista.

—No quiero, gracias —responde y la cría frunce el ceño.

—Sí que quieres, papi.

—No me apetece, gracias —insiste él.

—Que sí, porfiiiii.

—Hazel…

Ella le acerca el plato.

—Los dragones dicen que tienes que comerte una.

Los tres nos quedamos en silencio, me giro y veo que Harry observa el plato que la niña le ha puesto delante, luego la mira a ella y, por último, a mí. Yo alzo una ceja, aunque no digo nada porque no hace falta. Coge el tenedor, prueba un trozo y hace una pausa mientras mastica.

—No está mal —suelta al fin.

Hazel aplaude.

—¡Lo sabía!

—No está mal —repite él, como si necesitara reafirmarlo.

—Es perfecta —corrijo.

—No perfecta no es…— responde mirándome.

—Claro que lo es.

—Sylvia…

Nos sostenemos la mirada un segundo, pero Hazel nos interrumpe levantando el tenedor.

—¡Más!

—Más —confirmo.

Sigo cocinando. El desastre en la cocina es evidente. Hay harina en el suelo, restos de huevo seco junto al zócalo, manchas en la encimera que van a costar más de un producto específico eliminar y, en medio de todo eso, una niña riéndose. Harry vuelve a apoyarse en la encimera, ya no parece rígido, pero sigue incómodo, aunque ya no está luchando contra la escena. Ahora solo la observa y eso es nuevo.

—Esto no entra en tu sistema —le digo sin mirarlo.

—No.

—¿Y?

—Y nada.

—¿Nada?

—No, nada.

Eso también es nuevo. Sirvo otra tortita y Hazel la parte en dos.

—¿La compartimos? —pregunta la cría.

—Claro —afirma Harry.

La niña le da un trozo a Draggy, otro para ella y deja otro en el plato de Harry. El padre no protesta y eso me hace sonreír. Me apoyo en la encimera un momento y los observo. A pesar de que la cocina continúa siendo un caos, la situación ha cambiado y Harry también, porque sigue sin mirar el reloj y eso es lo mejor de todo.

Recojo la espátula, apago el fuego y me limpio las manos en un trapo que, probablemente, no estaba destinado a este uso, pero me da igual.

—Misión cumplida —le digo a la niña guiñándole un ojo.

—¡Sí! —exclama ella alzando los brazos.

Harry exhala despacio como si acabara de soltar algo que llevaba todo el día encima, aunque no lo verbaliza, pero se nota

—Cinco minutos más —dice y Hazel sonríe.

—Vale.

Yo también sonrío, no porque haya ganado nada, no se trata de eso, sino de haber cambiado, aunque sea un poco, el aire de esta casa.

Capítulo 5
Sylvia

Llego a casa de Harry medio dormida, con el café en la mano y la sensación de que mi cerebro todavía está intentando negociar con mi cuerpo la idea de estar despierta a esta hora, porque aunque no es temprano en términos objetivos, sí es suficientemente pronto como para que cualquier persona un poco sensata esté en silencio, sin tomar decisiones importantes y, desde luego, sin pretender que su mundo funcione con demasiada precisión.

Harry, por supuesto, no es una persona mínimamente sensata, porque abre la puerta antes de que termine de llamar. Además, ya está vestido como si estuviera a punto de presentar un proyecto capaz de cambiar el rumbo de una ciudad entera, con la camisa perfecta, la expresión tensa y el gesto propio de alguien que cree firmemente que el mundo funciona mejor cuando nadie se sale del guion.

—Llegas puntual —suelta como saludo.

—Como siempre.

Le doy un sorbo al café y entro en la casa sin esperar a que me invite, porque con Harry tengo la sensación de que si espero a que me diga «pasa» perderíamos un tiempo que él no está dispuesto a concederme.

La casa está exactamente igual que ayer, con todo en su sitio, limpio, ordenado y perfectamente colocado.

—Vamos con retraso —añade sin más preámbulo.

—Buenos días para ti también —le digo sin poder reprimir mi sarcasmo.

No me responde y se limita a cerrar la puerta, mira el reloj y camina hacia el salón con paso ligero, como si cada segundo tuviera asignada una función concreta y él fuera el único responsable de que se cumpla a rajatabla.

Lo observo un momento, en silencio, con el café entre las manos y luego sonrío. Esto va a ser divertido.

—¿Y Hazel? —pregunto.

—Vistiéndose.

—¿Sola?

—Con supervisión.

Eso suena a que lleva cinco minutos explicándole cómo ponerse unos calcetines. Dejo la mochila sobre una silla y voy hacia el pasillo justo cuando Hazel aparece, y tengo que hacer un esfuerzo bastante serio por no reírme en voz alta. Lleva botas de lluvia, una de cada color, una capa de superhéroe que arrastra por el suelo con orgullo y unas gafas de sol enormes que le ocupan media cara, como si estuviera a punto de salir a salvar el mundo en lugar de ir a la guardería.

—¡Soy rápida! —exclama deteniéndose delante de mí, orgullosa.

Miro a Harry y él a mí.

—No —dice.

—Sí —respondo sonriente.

Hazel gira sobre sí misma, haciendo ondear la capa.

—Soy una heroína.

—Evidentemente —le respondo asintiendo con la cabeza.

—No puede salir así —sentencia Harry.

—Claro que puede —afirmo divertida.

Nos miramos y tengo la sensación de que ninguno de los dos va a aceptar cambiar de opinión y es curioso, porque empiezo a reconocerlo como algo habitual entre nosotros.

—¡Salvamos el mundo! —exclama Hazel alzando los brazos.

—Lo veo —le respondo con una sonrisa.

Harry se pasa una mano por el pelo.

—Tiene que cambiarse y antes de que se haga tarde.

—No.

—Sylvia.

Doy un paso hacia él, no demasiado, solo lo justo como para que tenga que centrarse en mí en lugar de en el reloj.

—Hoy es miércoles.

Parpadea.

—¿Y?

—Los miércoles son imprevisibles.

Me mira como si acabara de decir algo completamente absurdo, lo cual, siendo sinceros, tampoco está tan lejos de la realidad.

—Eso no existe.

—Claro que existe.

Hazel asiente con entusiasmo.

—Sí, papi, claro que sí.

Harry vuelve a mirar el reloj y sabe que ha perdido. No lo dice, pero lo sé, porque empiezo a reconocer el momento en el que deja de pelear porque no tiene margen para ganar.

—Cinco minutos.

—Nos sobran dos —le digo con convicción.

—No empieces.

—Ya he empezado —respondo guiñándole un ojo.

Hazel se acerca, me coge de la mano y tira de mí hacia la puerta.

—Vamos —me dice la cría cogiendo a Draggy, que estaba sobre una de las sillas de la cocina.

Abro la puerta y Hazel da un salto al salir.

—Hay dragones.

—Siempre.

—¿Dónde?

—En todas partes.

Se queda quieta, observando con atención el exterior y analizando con la seriedad absoluta que tienen los niños cuando creen que algo realmente importa y señala un árbol.

—Ahí hay uno, ¿lo ves? —dice alzando la mirada hasta encontrarse con la mía.

—¡Claro! —exclamo asintiendo con la cabeza.

—Y ahí —añade señalando una farola.

—También.

—Y ahí.

Señala una papelera.

—Ese está dormido —le digo ahora yo a ella.

—Sí, es verdad… —me responde abriendo mucho los ojos.

—Entonces mejor que no hagas ruido —me avisa y se lleva un dedo a los labios—. Shhh.

Caminamos despacio, demasiado despacio para cualquier adulto con prisa, y exactamente al ritmo adecuado para una niña de tres años que acaba de decidir que el mundo es mucho más interesante si eliges mirarlo de otra forma.

—Ese nos mira —susurra.

—Lo sé.

—¿Y si se despierta?

—No lo hará.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

Se pega a mi pierna y asiente.

—Vale.

Seguimos avanzando, y aunque el trayecto es el mismo de siempre, nada se parece a lo que Harry considera correcto, porque Hazel pisa un charco, luego otro y luego uno más grande. Salpica, se ríe y se detiene cada pocos pasos para asegurarse de que todo sigue donde debe estar, lo cual, en su mundo, tiene bastante sentido.

Miro hacia atrás sin girarme del todo y compruebo que Harry continúa en la puerta observándonos y consultando el reloj de vez en cuando. Sin duda, nada de esto encaja en su forma de ver las cosas y, aun así, no nos detiene. Eso sí que es nuevo.

—¡Corre! —exclama Hazel tirando de mi mano.

—No, no hace falta, mejor caminamos —le explico.

—Vale —me responde y empieza a caminar dando pequeños saltitos y yo la imito.

Durante el camino, para nosotras los árboles vigilan, las farolas esconden secretos y la papelera sigue siendo un dragón dormido que merece todo nuestro respeto. Durante el trayecto, todo funciona, aunque no sea como Harry necesita que funcione.

Hazel no suelta mi mano en ningún momento, porque está completamente concentrada en que el mundo siga siendo coherente según sus propias normas.

—Ese está triste —dice señalando un banco.

—¿Por qué?

—Porque está solito.

Me siento sin pensarlo demasiado y Hazel se sube a mi lado.

—Ya no —le digo.

—No, ahora ya no —me responde sonriente.

La guardería aparece al final de la calle y Hazel acelera sus pequeños saltitos mientras camina.

—¡Llegamos!

—¡¡¡Sí!!! —exclama alzando los brazos con Draggy en una de sus manos.

Se detiene antes de entrar, me mira con seriedad.

—Luego vienes.

—Claro, cariño.

—¿Seguro?

—Seguro —le digo mirándola a los ojos.

Asiente, me da un abrazo y entra en la guardería. Me quedo un momento mientras la veo entrar y cuando lo hace me giro para marcharme. Deshago el camino y al llegar a la altura de la casa, veo que Harry sigue exactamente donde lo dejamos. No se ha movido. Eso no me lo esperaba. Al darse cuenta que lo he visto, da un paso hacia atrás y cierra la puerta. Supongo que, pese a su prisa típica de cada mañana, hay algo en ver a Hazel tan feliz que, por una vez, consigue que plante cara a la dictadura de su reloj.

Capítulo 6
Harry

El día ha sido una mierda. No hay una forma más elegante de decirlo y, teniendo en cuenta cómo ha ido, tampoco pienso buscarla.

Salgo del despacho más tarde de lo habitual. Además, lo hago con la sensación de haber estado apagando incendios durante horas sin haber conseguido realmente solucionar nada, porque las reuniones se han alargado, los clientes han decidido que sus urgencias son más importantes que cualquier lógica estructural y uno de los proyectos ha vuelto a retrasarse por algo que, en condiciones normales, habría estado resuelto hace semanas.

Aprieto el botón del mando a distancia del coche mientras repaso mentalmente la lista de cosas pendientes, que no ha dejado de crecer en todo el día y que, si soy honesto conmigo mismo, tampoco va a reducirse en las próximas horas.

Me siento al volante, dejo el maletín en el asiento del copiloto y apoyo la cabeza un segundo contra el reposacabezas. Solo uno, no tengo más tiempo. Suelto un suspiro, arranco el motor y salgo del aparcamiento con la tensión que se me suele quedar en el cuerpo cuando el día no sale como tenía previsto, que es prácticamente siempre, pero hoy aún más, porque todo ha ido un poco peor de lo habitual.

El tráfico no ayuda, nunca lo hace. Avanzo despacio, paro en un semáforo en rojo y apoyo las manos en el volante mientras miro al frente sin ver realmente nada. Sé que debería estar pensando en el informe que tengo que revisar esta noche, en la reunión de mañana o en cómo reorganizar el calendario para evitar que todo vuelva a desbordarse, pero no lo hago. En su lugar, pienso en Hazel y en cómo habrá ido esta mañana, en si habrá llegado bien a la guardería o en si se habrá enfadado después de que me marchara… Aunque no sé por qué me extraña, pensar en Hazel no es nada nuevo. Siempre pienso en ella. Lo que sí es nuevo… es Sylvia.

Solo pensar en su nombre, su imagen aparece en mi cabeza sin que la haya buscado, como si alguien la hubiera colado en mitad de un espacio que, hasta ahora, estaba perfectamente organizado. Imagino a Sylvia en la cocina, discutiendo conmigo o dejando que Hazel se ponga unas botas de agua de distinto color y una capa de superhéroe para ir a la guardería como si eso no fuera un problema.

Aprieto la mandíbula. No debería estar pensando en ella, no tiene sentido, porque no es más que una solución temporal hasta que se recupere la señora Morrison, nada más.

El semáforo cambia a verde y avanzo. Intento volver al orden lógico de las cosas, pero no lo consigo del todo, porque cada vez que mi cabeza vuelve a desviarse, no lo hace hacia el trabajo, sino hacia mi hija y, evidentemente, también a Sylvia.

Giro en la calle del parque y reduzco la velocidad casi sin darme cuenta, porque sé que estarán ahí o deberían estarlo. Aparco en el mismo sitio de siempre, apago el motor y me quedo un segundo dentro del coche. Respiro hondo y salgo.

El parque está lleno de niños riendo, gritando y jugando, y de padres que intentan fingir que no están cansados. Avanzo por el camino de tierra y veo primero a Hazel y después a Sylvia. Las dos están sentadas en el suelo, rodeadas de tizas de colores como si eso fuera lo más normal del mundo. Me detengo a cierta distancia y las observo. Mi hija está inclinada hacia delante, completamente concentrada, con la lengua ligeramente fuera y de lado, mientras la aprieta con los labios. Sylvia está a su lado, con una rodilla apoyada en el suelo y las manos llenas de tiza. Entre las dos han llenado el suelo de dibujos de enormes dragones pintados con colores que no siguen ningún tipo de lógica, líneas que se cruzan, alas enormes y cabezas de formas extrañas. Cuando más concentrado estoy en ellas, mi hija alza la cabeza y me ve. Al instante, su cara cambia.

—¡Papá!

Sale corriendo hacia mí sin soltar la tiza, con sus rizos saltando sobre su espalda y la camiseta manchada. No me da tiempo a reaccionar antes de que se choque con mis piernas y me abrace con fuerza.

—¡Mi Sylvia dibuja dragones de verdad!

No le respondo de inmediato. Miro a la canguro y compruebo que sigue en el suelo mirándonos.

—¿Sí? —le digo a Hazel, agachándome un poco para ponerme a su altura y poder abrazarla yo ahora.

—¡Sí! —insiste tirando de mi mano—. Ven.

No me deja opción y me arrastra hasta el dibujo.

—Mira este —dice señalando uno enorme, azul—. Este vuela muy alto.

—Ajá.

—Y este —añade señalando otro rojo—. Este escupe fuego.

—Claro.

—Y este es de agua —continúa, sin parar—. Y este es invisible.

Asiento mientras la escucho, aunque lo que realmente estoy haciendo es observar a Sylvia, que ahora se ha levantado y compruebo que tiene la ropa y las manos manchadas de tiza, aunque no parece preocuparle lo más mínimo. Se limpia las manos en los vaqueros y se acerca hasta nosotros.

—Gracias por cuidar de Hazel —le digo de forma automática con un tono más formal de lo que pretendía.

—Gracias por confiar en mí —me responde asintiendo y fija la mirada en mis ojos.

De repente veo que un puñado de niños se han congregado a nuestro alrededor y Sylvia se gira hacia ellos con naturalidad.

—Este no lo toquéis porque muerde —les dice señalando uno verde.

—¿De verdad? —le pregunta uno.

—Muchísimo.

—¿Y ese? —quiere saber otro.

—Ese vuela —responde—. Pero solo si le dais espacio.

Los niños se apartan al instante para hacerle caso y sin poner en duda lo que les acaba de decir. Mientras yo observo la escena en silencio asombrado por cómo los niños escuchan y siguen a Sylvia, sin que ella fuerce nada, ni levante la voz, simplemente lo dice y los críos la siguen.

—¿Te gusta? —me pregunta mi hija tomándome de la mano.

—Sí —le respondo con sinceridad, mientras miro el suelo y luego llevo la mirada hasta ella de nuevo, que vuelve a sonreír.

Hazel no suelta mi mano mientras habla, porque quiere asegurarse de que estoy mirando exactamente lo mismo que ella y de que estoy entendiendo algo que, por lo visto, considera importante, aunque yo todavía no tenga claro del todo qué es.

—Este tiene dos cabezas y este no puede volar, pero corre muy rápido.

—Tiene sentido.

—Y este es de hielo —añade sin detenerse—. Pero solo cuando hace frío.

Asiento y la escucho, aunque, en realidad, estoy prestando atención a cómo habla, cómo se mueve y cómo se ríe, porque hace meses que no la veía así. Levanto la vista y veo que Sylvia está de pie a unos metros, rodeada ahora por tres niños más, que la miran como si fuera la única persona capaz de explicarles cómo funciona exactamente el mundo que acaban de dibujar en el suelo.

—Este no es peligroso —les dice señalando uno amarillo—. Pero si lo molestáis, se enfada.

—¿Y qué hace? —pregunta uno.

—Se va.

—¿Solo eso?

—A veces irse es lo peor que pueden hacer los dragones…

El niño parece pensarlo y asiente convencido. Yo también lo hago, aunque no sé muy bien por qué. Hazel tira de mí otra vez.

—Ven aquí, papi —me dice y me arrastra hasta que nos quedamos frente a otro dibujo.

—Este es mío.

—¿Qué hace? —le pregunto con interés.

—Cuida.

Parpadeo.

—¿Cuida?

—Sí.

—¿De qué?

Hazel duda un segundo y vuelve a mirar el dibujo, después a Sylvia y de nuevo otra vez a mí.

—De todo.

Asiento sin más, porque no sé qué otra cosa podría decir. Justo en ese momento veo que Sylvia se acerca despacio hasta nosotros y se detiene a mi lado.

—Ese es importante —dice refiriéndose al dibujo de mi hija.

—¿Por qué?

—Porque no hace ruido.

Frunzo ligeramente el ceño.

—¿Y eso es bueno?

—Depende —responde encogiéndose de hombros—. Hay cosas que solo funcionan cuando no hacen ruido —añade sin ironía.

Hazel no espera más y se agacha otra vez para seguir dibujando y el resto de los niños la imitan. Poco después, el suelo se llena de líneas nuevas y de colores mezclados sin un orden aparente, aunque, contra todo pronóstico, esa sensación caótica y desordenada no me resulta incómoda.

Yo me limito a cruzarme de brazos y observo. Trato de analizar la escena desde un punto lógico, donde todo tiene una función concreta, pero no lo consigo, porque aquí no hay ni estructura, ni orden, a pesar de que funciona. Eso es lo que más me descoloca.

—No estás tomando notas —me dice Sylvia sin mirarme.

—No.

—Qué raro…

—No necesito anotarlo todo.

—Eso es un avance.

—No es un avance.

—Ah, ¿no? Y ¿qué es entonces?

—Es una excepción —. Me giro para mirarla.

—Las excepciones son peligrosas.

—Lo sé.

—Entonces estamos de acuerdo.

—No.

—Ya.

Hay algo en esa conversación que no tiene sentido y, sin embargo, resulta extrañamente fácil.

Hazel levanta la cabeza.

—Papá.

—Dime.

—¿Te quedas?

La pregunta me pilla desprevenido. Miro el reloj, por costumbre, y después regreso la mirada hasta ella, después a Sylvia y de nuevo a Hazel.

—Un rato —asiento, aunque dentro de mí sé que no debería quedarme, porque tengo mucho trabajo pendiente, pero digo que sí y eso ya es un problema en sí mismo.

Hazel sonríe y se gira para seguir dibujando. Sylvia se sienta otra vez en el suelo, sin preocuparse lo más mínimo por su ropa, por ensuciarse o por estar rodeada de niños que no conoce. Mientras, yo me quedo de pie observándolas y el tiempo pasa, no sé cuánto, porque no lo mido, algo bastante extraño para mí. Hasta que de repente Hazel se levanta, corre hacia Sylvia y la abraza sin previo aviso, ni contexto, aunque ella no tiene ninguna necesidad de explicarlo.

—Sylvia vive aquí.

Al escuchar lo que acaba de decir, me quedo inmóvil, no digo nada, ni la corrijo y Sylvia tampoco lo hace. Ella solo se limita a abrazarla y a apoyar la barbilla un segundo sobre su cabeza, en un gesto breve, casi automático, hasta que Hazel se separa y regresa al dibujo como si no acabara de decir algo que, en cualquier otro contexto, requeriría una conversación más larga. Miro a Sylvia y nuestras miradas se encuentran, aunque no hacemos nada, solo nos miramos con la certeza de que ambos hemos escuchado lo mismo.

—Tenemos que irnos —digo al final y Hazel protesta un poco.

—Cinco minutos más, papi, porfiiiii.

—Cinco —le respondo mirando el reloj como hago siempre.

—Diez —intenta negociar mi hija.

—Cinco —insisto y Hazel lanza un suspiro en señal de que acepta lo que le digo.

Sylvia no interviene, ni negocia y eso, curiosamente, facilita las cosas.

Cinco minutos después, Hazel recoge las tizas, se limpia las manos como puede y vuelve a cogerme de la mano.

—Adiós —dice.

—Adiós, dragones —añade Sylvia.

Los niños repiten el gesto levantando sus pequeñas manos y otros siguen dibujando mientras nos alejamos, mientras nosotros tres nos alejamos. No obstante, en mi mente sigue girando la frase de mi hija: «Sylvia vive aquí». No digo nada y me limito a escuchar lo que Hazel va diciendo, pero la frase sigue dentro de mi cabeza y no desaparece durante todo el camino de vuelta a casa.

Capítulo 7
Sylvia

Cuando llegamos a casa, Hazel ya no parece una niña que ha pasado la tarde en el parque, sino un pequeño muestrario ambulante de tierra y restos de tiza repartidos por el cuerpo, la ropa y hasta en el pelo, como si en algún momento hubiera decidido que lo más sensato era integrarse con el suelo y no volver a separarse de él.

Entra arrastrando a Draggy por una pata, dejando un rastro visible que Harry detecta antes incluso de que la puerta se cierre del todo.

—Hazel, directa al baño.

Me quedo un segundo en el recibidor, todavía con la mochila colgada de un hombro, observando cómo la tensión se instala en el ambiente en cuanto las cosas se desvían un centímetro de lo que Harry tiene previsto.

—No —contesta Hazel sin moverse del sitio.

Harry cierra los ojos un instante, respira por la nariz y vuelve a intentarlo con un tono de voz que está a medio camino entre la paciencia y el control en proporciones exactas.

—Estás llena de suciedad, Hazel. Vamos al baño.

—No estoy sucia —responde abrazando a Draggy con más fuerza—. Es pintura de dragón.

Tengo que hacer un esfuerzo bastante serio por no reírme, porque Harry no lo hace.

—Da igual cómo lo llames —contesta—. Tienes que bañarte.

—No quiero —suelta la niña dejándose caer al suelo.

Harry se pasa una mano por el pelo. No levanta la voz, ni se altera, pero la tensión se le nota en la forma en que aprieta la mandíbula y en cómo su cuerpo se queda rígido, preparado para sostener una batalla que, en el fondo, sabe que va a perder.

—Hazel —insiste.

—No —repite la niña.

Doy un paso hacia ellos, despacio, porque este tipo de situaciones no se resuelven antes por insistir con prisa.

—¿Sabes qué pasa? —le pregunto a Hazel agachándome, para quedarme a su altura.

La cría me mira, todavía abrazada a su dragón, con esa expresión seria que pone cuando cree que algo importante está a punto de ocurrir.

—¿Qué?

—Que los dragones no pueden volar si están sucios.

Se queda quieta pensando en lo que le digo, mientras Harry nos observa sin moverse.

—Ah, ¿no?

—Claro que no —respondo con toda la seguridad del mundo —. ¿No sabías que el polvo pesa demasiado?

Frunce el ceño, mira a Draggy y luego vuelve a mirarme a mí.

—Eso es verdad.

—Muchísimo.

—¿Y si no se bañan nunca?

—Se quedan en el suelo, porque no pueden volar.

Esa idea no le gusta nada.

—Vamos —se levanta del suelo sin discutir.

Harry me mira y yo no digo nada más, porque no hace falta. Hazel ya está caminando hacia el baño, arrastrando al dragón de un brazo y, de paso, a nosotros dos detrás.

El baño empieza bien. Demasiado bien, lo que en mi experiencia significa que en cualquier momento va a torcerse. Hazel se sube al taburete, deja a Draggy en el borde del lavabo y me observa con una concentración absoluta, como si estuviéramos a punto de iniciar una operación delicada.

—Primero él.

—Por supuesto.

Harry abre el grifo, ajusta la temperatura y comprueba el agua con la mano.

—Ni muy caliente ni muy fría —le advierte la niña.

—Lo sé —le responde Harry.

Hazel golpea el lavabo con la palma.

—Primero a Draggy.

— Primero a Draggy —repito, volviendo a centrarme en ella.

Cojo un poco de agua con la mano y la dejo caer sobre el muñeco. Hazel observa cada movimiento como si estuviera aprendiendo algo importante.

—¿Está bien?

—Perfecto —le respondo con convicción.

—¿Y ahora?

—Ahora hay que frotar.

Hazel lo hace con entusiasmo, quizá con demasiado y el agua salpica el lavabo, el espejo y parte del suelo.

—Cuidado —me advierte Harry dando un paso adelante.

—Está controlado —le digo en un intento de que se relaje.

—No lo parece.

—Pues lo está —insisto.

—Ya está limpio —me avisa Hazel levantando la cabeza para mostrarme el muñeco.

—Eso parece —le respondo asintiendo.

—Ahora yo —contesta Hazel y se quita la camiseta sin esperar a que le ayude y la deja caer al suelo. Harry la recoge inmediatamente, la sacude un poco y la dobla con un gesto automático por su necesidad constante de que todo tenga un lugar y ese lugar se respete.

Yo no digo nada, solo lo observo, mientras la bañera se acaba de llenar. Cuando hay suficiente agua, Hazel mete un pie, luego el otro y se sienta.

—Los dragones viven aquí.

—Claro —le respondo sonriente.

—Muchos.

—Muchísimos.

—Necesitan espacio —me dice convencida mirando a nuestro alrededor con los ojos muy abiertos.

—Eso también es verdad —le contesto mientras empiezo a enjabonarle el pelo.

Se levanta dentro de la bañera y se apoya en el borde.

—Más agua.

Harry interviene inmediatamente.

—No hace falta más.

—Sí hace falta.

—Hazel…

—Harry —digo sin mirarlo—. Hoy hay muchos dragones.

Se queda en silencio un segundo y luego abre el grifo un poco más. El agua sube un poco más en la bañera y Hazel sonríe.

—Ahora sí.

Empieza a mover las manos dentro del agua, creando olas pequeñas que no tardan en convertirse en algo más caótico.

—Cuidado —le advierte Harry, más por reflejo que por convicción.

—No pasa nada —digo en un intento de que se tranquilice.

—Sí que pasa.

Hazel saca un dragón de plástico de la nada, luego otro y otro más. No sé de dónde salen, pero en pocos segundos la bañera está llena.

—Ellos también tienen que bañarse.

—Por supuesto —le contesto divertida mientras veo que los mete a todos en el agua.

Harry observa la escena como si acabara de perder el control de algo importante.

—No caben —me advierte.

—Claro que caben.

—Sylvia…

—Harry.

—Se va a salir el agua.

—No, tranquilo.

—Verás como sí que se sale...

—No —insisto de nuevo.

Hazel golpea el agua con las dos manos y la espuma empieza a aparecer, expandiéndose con rapidez hasta cubrir gran parte de la superficie.

—Esto es un desastre —dice él, cerrando los ojos un segundo.

—Esto es un baño —le corrijo.

Hazel se ríe con una carcajada sin pensar ni preocuparse por nada más. Al escucharla, Harry deja de hablar y la observa, como si llevara tiempo sin verla así.

—Más —dice Hazel.

—Más —repito, echando un poco más de gel.

La espuma sube y se expande sin ningún control.

—¡Mira, vuela! —exclama Hazel levantando un dragón cubierto de espuma.

—Claro que vuela.

—¡Vuela muchísimo!

Se ríe otra vez y Harry sigue ahí, quieto, observando algo que claramente no encaja en su sistema… pero que tampoco parece dispuesto a interrumpir. Se mantiene callado mientras Hazel golpea el agua, hunde a sus dragones en la espuma y vuelve a sacarlos convertidos, según ella, en criaturas mágicas preparadas para volar más alto que nunca.

—Este ya puede cruzar tormentas —declara levantando uno azul completamente cubierto de burbujas.

—Eso es un ascenso importante —le digo.

—Y este puede escupir arcoíris.

—Ambición no le falta —le respondo divertida.

Hazel se ríe con una felicidad tan limpia que hasta el aire parece distinto. La espuma le llega casi a los codos, tiene el pelo pegado a la frente y la nariz manchada de una gotita de agua con jabón. Harry la observa como si estuviera asistiendo a algo que había olvidado que existía y eso, más que enternecerme, me descoloca un poco. Porque Harry no es un mal padre eso lo comprobé el primer día. Está pendiente de ella, la escucha, la cuida y toda su vida gira alrededor de que a Hazel no le falte nada. El problema no está en eso, sino en que Harry vive tan obsesionado con que nada se rompa, que no deja espacio para que algo simplemente ocurra. No improvisa, no se mancha, no se equivoca y, lo que es peor, tampoco parece permitirse divertirse si el disfrute no entra en la casilla correcta de su horario.

Lo observo sin que se dé cuenta y veo que su camisa sigue impecable salvo por una mínima salpicadura de agua, que

probablemente no ha visto aún. Tiene los hombros tensos, la corbata ya no tan apretada como por las mañanas y está apoyado en el marco de la puerta de una manera que delata que está presente incluso cuando parece dispuesto a huir. Hay algo agotado en él, como si llevara demasiado peso sin soltarlo nunca.

—¡Mira, Sylvia! ¡Este se ha convertido en rey! —exclama Hazel golpeando el agua otra vez.

Levanta un dragón rojo lleno de espuma, con una corona invisible que, según ella, resulta obvia para cualquiera que no sea un adulto aburrido.

—Es verdad. Se le nota en la cara.

—¿Verdad que sí?

—Muchísimo.

Harry resopla por la nariz. No es exactamente una risa, pero se parece lo suficiente como para que yo lo note.

—¿Quieres decir algo? —le pregunto sin apartar las manos de la toalla con la que estoy secando uno de los dragones de plástico.

—No —me responde con convencimiento.

—Qué raro.

—No todo requiere un comentario.

—Eso no te lo compro ni yo —contesto, divertida.

Hazel gira la cabeza entre los dos, detectando inmediatamente una conversación que podría ponerse interesante.

—Papá piensa muchas cosas.

—Eso es verdad —digo.

Harry me mira.

—No hace falta que analices mi personalidad en mitad del baño.

—No la estoy analizando. Solo la estoy presenciando.

—Eso suena peor.

—Porque lo es un poco.

Hazel aplaude, encantada sin saber muy bien por qué, solo porque el ambiente de la estancia ha cambiado y con eso tiene suficiente.

Empiezo a vaciar la bañera mientras ella protesta un poco, no mucho, porque la idea de secar a los dragones y prepararlos para

dormir ha abierto una nueva aventura dentro de su imaginación. Así que la saco del agua envuelta en una toalla y la siento sobre el taburete. Su cuerpecito está caliente y relajado. Le seco el pelo mientras ella abraza a Draggy, que ahora también está limpio, aunque en realidad sigue siendo exactamente el mismo dragón de siempre con una oreja torcida, tuerto y una costura medio deshecha.

—Los dragones necesitan bañarse para poder volar —murmura, ya medio rendida por el cansancio y el sueño.

—Eso llevo diciéndote desde hace un rato.

—Yaaaaa.

—Entonces estaba yo en lo cierto.

—Sí —me dice con una sonrisilla de pilla y con los ojos somnolientos.

—¡Qué maravilla! —exclamo abrazándola y riendo.

Harry recoge los juguetes del suelo del baño y los va colocando con una precisión casi cómica encima del borde de la bañera. Uno al lado del otro, alineados y ordenados por altura. No puedo evitar fijarme en sus manos grandes y fuertes cuidando de no echar agua fuera y de dejarlo todo en un orden pulcro y lógico.

—Ya está —dice al cabo de un momento—. La cena estará lista en diez minutos.

Hazel me mira por encima de la toalla.

—No quiero diez minutos.

—No funciona así —le contesta Harry.

—Podría funcionar —intervengo.

Harry niega con la cabeza y se pasa una mano por la nuca, que viene a ser su versión de una protesta más intensa.

—No.

—Qué hombre tan flexible eres —ironizo.

—Funciona —responde alzando una ceja.

—Esa palabra te gusta mucho.

—Porque es importante.

—No todo lo importante funciona con cronómetro.

Nuestras miradas se cruzan un instante. No estamos teniendo una discusión de verdad, ni un juego. Estamos en ese terreno

incómodo en el que los dos hablamos de Hazel y, al mismo tiempo, de algo más que todavía no nombramos.

Aparto la vista la primera, no por sumisión, sino porque Hazel ha decidido que ya está seca, se baja del taburete y se lanza contra mis piernas con una energía sorprendente para una niña que hace dos minutos parecía a punto de quedarse dormida envuelta en la toalla.

—Mi Sylvia.

Esas dos palabras se me clavan en medio del pecho. A pesar de que no es la primera vez que me lo ha dicho, pero tal vez ahora me impacta más porque estamos en el baño de una casa que no es mía, con el suelo lleno de agua, el olor a jabón en el aire y Harry mirándonos. Quizá porque Hazel me abraza con la naturalidad brutal con la que solo abrazan los niños, como si no entendieran de distancias prudentes ni de vínculos temporales. O quizá porque, por un segundo pequeño y peligrosísimo, la idea de que podría quedarme aparece en mi cabeza de puntillas. Aunque no sería quedarme aquí, no
exactamente, ni de esta forma absurda y acelerada en la que todo ha empezado, pero podría… Podría quedarme un poco más, acostumbrarme a esta casa, a esta niña, a la forma en que Draggy aparece en mitad de cualquier conversación y la convierte en algo mejor… Podría incluso acostumbrarme a Harry, que ahora mismo me está observando con una intensidad que no termino de descifrar y eso sí que no me gusta. Porque yo no soy de las que se queda nunca demasiado tiempo en trabajos, ni en casas ajenas, ni en sitios que empiecen a resultarme demasiado cómodos. Hay una parte de mí que siempre detecta el momento en que algo empieza a importarme demasiado y responde exactamente igual: «Sal de ahí antes de que te acostumbres».

Hazel me aprieta un poco más.

—Mi Sylvia —repite, como si quisiera asegurarse de que lo he oído bien la primera vez.

Le acaricio el pelo húmedo y me obligo a sonreír con normalidad.

—Sí, pequeña dragona.

—Te quedas para el cuento.

La frase me pilla desprevenida, pero Harry responde antes que yo.

—Hoy no.

Hazel se gira hacia él con una decepción inmediata.

—Papá…

—No. Hazel, hoy no te lo he dicho —insiste en tono automático.

—No pasa nada. Mañana podemos volver a bañar dragones y luego ya veremos qué cuentos necesitan. —le digo mientras me incorporo despacio.

Hazel parece debatirse entre insistir o aceptar, pero al final asiente, porque está cansada y porque, en el fondo, todavía cree que mañana está lo bastante cerca como para ser una promesa fiable.

Harry me tiende una toalla pequeña para que me seque las manos y en ese gesto, nuestros dedos se rozan lo justo para que yo lo note y él también.

—Gracias —dice y yo lo miro porque no entiendo por qué lo dice —Por la espuma, los dragones y la inundación parcial del baño, supongo —me lo suelta casi de carrerilla y observo como una esquina de su boca se mueve un poco—. Y por lograr que se meta en la bañera sin declarar una guerra.

—De nada.

Hazel bosteza con toda la teatralidad del mundo y Harry la coge en brazos casi al instante y, al hacerlo, toda su expresión cambia. No se vuelve más blanda, sino menos pendiente de sostenerlo todo a la fuerza. Hazel apoya la cabeza en su hombro y cierra los ojos medio segundo. En este momento, debería limitarme a observar esa escena y guardarla en mi cajón mental de «momentos bonitos pero ajenos». El problema es que no me sale del todo, porque mientras salimos del baño, con Harry llevando a Hazel en brazos y yo detrás con Draggy, tengo la sensación de que este sitio empieza a parecerse demasiado a algo donde podría quedarme y eso para mí nunca ha sido una buena noticia.

Capítulo 8
Harry

El teléfono suena en mitad de la reunión y, solo con eso, ya sé que algo no va bien. No suelo recibir llamadas a estas horas y mucho menos de la guardería, así que ni siquiera necesito mirar la pantalla para notar cómo se me tensa el cuerpo antes de cogerlo. Aun así, lo miro y veo que es de la guardería. Eso nunca es buena señal.

—Disculpad un momento —me excuso, levantándome antes de que nadie tenga tiempo de responder y salgo de la sala con el teléfono pegado a la oreja— ¿Sí?

—¿Señor Montgomery?

—Sí, soy yo.

—Soy Megan, de la guardería de Hazel.

Su tono es correcto, quizás demasiado, y eso solo consigue que mi incomodidad aumente. Hace una pausa antes de continuar y ese segundo es suficiente para que mi cabeza empiece a adelantarse a todo lo que no quiero imaginar.

—¿Ha pasado algo?

—Ha habido un pequeño incidente.

Aprieto el teléfono con más fuerza.

—¿Está bien?

—Sí, sí, Hazel está perfectamente —aclara enseguida—, pero nos gustaría que viniera.

Perfecto. Eso es justo lo que uno quiere oír cuando está a mitad de una reunión importante.

—Voy para allá.

Cuelgo sin añadir nada más y me quedo un instante en el pasillo, inmóvil, reorganizando mentalmente todo lo que tenía previsto hacer para las próximas horas. La reunión, el informe, la llamada de esta tarde… todo queda desplazado y desordenado. Suelto un suspiro y regreso a la sala, recojo mis cosas con la rapidez justa para no parecer precipitado y me dirijo al cliente.

—Tengo que irme. Continuaremos con la reunión más tarde.

No digo nada más, ni doy más explicaciones. No tengo tiempo y ni ganas de hacerlo.

Salgo de la sala de reuniones y voy hacia el garaje del edificio. Cuando me siento al volante, la tensión ya se ha instalado en mi pecho. Arranco el coche y me incorporo al tráfico mientras mi cabeza empieza a construir escenarios que no me gustan.

Hazel no es una niña problemática, sigue las normas y no genera conflictos. Funciona o, hace un tiempo, lo hacía. El semáforo cambia a rojo y freno con brusquedad. Apoyo las manos en el volante y miro al frente sin ver realmente nada. Intento centrarme en lo importante, en lo lógico, en lo que tiene sentido, pese a eso hay otra idea que se cuela en mi cabeza: Sylvia.

Aprieto la mandíbula. No tiene nada que ver o no debería tenerlo.

El tráfico avanza lento, demasiado para lo que necesito ahora mismo. Cada coche delante del mío es un obstáculo innecesario y cada semáforo una pérdida de tiempo absurda. No me gusta no saber qué ha pasado, ni llegar tarde.

Cuando por fin aparco frente a la guardería, salgo del coche con la sensación de que el día ha decidido complicarse un poco más de lo previsto con cada hora que pasa. Camino hasta la entrada con paso rápido, empujo la puerta y entro.

Al acceder al vestíbulo veo que Sylvia está allí, apoyada contra la pared, con los brazos cruzados y con un gesto que está peligrosamente cerca de una sonrisa que está a punto de hacerse presente. Eso no me gusta.

—¿Qué ha pasado?

No saludo, ni pregunto nada más, simplemente voy directo. Ella se aparta de la pared y se incorpora sin prisa.

—Tranquilo.

—No, no lo estoy.

—Ya lo sé.

—Entonces dime qué ha pasado.

Antes de que pueda seguir hablando, aparece la profesora.

—Señor Montgomery, gracias por venir tan rápido. ¿Me acompañan?

Asiento sin apartar la mirada de Sylvia.

—¿Qué ha pasado? —le susurro de nuevo a la canguro, mientras seguimos a la directora que camina por delante de nosotros.

Entramos en una sala, donde está mi hija. La profesora mira a Hazel, luego a Sylvia y finalmente a mí, como si estuviera buscando la forma adecuada de decirlo. Hazel está sentada en una silla, balanceando las piernas con absoluta tranquilidad, como si no hubiera ningún problema y eso tampoco me gusta.

—Ha habido… una situación un poco complicada —empieza la profesora.

—¿Qué tipo de situación?

—Hazel ha intentado convencer a otro niño de que podía volar.

Parpadeo, porque no era eso lo que esperaba que me dijera.

—¿Perdón? —pregunto arrugando el entrecejo.

—El niño no quería —continúa—, pero Hazel insistía en que sí podía… porque no tenía dragón.

Cierro los ojos un segundo y cuando los abro, Sylvia ya no está intentando disimular la sonrisa.

—No es gracioso —le susurro girándome hacia ella.

—Un poco sí.

—No, no lo es —insisto.

—Un poco —repite Sylvia.

La profesora carraspea, incómoda.

—El problema no ha sido solo la idea, sino… la ejecución.

Eso no me gusta nada.

—¿Qué ha hecho exactamente? —quiero saber preocupado.

—Intentó subir con él a lo alto del tobogán.

Perfecto. Fantástico. Maravilloso.

Miro a Hazel y ella me devuelve la mirada y sonríe.

—Papá.

—Hazel.

—No ha pasado nada.

—Eso ya lo veo.

—No quería volar.

—Menos mal.

Sylvia gira la cara ligeramente, lo justo para ocultar una sonrisa.

—Esto no tiene gracia —le digo.

—No he dicho que la tenga —me susurra girándose hacia mí para contestarme.

—Lo estás pensando.

—Es difícil no hacerlo.

La profesora interviene otra vez, intentando recuperar el control de la conversación.

—Nos preocupa que esté mezclando fantasía con realidad de una forma… poco segura —nos explica.

Miro a Sylvia, después a la profesora y de nuevo a Sylvia.

—¿Algo que quieras decir? —me giro para preguntarle, pero Hazel se encoge de hombros.

—Que tiene tres años —ataja Sylvia.

—Eso no es una explicación.

—Es exactamente una explicación —insiste la canguro.

La profesora toma aire, claramente incómoda.

—Entendemos la importancia de la imaginación, pero también es fundamental que los niños comprendan ciertos límites.

—Los entiende —responde Sylvia con calma—. Solo que no siempre le interesan.

—Sylvia… —le advierto.

—Harry… —me responde ella de vuelta con ese tonito que tanto me saca de quicio.

—Esto no es una broma —le recuerdo.

—No lo es.

—Mi hija ha intentado lanzar a otro niño desde lo alto de un tobogán —le explico como si no lo supiera.

—Pero no lo ha lanzado —me responde Sylvia.

—Porque no ha podido.

—Papá —me llama Hazel levantando la mano.

—Dime.

—No iba a lanzarlo.

La miro.

—Ah, ¿no?

—Iba a ayudarle —me aclara la niña.

Respiro hondo.

—¿A qué?

—A volar.

Todos nos quedamos en silencio, claramente incómodos. La profesora no sabe dónde mirar. Sylvia aprieta los labios para no reírse, mientras yo intento mantener la compostura.

—Papá no cree en dragones —añade Hazel con absoluta naturalidad.

Nos quedamos de nuevo en silencio y la profesora me mira de nuevo, Sylvia también y yo miro a mi hija. Por primera vez en toda la conversación, no tengo una respuesta inmediata, así que me limito a soltar el aire despacio para no perder el control delante de todo el mundo.

—Papá cree en que nadie se sube a un tobogán para saltar —le aclaro a mi hija, manteniendo la voz firme, pero ella frunce el ceño, claramente insatisfecha con mi respuesta.

—Pero si tiene dragón…

—No tiene dragón.

—Porque no se lo hemos dado —insiste con una lógica aplastante.

Cierro los ojos un segundo con la certeza de que no debería estar teniendo esta conversación con mi hija con una profesora mirándome como si estuviera evaluando mi capacidad para ser un adulto funcional.

—Hazel —digo al final—. No se empuja a nadie desde ningún sitio. Nunca.

—No iba a empujarlo.

—Subirlo, empujarlo, ayudarlo… da igual cómo lo llames.

—No, no da igual —responde ella, ofendida—. Es diferente.

Sylvia suelta una risa breve por la nariz.

—No te rías —le digo girándome hacia ella.

—No me estoy riendo —me contesta tratando de ponerse seria.

—Lo estás haciendo —insisto.

—Un poco —admite.

La profesora interviene otra vez, intentando reconducir la situación hacia algo más serio.

—Creemos que es importante reforzar ciertos límites en casa —dice con cuidado—. Que Hazel entienda que hay cosas que no son seguras, por muy imaginativas que sean.

—Lo entiende —respondo asintiendo.

—No del todo.

—Lo entenderá —le aseguro a la profesora.

Sylvia se inclina ligeramente hacia delante, apoyando el peso en una pierna, con una calma que me resulta incómoda.

—Lo entiende perfectamente —dice—. Lo que pasa es que le parece aburrido.

La profesora parpadea y yo también.

—Eso no es una justificación —le digo.

—No lo es —responde Sylvia—. Es una descripción.

—Esto no ayuda —contesto sin dejar de mirarla.

—Depende de lo que quieras conseguir.

—Quiero que mi hija no intente tirar a nadie por un tobogán.

—Entonces ya lo tienes medio hecho —responde sin perder la calma—. No lo ha hecho.

La profesora carraspea otra vez.

—Preferiríamos que no lo volviera a intentar —añade la maestra.

—Eso también lo entiendo —concede Sylvia—. Pero estamos hablando de una niña que cree que los dragones vuelan y que los bancos se ponen tristes si nadie se sienta en ellos. Si le quitas eso, te quedas con una versión mucho más manejable… y bastante menos interesante.

El comentario cae en medio de la conversación como una bomba y, durante un instante, nadie dice nada, ni siquiera yo. Hazel aprovecha ese silencio para bajarse de la silla y acercarse a mí. Me

coge de la mano, como si todo esto no fuera más que una pausa incómoda entre dos cosas más importantes.

—¿Nos vamos?

Miro a la profesora, luego a Sylvia y finalmente a mi hija.

—Sí.

La profesora asiente, claramente aliviada de que la conversación haya terminado sin que nadie haya salido volando por una ventana.

—Gracias por venir.

—Gracias por avisar.

No añado nada más, porque no tengo nada más que añadir. Hazel tira de mi mano hacia la salida y Sylvia se aparta para dejarnos pasar. Al hacerlo, roza ligeramente mi brazo con el suyo. Es un contacto mínimo y accidental, pero lo noto más de lo que debería.

Salimos de la guardería y, en cuanto cruzamos la puerta, el ambiente cambia.

Hazel camina entre los dos, balanceando la mano que no tiene ocupada con Draggy.

—No quería tirarlo —repite.

—Ya lo sé, cariño —le digo apretando un poco más su pequeña mano con la mía.

—Pero no tenía dragón.

—Eso también lo sé.

—Entonces…

—Entonces la próxima vez no se sube a nadie a ningún sitio.

Se queda pensándolo.

—Vale —acepta la cría.

Sylvia camina a nuestro lado, en silencio, durante unos segundos.

—No ha pasado nada terrible —acepta al final.

La miro.

—Mi hija ha intentado lanzar a otro niño desde lo alto de un tobogán para que volara —le recuerdo.

—Bueno, pero lo importante es que no lo ha lanzado.

—No porque no haya querido.

—No porque el otro niño no estaba convencido.

La miro.

—Eso no mejora nada.

—A mí me parece un detalle importante.

Hazel interviene.

—No quería.

—Lo sé —responde Sylvia—. Los dragones no se obligan.

—Claro —añade Hazel, satisfecha.

Yo cierro los ojos un segundo.

—Esto no puede seguir así.

—¿Así cómo?

—Así.

—Define «así» —le pido mirándola.

—Improvisando.

—Funcionando —me corrige convencida.

—No es lo mismo.

—Depende de a quién preguntes.

—A mí no.

—A Hazel sí.

Hazel levanta la mano.

—A mí sí.

Sylvia sonríe, pero yo no.

Seguimos caminando y, durante unos segundos, nadie dice nada. El sonido de los pasos, el ruido del tráfico y la voz de Hazel tarareando algo que no reconozco se mezcla en un ritmo extraño que no encaja con mi forma habitual de hacer las cosas.

—No deberías reírte —le digo al final a Sylvia.

—No lo estoy haciendo —responde ella.

—Te estás riendo por dentro.

—Un poco —acepta encogiéndose de hombros.

La miro y ella me sostiene la mirada sin problema.

—No tiene gracia —sentencio.

—Tiene un poco.

—No.

—Sí.

Hazel se ríe y no sé exactamente en qué momento, porque no hay un punto claro, ni una transición evidente, ni una razón lógica que lo justifique, pero algo cede. Quizá es la forma en que Hazel repite la historia exagerándola cada vez más o la imagen mental del niño negándose a volar o simplemente es el cansancio acumulado del día. El caso es que, sin darme cuenta, suelto una risa breve y seca, pero real. Sylvia se queda quieta y no dice nada, porque no es necesario. Hazel me mira sorprendida.

—Papá —me llama.

—¿Qué?

—Te has reído.

—No.

—Sí.

—Un poco —admito sin convicción.

Sylvia sonríe.

—Un poco —añade sonriendo.

La miro.

—No te acostumbres.

—No pensaba hacerlo.

Hazel aprieta mi mano.

—Papá sí cree en dragones.

No respondo, pero tampoco lo niego y eso, teniendo en cuenta cómo ha empezado el día, ya es bastante.

Capítulo 9
Sylvia

Ir al supermercado con Harry Montgomery debería ser una actividad simple, rápida y completamente inofensiva. Sin embargo, eso no es más que teoría, porque la realidad es muy diferente.

—Solo vamos a comprar cuatro cosas —dice en cuanto cruzamos la puerta automática, empujando el carrito con la misma expresión con la que otros hombres deben de entrar en una sala de juntas antes de despedir a media plantilla—. Leche, fruta, pasta y verduras.

Miro el carrito vacío, luego lo miro a él y después a Hazel, que ya está sentada dentro como una reina pequeña a punto de iniciar una expedición militar con Draggy abrazado contra el pecho.

—Claro —respondo—. Eso suena exactamente a algo que va a salir bien…

Harry no aprecia mi entusiasmo.

—No veo por qué no iba a salir bien.

—Porque has dicho «solo vamos a comprar cuatro cosas» y eso, con una niña de tres años delante, es tentar al destino.

—Hazel no va a dar problemas.

—Quiero problemas —suelta Hazel levantando la mano y, al verla, no puedo evitar sonreír.

—No quieres problemas —le responde Harry con gesto serio.

—Sí, sí que quiero, papi —le contesta la cría con una sonrisa de pilla.

—Hazel.

—Valeeeeeee —acepta Hazel encogiéndose de hombros.

Justo en ese momento llegamos al pasillo de los lácteos. Harry coge una botella de leche desnatada, la mete en el carrito y consulta la lista con todo lo que tiene que comprar en el móvil como si estuviera frente a una cuestión de Estado y no comprando comida para la semana.

—Fruta —dice.

—Qué hombre tan imprevisible y salvaje —ironizo.

—Sylvia.

—Dime, Harry —le respondo con una sonrisa retadora.

Hazel tira de mi sudadera.

—¿Los dragones beben leche?

Miro la botella, luego al padre y de nuevo otra vez a la niña.

—Depende del dragón.

—¿Y este? —pregunta señalando a Draggy.

—Este sí, pero solo por las noches antes de dormir.

Hazel parece satisfecha con esa información y asiente al escuchar mi respuesta. Harry, en cambio, me dedica una mirada que significa muchas cosas y ninguna es especialmente amable.

—No le metas más ideas en la cabeza.

—No son ideas. Es cultura general de dragones.

—Eso no existe.

—Eso dicen siempre los que no saben nada de dragones —le respondo arqueando una ceja.

Hazel, que nos ha escuchado con atención, asiente con una solemnidad que me da la razón en más niveles de los que debería.

Cuando llegamos a la zona de la fruta, Harry elige manzanas, luego plátanos y, por último, unas uvas. Revisa cada pieza con esmero y con la misma alegría que tendría un funcionario rellenando cientos de formularios.

—¿Siempre compras así? —pregunto mientras observo cómo revisa una manzana con más atención de la que yo he prestado nunca a ningún alimento.

—¿Así cómo? —quiere saber arrugando el entrecejo.

—Como si te fueran a hacer una auditoría de frutas.

—No, simplemente estoy eligiendo bien.

—Yo a eso le llamo necesitar vacaciones.

Hazel levanta un paquete de galletas que no sé en qué momento ha conseguido agarrar.

—Esto.

Harry ni siquiera gira la cabeza.

—No, Hazel, deja eso donde estaba.

Ella me mira.

—Son para Draggy —me dice.

—No son para Draggy —le responde Harry.

—Sí que son para él.

—Déjalas donde estaban.

Intervengo antes de que la discusión se convierta en un conflicto diplomático de alcance internacional.

—Podemos dejar que Draggy tenga una opinión.

—No vamos a comprar galletas —le adelanta Harry apoyando una mano en el carrito.

—Es una compra de emergencia —le respondo.

—No, no es una emergencia.

—Tú no sabes lo que puede pasarle a un dragón sin provisiones —añado.

—No pienso entrar en esta conversación —ataja Harry mirándome directamente a los ojos.

—Eso es muy poco flexible por tu parte.

Hazel abraza el paquete contra su pequeño pecho.

—Draggy tiene hambre.

Harry exhala despacio, aunque no es exactamente un suspiro, sino una versión elegante de alguien que está reconsiderando todas sus decisiones vitales.

—Un paquete pequeño.

Hazel abre la boca, sorprendida por la victoria, sonríe y yo también.

—Gracias, papi —le dice la niña con una gran sonrisa.

—No me des las gracias todavía.

—Te las doy igual.

Seguimos andando y, durante unos minutos, la situación parece relajarse. Harry consulta su lista de la compra. Yo me encargo de empujar el carrito mientras Hazel narra en voz alta la misión. Todo dentro de una normalidad razonable hasta que llegamos al pasillo de artículos de fiesta. No sé quién ha cometido el error, si Harry por tomar esa ruta o el universo por poner globos al alcance visual de una niña que ya vive a medio camino entre la

realidad y el reino de los dragones. Al verlo, Hazel se incorpora en el carrito.

—¡Eso! —exclama señalando los globos con un fervor religioso.

—No —responde el padre al instante sin ni siquiera mirar a qué se refiere.

—¡Sí, sí, sí! —insiste ella.

—No, te he dicho que no, Hazel —le contesta Harry de forma tajante.

—Los dragones necesitan globos.

—¿Para qué exactamente? —le pregunta Harry girándose ahora hacia ella.

Hazel duda un segundo para pensar qué respuesta elegir entre todas las que tiene dentro de su prodigiosa imaginación y necesita escoger la mejor.

—Para fiestas.

—Los dragones no hacen fiestas.

—Claro que hacen, papi.

—No, Hazel, ya me has oído.

—Harry, por favor. ¿Qué clase de vida tan triste imaginas para ellos? —suelto llevándome una mano al pecho.

—Una sin globos —me contesta con convicción.

—Eso explica muchas cosas —respondo negando con la cabeza.

Hazel ya ha cogido un paquete y Harry me mira.

—Es un paquete pequeño —añado en un intento de convencerle.

—No.

—Harry, va…

Nos miramos y por el rabillo del ojo veo que Hazel aprovecha ese segundo para dejar los globos en el carrito. Cuando Harry aparta la mirada de mí, tengo que aguantarme la risa por la victoria de Hazel.

—Draggy está contento —me dice cuando me acerco a ella.

—No me extraña —murmuro.

—Los devolvemos al final —dice Harry que nos ha pillado.

—Claro —respondo, aunque los dos sabemos que no va a pasar.

Unos metros más allá, en otro pasillo encontramos un dragón grande de plástico de color verde y tan ridículo como maravilloso. Hazel lo ve antes que nosotros.

—¡Otro!

Lo señala para enseñármelo como si acabara de encontrar una reliquia sagrada.

—Este no —dice Harry antes incluso de que ella abra la boca.

—Este sí —respondo yo.

—No necesitamos otro dragón, con todos los que tienes en casa es más que suficiente.

—Siempre se necesita un dragón.

—No, ya tiene muchos.

—Sí, pero este es de emergencia.

Harry se queda mirándome.

—¿De qué? —me mira con gesto de no haber entendido mi argumento.

—Un dragón de emergencia.

—Eso no existe.

—Claro que existe. ¿Qué va a pasar si Draggy necesita refuerzos?

Hazel aprieta el juguete contra el pecho de inmediato.

—Se queda, papi.

Harry se aprieta las sienes con la punta de los dedos. Eso siempre es buena señal.

—No puedo creer que estemos teniendo esta conversación.

—Yo sí. De hecho, la esperaba bastante.

Mira el dragón, luego a Hazel y después a mí. Y, durante un segundo, parece sopesar seriamente si abandonar el carrito, la compra y probablemente el país, pero no lo hace.

—Ese es el último.

Hazel sonríe como si le acabaran de conceder la llave de una ciudad.

—Sí.

—Y no se toca nada más.

—Vale, papi.

No obstante, la mentira dura menos de un minuto, porque cuando llegamos a la caja, el carrito contiene leche, fruta, pasta, verduras, galletas, globos, un dragón de plástico y la dignidad malherida de Harry Montgomery, que ahora mismo está colocando la compra sobre la cinta con la expresión de un hombre que acaba de presenciar el colapso de su propio sistema.

—Esto iba a ser rápido —murmura.

—Lo ha sido.

—No.

—Bastante.

Hazel bosteza y apoya la cabeza sobre Draggy y después sobre el dragón de emergencia. Mientras la cajera pasa los productos, el cuerpo se le va rindiendo sin que haga nada para evitarlo, como les pasa a los niños cuando han gastado hasta la última gota de energía y el sueño los atrapa. La veo caer hacia un lado y la cojo en brazos por puro reflejo. La niña se acurruca contra mí al instante y sin ni siquiera abre los ojos. Solo suspira, se acomoda y sigue dormida con una confianza tan total que, durante un segundo, me quedo quieta y Harry también. Ninguno de los dos dice nada y la cajera sigue pasando los productos por el lector del código de barras.

Hazel pesa más cuando está dormida o, al menos, a mí me lo parece. Tiene la cara caliente apoyada contra mi cuello, una mano cerrada en la tela de mi sudadera y Draggy atrapado entre las dos como si también necesitara acurrucarse con ella. Cuando alzo la mirada, veo que Harry me está observando, en lugar de mirar al carro del a compra. Al encontrarse nuestras miradas, veo algo en su expresión que no encaja con la escena del supermercado, ni con nada de lo que estaba pasando hace apenas un minuto.

No sé exactamente qué está pensando, lo único que tengo claro es que piensa demasiado, aunque parece que ahora no tiene ninguna prisa por esconderlo para que no me dé cuenta.

La cajera dice el total y Harry paga sin apartar la vista de nosotras. Me da la sensación de que intenta entender una escena que no encaja en ningún sitio de los que le resultan familiares.

Yo sigo sosteniendo a Hazel, que duerme completamente ajena a todo. Tiene la respiración tranquila y el cuerpo relajado. Ajusto un poco su peso contra mí, con naturalidad, porque no es la primera vez que cargo con un niño dormido, ni la segunda, ni la tercera. No lo pienso, simplemente lo hago y eso hace que cambie el gesto de Harry. Lo veo en sus ojos antes incluso de que se dé cuenta de que lo está pensando. Porque no está mirando a Hazel, sino a mí con ella en brazos.

La cajera le tiende el ticket. Él lo coge sin apartar la mirada del todo de mí, mete la cartera en el bolsillo y agarra las bolsas con la otra mano.

—¿Puedes? —me pregunta, refiriéndose al peso de Hazel.

—Claro.

No digo nada más, porque no hace falta.

Salimos del supermercado y el aire de fuera es más frío. Lo noto en la piel, en la forma en que Hazel se pega un poco más a mí sin despertarse. Bajo un poco la barbilla para cubrirle mejor la cara y camino a su lado mientras él carga con las bolsas. Durante unos segundos no hablamos.

—Se ha dormido rápido —dice al final.

—Ha sido un día largo.

Asiente.

—Demasiado largo, sí.

—Pero ha valido la pena.

No me mira de inmediato y da un par de pasos más antes de responderme.

—No estoy seguro.

—Sí lo estás —sonrío, pero él no me contesta.

Seguimos andando y, al llegar a la esquina, tengo que ajustar otra vez el peso de Hazel. La niña se mueve ligeramente, suspira y vuelve a acomodarse, como si reconociera el lugar en el que está sin necesidad de despertarse.

—Dámela —dice Harry deteniéndose un segundo y tendiendo las manos.

Podría hacerlo, de hecho, sería lo lógico poque es su hija, pero no se la paso, porque, Hazel está bien así y moverla sería

despertarla.

—Está cómoda —le explico—. Si la cambiamos, se despertará.

Harry baja las manos despacio y no insiste, pero tampoco aparta la mirada. Seguimos caminando y las bolsas hacen ruido cada vez que se mueven.

—No deberíamos haber comprado el dragón —dice de pronto.

—Claro que sí.

—No es necesario.

—Es un dragón de emergencia.

—Eso no existe.

—Eso decías de los días imprevisibles.

No me responde y yo sonrío un poco, porque sé exactamente que Harry está justo en ese instante incómodo en el que su lógica empieza a fallar, pero todavía no está dispuesto a admitirlo. Cuando llegamos al portal, se detiene para abrir la puerta y me deja pasar primero. Subimos en el ascensor y el reflejo del espejo nos devuelve una imagen que me resulta extrañamente familiar: yo, con Hazel dormida en brazos y él cargado con bolsas. Estamos los tres juntos en silencio. Sé que esta imagen no debería significar nada, pero lo hace. Lo siento en ese momento en el que mi cabeza intenta apartarse de la idea, pero no lo logra. Harry también lo ve, aunque no lo dice, pero se queda observando nuestro reflejo, como si intentara encajar lo que ve con una versión de su vida que no tenía clara hasta ahora.

Cuando salimos del ascensor y entramos en casa todo sigue tan ordenado y limpio como siempre, aunque ahora tengo una sensación distinta y que no tiene nada que ver con que el suelo estuviera sucio o hubiera cosas por medio. Camino hasta el salón y dejo a Hazel en el sofá con cuidado, cubriéndola con la manta. No se despierta, solo se mueve un poco y vuelve a quedarse completamente quieta y dormida. Me incorporo despacio y al alzar la vista, encuentro que Harry sigue mirándome.

—¿Qué? —pregunto.

—Nada —me responde después de un segundo.

Miento si digo que me lo creo.

—Claro —acierto a contestarlo.

Se pasa una mano por la nuca y respira.

—Es solo que…

No termina la frase, aunque no es necesario que lo haga, porque lo entiendo antes de que lo diga.

—No pienses demasiado —le corto, con una ligereza que no es del todo real.

—No lo hago.

—Ya…

Nos quedamos uno frente al otro, con Hazel dormida a unos pasos y la compra todavía sin recoger. No dice nada en voz alta, pero lo veo en cómo baja la mirada un instante, en cómo vuelve a levantarla y en ese pequeño cambio en su expresión compruebo que su cabeza se adelanta e imagina algo que no debería, ni entraba en sus planes.

No puedo leerle los pensamientos, pero no me hace falta porque es evidente. La imagen sigue dentro de su cabeza: yo con Hazel en brazos y él al lado, los tres juntos como si… Aprieto ligeramente los labios. No… no puedo seguir por ahí, porque esa es exactamente la clase de idea de la que conviene salir rápido.

Harry parpadea, como si acabara de darse cuenta de lo que acaba de pensar y se recompone y vuelve a ser él.

—Voy a guardar esto —dice, refiriéndose a las bolsas.

—Claro.

Se gira hacia la cocina y rompe el momento. Yo me quedo donde estoy, miro a Hazel, luego a mi alrededor y a la puerta por la que he entrado. Por un breve instante la idea vuelve… Podría quedarme, aunque no para siempre, pero podría… Me obligo a soltar el aire despacio y sacarme eso de la cabeza, porque nunca termina bien. Yo ya sé cómo acaba esa historia y no quiero vivirla nunca más. Por eso, mientras recojo el dragón de emergencia del suelo y lo dejo junto a Draggy en el sofá, tengo claro que esto no puede durar demasiado. Aunque, por alguna razón que no me gusta nada, empiece a parecer exactamente el tipo de sitio en el que alguien como yo desearía quedarse.

Capítulo 10
Harry

Después del despacho, de las reuniones interminables, de los clientes que creen que todo es urgente y de esa sensación constante de que cualquier cosa puede ponerse patas arriba en cualquier momento, el parque debería ser un lugar sencillo. Un sitio donde recoger a tu hija, verla correr un rato, respirar un poco y volver a casa con la sensación de haber cumplido. Eso es lo que debería ser, pero no lo es, porque en cuanto llego y la veo, sé que algo ha cambiado. Otra vez.

Hazel está al fondo, cerca del columpio, con las manos manchadas de tierra y los rizos despeinados, moviéndose con una energía que parece que no se le acaba nunca. Está jugando con otros niños y eso ya es distinto, porque hace unas semanas no lo hacía con esa facilidad. Pero no es eso lo que me detiene, sino Sylvia. Está a unos metros, de pie, hablando con otros padres como si llevara meses viniendo aquí y formara parte de este pequeño ecosistema de bancos, conversaciones y supervisión constante que define cualquier parque infantil.

Se la ve cómoda y, por eso, me quedo quieto un segundo, observando la escena antes de acercarme a ella. No sé muy bien por qué lo hago, pero necesito entender qué está pasando antes. Hazel se ríe con una de esas carcajadas que doblan un poco el cuerpo hacia delante. Regreso la mirada a Sylvia y veo que uno de los padres está hablando con ella. No lo conozco, aunque lo he visto otras veces, pero no hemos cruzado más de dos palabras. Es alto y lleva ropa deportiva. Está inclinado ligeramente hacia ella, lo justo para acortar la distancia sin invadirla del todo, y Sylvia le está respondiendo con una media sonrisa. Aprieto la mandíbula sin darme cuenta. A pesar de que no tiene nada de extraño, porque parece una conversación normal entre dos personas adultas en un

parque infantil, mientras los niños juegan. Nada fuera de lugar, pese a eso, me noto tenso.

Camino hacia ellos sin prisa aparente, aunque por dentro noto el pulso golpeando en las sienes. A medida que me acerco, empiezo a poder escuchar fragmentos de la conversación.

—…te lo juro, decía que el banco estaba triste —dice él, sonriendo.

Sylvia asiente.

—Es que lo estaba. Nadie se había sentado en todo el día.

El hombre se ríe.

—Eso es… —se detiene un segundo, buscando la palabra— bastante convincente.

—Lo es —responde ella—. Si lo piensas, tiene sentido.

—No estoy seguro de querer pensarlo tanto.

—Eso es porque no te han explicado bien cómo funciona.

Se inclina un poco más hacia ella. No es un gesto exagerado, ni evidente, pero lo suficiente como para que yo lo vea y no me gusta. Sé que no debería importarme, porque no es asunto mío, pero… Sigo acercándome a ellos, pero Hazel me ve antes.

—¡Papá! —me grita y sale corriendo hacia mí y se lanza contra mis piernas.

La cojo por inercia en brazos y la levanto del suelo.

—¡Hola, cariño!

—¡Estamos jugando! —me dice señalando detrás de ella—. Y Sylvia ha dicho que el dragón azul no puede pisar las líneas.

—Eso es complicado. —le respondo siguiéndole el juego.

—Mucho.

La dejo en el suelo y ella me coge de la mano, tirando de mí hacia donde están los demás. Así que no me queda opción y nos acercamos. El hombre que está hablando con Sylvia se endereza ligeramente cuando me ve y la canguro gira la cabeza hacia mí. Durante un segundo, nuestras miradas se cruzan.

—Hola —me dice ella.

Miro al otro hombre.

—Buenas —les saludo a ambos.

—¿Qué tal? —responde él con naturalidad.

Asiento.

—Bien.

No añado nada más y Hazel sigue tirando de mi mano.

—Papá, mira, ese es el dragón rojo y ese el azul y ese…

—Lo estoy viendo.

El hombre vuelve a hablar con Sylvia.

—Entonces, si piso la línea…

—Te mueres —responde ella con total seriedad y él se ríe.

—Eso es muy extremo —le contesta todavía riéndose.

—Los dragones no negocian.

—Ya decía yo —lo dice mirándola a ella, no a Hazel, ni al juego y, en ese instante, tengo claro que no es una conversación cualquiera. Él está interesado en ella.

La forma en que la mira, el tiempo que tarda en responder, cómo mantiene la atención en ella incluso cuando Hazel interviene… no hace falta ser especialmente observador para verlo.

—Papá —me dice Hazel—. Ese señor quiere casarse con Sylvia.

El tiempo se detiene durante una fracción de segundo al escuchar lo que me acaba de decir. El hombre, que también ha oído lo que ha dicho mi hija, se queda quieto, Sylvia parpadea, los otros padres que están cerca se giran ligeramente y alguien se ríe.

—Bueno —dice el hombre, divertido—. Eso es ir bastante rápido.

Hazel asiente con total convicción.

—Sí.

Sylvia baja la mirada un segundo, claramente intentando no reírse.

—Eso no es buena idea —suelto de forma atropellada.

Tras eso, todos nos quedamos en un silencio incómodo. Lo noto en cómo el hombre deja de sonreír y, sobre todo, en la forma en que Sylvia levanta la mirada hacia mí. Ahí es donde me doy cuenta de lo que acabo de decir, aunque es demasiado tarde.

—Quiero decir… —empiezo, pero no termino la frase, porque no hay forma de arreglarlo sin empeorarlo.

El hombre carraspea ligeramente.

—Bueno… —mira a Sylvia— creo que todavía estamos en la fase de conversación.

—Sí —responde ella—. Bastante al principio.

Su tono es divertido, pero su mirada sigue fija en mí.

—Papá —dice Hazel que parece que no ha notado nada—, no te puedes casar si no tienes un dragón.

—Eso complica mucho las cosas —responde el hombre, recuperando algo de la normalidad previa a mi *fantástica* intervención.

—Muchísimo —añade Sylvia.

Yo no digo nada, porque no sé qué decir. Me limito a quedarme de pie con la sensación de haber irrumpido en una escena que estaba funcionando sin mí y haberla descolocado sin entender del todo por qué.

Hazel suelta mi mano y vuelve corriendo junto al grupo de niños para seguir jugando. El ruido del parque vuelve poco a poco a su ritmo habitual.

—Bueno, yo… voy a por agua —dice el hombre mirando a Sylvia.

—Claro —le responde ella mientras él se aleja y nos quedamos a solas los dos.

—Eso ha sido… interesante —dice ella.

—No era lo que parecía.

—Ah, ¿no?

—No.

—Entendido —me contesta, aunque no suena convencida.

—Solo… —empiezo otra vez— he respondido a lo que ha dicho Hazel.

—Ya.

—Es una niña.

—Lo sé.

—No mide lo que dice.

—Eso también lo sé.

Me mira, aunque se queda callada y eso es peor.

—No es asunto mío —añado, aunque suena más a justificación que a otra cosa.

—No —responde—. No lo es.

Ambos nos quedamos en silencio, aunque, por suerte, Hazel viene corriendo hacia nosotros.

—¡Papá, mira!

Me agacho un poco para verla mejor.

—Estoy mirando.

—He ganado.

—¡Qué bien!

—Siempre gano.

—Eso ya lo sabía.

Sylvia se gira ligeramente y vuelve al grupo de padres como si no hubiera pasado nada y eso, en el fondo, me molesta más.

Nos quedamos un rato más en el parque. Hazel juega, corre, se cae, se levanta, vuelve a reír mientras yo la observo y, de vez en cuando, miro a Sylvia. No puedo evitarlo.

Veo que habla con otros padres, se mueve con naturalidad, se ríe en los momentos adecuados y escucha cuando tiene que hacerlo. Encaja demasiado bien en algo que, en teoría, no forma parte de su vida. Sé que eso debería tranquilizarme, pero no lo hace. Cuando por fin nos vamos, Hazel camina entre nosotros, cogida de mi mano y hablando sin parar sobre dragones, líneas invisibles y reglas que solo ella entiende. Sylvia va al otro lado en silencio hasta que llegamos a la esquina. En ese momento, me doy cuenta de que no me gusta imaginar a Sylvia con otro hombre. Aprieto la mandíbula, aunque sé que no tiene sentido, porque entre nosotros no hay nada y ella no significa nada para mí, pero aun así…

Seguimos en silencio durante unos metros más mientras mi hija continúa con su monólogo inagotable, enlazando dragones con reglas invisibles y decisiones que, en su mundo, tienen más sentido que en cualquier otro lugar. Me aprieta la mano de vez en cuando, como si necesitara comprobar que sigo a su lado, aunque en realidad soy yo el que empieza a notar que algo se me está moviendo por dentro sin que tenga muy claro cómo gestionarlo.

Sylvia camina al otro lado también en silencio, algo que también es nuevo para mí, porque normalmente siempre tiene algo que añadir, una respuesta, una réplica, una forma de girar cualquier

situación hasta que deja de parecer lo que era al principio… Sin embargo, ahora simplemente camina, con las manos en los bolsillos de la sudadera y la mirada al frente, como si estuviera dándome espacio o como si, directamente, no tuviera ningún interés en lo que acabo de hacer y no sé cuál de las dos opciones me molesta más.

—Papá —dice Hazel tirando un poco de mi mano—. Ese señor no tiene dragón.

—Ya.

—Por eso no puede casarse.

—Eso simplifica bastante las cosas.

—Mucho.

Asiente, satisfecha con su propia lógica, y sigue dando pequeños saltos mientras camina. Miro al frente, pero luego, sin querer, vuelvo a pensar en lo de antes. En cómo ese hombre se inclinaba hacia Sylvia y en cómo ella le respondía y en lo fácil que parecía todo entre ellos.

Aprieto la mandíbula otra vez. No tiene sentido. No es asunto mío, ni tengo ningún motivo para reaccionar como lo he hecho.

—No era necesario —dice Sylvia de repente sin reproche en su voz.

—¿El qué? —le pregunto tensándome más.

—Lo que has dicho.

—He respondido a Hazel —le contesto sin mirarla.

—No exactamente.

—Sí.

—No —niega con convicción y camina un par de pasos más antes de seguir hablando—. Podías haber dicho cualquier otra cosa.

—No lo he pensado.

—Eso es evidente.

La miro entonces.

—No tenía intención de…

—Ya —me corta—. No hace falta que lo expliques.

Eso me irrita.

—No estaba defendiendo nada.

—Claro —ironiza.

—Ni diciendo nada relevante.

—Por supuesto —. Su tono no es agresivo, pero tampoco neutral y eso es aún peor.

—Solo ha sido un comentario —insisto.

—Harry.

Se detiene al escucharme y yo también. Hazel, que va un poco adelantada, da un paso más y luego se gira, confundida.

—¿Qué pasa?

—Nada, cariño —le digo—. Sigue andando.

Ella duda un segundo, pero asiente y continúa avanzando unos pasos, pendiente de nosotros sin disimularlo demasiado.

Vuelvo a mirar a Sylvia.

—No hacía falta —repite.

—Lo sé.

Nos quedamos en silencio y retomamos la marcha. Hazel vuelve a colocarse entre los dos y nos agarra a cada uno de la mano como si eso fuera lo más natural del mundo. Su pequeña mano en la mía y en la de Sylvia crea una conexión física que no debería significar nada, pero lo hace.

—Hoy he ganado tres veces —dice Hazel, retomando su discurso.

—Eso es impresionante —respondo con una sonrisa.

—Y no he pisado ninguna línea.

—Eso es todavía más impresionante.

—Y Sylvia tampoco.

—Ah, ¿no? —le pregunto y miro a Sylvia.

—He sobrevivido —responde ella sin mirarme.

—Enhorabuena.

—Gracias.

Hazel aprieta nuestras manos.

—¡Somos un equipo! —exclama con una naturalidad absoluta, porque para ella es una evidencia, pero no para mí, aunque no digo nada.

Seguimos caminando y nuestra casa aparece al final de la calle. Entramos en silencio y la rutina debería volver justo en este momento, pero no lo hace. Hazel se suelta y corre hacia el salón.

—¡Draggy, hemos vuelto! —exclama y desaparece corriendo por el pasillo, mientras dejo las llaves sobre la consola de la entrada y Sylvia se quita la sudadera.

—Voy a cambiarme —digo.

—Vale —asiente y no dice nada más.

Me quedo quieto un instante antes de ir hacia mi dormitorio y me paso una mano por la cara, porque ahora, cuando intento volver a pensar en el día, en las reuniones, en lo que tengo que hacer mañana… no es eso lo que aparece primero en mi cabeza, sino Sylvia en el parque hablando con ese hombre y sonriéndole. Cuando pasa eso, algo se tensa dentro de mí de forma clara. Exhalo despacio. Nada de esto tiene sentido, porque no debería importarme, pero me importa y no estoy preparado para pararme a analizar qué significa.

Capítulo 11
Sylvia

Hay días en los que una niña de tres años llega a casa con la energía de un huracán y otros en los que se desinfla en cuanto cruza la puerta. Hoy es de los segundos.

Hazel entra arrastrando los pies, con Draggy colgando de una mano y la mochila medio abierta golpeándole la cadera a cada paso que da. Tiene cara de cansada y aunque quiere seguir despierta, su cuerpo no parece querer hacerle caso.

—No estoy cansada —dice sin que nadie se lo haya preguntado.

La miro.

—Claro que no.

—Nada de nada…

—Se te nota muchísimo —bromeo.

—Ya lo sé.

Asiente con una convicción que no se sostiene ni medio segundo y deja caer la mochila en el suelo del recibidor sin mirar dónde cae. La recojo antes de que Harry la vea, aunque no está, porque todavía no ha llegado, algo nuevo. Durante unos días ha mantenido la rutina como si fuera una estructura intocable, pero hoy no. Hoy llega tarde y eso, en su mundo, significa que algo no ha salido como debía.

—¿Baño o cena primero? —le pregunto y Hazel duda mucho más de lo habitual.

—Cuento.

—Eso va después, cariño —me acerco a ella para darle un beso en la frente.

—No, porfi, ahora.

—Después de cenar —insisto y veo que se deja caer en el sofá como si acabara de correr una maratón.

—Primero cuento.

Me acerco de nuevo a ella y me agacho para quedar a su altura.

—Primero baño.

—No.

—Cariño, va, vamos al baño.

—No.

Sus ojos empiezan a cerrarse mientras discute y eso me hace sonreír.

—Vale —le digo—. Vamos a hacer una cosa.

—¿Cuál?

—Los dragones que no se bañan no pueden dormir.

Abre un ojo.

—¿Por qué?

—Porque pican.

Frunce el ceño.

—Eso no me gusta.

—Claro, eso no le gusta a nadie, por eso es mejor bañarse cuanto antes.

Se incorpora con un esfuerzo evidente.

—Vale.

La ayudo a levantarse y la llevo hacia el baño mientras sigue arrastrando a Draggy detrás.

El proceso es más lento de lo normal, porque no hay las batallas, ni las negociaciones absurdas de cada día, porque está demasiado cansada para oponerse de verdad. El agua, el jabón, el pelo, el pijama… todo sucede con más calma de lo habitual, como si el día ya hubiera terminado, aunque todavía queden cosas por hacer.

Cuando salimos del baño, la dejo en el sofá envuelta en una manta.

—Enseguida está la cena.

—No, no quiero cenar.

—Sí, cariño, cenas rápido y a descansar.

—No tengo hambre.

—Eso es mentira, mentirosilla —le digo con una media sonrisa.

—Un poco —me responde somnolienta, pero con risa de pilla.

Le acerco el plato y empieza a comer despacio y sin discutir, algo verdaderamente raro en ella.

Mientras estoy terminando de recoger la cocina, oigo la puerta. Es Harry, que aunque no hace ruido al entrar, sé que es él sin ni siquiera verlo.

—Buenas noches —dice.

—Buenas.

Hazel levanta la cabeza.

—Papi.

—Hola, cariño —. Se acerca a ella y le toca el pelo todavía húmedo— ¿Cómo ha ido la excursión?

—Ha sido muy guay —responde ella sin abrir los ojos del todo.

—Eso ya me lo esperaba.

Se endereza y me mira.

—Gracias.

Asiento.

—De nada.

No añadimos nada más, porque no hace falta.

—Cuento —dice Hazel de repente.

—Ahora —respondo.

—Sí.

Harry interviene.

—Yo siempre le leo el cuento.

Hazel abre los ojos.

—Pero Sylvia también sabe leer.

Lo miro, él me mira y tengo la certeza de que esto va a ser interesante.

—Puedo irme —digo, aunque no me muevo.

—No —responde Hazel inmediatamente—. Yo quiero que te quedes, porfi.

—Hazel —empieza Harry.

—Los dos me leeréis el cuento.

No lo dice pidiendo permiso, sino como una decisión.

—Cinco minutos —admite Harry y exhala despacio.

—Más.

—Cinco he dicho.

—Diez.

—Cinco, Hazel, no insistas.

—Ocho, papi, porfiiiii.

—Cinco.

—Vaaaaaaaale.

Me muerdo el labio para no reírme. Cuando Hazel acaba de cenar vamos para el baño, se lava los dientes, y cuando acaba vamos a su habitación. Hazel se mete en la cama sin que nadie tenga que decírselo y eso ya indica el nivel de cansancio que tiene. Se acomoda en medio, abrazando a Draggy, y nos mira a los dos como si estuviéramos a punto de hacer algo importante. Harry se sienta a un lado y yo al otro.

Él coge el libro y empieza a leer con voz firme y clara. Lo hace bien, se nota que lo ha hecho muchas veces y que esta parte de la rutina la tiene interiorizada hasta el punto de no necesitar pensarla.

—Había una vez…

—Un dragón —interrumpe Hazel.

—No —responde él—. Un niño.

—Pero también había un dragón.

—No.

—Hazeeeel.

—Papiiiii.

—Puede haber un dragón —les interrumpo.

—No es necesario —me dice él apartando la mirada del cuento para fijarla en mí.

—Para ella sí.

Hazel asiente con los ojos medio cerrados.

—Sí.

Harry suspira.

—Vale. Había un niño… y un dragón.

—Gracias, papi —responde la cría con su sonrisa de pilla y yo me tengo que morder el labio inferior para disimular la risa.

Harry sigue leyendo, pero Hazel vuelve a interrumpirle.

—Ese dragón vuela.

—Sí —se apresura a confirmar el padre.

—Y escupe fuego.
—No, eso no.
—Sí, sí que escupe fuego.
—No.
—Que sí, papi.
Intervengo otra vez.
—Escupe fuego cuando está enfadado.
Hazel sonríe.
—Sí, eso es, papi, que no te has enterado.
Harry cierra el libro un segundo.
—Esto no está en la historia.
—Ahora sí —le respondo con una sonrisa.
—Sylvia.
—Harry.
Nos sostenemos la mirada.
—Cinco minutos —repite Harry.
—Claro —asiento.

Vuelve a abrir el libro y sigue leyendo. Hazel ya no interrumpe tanto, de hecho, cada vez lo hace menos. Su respiración se va haciendo más lenta y profunda. Se mueve un poco y, sin darse cuenta, acaba apoyada entre los dos. Su cabeza queda más cerca de mí y tiene una mano apoyada sobre la pierna de su padre.

Harry baja la voz sin darse cuenta y el cuento sigue hasta que nos damos cuenta de que Hazel se ha dormido. Entonces, cierra el libro despacio sin decir nada y yo tampoco. No obstante, nos quedamos un momento sentados en la cama de la niña en silencio, hasta que Harry se inclina ligeramente para apartarle un mechón de la cara a Hazel y, al hacerlo, su brazo roza el mío. Es un contacto breve, pero es suficiente. Levanto la vista y él también. Nadie dice nada, pero ninguno aparta la mirada inmediatamente.

—Vamos —susurro y me levanto despacio de la cama para que Hazel no se despierte.

Asiente y salimos de la habitación sin hacer ruido. Cierro la puerta del dormitorio con cuidado y caminamos hacia el salón sin hablar.

Harry se quita la chaqueta y la deja sobre el respaldo de una silla. También se afloja un poco más la corbata, que ya no está donde debería, y se pasa una mano por la nuca. Le he visto hacer tantas veces este mismo gesto, que empiezo a reconocerlo como una forma de soltar tensión, aunque no lo diga en voz alta.

Yo me dejo caer en el sofá y veo que él va a la cocina, abre la nevera y se queda un segundo mirándola sin coger nada, como si hubiera olvidado lo que había ido a buscar. Finalmente saca una botella de agua, coge un par de vasos y vuelve al salón.

—Gracias —le respondo cuando me llena un vaso.

—De nada.

Se sienta en el sillón de enfrente, da un trago de agua y mira al suelo un segundo.

—Está más cansada de lo normal —dice al final.

—Hoy han tenido una excursión con la guardería.

Asiente y nos quedamos en silencio de nuevo. Podría dejarlo ahí y marcharme, de hecho, es lo que debería hacer, pero no lo hago.

—Vives demasiado pendiente del reloj —le digo.

No es un ataque, ni es una crítica, solo una observación.

Harry levanta la vista.

—Funciona —me responde alzando la mirada hasta mis ojos.

—Para ti.

—Para ella también.

Niego con la cabeza.

—Funciona porque tú haces que funcione.

—Tiene que haber orden.

—También tiene que haber espacio.

—Eso es lo que intento evitar.

—¿Evitar qué? —le pregunto inclinándome un poco hacia delante.

—Que algo falle —me responde sin apartar la mirada de mí.

No digo nada, porque no hace falta. Lo que me ha dicho no es una respuesta completa y él lo sabe. Se recuesta un poco en el sillón, como si acabara de cruzar una línea que no tenía intención de traspasar esta noche.

—No ha sido siempre así.

Me quedo callada mientras espero a que siga hablando y eso parece que le desconcierta un poco.

—Antes… —empieza y se detiene.

Aprieta los labios y se pasa una mano por la cara.

—Antes no importaba tanto, porque todo era más… flexible —. Suelta una pequeña exhalación—. Menos rígido, pero después dejó de serlo —. Levanta la vista hacia mí.

—¿Qué pasó? —pregunto porque realmente me interesa lo que sucedió.

Harry me sostiene la mirada un segundo y luego baja los ojos.

—Mi mujer murió —. Traga saliva antes de continuar—. Cuando nació Hazel… —añade después de un momento—. Hubo complicaciones del parto.

No se le rompe la voz, porque hay algo más fuerte dentro de él que no le permite dejarse ir y liberar esa pena. Yo me quedo quieta y no digo «lo siento», ni me acerco a él para arreglarlo, solo me quedo donde estoy escuchándole.

—Desde entonces —continúa— necesito tener todo … controlado.

Hace un gesto vago con la mano.

—Si todo está en su sitio, si todo funciona, si nada se sale de lo previsto…

No termina la frase, porque no hace falta.

—Nada vuelve a romperse —completo en voz baja y él asiente.

Alza la mirada y busca mis ojos.

—Nadie me había escuchado decirlo así —reconoce a media voz.

—¿Así cómo? —le pregunto frunciendo el ceño.

—Sin intentar arreglarlo.

—No hay nada que arreglar —contesto sin apartar la mirada de sus ojos.

—La gente suele intentar hacerlo.

—Porque la gente se incomoda.

—Sí.

—Pero yo no.

—Ya lo veo.

Nos quedamos mirándonos, hasta que él aparta la mirada primero y se levanta. Da un par de paso y se pasa la mano por la nuca otra vez.

—Gracias.

Pero ahora no lo dice de forma automática como antes, ahora lo dice de verdad.

—De nada —asiento y veo que se gira de nuevo hacia mí.

—Por no intentar… arreglarlo.

—No es mi trabajo.

—No, no lo es.

Nos volvemos a quedar en silencio y podría aprovechar para levantarme e irme, de hecho, sería lo lógico, pero no me muevo. Unos segundos después, me levanto despacio.

—Mañana es miércoles.

Harry alza una ceja.

—¿Y?

—Ya sabes.

Una pequeña pausa.

—Imprevisible…

Lo miro un instante, aunque él no sonríe, pero algo ha cambiado un poco, aunque, por ahora, es suficiente.

—Buenas noches, Harry.

—Que descanses, Sylvia.

Me marcho con una sensación incómoda pegada a la piel, porque mientras bajo las escaleras, tengo demasiado claro que no solo Hazel la que empieza a importarme y eso sí que es un problema importante.

Capítulo 12
Harry

El tráfico a esta hora es una prueba de paciencia que no tengo. Los coches avanzan a trompicones, los semáforos parecen coordinarse para detenerme justo cuando necesito seguir y el día, que ya venía torcido desde primera hora, decide alargarse un poco más de lo previsto. Apoyo las manos en el volante, miro al frente sin ver realmente nada y repaso mentalmente lo que me queda pendiente por hacer hoy, que no es poco. Debería estar centrado en eso, en cerrar el informe, en reorganizar la reunión de mañana, en responder a los correos que siguen acumulándose sin piedad en mi bandeja de entrada, pero mi cabeza no se queda ahí…. Vuela hasta casa, a Hazel y, aunque me incomode reconocerlo, también a Sylvia.

Aprieto la mandíbula y piso suavemente el acelerador cuando el coche de delante avanza unos metros. No tiene sentido. Sylvia es una solución temporal, una circunstancia que está funcionando mejor de lo esperado, nada más. No hay motivo para que ocupe espacio en mi cabeza fuera de lo estrictamente necesario, pero ahí está, colándose entre una tarea y otra, entre un pensamiento lógico y otro que debería serlo cada dos por tres.

Giro en la calle de siempre y reduzco la velocidad antes incluso de darme cuenta de que lo estoy haciendo. Aparco, apago el motor y me quedo un segundo dentro del coche. No demasiado, pero lo justo para notar la tensión en los hombros y soltarla con una exhalación, aunque no me alivia nada.

Salgo y subo las escaleras con paso firme, saco las llaves y abro la puerta esperando encontrar lo habitual a estas horas: movimiento, ruido, alguna negociación abierta en mitad del salón entre mi hija y Sylvia. Lo espero porque es lo que ocurre desde que ella está en casa y, aunque no lo reconozca en voz alta, ya cuento con ello. Sin embargo, no es lo que encuentro hoy, porque la casa está en calma. La luz del pasillo está encendida, pero no hay

juguetes esparcidos por el suelo, ni ropa fuera de lugar, ni señales de que haya habido ninguna batalla reciente. Todo está… en su sitio.

—¿Hola?

—En el salón —responde Sylvia.

Su voz llega a mí tranquila hasta mí. Camino hacia allí con una sensación extraña, porque lo que veo al entrar no encaja con lo que esperaba. Está sentada en el sofá, con las piernas recogidas, un libro abierto entre las manos y una lámpara encendida a su lado. Levanta la vista cuando me ve y cierra el libro con un gesto natural.

—Llegas tarde —me dice, aunque no como reproche, sino como una observación.

—Se ha alargado el día —le respondo dejando las llaves sobre la mesa y me quito la americana.

—Eso suele pasar.

Asiento y miro alrededor otra vez, como si necesitara confirmar que no me estoy perdiendo nada.

—¿Hazel?

—Dormida.

Frunzo ligeramente el ceño.

—¿Ya? —pregunto consultando la hora en mi reloj de pulsera.

—Se ha quedado dormida casi en el sofá —explica—. Hoy han tenido un día largo en la guardería y no ha aguantado mucho más.

Asiento mientras proceso la información mientras me aflojo la corbata.

—¿Ha cenado?

—Sí.

—¿Baño?

—También.

—¿Dientes?

Sylvia alza una ceja.

—Harry…

—Pregunto.

—Sí, también —responde, apoyando la espalda en el sofá—. Todo en orden.

La miro y luego aparto la vista. No hay nada fuera de lugar, ni que corregir, ni que reorganizar. Y eso, lejos de tranquilizarme del

todo, me descoloca.

Camino hasta la cocina por inercia, abro la nevera y me quedo un momento mirando dentro, aunque sin coger nada. No tengo hambre, pero necesito hacer algo con las manos.

—Hay cena hecha si quieres —dice desde el salón.

—Luego.

Cierro la nevera y vuelvo. Me siento en el sillón de enfrente de ella y veo que Sylvia me observa un instante, lo justo para darse cuenta de que estoy más cansado de lo habitual.

—¿Cómo ha ido el día?

La pregunta es sencilla sin doble intención, ni presión, ni necesidad de sacar nada más de lo que quiera decir.

—Largo —respondo.

—Eso ya lo veo.

—Y complicado.

—Eso también.

Se queda callada, como si estuviera valorando si preguntar algo más o dejarlo ahí.

—Un cliente ha decidido cambiar todo el planteamiento en el último momento —añado, sin tener muy claro por qué lo hago—. Y eso ha arrastrado al resto.

—Un clásico…

—No tiene ningún sentido.

—Para él sí…¿ no?

La miro.

—No.

—Claro que sí —se encoge de hombros—. En su cabeza, todo tiene sentido. Otra cosa es que no lo tenga en la tuya —se ríe y yo exhalo por la nariz.

—No debería funcionar así.

—Pero funciona.

Me apoyo en el respaldo del sillón, la observo y me sorprendo a mí mismo siguiendo la conversación en lugar de cortarla.

—Eso no lo hace menos absurdo.

—No, pero sí más real.

No me responde como espero, porque no me da la razón, pero tampoco me lleva la contraria del todo.

—¿Siempre eres así? —le pregunto.

—¿Así cómo? —quiere saber arrugando el entrecejo.

—Relativizando todo.

—No es todo —responde—. Solo lo que merece la pena.

—Eso es muy ambiguo.

—Lo sé —suelta y una comisura de su boca se mueve un poco, aunque no llega a ser una sonrisa del todo, pero se queda cerca.

—Hoy ha pasado algo en la guardería —añade, cambiando el tema con naturalidad.

—¿El qué? —inquiero volviendo la mirada de nuevo hacia ella.

—Hazel ha decidido que una caja de cartón era un castillo.

—Eso no es preocupante.

—Espera —continúa—. El problema es que no dejaba entrar a nadie que no supiera volar.

Exhalo.

—Por supuesto.

—Una niña ha intentado entrar andando.

—Error.

—Grave —asiente—. Hazel la ha mirado con paciencia y le ha explicado que así no funcionaba.

—¿Y?

—La niña ha intentado saltar.

Cierro los ojos un segundo.

—Dime que no la ha empujado —le ruego.

—No, no la ha empujado —responde con calma—. Pero por poco...

Abro los ojos.

—Sylvia…

—No ha pasado nada —añade antes de que diga nada más—. Al final han decidido que el castillo tenía una puerta secreta para los que no volaban.

Me quedo callado.

—Eso es… una solución.

—Bastante buena, de hecho.

Asiento despacio, sin saber muy bien qué hacer con esa información.

—Está aprendiendo a negociar —dice.

—Está aprendiendo a saltarse las normas.

—Está aprendiendo a adaptarlas.

La miro.

—No es lo mismo.

—Depende de a quién preguntes.

Se queda callada después de decirlo, como si no necesitara añadir nada más y yo tampoco necesito hacerlo. Hay algo en su forma de hablar que no es superficial, porque no se limita a repetir lo que ha pasado, sino que lo entiende, lo interpreta y lo coloca en un sitio que yo no había considerado.

—La conoces bien —digo.

Sylvia baja la mirada un momento y luego vuelve a levantarla para fijarla en mis ojos.

—Paso muchas horas con ella.

—No es solo eso.

Niega ligeramente con la cabeza.

—Es fácil.

—No, no lo es.

—Para mí sí.

Me quedo mirándola y luego aparto la vista hacia el salón.

—Se ha dormido rápido —digo al cabo de un momento.

—Hoy no ha tenido que negociar mucho —responde—. Eso ayuda.

Asiento, aunque no sé muy bien si estoy de acuerdo o no. Me levanto y camino hacia el pasillo. La puerta de la habitación de Hazel está entreabierta, así que la empujo con cuidado y asomo la cabeza. Está dormida de lado, abrazada a Draggy, con el pelo alborotado y la respiración tranquila y profunda. La observo unos segundos y vuelvo a cerrar la puerta con cuidado y regreso al salón.

Sylvia no se ha movido del sofá. Tiene el libro otra vez en las manos, aunque no está leyendo y me mira cuando vuelvo a sentarme.

—Todo bien.

—Sí, siempre está bien cuando duerme —dice.

—Porque no hay margen de error.

Alzo la vista hacia ella en cuanto lo digo. No sé por qué lo he dicho así, pero ya está hecho. Al escucharme, Sylvia ladea ligeramente la cabeza.

—O porque descansa.

—Eso también —se queda callada un segundo—. No todo es un sistema perfecto.

—Para mí sí.

—Eso lo tengo muy claro —me dice con una media sonrisa.

—Funciona.

—A veces.

—Siempre.

—No —niega con suavidad—. A veces funciona… a pesar de ti.

La miro.

—Eso no tiene sentido.

—Claro que lo tiene —se encoge de hombros—. Hay cosas que no controlas y aun así salen bien.

—No me gusta depender de eso.

—Ya.

Me apoyo en el respaldo del sillón y me paso una mano por la nuca, notando la tensión acumulada del día todavía ahí, agarrada como si no tuviera intención de irse.

—Ha sido raro llegar y encontrar esto así —digo mirando a nuestro alrededor.

—¿Así cómo?

—Tranquilo.

—¿Eso es malo?

—No.

—Entonces no es raro.

—Lo es —insisto—. No suele ser así.

—Porque tú no sueles llegar a esta hora.

—Puede ser —acepto.

—Hazel ya había terminado de hacer todo cuando la he acostado —añade—. Ha sido… fácil.

—No debería ser fácil.

—Es una niña de tres años, Harry.

—Precisamente por eso.

—Precisamente por eso —repite, aunque no hay ironía en su tono ni desafío, sino una forma distinta de entender lo que para mí siempre ha sido una ecuación.

—No siempre es así.

—Lo sé.

—Hay días en los que no funciona.

—También lo sé.

—Y entonces hay que… —me detengo.

—¿Controlarlo? —termina ella.

No le respondo y veo cómo deja el libro a un lado.

—Hoy ha funcionado.

—Sí.

—Sin que estuvieras.

La frase no tiene intención de reproche, pero me impacta igual y aprieto la mandíbula.

—Eso no significa nada.

—Significa que no todo depende de ti.

—Depende de mí que funcione.

—Depende de ti que no se rompa —corrige—. No es lo mismo.

Me inclino hacia delante y apoyo los antebrazos en las piernas.

—No puedo permitirme que algo falle.

—Ya lo sé.

—No puedo.

—Harry.

Alzo la vista.

—No pasa nada si algo no sale perfecto.

—Sí, sí que pasa.

—No siempre.

—Para mí sí.

Nos sostenemos la mirada y aunque no hay una tensión agresiva, hay algo que no estaba antes de que ella entrara en esta casa.

—No tienes que hacerlo todo tú solo —dice.

—Pues lo hago.

—Eso ya lo veo.

—Es mi responsabilidad.

—También lo es dejar espacio.

—No.

—Sí.

Niego con la cabeza.

—No funciona así.

—Hoy ha funcionado.

No le respondo, porque tiene razón y eso me incomoda. Nos quedamos en silencio hasta que Sylvia se inclina hacia delante, recoge el libro y se levanta despacio.

—Me voy.

Asiento sin pensar demasiado en el gesto.

—Gracias.

Se detiene un segundo.

—No hace falta que me las des.

—Sí, sí que hace falta.

Me mira, como si valorara si discutirlo o no, pero no lo hace. Camina hacia la puerta con la misma naturalidad con la que se mueve por la casa desde hace días y eso… es lo que me hace levantar la vista otra vez.

La observo mientras se pone la sudadera y coge las llaves sin mirar demasiado. Hay algo doméstico en la escena y que no debería ser así.

—Sylvia.

Se detiene con la mano en el pomo y se gira.

—¿Sí?

Tardo un segundo en responder, porque no lo tenía nada preparado.

—Nada.

Me mira un instante más y asiente.

—Vale, hasta mañana.

—Buenas noches —le digo mientras abre la puerta y sale.

La cierro y me quedo un segundo en el recibidor, quieto, con la mano todavía apoyada en la madera. Lanzo un suspiro y camino hasta el salón despacio. Me detengo frente al sofá y observo que todo está en su sitio y, sin embargo, no es lo mismo.

Me dejo caer en el sillón, echo la cabeza hacia atrás y exhalo despacio. La casa está en calma. No debería importarme, pero lo hace, porque tengo la sensación de que la casa ya no parece un lugar que tengo que sostener yo solo, sino un sitio donde las cosas… simplemente pasan.

Cierro los ojos un segundo y dejo que esa idea se forme en mi cabeza. La casa está diferente desde que Sylvia está. Más viva, cálida y eso no me tranquiliza, me preocupa.

Capítulo 13
Sylvia

—¿Quieres que hagamos noche de cine? —le pregunto a Hazel, apoyada en la encimera de la cocina, mientras ella me mira como si acabara de revelarle el secreto mejor guardado del universo.

Sus ojos se abren de golpe.

—¿De verdad?

—De verdad de la buena.

—¿Con manta?

—Con manta —le confirmo.

—¿Y palomitas?

—Con palomitas.

—¿Y dragones?

La miro.

—Con más dragones de los que probablemente sean necesarios.

Eso es todo lo que necesita. Sale corriendo hacia el salón con Draggy colgando de un brazo, como si fuera a preparar un ritual importante y no una noche de cine en un piso que no es mío.

Me quedo un segundo en la cocina mirando a mi alrededor con una sensación extraña. No debería estar haciendo esto, porque no forma parte de mi trabajo montar noches temáticas con mantas y palomitas, ni crear rutinas nuevas que no me corresponden, ni ocupar un lugar que no es mío… pero aquí estoy.

—¡Sylvia! —grita Hazel desde el salón—. ¡Este también viene!

Asomo la cabeza y la veo arrastrando otro peluche que no había visto hasta ahora.

—¿Ese quién es?

—Es el primo de Draggy —me responde con una gran sonrisa.

—Claro, ¡también está invitado!

Vuelvo a la cocina y empiezo a hacer las palomitas. El sonido del maíz explotando empieza a invadirlo todo poco después, y me

encuentro sonriendo sin darme cuenta.

—¿Ya? —dice Hazel que entra corriendo otra vez.

—No, un poco de paciencia.

—No tengo.

—Eso también lo sé —me río y observo cómo coge una silla, la acerca y se sube en ella para mirar dentro de la olla, donde se están haciendo las palomitas, y da pequeños saltitos cada vez que un grano de maíz estalla.

—¡Otra!

—¡Sí!

—¡Me encantaaaaaa hacer palomitas! —exclama aplaudiendo y con una gran sonrisa.

—Se te nota —me río al ver su entusiasmo.

Cuando están listas, lleno un bol grande y lo llevo al salón. Hazel ya ha transformado el sofá en una especie de campamento. Hay mantas, cojines y una acumulación brutal de dragones de peluche colocados con una lógica que solo ella entiende.

—Perfecto —murmuro, dejándolo todo en la mesa baja.

—Aquí —me indica señalando el centro—. Yo voy en medio.

—¡Por supuesto! —me rio.

Enciendo la tele, busco una película y dejo que el ambiente se construya solo. Pero justo en ese momento, la puerta de la calle se abre y la niña gira la cabeza como un resorte.

—¡Papi!

Harry entra en el piso como siempre: con un traje impoluto, que le queda como un guante, el gesto tenso y observándolo todo para decidir si es correcto o no.

Se detiene en seco al ver el salón.

—¿Qué es esto?

Cruzo los brazos, apoyada en el respaldo del sofá y veo que Hazel levanta la mano.

—Noche de cine.

Harry nos mira a las dos, luego a las mantas, al bol de palomitas, a los dragones alineados en el sofá… y vuelve a mirarme.

—Debería estar durmiendo a esta hora —suelta con el gesto serio.

—Es viernes.

—Eso no cambia la rutina.

—Claro que la cambia —respondo sin moverme—. Es viernes.

Hazel asiente con una convicción que no admite discusión.

—¡Los viernes son de dragones y de noche de cine y palomitaaaaaas!

se queda en silencio un segundo, aunque sé exactamente lo que está haciendo: calcular, reorganizar y buscar el punto donde todo vuelva a encajar dentro de su sistema exacto e inamovible.

—Mañana hay que levantarse temprano

—Mañana no hay guardería —le recuerda Hazel.

—Pero…

—Harry —lo corto—. No va a pasar nada porque se acueste un poco más tarde un día.

Me mira.

—No es lo habitual.

—Precisamente por eso es más divertido.

Hazel se acerca a él y le tira de la mano.

—Ven, papi.

Harry baja la mirada hacia ella, luego hacia mí y finalmente hacia el sofá antes de lanzar un suspiro.

—Cinco minutos —dice y Hazel sonríe.

—Más.

—Cinco.

—Diez.

—Cinco.

—Ocho.

—Cinco.

—Valeeeeee, papi —asiente la niña.

La negociación termina con la misma dinámica de siempre y eso, de alguna forma, también es parte del equilibrio de esta casa. Antes de sentarse en el sofá junto a nosotras, Harry deja la chaqueta en la silla, se afloja un poco la corbata y se acerca al sofá con cautela. Se sienta al otro lado de Hazel, donde le indica la niña. Yo me acomodo contra el respaldo y por el rabillo del ojo veo que Harry mantiene la espalda más recta de lo necesario, mientras Hazel

reparte de nuevo los dragones de peluche entre los tres como si fueran imprescindibles para el correcto desarrollo de la velada.

Durante los primeros minutos de la película, Hazel comenta absolutamente todo. —Ese es malo.

—Todavía no lo sabemos.

—Sí lo sabemos.

—Vale.

Harry intenta seguir la trama.

—Si escuchas un poco…

—Papi —lo corta—. No es importante.

Yo tengo que morderme el labio para no reírme.

—Tiene razón —murmuro mirándole de reojo.

—No la tiene.

—Un poco sí —le respondo alzando una ceja.

Harry niega con la cabeza, pero no insiste. Poco a poco, la energía de Hazel empieza a bajar. Se mueve menos, habla menos, se acomoda más y su cabeza acaba apoyada contra mi hombro un momento y luego se mueve hasta quedar en medio, tocándonos a los dos. Nosotros no decimos nada. El sonido de la película sigue de fondo, pero ya no importa, porque poco después Hazel se queda dormida con una mano apoyada sobre la pierna de su padre y la otra agarrando a Draggy.

Me quedo quieta de forma instintiva y veo que Harry también. Durante unos segundos, ninguno se mueve. Ni siquiera cambiamos la postura, aunque empieza a resultar incómoda, pero no nos importa. No es una incomodidad que queramos romper.

Bajo la mirada hacia Hazel y luego, sin querer, la levanto hacia él y compruebo que él también está observando la escena y no la película. Ni siquiera está concentrado en Hazel, sino que nos está mirando a los tres. Me fijo en su gesto y veo algo que ahora su expresión no está dominada por la tensión, ni el control, ni el cálculo sino algo distinto, algo más abierto y que, sin ninguna duda, lo hace parecer más vulnerable.

—Se ha dormido —susurro.

—Sí —me responde sin apartar la mirada.

Sigo su línea de visión y entiendo lo que está viendo, porque yo también lo veo. Hazel en medio, nosotros a cada lado, tapados con una manta y rodeados de dragones de peluche en el salón.

Durante un segundo, todo lo que nos rodea parece una situación cotidiana e ideal. Trago saliva despacio y no digo nada, porque cualquier cosa que dijera rompería algo que no sé demasiado bien qué es. Vuelvo a mirarlo y, esta vez, nuestras miradas se cruzan de lleno. No decimos ni hacemos nada, pero ambos sabemos que está pasando algo… pero ninguno tiene intención de decirlo en voz alta.

Me obligo a apartar la mirada primero, porque quedarme ahí un segundo más sería cruzar una línea que no quiero cruzar. Harry se mueve entonces, muy despacio, ajustando ligeramente la manta sobre Hazel para cubrirla mejor.

—Se va a enfriar —murmura.

—Está bien.

—Aun así.

Sus dedos rozan los míos al acomodar la tela y yo retiro la mano al notarlo, aunque lo hago más despacio de lo que debería. Nos volvemos a quedar en silencio, aunque la película sigue de fondo, a pesar de que ninguno de los dos la está viendo. Hazel duerme tranquila entre nosotros y, por un instante, tengo la sensación de que esto podría ser algo más que una simple situación casual. Aprieto ligeramente los labios y fijo la mirada en la pantalla sin ver nada.

«Esta no es mi casa, ni mi familia, ni mi lugar», me advierto en silencio, porque si permito que esa otra sensación crezca un poco más… va a ser mucho más complicado salir de aquí cuando llegue el momento.

A mi lado, Harry sigue sin moverse y aunque no lo miro, tengo la sensación de que está pensando lo mismo que yo o algo muy parecido y eso es lo que realmente me inquieta.

La película sigue avanzando sin que ninguno de los dos le preste atención. Las voces, la música, las escenas… todo queda en un segundo plano, porque lo importante está aquí, en el sofá.

Hazel se remueve un poco y su mano se mueve, buscando algo, hasta que se aferra a la camiseta de su padre. Harry baja la vista automáticamente y cubre esa pequeña mano con la suya, como si fuera un gesto aprendido que no necesita pensar. Lo hace con una suavidad que contrasta con todo lo demás que define su forma de moverse.

No es la primera vez que veo a Harry con su hija. Sé cómo la cuida y cómo está pendiente de ella incluso cuando parece no estarlo, pero hay algo distinto en este momento. Ahora no la está corrigiendo, ni anticipándose a lo que sea que pueda suceder, ni intentando que todo funcione como debe. Solo está ahí.

—Deberíamos llevarla a la cama —susurro, aunque no me muevo.

—Sí —me responde, aunque tampoco se mueve.

Nos quedamos así unos segundos más, atrapados en una inercia que ninguno rompe hasta que finalmente, él retira la mano con cuidado y se inclina hacia Hazel.

—Despacio —le indico en voz baja y él asiente.

La levanta con facilidad. Hazel lanza un suspiro y apoya la cabeza en su hombro, completamente entregada al sueño. Draggy se cae al suelo y me agacho para recogerlo por puro reflejo.

—Lo llevo yo —dice Harry girándose para que se lo dé.

—No hace falta.

—Puedo.

—Ya lo sé.

No discutimos más. Él sostiene a Hazel y yo recojo la manta, que también ha acabado en suelo, y a Draggy. Vamos hacia la habitación con cuidado, como si cualquier paso en falso pudiera romper algo más que el sueño de una niña.

Al entrar en el dormitorio, la deja en la cama, le aparta el pelo de la cara y la tapa con cuidado, mientras yo dejo a Draggy a su lado sin dejar de observarlos. Salimos de la habitación sin hacer ruido y cerramos la puerta.

El pasillo queda en penumbra y en ese espacio intermedio entre el dormitorio de Hazel y el salón es donde noto todo de nuevo.

Ahora solo estamos él y yo. Cuando llegamos al salón, recojo el bol de palomitas y lo llevo a la cocina.

—Ha sido buena idea esta noche de cine—dice desde la puerta.

No me giro.

—Sí —. Apoyo el bol en la encimera y me vuelvo hacia él.

Se queda apoyado en el marco, con la corbata suelta y la camisa ligeramente arrugada. Parece más… humano y menos rígido, como si esta noche hubiera aflojado algo que durante el día se esfuerza en mantener demasiado firme.

—No suele ser así —añade.

—¿El qué?

—Esto.

Hago un gesto vago con la mano.

—¿Una niña que se queda dormida viendo una película?

—No.

Sostengo su mirada.

—¿Entonces?

—La sensación —me responde después de un momento de silencio.

«Ah, ahí está», me digo para mí mientras me cruzo de brazos y me apoyo ligeramente en uno de los muebles de la cocina.

—Las sensaciones no se pueden programar, Harry.

—Lo sé.

—Entonces no intentes entenderlo todo.

—No lo intento.

—Lo haces todo el tiempo —le respondo mirándole.

No dice nada, solo se limita a acercarse un paso a mí, lo justo para acortar la distancia entre nosotros pero sin llegar a invadir mi espacio personal.

—Estaba bien —dice al final.

—Sí —respondo y no añado nada más, porque si sigo por ahí, no sé muy bien dónde acabará esto.

—No debería acostumbrarme —suelta con la mirada puesta en mí.

—No —respondo con calma—. No deberías.

Nos quedamos un instante en silencio, hasta que Harry asiente despacio y se pasa la mano por la nuca, ese gesto que ya reconozco demasiado bien.

—Bueno, será mejor que me vaya.

—Claro, como quieras.

Cojo mi sudadera del respaldo de la silla, me la pongo sin prisa y camino hacia la puerta, consciente de que me está siguiendo con la mirada, aunque no me giro. Abro y me detengo un momento antes de salir.

—Los viernes funcionan —murmuro sin mirarlo.

No dice nada, pero sé que me ha entendido. Bajo las escaleras despacio, con una sensación rara todavía pegada a la piel. Me aprieto un poco la sudadera contra mi cuerpo y sigo bajando sin detenerme, porque si me paro a pensar demasiado en lo que acaba de pasar arriba… no me va a gustar la respuesta, aunque ya la intuyo, pero no estoy segura de querer evitarla.

Capítulo 14
Sylvia

Hannah llega diez minutos tarde, con el pelo suelto, el pintalabios ligeramente corrido y esa cara de haber salido del trabajo, haberse cambiado en un baño cualquiera y plantarse aquí sin la más mínima intención de justificarlo.

—No me mires así —me dice nada más sentarse frente a mí —. Si hubieras querido que fuese puntual, habrías quedado con una contable.

—He quedado con una mujer adulta. He puesto mis expectativas donde tocaba.

—Mentira. Tú nunca pones las expectativas donde tocan.

Le acerco la cerveza que ya le había pedido y Hannah la coge con una sonrisa, de las que le salen cuando sabe que la conoces demasiado bien como para tomarla en serio. El bar está medio lleno, la música suena lo bastante alta como para que nadie escuche conversaciones ajenas y lo bastante baja como para que nosotras podamos destripar la vida sin tener que gritar. Huele a cerveza, a patatas fritas y a sábado por la noche sin demasiadas pretensiones, que suele ser la mejor versión del sábado por la noche.

—Salud —dice alzando el vaso.

—Por llegar viva.

—Y por seguir siendo guapa a pesar del estrés laboral.

Chocamos los vasos. Bebo un trago y me recuesto un poco en la silla. Llevo toda la semana esperando este momento. No la cerveza con mi mejor amiga, ni siquiera el bar, sino la sensación de estar fuera de esa casa durante unas horas, con alguien que me conoce desde antes de convertirme en una señora muy responsable que limpia restos de cereales de una mesa infantil, mientras discute con un ingeniero maniático sobre la importancia relativa de los globos.

—Tienes cara de estar pensando demasiado —me dice entrecerrando los ojos.

—Eso es porque estoy hablando contigo.

—No. Eso es porque estás cuidando a una niña adorable y al padre más tenso del hemisferio norte.

La miro por encima del vaso.

—Solo he mencionado a la niña.

—Claro. Seguro que esa mirada de «no quiero contar algo, pero ojalá me obligues» va por la guardería.

—No pongas voz a mis miradas. Bastante tengo con soportarlas.

Se ríe. Da otro sorbo a la cerveza y deja los codos sobre la mesa.

—Vale. Empecemos por lo importante. ¿Cómo está Hazel?

Al escucharla, sin quererlo, noto cómo algo se me afloja por dentro, porque es imposible hablar de esa niña sin que se me escape una sonrisa.

—Está increíble —digo, quizá demasiado rápido—. Es lista, muy especial y divertida. Tiene una lógica interna que da miedo. El otro día se empeñó en que un banco del parque estaba triste porque nadie se había sentado con él en toda la tarde y, sinceramente, logró que me sintiera mal por pasar de largo.

Hannah se ríe.

—Eso suena completamente razonable.

—Lo es. Además, te mira como si fueras idiota cuando no entiendes algo que para ella es obvio y lo peor es que suele tener razón. El otro día me explicó muy seria que los dragones de peluche necesitan turnarse para dormir cerca de la ventana porque, si no, se deprimen. Lo dijo con tanta convicción que acabé reorganizando tres peluches antes de que se metiera en la cama.

—Te ha absorbido.

—Que va...

—Tía, que nos conocemos.

—Bueno, vale, quizás un poco.

Hannah levanta una ceja, apoyando el vaso en la mesa.

—Eso suena peligroso.

No me gusta lo rápido que entiendo lo que quiere decir y fijo la vista en mi cerveza antes de volver a levantar la mirada hacia ella.

—Es una niña.

—Precisamente por eso. Las niñas pequeñas son el arma emocional más ilegal del universo. Entras pensando que solo vas a echar una mano y sales considerando conseguirle un dragón de emergencia en el supermercado.

Me quedo quieta un momento.

—¿Cómo sabes lo del dragón?

—No lo sé. Lo he inventado, pero por tu cara diría que te ha pasado exactamente eso.

Exhalo por la nariz y me tapo media cara con la mano.

—Hubo un dragón de emergencia.

Hannah abre la boca.

—¿En serio?

—Sí —me rio.

—Quiero todos los detalles.

—No hay detalles. Bueno, sí, pero me niego a contártelos, porque entonces tendré que admitir que defendí la necesidad táctica de comprar un segundo dragón por si Draggy necesitaba refuerzos en una situación de crisis.

—Dios mío. Te has convertido en una madre de parque en apenas dos semanas.

—No soy una madre de parque.

—Todavía —afirma alzando una ceja y yo le lanzo una servilleta, lo que provoca que se ría más fuerte.

A nuestro alrededor, el bar sigue a lo suyo. Una pareja discute en voz baja junto a la barra, un grupo al fondo canta una canción que no conoce nadie salvo ellos y la camarera pasa con una bandeja llena de copas y cara de haber tomado malas decisiones desde las cuatro de la tarde.

—La quieres —dice Hannah de pronto, bajando un poco el tono.

No hace falta que especifique a quién.

—Es imposible no quererla —reconozco encogiéndome de hombros.

—Eso ya lo había entendido.

—Es que es verdad. Tiene algo… No sé. Cuando entra en una habitación, todo se desordena un poco y, al mismo tiempo, todo se vuelve más divertido. Es agotadora y lista y tiene una manera de mirarte que hace que te entren ganas de ser mejor de lo que eres.

—Sí. Peligrosísimo.

Bebo otro trago de mi cerveza.

—No me mires así —suelto mirando fijamente a Hannah.

—Te miro como se mira a una mujer que está cavando su propia tumba con una cuchara de postre.

—No dramatices, exagerada.

—No estoy dramatizando. Solo estoy señalando los hechos. Estás encariñándote con la niña y punto.

—Eso no es un crimen.

—No. El crimen es que seguramente también te estés encariñando con el padre.

Levanto la cabeza con una lentitud digna de una película mala.

—No.

Hannah se echa hacia atrás en la silla, satisfecha.

—Ah. Entonces sí.

—He dicho que no.

—Con una voz que significa claramente que sí.

—No me conoces tan bien.

—Te conozco tan bien que podría escribir una tesis sobre tus mecanismos de negación.

Me río a pesar de mí misma y niego con la cabeza.

—Harry no es mi tipo.

Hannah da un sorbo larguísimo a la cerveza, sin quitarme los ojos de encima.

—Venga, ya, vete a otra con esa milonga, tía.

—Lo digo en serio.

—Sylvia.

—¿Qué?

—Tu tipo es exactamente ese. Alto, serio, emocionalmente poco recomendable y con cara de discutir hasta en el supermercado

por la textura de una pera.

Me apoyo en el respaldo y la miro.

—Eso ha sonado muy específico.

—Porque ya he escuchado suficiente para saber por dónde va la cosa.

Intento restarle importancia con un gesto de la mano, pero ya es tarde. Hannah tiene una mirada de sabueso, que solo saca cuando sabe que está cerca de algo jugoso.

—No va por ningún sitio —digo.

—Claro. Por eso has tardado exactamente medio segundo en defender a la niña y dos en negar al padre.

—Harry es… —me detengo, porque ahí está el problema. Que sé demasiado bien cómo es.

—Ajá —dice mi amiga sonriendo con maldad.

—Está muy bueno.

Lo suelto sin querer adornarlo, pero en cuanto sale de mi garganta, ya no hay vuelta atrás. Hannah deja el vaso en la mesa con un golpecito de triunfo.

—Gracias. Ya podemos empezar a hablar como adultas.

—No exageres.

—No estoy exagerando. Estoy celebrando que por fin hayas dicho una verdad. Sigue.

Miro al techo un segundo y vuelvo a la cerveza.

—Está muy bueno, pero es muy serio y tiene demasiado autocontrol. El problema es que la camisa se le adapta al cuerpo como una segunda piel cuando está enfadado, lo que me parece una falta de respeto.

Hannah ya se está riendo.

—O sea que te gusta.

—He dicho que está bueno.

—Has dicho bastante más.

—No te pases…

—Lo has dicho.

—Me gusta discutir con él.

—Eso no es mejor, Sylvia. Eso es muchísimo peor.

Me rehago la coleta y niego con la cabeza, aunque me noto sonriendo como una imbécil.

—Es desesperante.

—Te pone.

—No he dicho eso.

—No hace falta porque ya lo transmite tu cara.

Apoyo los codos en la mesa y me inclino hacia delante.

—Es que me saca de quicio. Porque para él todo tiene que estar calculado, ordenado y previsto. Estoy convencida de que, si un día le desapareciera la agenda, colapsaría…

Hannah se ríe tanto que tiene que secarse una lágrima. Niego con la cabeza, pero ya no puedo parar de sonreír.

—Además, es mayor.

—¿Cuánto mayor?

—Diez años.

Hannah se encoge de hombros.

—Siempre te han gustado los tíos mayores que tú.

—Eso no es verdad.

—Tom tenía siete años más.

Se me corta la sonrisa. «Tom». Solo escuchar el nombre basta para que algo se enfríe un poco. Hannah lo nota al instante. La conozco lo bastante como para saber que también se arrepiente de haberlo nombrado.

—Perdón —dice bajando la voz.

Me encojo de hombros.

—No pasa nada.

Sí pasa un poco, pero ahora no quiero pensar en esa etapa. Tom sigue siendo una piedra mal colocada en mitad de algunas conversaciones. Él es mi ex. El imbécil que me puso los cuernos con una compañera de trabajo y consiguió, en el proceso, dejarme una mezcla de rabia, vergüenza y desconfianza que me duró más de lo que me hubiera gustado.

—Desde aquello no has querido saber nada de hombres —dice Hannah, ya sin tono de broma—. Ni un rollo, ni una cita, ni una noche tonta, ni nada.

Bebo un trago antes de contestar.

—He estado bien así —le digo y me encojo de hombros.

—No. Has estado protegida así.

La corrijo con la mirada, pero no con palabras, porque tiene razón y eso me fastidia.

—No me apetece repetir ciertas experiencias —digo al final.

—Normal, pero una cosa es no querer repetirlas y otra convertirte en una monja laica traumatizada por culpa de un imbécil.

—Qué forma tan preciosa de resumir mi vida.

—Gracias. La poesía se me da bien.

La camarera pasa cerca y Hannah levanta dos dedos pidiendo otra ronda. Yo debería decir que no, pero no lo hago.

—No estoy diciendo que te lances sobre él en la cocina —continúa—. Aunque ahora que lo pienso…

—Hannah.

—Estoy diciendo que, igual, podrías admitir que te gusta. Solo eso. Sin necesidad de casaros, sin drama y sin proyectar futuras desgracias.

Me quedo callada, porque esa es justamente la parte más incómoda de todo esto. No que Harry me guste. Eso, si soy sincera, empieza a resultarme bastante evidente. Lo que me inquieta es lo fácil que se está volviendo todo en su casa, cómo Hazel me espera y cómo la casa ya no me resulta ajena.

Hannah me observa en silencio un instante.

—Mierda —dice despacio—. Te gusta de verdad.

No le respondo y eso es peor que cualquier confesión.

Hannah paga la cuenta antes de que pueda protestar. Siempre lo hace cuando detecta que la conversación ha llegado a un punto que no se resuelve con otra cerveza, sino poniendo distancia y saliendo para que nos dé el aire.

—Vete a casa —me dice mientras se pone la chaqueta—. Y no pienses demasiado.

—Eso no va conmigo.

—Ya lo sé. Por eso te lo digo —me dice mientras nos damos un abrazo en la puerta del bar.

—Llámame si haces alguna locura —añade.

—Siempre.

—No, en serio.

—En serio no.

Se ríe, me da un empujoncito y se aleja en dirección contraria. Yo me quedo un segundo en la acera y me meto las manos en los bolsillos de la sudadera, antes de empezar a caminar.

No vivo lejos de donde hemos quedado, así que no necesito coger transporte. El aire es fresco y las calles están medio llenas con gente que entra y sale de bares. Todo sigue su ritmo y, sin embargo, yo voy un poco fuera de él.

Camino sin prisa y pienso, lo que es un error, porque en cuanto empiezo, ya no paro. Hazel aparece primero en mi cabeza, como siempre. Su risa, sus preguntas absurdas, su manera de tomarme de la mano y la facilidad con la que se ha colado en mi vida. Después de ella, lo hace Harry y ahí es donde se pone aún más complicada la cosa… Porque viene a mi cabeza aquella noche de cine en el sofá con Hazel dormida entre los dos. Aprieto los labios y bajo la mirada mientras cruzo la calle.

Eso no es normal, no debería sentirme así… Sigo caminando con las manos en los bolsillos de la sudadera, como si así pudiera esconder lo que no quiero mirar de frente. Porque el problema no es que Harry esté bueno, ni siquiera que me guste discutir con él. El problema es que me siento demasiado cómoda en esa casa, con esa niña y con él. Y eso… nunca termina bien.

Las cosas que empiezan a encajar demasiado rápido suelen romperse igual de rápido o peor. Me detengo un segundo antes de cruzar la última calle. Miro al frente, pero no veo nada en concreto, solo esa idea. Podría quedarme un poco más, pero ese es el problema, porque en el momento en el que empiezo a plantearme quedarme… ya voy tarde.

Exhalo despacio y vuelvo a caminar. Debo tener cuidado. Porque esta vez no es solo un tío, ni una historia que puede salir mal. Esta vez hay una niña de por medio y un lugar que se parece demasiado a algo que nunca he tenido y que, precisamente por eso, no debería desear.

Capítulo 15
Sylvia

La lluvia lleva cayendo toda la tarde mientras Hazel está en el suelo del salón, completamente ajena al agua que cubre la ciudad. Yo estoy en el sofá, con el móvil en la mano, deslizando el dedo por la pantalla sin prestar demasiada atención a nada en concreto. No leo, no respondo mensajes ni busco nada. Solo dejo que el dedo se mueva mientras la observo por encima del borde del teléfono, porque ver a Hazel es bastante más interesante.

La niña ha invadido el suelo con todo lo que ha encontrado a su alcance. Hay bloques de construcción, piezas de colores, peluches y al menos tres dragones de plástico colocados en posiciones que no entiendo, pero que para ella tienen todo el sentido del mundo. Está concentrada, con el ceño ligeramente fruncido y la lengua asomando por la comisura de los labios, encajando piezas con una seriedad que contrasta mucho con su tamaño.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto apartando la vista de la pantalla de mi teléfono.

—Un castillo de dragones —me responde sin mirarme.

Lo dice con una seguridad que no deja espacio para dudas, como si fuera evidente. Bajo el móvil despacio y apoyo el codo en el respaldo del sofá y me echo un poco hacia delante para observar mejor la estructura. Hay una torre que se inclina peligrosamente hacia la izquierda, una especie de muralla que no conecta con nada y un dragón colocado en lo alto como si estuviera vigilándolo todo.

—¿Los dragones viven en castillos? —quiero saber.

Hazel niega con la cabeza sin levantar la vista.

—No —. Coloca otra pieza y añade—. Los dragones viven donde quieren.

—Eso suena bastante bien —respondo con una sonrisa.

—Sí.

Encaja otra pieza, se aparta un poco para observar el conjunto y asiente para sí misma, satisfecha. Luego mueve uno de los dragones unos centímetros a la derecha.

—Este no puede ir aquí —afirma con seguridad.

—¿Por qué?

—Porque se cae.

—Ah, claro —asiento.

Vuelvo a recostarme en el sofá, pero ya no miro el móvil. Me quedo mirándola a ella y a cómo decide qué funciona y qué no sin la menor duda. Hay algo en eso que engancha.

De repente se oye la puerta y Hazel levanta la cabeza al instante, como si llevara todo el rato esperando escuchar ese sonido.

—¡Papá!

Sale disparada antes incluso de que yo me incorpore. Me giro en el sofá justo cuando Harry entra en el piso y se quita la chaqueta mientras camina, con los hombros tensos, la mirada recorriendo el espacio como si estuviera haciendo un inventario de todo lo que no está en su sitio. Entonces mira el suelo y se detiene.

—¿Qué ha pasado aquí?

Hazel se planta delante de él, orgullosa.

—Estamos construyendo un castillo.

Harry baja la mirada hacia la torre torcida, los bloques mal encajados y los dragones distribuidos sin ningún tipo de lógica aparente.

—Eso parece… inestable.

Hazel ignora completamente el comentario, le agarra la mano y tira de él hacia el centro del salón.

—Papá, tienes que ayudarme.

Harry se queda de pie y sin moverse, observando la escena como si le hubiera pedido resolver algo que no entiende.

—Creo que Sylvia es mucho mejor arquitecta que yo.

Levanto las manos desde el sofá.

—No me metas en esto.

Hazel tira con más fuerza de él.

—Papá.

Harry suspira.

—No creo que los dragones necesiten caballeros —trata de justificarse.

Hazel levanta la cabeza para mirarlo.

—Sí —asiente y hace una pequeña pausa antes de continuar —. Porque tú eres el caballero.

Me muerdo el interior del labio para no reírme y Harry gira la cabeza hacia mí.

—No digas nada.

Levanto las manos otra vez.

—No estoy diciendo nada —le respondo, pero mi cara me delata.

—Ven —insiste la cría que sigue tirando de su mano.

Harry se queda quieto un instante más, como si estuviera negociando consigo mismo, y al final suelta el aire, deja la chaqueta sobre el respaldo del sofá y se arrodilla en el suelo junto a la niña.

—Está bien, pero solo cinco minutos.

—Los dragones no funcionan con minutos —le explica la niña.

No puedo evitarlo, sonrío y observo cómo Harry se pasa una mano por la nuca.

—Pues hoy van a empezar a hacerlo.

—No —se niega la niña con una calma absoluta y en esa negativa hay tanta convicción que, por un segundo, Harry se queda sin respuesta.

Yo me recuesto un poco más en el sofá, cruzo las piernas y observo la escena con una sensación extraña, porque nunca he visto a Harry hacer esto. Sin embargo, ahora está con el traje todavía puesto, las rodillas apoyadas en la alfombra y la mirada fija en una construcción que está a punto de venirse a abajo.

—Este eres tú —le explica Hazel poniéndole un dragón rojo en la mano.

—¿Yo soy un dragón? —le pregunta Harry mientras lo sostiene entre los dedos.

—Un dragón serio —Hazel asiente.

—Eso tiene bastante sentido —intervengo sin poder evitarlo.

—Cuidado —me advierte Harry alzando la mirada hacia mí.

—Estoy siendo objetiva.

—Para nada.

—Sí.

—Sylvia también es un dragón —afirma la niña colocando otro dragón en la torre y Harry frunce ligeramente el ceño.

—¿Y tú? —le pregunta él y Hazel sonríe.

—Yo mando a los dragones.

Eso también tiene bastante sentido.

—Bien —dice Harry que ha colocado el dragón rojo en el suelo y se inclina un poco hacia adelante.

—¿Qué hace este dragón?

—Vuela —le contesta la cría abriendo mucho los ojos.

—¿Así? —quiere saber el padre levantando el dragón y moviéndolo en línea recta.

—No.

—¿No?

—Los dragones no vuelan así.

—¿Y cómo vuelan?

Hazel le quita el dragón de la mano.

—Así —le explica haciendo un movimiento más amplio y exagerado, acompañado de un sonido que pretende ser un rugido—. Tienes que hacer ruido como yo.

—No creo que eso sea necesario —dice Harry mirándola.

—Sí que lo es.

—No, Hazel.

—Sí —sentencia sin dudarlo.

Mientras, yo los observo, apoyo la barbilla en la mano mientras disfruto demasiado de esto.

—Hazle caso —le advierto.

—Esto es culpa tuya —me contesta Harry mirándome de nuevo.

—Yo no soy el dragón serio.

—No ayudas.

—No pretendo hacerlo —me responde él.

—Ruge —le ordena Hazel al devolverle el dragón.

Harry se queda quieto un segundo, con el dragón en la mano y la mirada dividida entre su hija y yo. Al verlo, sé exactamente que

está decidiendo si cruza esa línea o no y estoy deseando ver qué hace.

Harry baja la vista al dragón que tiene en la mano, luego a Hazel y después a mí. No dice nada, pero veo perfectamente el momento en el que decide dejar de resistirse y simplemente… cede.

—Esto es ridículo.

—Ruge —insiste Hazel.

Exhala por la nariz y, durante un segundo, parece que va a negarse otra vez, pero no lo hace y acerca el dragón a la torre, lo mueve con cierta rigidez y suelta un sonido que intenta parecerse a un rugido y que, en realidad, es más bien un carraspeo con intención.

—No —le dice la niña mirándolo.

—¿No?

—Así no.

—No voy a hacerlo mejor que esto.

—Sí puedes hacerlo, papi —le asegura la cría con una seguridad que no admite discusión.

Harry cierra los ojos un segundo, como si estuviera reuniendo toda la paciencia que le queda, y lo intenta otra vez. Esta vez abre un poco más la boca y deja salir un sonido más grave, menos contenido.

Sigue siendo horrible, pero es un avance y Hazel sonríe.

—Mejor.

Yo me río, no puedo evitarlo y Harry levanta la mirada hacia mí con una expresión de falsa indignación.

—No te rías —me advierte.

—No me estoy riendo —le respondo sin poder ocultar mi sonrisa.

—Lo estás haciendo.

—Un poco.

—Esto es culpa tuya.

—Claro.

—No debería haber llegado tan temprano a casa.

—Siempre puedes irte —le digo con una sonrisa.

—No —me responde demasiado rápido y no digo nada, porque Hazel está tan centrada en el juego que no se ha dado cuenta de nada.

—Ahora tienes que volar hasta aquí —le indica a su padre señalando la parte más alta del castillo y Harry mueve el dragón.

—Esto se va a caer —le advierte a la cría.

—No.

—Que sí.

—No.

—Está mal construido —le explica.

—No.

—Tiene personalidad, ¿eh? —. Me inclino un poco hacia delante para decirle a media voz y Harry me lanza una mirada.

—Se va a caer.

—No —responde Hazel cruzándose de brazos.

Harry acerca el dragón y la torre tiembla primero, se tambalea después y acaba cayéndose. Las piezas se desploman con un ruido seco sobre la alfombra. Hazel se queda quieta un instante y luego estalla en una carcajada. Se ríe tan fuerte que se le dobla el cuerpo, cierra los ojos y se deja caer hacia atrás sobre la alfombra, riéndose como si acabara de pasar lo mejor del mundo. Yo la observo y luego lo miro a él.

Harry también está contemplando la escena, con el dragón todavía en la mano y una expresión que no le había visto antes.

Hazel sigue riéndose.

—¡Otra vez! —exclama Hazel.

—No —le responde Harry negando con la cabeza.

—¡Sí! —insiste la niña.

—No.

—¡Sí! —afirma mirando a su padre y él cede otra vez.

—Una más…

—¡Sí!

Vuelven a construir de nuevo el castillo. Bueno, Hazel construye y Harry intenta seguirle el ritmo. Coloca piezas donde ella le dice, mueve dragones según sus instrucciones y cada vez protesta menos, aunque cuando se equivoca, Hazel lo corrige al instante.

—No, papá.

—¿Así? —pregunta colocando los muñecos.

—No.

—¿Así? —insiste el padre moviéndolos.

—No.

—Entonces dime cómo.

Hazel le quita la pieza de la mano y la coloca ella.

—Así, ¿ves?

—Eso es exactamente lo que he hecho.

—No.

—Sí.

—No, papi.

—Vale, lo que tú digas —acepta él finalmente.

Yo los observo desde el sofá. No es la primera vez que veo a Harry con Hazel. Sé cómo la cuida, cómo está pendiente de ella y cómo anticipa cada movimiento antes de que ocurra, pero esto es distinto. Aquí no está controlando, ni organizando, ni evitando que falle algo, porque hoy solo se limita a jugar. Hazel vuelve a reír cuando él hace volar el dragón de forma exagerada y esta vez con un rugido algo más convincente.

—¡Así! —exclama la niña con una sonrisa.

—¿Así? —pregunta él con gesto sorprendido.

—¡Sí!

—Esto es absurdo —responde divertido.

—No.

—Vale.

Y en ese «vale» de Harry hay mucha menos resistencia que antes. Apoyo la espalda en el sofá y dejo que continúen jugando sin intervenir. Podría decir algo, pero no quiero romper esto. Porque esto… es nuevo e interesante.

Hazel se cansa primero, siempre lo hace. Después de unos minutos más, deja caer el último bloque, se tira en la alfombra boca arriba, mirando al techo con Draggy apoyado sobre el pecho.

—Ya está.

Harry se queda quieto, con las manos apoyadas en las piernas.

—¿Ya está?

—Sí.

—¿Y el castillo?

—Luego.

Cierra los ojos un segundo.

—Ahora descanso.

Harry se queda sentado en el suelo y yo en el sofá. Durante unos segundos, nadie se mueve y el sonido de la lluvia vuelve a colarse en la habitación.

—Somos un buen equipo —dice la niña de repente abriendo un ojo.

Harry busca mis ojos con su mirada y durante un instante nos miramos, pero no nos reímos, ni bromeamos, porque ambos sabemos que Hazel tiene razón, «Somos un buen equipo».

La cría vuelve a cerrar los ojos y se incorpora un poco después para seguir moviendo sus dragones, completamente ajena a lo que acaba de provocar.

—No digas nada —dice Harry levantándose del suelo, aunque sin mirarme.

—No iba a decir nada —le respondo con una sonrisa.

—No te creo —. Me mira.

—No, pero creo que acabas de demostrar que el dragón serio también sabe jugar.

Niega con la cabeza, aunque hay algo distinto en su expresión.

—Han sido solo cinco minutos.

—Han sido más —le contesto.

—No.

—Vale —acepto y veo que se gira ligeramente, como si quisiera dar por terminada la conversación, pero no se va y yo tampoco me muevo. Hazel sigue a lo suyo, completamente centrada en su mundo y yo miro a Harry. Justo en ese instante, tengo la sensación de que antes me parecía inaccesible, pero ahora… No tanto y eso me resulta bastante más peligroso, porque no sé hacia donde me conduce.

Capítulo 16
Sylvia

Hay tardes que no tienen nada especial y, precisamente por eso, son las más importantes cuando empiezas a darte cuenta de que algo está cambiando. Hoy es una de esas tardes.

Hazel está sentada en la mesa baja del salón y concentrada en un dibujo como si le fuera la vida en ello. Tiene la lengua asomando por la comisura de los labios, el ceño fruncido y varios rotuladores abiertos a su alrededor. Cada vez que cambia de color, levanta el rotulador en el aire unos segundos, lo observa con atención y decide si es el adecuado antes de volver al papel.

Yo la observo con una sonrisa desde el sofá, con un libro abierto frente a mí que no estoy leyendo. Paso páginas de vez en cuando para disimular, pero llevo más tiempo observándola que mirando el texto. No es algo nuevo, porque esto me pasa cada vez más a menudo. Empiezo haciendo algo mío y acabo pendiente de ella sin darme cuenta.

Al otro lado del salón, Harry está sentado en el sillón con el portátil apoyado sobre las piernas. Tiene la espalda recta, la mirada fija en la pantalla y la expresión de concentración que pone siempre cuando trabaja, como si todo lo demás dejara de existir durante unos minutos, por eso prefiere que me quede al cuidado de Hazel a pesar de que él esté en casa.

Hazel levanta la cabeza un segundo.

—Papá —dice Hazel levantando la cabeza de su dibujo.

—Dime.

No aparta la vista del portátil.

—Estoy dibujando.

—Ya lo veo, cariño.

—Es importante.

—Me lo imagino.

Ella asiente, satisfecha con su respuesta, y vuelve a su papel. Cambia de color otra vez. Esta vez elige uno rojo y empieza a trazar líneas más firmes, con decisión.

Lo observo todo desde el sofá, con una sensación cada vez más familiar de estar dentro de algo que no me corresponde del todo… y, aun así, no me siento incómoda, al contrario. El salón está tranquilo. No tenemos prisas, ni horarios que cumplir en este momento concreto, ni ninguna pequeña batalla abierta. Solo somos tres personas ocupando el mismo espacio sin intentar que todo funcione, porque funciona y eso es lo que me hace sentir incómoda en el fondo.

Me cruzo de piernas y bajo la mirada al libro, aunque no leo nada. Paso otra página sin saber muy bien por qué, porque no estoy leyendo, justo cuando Hazel deja el rotulador.

—¡Ya está! —exclama con orgullo, pero sin levantar demasiado la voz, como si supiera que no hace falta gritar para que la escuchemos.

—¿Sí? —pregunto desde el sofá.

—Sí —afirma sonriente.

Se levanta de la mesa con el papel en la mano y corre directamente hacia su padre.

—Papi, mira.

Harry baja la mirada por fin, cierra el portátil y lo deja a un lado. Se inclina ligeramente hacia ella y coge el dibujo con cuidado, sujetándolo por los bordes.

—A ver.

Hazel se apoya en su pierna, mirando el papel con la misma atención que él, esperando su reacción.

—Es una familia —explica ella.

Harry sigue observando el dibujo unos segundos más. No dice nada de inmediato y eso hace que Hazel frunza un poco el ceño.

—¿No te gusta? —le pregunta sin dejar de mirar su gesto.

—Claro que me gusta —le responde con tono tranquilo, aunque hay algo en cómo mira el papel, que hace que me fije mejor.

Dejo el libro a un lado sin darme cuenta y me inclino hacia delante. Desde donde estoy no lo veo bien, pero distingo tres figuras

dibujadas con trazos gruesos y colores distintos. Una es más pequeña, otra más alta y otra… más o menos intermedia.

—Esta eres tú —dice Harry señalando una de ellas.

—Sí.

—Y este soy yo.

—Sí, llevas corbata, papi —le responde sonriente.

—Ya veo ya —le responde él y lleva el dedo índice hacia la tercera figura.

—¿Y esta?

—Esta es Sylvia.

—Sí, ya veo que lleva unas converse rojas como las tuyas.

—¿Te gustan?

—Mucho.

—Sylvia vive aquí —responde Hazel sin dudarlo ni un segundo.

El tiempo no se detiene, pero algo dentro de mí sí, por la naturalidad con la que lo dice. No lo plantea como una posibilidad, ni como un deseo, ni como algo que podría pasar. Lo dice como un hecho incuestionable, como si esa fuera la única versión posible de la realidad.

Me quedo quieta, con las manos apoyadas en las piernas, mirando el dibujo desde la distancia sin atreverme a acercarme todavía. Harry no le responde de inmediato, porque sigue mirando el papel.

—¿Sylvia vive aquí? —le pregunta él levantando la vista hacia la niña.

—Sí.

—¿Seguro?

—Sí —afirma sin dudarlo.

Trago saliva despacio, aunque sé que no debería afectarme lo que dice Hazel, porque es solo una niña que, dentro de su cabecita construye realidades a su manera. De hecho, no significa nada, pero para mí sí que lo significa, ese es el problema.

Harry vuelve a mirar el dibujo. Esta vez durante un poco más de tiempo. Su expresión no cambia, pero hay algo en su mirada que le hace quedarse en la figura que me representa.

Yo sigo en el sofá inmóvil, en silencio y sin saber qué hacer con lo que acaba de suceder. En el fondo, hay una parte de mí que quiere reírse, restarle importancia, hacer un comentario divertido y romper el momento antes de que se vuelva incómodo. Aunque otra parte de mí se queda quieta, porque es precisamente esa parte la que ha entendido algo que no debería entender. No obstante, lo peor de esto no es lo que ha dicho la cría, sino que durante un instante he deseado que fuera verdad.

Harry levanta la vista un segundo, me mira y yo le sostengo la mirada sin apartarla. No sonrío ni hago ningún gesto que sea una salida fácil para él.

—¿Dónde lo ponemos? —le pregunta a la niña volviendo la mirada al dibujo.

—En la nevera —le responde Hazel sin dudar.

Me incorporo un poco más en el sofá, porque no me esperaba esa respuesta y veo cómo Harry asiente. Se levanta con el papel en la mano y camina hacia la cocina sin decir nada más. Hazel lo sigue dando pequeños saltos detrás de él, mientras yo me quedo un momento más en el sofá.

Luego me levanto. No sé muy bien por qué, pero necesito verlo.

Entro en la cocina justo cuando Harry está frente a la puerta de la nevera. Hay varios imanes, algunos dibujos antiguos, una lista de la compra medio arrugada y un calendario con anotaciones que no alcanzo a leer desde aquí. Busca un imán y fija el dibujo en el centro.

—¡Ya está! —. Aplaude Hazel

—Sí, ya está —repite él girándose con una sonrisa.

—Es un buen sitio —digo apoyada en la puerta de la cocina.

No sé si lo digo por el dibujo o por todo lo demás.

—Sí —afirma Harry girándose hacia mí.

Aparentemente, su respuesta es simple, pero en el fondo no lo es.

—Ahora siempre estará aquí —dice Hazel que se acerca la nevera, se pone de puntillas y toca el papel con la punta de los dedos.

Ese «siempre» se queda flotando sobre nuestras cabezas y ni Harry ni yo decimos nada, porque no hay forma de responder a eso sin romper algo. Por suerte, Hazel se da por satisfecha y vuelve al salón, como si ya hubiera terminado con lo importante del día. Se sienta en el suelo otra vez y retoma sus dibujos, completamente ajena al pequeño terremoto que acaba de provocar.

Harry se gira hacia mí y nos quedamos uno frente al otro en la cocina.

—Los niños dicen cosas —dice finalmente.

—Sí.

—No significa nada.

—Claro —asiento sin llevarle la contraria, aunque tampoco le doy la razón y él lo nota.

—Es solo su imaginación, ya sabes… —. Se pasa una mano por la nuca.

—Tiene mucha —respondo.

—Demasiada —dice dibujando una media sonrisa —. Y se encariña rápido.

Ahí está.

—Es una niña —repito y me encojo de hombros.

—Precisamente por eso.

—No es un problema.

—Puede serlo.

—Solo si alguien lo convierte en uno —respondo mirándole ahora directamente a los ojos.

Harry aprieta ligeramente la mandíbula y se toma un momento para responderme.

—No todo es tan sencillo.

—No, nunca lo es —le concedo—. Pero tampoco hace falta complicarlo más.

Se queda mirándome de nuevo, pero ahora de una manera distinta a como lo ha hecho hasta ahora y eso me eriza la piel.

—Tú lo haces sencillo —dice.

Niego con la cabeza.

—Yo no hago nada —respondo—. Solo estoy aquí.

Desde el salón, Hazel suelta una carcajada y ese sonido rompe el momento. Harry desvía la mirada hacia la puerta.

—Voy a ver qué está haciendo —dice.

—Claro.

Pasa a mi lado, aunque no llega a rozarme, pero la distancia es suficiente como para que lo note. Me quedo sola en la cocina y observo el dibujo con las tres figuras en la puerta de la nevera. Me acerco, aunque no debería y paso los dedos por el papel sin tocarlo del todo y trago saliva despacio. Supongo que me afecta, porque ahora ya no es una idea abstracta, sino que está colgado frente a mí, visible para todos… Apoyo las manos en la nevera y cierro los ojos un segundo.

Esto es un error. No es mi casa, ni mi vida, ni mi lugar, pese a eso… Abro los ojos y vuelvo a mirar el dibujo con la sensación de que lo peor de todo no es el dibujo, sino que una parte de mí querría que se convirtiera en realidad.

Capítulo 17
Harry

El primer sonido que escucho solo abrir los ojos no es un llanto, sino un quejido bajo y apagado. Lo vuelvo a oír desde el pasillo, antes incluso de abrir la puerta de su habitación. Abro sin llamar y me encuentro con Hazel medio incorporada en la cama, con la cara enrojecida y el pelo pegado a la frente por el sudor. Tiene los ojos abiertos, pero no del todo y al mirarme no sonríe, algo muy raro en ella.

—Papi… —me llama con un hilillo de voz.

Cruzo la habitación en dos pasos y me siento en el borde de la cama. Le pongo la mano en la frente y noto que está hirviendo de fiebre.

—Me duele… —me dice y la rodeo con mis brazos.

—¿El qué?

—Todo… La cabeza, mucho…—balbucea y se encoge un poco.

Aprieto la mandíbula.

—Vale —le digo, bajando la voz—. No pasa nada.

No es verdad, pero lo digo igual. Le aparto el pelo de la cara con cuidado y noto cómo la piel húmeda arde bajo mis dedos.

—¿Vamos a desayunar y te doy un poco de jarabe para que te sientas mejor, ¿vale, cariño?

—No quiero —musita negando con la cabeza.

—Ya, cariño, pues un poquito de agua.

Me levanto y voy a la cocina, sirvo un vaso de agua y cojo el termómetro.

—Bebe un sorbito —le digo sentándome a su lado y acercándole el agua.

Obedece sin protestar, lo cual es mala señal. Cuando acabo de beber, le acerco el termómetro digital a la frente y en cuanto lo aparta pita. Está a treinta y nueve grados, exhalo en un intento de relajarme.

—Vale.

Dejo el termómetro en la mesilla de noche.

—Tienes fiebre, cariño.

No reacciona y solo cierra un poco más los ojos.

—Tengo frío.

—Ahora te tapo un poco.

Le subo la sábana, porque no puedo taparla mucho más con la fiebre que tiene y le acerco el jarabe a la boca. Cuando se lo toma, también sin protestar, me levanto y salgo al pasillo sin hacer ruido. Cojo el móvil mientras camino hacia la cocina y reviso mentalmente lo que tengo que hacer hoy: tengo una reunión a las nueve, la entrega de un proyecto a las once, una llamada con un cliente nuevo a las doce… Resoplo, todo es importante e inaplazable.

—Mierda…—musito.

Apoyo las manos sobre la mesa del comedor y bajo la cabeza un segundo. *Quedarme no es una opción. Irme tampoco lo es.*

—¡Buenos días! —escucho la voz de Sylvia entrando por la puerta de entrada.

—¡Hola! —le respondo sin ni siquiera mirarla.

—Uy, ¿cómo es que hay tanto silencio por aquí? ¿Dónde está la «madre de Dragones»?

Me giro y la veo aún en el pasillo con gesto atento.

—¿Y esa cara tan seria? —me pregunta al ver mi gesto preocupado.

—Tiene fiebre.

Su expresión cambia en el acto.

—¿Cuánta?

—Treinta y nueve.

Se acerca sin decir nada más y pasa directamente a la habitación de mi hija y la sigo. Se acerca a la cama, se sienta al otro lado y le pone la mano en la frente con un gesto mucho más suave que el mío.

—Hola, preciosa —le susurra.

Hazel abre los ojos un poco más al escucharla.

—Sylvia… —le responde con un tono suave.

Me quedo de pie, observando la escena sin intervenir.

—Estoy aquí —le responde Sylvia.

Le aparta el pelo con cuidado y le roza la mejilla con los dedos. Hazel se inclina ligeramente hacia su mano.

—Tengo frío.

—Lo sé, cariño.

Le ajusta la sábana mejor que yo.

—Ahora pasará —se gira ahora para hablarle a mi hija.

Hazel cierra los ojos otra vez y Sylvia levanta la vista hacia mí.

—¿Le has dado algo?

—Sí, jarabe para la fiebre.

—Perfecto, enseguida le bajará.

Se levanta sin esperar respuesta y sale de la habitación. La sigo otra vez.

—Tiene fiebre alta —digo en voz baja.

—Sí.

—¿Ha comido algo?

—No, no ha querido.

—Bueno, ahora con el jarabe le bajará la fiebre y seguro que consigo que coma algo.

—Vale.

No pregunta más, porque supongo que no necesita más información.

—Tengo que irme.

Sylvia no levanta la vista de lo que está haciendo.

—Ya.

—Tengo una reunión importante.

—Claro.

Su tono no cambia.

—No puedo cancelarla.

—Imagino.

Eso me irrita.

—No es que no quiera quedarme.

—No he dicho eso, Harry.

—Vete —me responde alzando la mirada hasta mis ojos.

Parpadeo.

—¿Qué?

—Vete tranquilo —repite—. Me quedo yo con ella.

No respondo de inmediato.

—No tienes por qué…

—Harry — me interrumpe—Vete —insiste apoyándose en la encimera y cruzándose de brazos—. Está enferma, no se va a mover de la cama. Le daré el jarabe, cuando le toque le haré algo de sopa, le leeré cuentos… —se encoge de hombros—. Lo básico.

La miro.

—No es lo mismo.

—No.

—Es mi responsabilidad.

—También lo es trabajar.

Aprieto la mandíbula.

—No me gusta dejarla.

—Lo tengo claro.

—Y menos así.

—Lo imagino —me dice sin rastro de reproche en su voz, ni me juzga y eso lo hace peor—. Te llamaré cada hora.

—No hace falta.

—Lo voy a hacer.

—Como quieras —me responde encogiéndose otra vez de hombros—. Hazlo si eso te deja más tranquilo.

—Si empeora… —empiezo a mirar sin dejar de mirarla.

—Te llamo si pasa algo.

—Al momento, por favor.

—Por supuesto.

—Sin esperar.

—Harry —me dice y suelta un suspiro—. Sé lo que tengo que hacer, no te preocupes más, de verdad.

Sostengo su mirada y veo que no duda, ni necesita convencerme de nada y eso es lo que hace que finalmente acepte marcharme.

—Vale.

Cojo las llaves de la encimera.

—Le preparo algo de desayuno y vuelvo con ella —dice.

—Perfecto.

Doy un paso hacia el pasillo y vuelvo a detenerme.
—Sylvia.
Se gira.
—¿Sí?
—Gracias —le digo de corazón y ella lo nota.
—Vete —asiente apretando los labios.

Regreso a casa más tarde de lo habitual y encuentro todo en silencio. La luz del pasillo está encendida y avanzo hasta la habitación de Hazel. Entre abro la puerta y la escena que encuentro es sencilla. No tiene nada extraordinario si la miras desde fuera: una niña dormida, una mujer que se ha quedado con ella y un dragón de peluche entre las dos. No hay nada más y, sin embargo, algo en el pecho se me mueve de una forma brusca. Aprieto la mandíbula sin apartar la vista.
Hazel se remueve ligeramente entre las sábanas, un gesto pequeño, pero suficiente para que Sylvia responda sin despertarse. No abre los ojos, solo ajusta la postura de forma instintiva y se acerca un poco más a ella, como si su cuerpo supiera exactamente lo que tiene que hacer sin necesidad de pensarlo. Es ese gesto el que termina de descolocarme, porque es un gesto natural. No abre los ojos. Solo se mueve lo justo para acercarse a ella.

Entro en la habitación, con cuidado de no hacer ruido y me acerco a la cama sin dejar de observarlas, como si necesitara confirmar que lo que estoy viendo es real y no una construcción más de esas que analizo hasta el más mínimo detalle cuando algo no me encaja.

Observo a Hazel primero. Le pongo la mano en la frente con cuidado y enseguida noto que el calor ha bajado. No del todo, pero sí lo suficiente. Exhalo despacio, dejando que esa mínima mejora se asiente en algún sitio dentro de mí que llevaba horas en tensión.

Sé que debería limitarme a comprobar que está mejor, a darme por satisfecho y salir de la habitación antes de quedarme más tiempo del necesario. Pero no lo hago, porque ahora la miro a ella y observo que el pelo, que ahora lo lleva suelto y no como siempre

recogido en una caleta, le cae sobre la cara. Tiene una mano apoyada sobre la espalda de Hazel, con los dedos relajados como si llevara haciéndolo toda la vida y eso es lo que me sorprende, porque no es algo natural. Sylvia es solo su canguro. Sin embargo, esa imagen no es nueva, porque la reconozco de antes, de cuando las cosas todavía no se habían roto para siempre en mi vida ni en la de mi hija.

Y durante un instante, parece que todo se coloca en el lugar que le toca, como si no faltara nada, ni nadie estuviera fuera de sitio y esta escena hubiera existido siempre y yo simplemente estuviera llegando tarde a verla.

Aprieto la mandíbula con más fuerza. No, eso no puede ser…

Vuelvo a mirarlas y me fijo en cómo Hazel se aferra a ella incluso dormida, en cómo Sylvia la sostiene sin darse cuenta, en el espacio que ocupan juntas sin invadir el espacio de la otra y algo dentro de mi pecho cambia lo suficiente como para que lo note.

Me paso una mano por la nuca, intentando volver a un punto donde todo tenga sentido otra vez, aunque sé que no va a ser tan fácil como antes. Después, salgo de la habitación y cierro la puerta con cuidado, pero con esa imagen gravada en mis retinas para siempre.

Capítulo 18
Sylvia

Hay algo que ya no encaja y no es nada concreto. No es una frase, ni un gesto que pueda señalar con el dedo y decir «esto es lo que ha cambiado». Es más bien una suma de pequeñas cosas que, por separado, no significan nada, pero juntas empiezan a hacerlo.

Por suerte, Hazel está mejor. Eso es lo más importante y lo que debería tranquilizarme y, en teoría, devolver todo a su sitio.

Está en el suelo del salón, rodeada de piezas de construcción, con Draggy tumbado boca arriba junto a ella y un vaso de agua a medio beber en la mesa baja. Tiene mejor color, más energía y ha recuperado esa forma de hablar atropelladamente, que parece incompatible con haber estado enferma hace apenas un día, aunque en ella todo es posible.

—Este no va aquí —dice moviendo un bloque con decisión.

—¿Y dónde va? —le pregunto desde el sofá.

—Aquí —responde colocándolo en un sitio que no tiene ninguna lógica.

—Ah, claro.

—Es obvio.

Asiento con total seriedad.

—He dudado un momento, pero ya lo veo.

Hazel me mira con expresión de paciencia infinita que ponen los niños cuando creen que los adultos somos un poco torpes.

—Es fácil —suelta encogiéndose de hombros.

—Claro.

Al otro lado del salón, Harry está apoyado en el marco de la puerta, observándonos. No dice nada solo nos mira, algo nuevo en él. Antes entraba, preguntaba, organizaba mentalmente todo lo que veía en menos de diez segundos y tomaba el control sin darse cuenta. Ahora se queda quieto y se limita a mirar en silencio.

—Ya está bien —le digo girándome para mirarlo.

—¿El qué? —pregunta arrugando el entrecejo.
—Lo de observar en silencio...
Una de sus cejas se eleva ligeramente.
—No estaba mirando.
—Claro…
—Solo compruebo que todo esté bien.
—Eso es mirar, pero con otro nombre.
Hazel levanta la cabeza.
—Papá, no molestes.
—No estoy molestando —responde él.
—Un poco sí —intervengo y él me mira.
—No me ayudas.
—No es mi objetivo.
Vuelve a mirarnos a las dos y finalmente entra en el salón.
—¿Qué estáis construyendo?
—Un sitio —responde Hazel.
—Eso es bastante ambiguo.
—Es un sitio de dragones.
—Eso lo aclara mucho —ironiza mientras se acerca hasta la niña.
—Sí —le responde Hazel concentrada en lo que hace.
Se acerca un poco más hasta donde está la cría, se inclina ligeramente para ver mejor la estructura y frunce el ceño.
—Eso se va a caer.
—No —responde Hazel sin mirarlo.
—Está mal equilibrado.
—No.
—Hazel…
—Papá —le corta con una paciencia peligrosa—. Tú no sabes.
Me llevo la mano a la boca para no reírme.
—Tiene razón —murmuro.
—No la tiene.
—Un poco sí.
—Harry.
—Sylvia.

Nos sostenemos la mirada y de nuevo aparece ese algo que no sé cómo definir, pero que no encaja.

Hazel deja caer una pieza, observa el resultado y asiente satisfecha.

—¿Ves? —dice señalando la estructura—. No se cae.

Harry la mira y luego me mira a mí antes de responderle.

—Ha sido casualidad.

—Claro —le dice la cría negando con la cabeza.

—Totalmente.

—Sin duda.

Se incorpora un poco más y se cruza los brazos.

—Hoy en la guardería ha estado mejor —digo, más para romper ese silencio, que por otra cosa.

Harry baja la mirada hacia la niña.

—Me lo imagino.

—Ha comido bien.

—Eso es buena señal.

—Y no ha intentado convertir ninguna caja en un castillo inaccesible.

—Eso sí que es una mejora —sonríe.

—Aunque ha estado a punto —añado.

—No esperaba menos de ella —ironiza.

Hazel levanta la cabeza.

—No era una caja —nos aclara.

—¿No? —pregunto.

—Era un refugio.

—Perdón —digo con total seriedad—. Eso cambia todo.

Harry exhala por la nariz.

—Desde luego.

Nos quedamos ahí, hablando de cosas pequeñas que no importan, pero que, de alguna forma, sí lo hacen, porque todo es demasiado fácil y natural, algo que, de verdad, empieza a inquietarme.

Harry acaba sentándose en el brazo del sillón, no porque participe de verdad en el juego, sino porque ya ha dejado de supervisar el salón como si fuera un territorio potencialmente

inestable. Tiene una mano apoyada en la rodilla, la otra suelta junto al muslo y la corbata un poco aflojada. Por su parte, Hazel continúa a lo suyo, completamente entregada a la construcción de un refugio que cada vez se parece menos a algo arquitectónicamente defendible y más a una acumulación deforme de bloques y dragones, mientras yo la miro desde el sofá con la mezcla de ternura, agotamiento y rendición que me provoca siempre, y Harry nos observa a las dos con una calma totalmente nueva para él.

—Hoy su maestra Megan me ha dicho que ya parece otra —comento al cabo de un momento.

Harry desvía la vista de Hazel y la fija en mí.

—¿Otra para bien o para mal?

—Para bien —respondo con una sonrisa—. Ha vuelto a comerse el plátano entero del almuerzo y eso, según parece, es un triunfo pedagógico de primer nivel. También ha salido al patio, no se ha quejado y solo ha intentado reorganizar dos juegos ajenos. En su escala personal, eso cuenta como un gran acto de moderación.

—¿Solo dos? —pregunta él alzando una ceja.

—Sí, parece que ha sido una mañana ejemplar.

—No me lo creo —responde divertido.

—Yo tampoco al principio, pero Megan me lo ha dicho con la voz de quien ha visto la luz.

Harry baja la mirada hacia su hija y en la comisura de su boca se dibuja algo que no llega a ser una sonrisa del todo, aunque se queda cerca.

—¿Y no ha convencido a nadie de que podía volar?

—Hoy no —le respondo, cruzándome un poco mejor de piernas en el sofá—. Parece que hoy se ha centrado más en explicar que los dragones serios no rugen delante de desconocidos.

Hazel levanta la cabeza de golpe.

—Es verdad —confirma Hazel levantando la cabeza de golpe.

—No quiero saber de dónde ha salido eso —le responde él.

—Yo sí lo sé —le digo mirándolo con la mejor de mis sonrisas inocentes—. De un dragón rojo con un problema serio de reputación.

—No fue para tanto —me contesta la niña.

—No, claro. Ese rugido tuyo fue un prodigio sonoro que todavía debe de estudiarse en los laboratorios secretos de dragones.

Hazel lanza una carcajada, deja caer un bloque donde no debería y la torre tiembla, se inclina un poco hacia a un lado, aunque milagrosamente aguanta.

—Papá, era un dragón serio —dictamina con absoluta solemnidad.

—Era —repito yo, aprovechando la oportunidad.

Harry me mira.

—No empieces.

—No estoy empezando nada. Solo actualizo la información. Hay evolución de personaje y conviene tenerla actualizada.

—No he cambiado.

—Ya…

—Que no he cambiado —insiste la niña.

—Por supuesto que no.

Le sostengo la mirada a Harry y noto con claridad algo nuevo. No es que diga nada distinto, ni que yo lo haga… Es más bien una conciencia mutua que no estaba antes, una manera de percibirnos que hace que hasta las frases más normales parezcan ir más allá. Hazel, completamente ajena a todo eso, deja el último bloque, lo mira con orgullo y se gira hacia nosotros.

—Ahora necesito agua.

—Yo te la traigo —digo incorporándome del sofá.

—Yo también voy —anuncia Harry al mismo tiempo, quizá por costumbre o por pura coincidencia, aunque ya nada me parece tan casual como antes.

Nos levantamos a la vez y cruzamos el salón en paralelo, sin tocarnos, pese a eso tengo la sensación de que ambos somos demasiado conscientes de la presencia ajena. Entro primero en la cocina y alargo la mano hacia el vaso que suele usar Hazel justo cuando Harry hace exactamente lo mismo desde el otro lado. Nuestras manos se rozan brevemente, aunque no retiro la mano de inmediato y él tampoco. Es una fracción de tiempo ridícula, menos que nada. Pero está llena de una conciencia tan clara que me deja el pulso alterado.

Harry aparta primero los dedos y yo cojo el vaso intentando fingir una normalidad que no siento del todo y lo lleno de agua.

—Yo… —empieza a decir, pero se queda ahí, como si no hubiera preparado las siguientes palabras.

—Ya —respondo, aunque no sé ni qué le estoy contestando exactamente.

Él suelta una exhalación por la nariz.

—No he dicho nada.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué has respondido así?

Cierro el grifo y apoyo el vaso en la encimera antes de girarme hacia él.

—Porque parecía que ibas a decir algo.

—No iba a decir nada.

—Eso es todavía peor.

—¿Peor por qué? —pregunta con la voz más baja que antes.

—Porque el silencio contigo nunca está vacío de significado.

No sé por qué digo eso… O sí lo sé y precisamente por eso no debería haberlo dicho.

Harry se queda quieto. Me mira con una concentración que ya no tiene nada que ver con la logística doméstica, ni con Hazel, ni con los vasos de agua. Hay algo más directo en sus ojos y tengo la sensación de haber hecho exactamente lo que no tenía que hacer: poner palabras donde hasta ahora solo había una corriente soterrada que podía fingir no ver.

—¡Mi aguaaaaa! —grita Hazel desde el salón y eso rompe el momento, aunque solo lo aplaza.

Cojo el vaso y salgo de la cocina antes de que mi cuerpo tome una decisión que no he autorizado. Harry viene detrás de mí, con el gesto recompuesto y esa forma suya de recolocarse cuando algo ha estado a punto de escapársele de las manos. Le doy el agua a Hazel y vuelve a sus dragones, sin tener ni idea de que acaba de salvarnos de algo importante a su padre y a mí.

Me siento otra vez en el sofá y Harry vuelve al sillón. El salón recupera su apariencia tranquila, pero ya no me parece igual que antes. Hazel sigue jugando, contando historias a media voz para sus

dragones, ajena a la tensión que ha quedado suspendida entre los dos adultos de la casa. Harry la observa un rato, luego me observa a mí y después vuelve a ella, como si todavía no supiera dónde ubicar exactamente lo que ha sentido. Yo tampoco y supongo que ese es el problema.

Cuando más tarde salgo de casa y la puerta se cierra a mi espalda, bajo las escaleras con una sensación que empiezo a conocer demasiado bien pegada a la piel. Es una sensación que aparece cuando algo empieza a importarme demasiado y todavía estoy a tiempo de fingir que no pasa nada, pero cada vez me cuesta más mantener la mentira. Camino hasta mi piso con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta y la cabeza demasiado llena de cosas, pienso en Hazel, en su voz, en su dibujo de nosotros tres, que aún está colgado en la nevera y en Harry, en la cocina, en ese roce de nuestras manos que no debería haber significado nada y que, sin embargo, todavía me sigue recorriendo por dentro.

No sé cómo, pero se está volviendo demasiado fácil estar en esa casa, discutir con Harry, reírme con Hazel, acostarme pensando en lo que habrá que hacer al día siguiente como si ese lugar también me perteneciera un poco y, por experiencia sé que, eso nunca ha acabado bien. Cuando una parte de mí deja de estar de paso y empieza a imaginarse cómo sería quedarse ahí para siempre… todo falla.

Aprieto los labios mientras espero a que cambie el semáforo y sigo andando en cuanto se pone en verde, con esa certeza que me revuelve por dentro, porque ya no se trata solo de que Hazel me importe o de que Harry me guste bastante más de lo que me conviene admitir. El verdadero problema es otro mucho más serio: me estoy acostumbrando a esa casa y a todo lo que empieza a parecerse demasiado a algo que nunca ha sido mío.

¿Qué pasará cuando tenga que marcharme porque la señora Morrison se haya recuperado y ya no me necesiten como canguro?

Capítulo 19
Harry

La casa está en silencio. Me quedo de pie en la entrada unos segundos, con las llaves todavía en la mano, observando el espacio con una atención que no suelo dedicarle, como si necesitara asegurarme de que todo sigue igual que esta mañana. Lo es, aunque no lo parece.

Cierro la puerta, dejo la chaqueta sobre el respaldo de una silla, aunque tengo la mirada en la cocina antes incluso de cruzar el salón. El dibujo que hizo Hazel sigue colgado en la nevera, más todos los que había antes. Algunos están torcidos, otros sujetos con imanes y en el centro el último que hizo. Me quedo mirándolo un momento con la sensación incómoda de estar frente a algo que no debería importarme tanto como lo hace.

Me paso una mano por la nuca y desvío la vista hacia el salón, donde hay una manta doblada sobre el sofá que no estaba ahí hace unas semanas, junto a un peluche de dragón y un par de piezas de construcción olvidadas junto a la mesa baja, como si alguien hubiera decidido dejarlas ahí con la intención de volver en cualquier momento.

Antes eso me habría molestado, no por el objeto en sí, sino por lo que implicaba: desorden, falta de control, algo fuera de su sitio que debía corregirse antes de que se convirtiera en costumbre, pero ahora no siento la necesidad de poner todo en su lugar y eso es lo que no me resulta más raro.

Cruzo el salón despacio y recojo una de las piezas del suelo por pura inercia, aunque no la guardo donde debería, sino que la dejo sobre la mesa, cerca del resto, como si tuviera más sentido que permanecieran juntas que perfectamente ordenadas en su sitio correspondiente. Después, me dejo caer en el sillón y apoyo los antebrazos sobre las piernas, entrelazando las manos mientras fijo la

mirada en el espacio que tengo delante sin centrarme en nada concreto, porque mi cabeza no está aquí del todo.

La imagen vuelve sin hacer ningún esfuerzo para recordarla. Sylvia en la cama, dormida junto a Hazel abrazándola y protegiéndola. Cierro los ojos un segundo, pero la imagen no desaparece. Resoplo, me paso una mano por la cara y me incorporo ligeramente en el sillón. Ya sé que no es la primera vez que alguien cuida de mi hija, ni que ocupa mi lugar cuando no estoy, pero nunca ha sido así de natural. Aprieto la mandíbula. «Natural» es la palabra que llevo evitando desde que he cruzado la puerta. Porque parece que no haya nada que cuestionar, ni que Sylvia esté con nosotros no sea una solución de emergencia, que tuve que coger mientras se recupera la señora Morrison.

Abro los ojos y fijo la mirada en la manta del sofá, que a pesar de que está fuera de su sitio habitual, no me resulta molesto que no lo esté. Exhalo despacio y me dejo caer contra el respaldo, apoyando la cabeza mientras miro al techo durante unos segundos, y trato de centrarme en algo que no tenga que ver con lo que está pasando dentro de esta casa, pero no me funciona. Vuelvo a bajar la mirada y miro de nuevo el salón, la manta, el peluche, los dibujos de la nevera y me doy cuenta de que todo esto… Me gusta. Me gusta que esté aquí, cómo habla con Hazel, discutir con ella y que no intente agradarme. Me gusta también que no intente encajar en nada y que, aun así, encaje.

Me inclino hacia delante otra vez y apoyo los codos sobre las rodillas, con las manos entrelazadas y la mirada fija en el dibujo de la nevera, porque si la dejo moverse libremente volverá a la habitación de mi hija y a cómo Sylvia dormía junto a Hazel con una naturalidad que no debería resultarme tan devastadora y, sin embargo, lo hace.

No es solo que me guste que esté aquí, sino que la casa funcione mejor con ella, ni que Hazel la espere, ni que yo ya me haya acostumbrado al sonido de su voz en la cocina o a encontrar la manta con la que se cubre las piernas cuando se sienta en el sofá. Realmente, es más que eso. Me gusta hablar con ella, cómo me lleva la contraria sin miedo y sin teatralidad, como si discutir conmigo no

fuera un problema que resolver, sino un idioma que entiende perfectamente. Me gusta también que no intente impresionarme, ni agradarme, ni convertir cada conversación en algo amable por pura educación.

Exhalo despacio y me apoyo en el respaldo, pero no consigo relajarme, porque en cuanto dejo de intentar evitarlo, la idea vuelve a mi cabeza con fuerza… Me estoy enamorando de Sylvia.

Aprieto la mandíbula y cierro los ojos un segundo. Esto no puede estar pasando y, desde luego, no ahora, no con ella dentro de esta casa. Vuelvo a mirar el salón y la casa entera parece responderme con una serenidad que no ayuda nada. Los dibujos en la nevera, las mantas, los juguetes fuera de lugar, incluso ese peluche olvidado sobre el sofá… Todo lo que en otro momento me habría parecido una invasión, ahora no me resulta algo ajeno, molesto, ni temporal y eso es lo peor de todo, porque no solo yo me estoy acostumbrando a Sylvia, sino que Hazel también y eso lo complica todo hasta un punto que no puedo minimizar.

Me levanto del sillón y camino hacia la cocina sin un objetivo concreto, solo por no quedarme quieto. Apoyo las manos en la encimera, bajo la cabeza un momento y me obligo a respirar con calma, aunque lo único que consigo es que la imagen de Sylvia riéndose en el sofá o con Hazel o junto a mí en la cocina… Aprieto los dedos contra la encimera.

No debería haber llegado a este punto después de haber pasado años enteros manteniendo una estructura precisa, limpia y segura, ni después de haber convertido cada rutina en una forma de supervivencia. No, no voy a volver a pasar por eso y mi hija tampoco. Sin embargo, ese es el principal problema, Hazel es la única persona por la que merece la pena sostenerlo todo incluso cuando para mí sea demasiado complicado... Pero no puedo permitir que se acostumbre a alguien que está aquí de paso.

Cierro los ojos un instante y el dibujo con las tres figuras mal hechas y la frase de Hazel de «Sylvia vive aquí» vuelve a aparecer en mi cabeza. Exhalo despacio. No, Sylvia no vive aquí de verdad, ni debería hacerlo. No puedo olvidarlo por muy fácil que me resulte todo cuando ella está en casa con nosotros.

Me obligo a enderezarme y a mirar las cosas con la distancia que debería haber mantenido desde el principio. Esto tiene una explicación sencilla. La señora Morrison sigue recuperándose y Sylvia solo está cubriendo un hueco. Ha encajado bien, eso es todo. Eso es. Nada más. Sylvia es solo una niñera sustituta. Me repito la frase para mí, despacio, como si con eso tuviera suficiente como para que se convierta en una verdad.

—Solo es una niñera sustituta, temporal, circunstancial… Nada más. La señora Morrison volverá y todo volverá a ser como antes. Hazel se adaptará y yo también. Tiene que ser así —musito para mí en un intento de grabar a fuego mis palabras en mi cabeza.

Me quedo un segundo en la cocina, con la mirada fija en la nevera y el dibujo todavía en el centro, hasta que aparto la vista con una sensación incómoda en el pecho, porque tengo la sensación de que a pesar de que puedo repetirme todas las veces que quiera que esto es temporal, que Sylvia no significa nada que no deba y que todo volverá a la normalidad en cuanto la señora Morrison se recupere, una parte de mí, quizás la más honesta y la que menos me conviene escuchar, ya sabe que el verdadero problema no es ese, sino que no estoy seguro de querer recuperar lo que había antes de que ella entrara en esta casa..

Capítulo 20
Sylvia

Hay un momento en concreto en el que te das cuenta de que algo se te ha ido de las manos y no tiene nada que ver con grandes decisiones. Es más bien una acumulación de pequeñas cosas que, juntas, empiezan a parecerse demasiado a algo estable.

Ahora mismo estoy en el suelo del salón, rodeada de cojines, con una niña de tres años dándome órdenes, mientras intenta construir una cueva de dragones que desafía cualquier principio básico de la física.

—No, ese no va ahí —me dice señalando el cojín que acabo de colocar.

—¿Y dónde va?

—Ahí —responde moviéndolo apenas unos centímetros hacia la izquierda.

—Eso es exactamente donde lo he puesto.

Hazel me mira con una expresión de paciencia como si yo fuera una total incompetente.

—No —dictamina.

—Vale —respondo levantando las manos—. No.

Recoloco el cojín siguiendo sus indicaciones y la estructura, que ya era dudosa, se tambalea peligrosamente antes de mantener el equilibrio de milagro.

—Perfecto —dice satisfecha.

—Perfecto —repito con una seriedad que no se corresponde en absoluto con lo que tenemos frente a nosotras.

Estamos utilizando seis cojines para formar una especie de túnel, dos mantas que no cumplen ninguna función clara y tres dragones de peluche colocados estratégicamente como si estuvieran defendiendo algo importante. Draggy, por supuesto, está en el centro.

—Es una cueva secreta —me explica.

—Eso lo cambia todo.

—Claro.

Asiente con convicción, se mete dentro arrastrándose, mientras a mí me deja fuera con la mitad del cuerpo atrapado entre cojines.

—Tienes que entrar —ordena desde dentro.

—No sé si quepo.

—Sí cabes.

—Eso no lo sabes.

—Sí, sí lo sé.

—Hazel…

—Sylvia —me imita con tono idéntico.

Exhalo por la nariz, pero acabo metiéndome igualmente. Doblo las piernas de una forma poco digna para acomodarme en ese espacio hasta que lo consigo.

—Ahora estamos a salvo —susurra.

—¿De qué?

—De los otros dragones.

—¿Hay más?

—Siempre hay más.

Tiene lógica, porque en su mundo siempre hay más… Cuando estoy a punto de preguntarle algo, oigo la puerta de la calle abrirse y la niña levanta la cabeza como si hubiera estado esperando ese sonido toda la tarde.

—¡Papá! —exclama y sale disparada de la cueva. Yo me quedo unos segundos atrapada entre cojines antes de incorporarme como puedo.

Harry aparece en el salón quitándose la chaqueta del traje, aunque algo se relaja en su gesto en cuanto ve el espectáculo que tenemos montado. Se detiene un segundo y observa los cojines, las mantas, los dragones y a Hazel, que corre hacia él y luego me mira a mí. Aunque no sonríe, tengo la sensación de que está muy cerca de hacerlo.

—¿Qué es esto? —pregunta.

—Una cueva secreta —responde Hazel con orgullo.

—Por supuesto.

Deja la chaqueta en el respaldo de la silla y vuelve a mirar el salón, como si estuviera decidiendo si intervenir o fingir que esto es una situación completamente aceptable.

—Estamos a salvo —añade la niña.

—Eso me tranquiliza.

—De los otros dragones —Hazel le aclara y Harry asiente despacio.

—Entiendo.

Estoy segura de que no lo entiende en absoluto, pero tampoco lo cuestiona, lo cual ya es un avance importante. Mientras hablan, yo me apoyo en el respaldo del sofá, cruzo los brazos y lo observo con una ligera sonrisa.

—¿Eso que traes parece algo interesante o es otra factura?

Harry baja la mirada hacia el sobre que todavía tiene en la mano, como si se hubiera olvidado de que lo llevaba.

—No es una factura.

—Qué decepción.

Se acerca a la cocina y deja el sobre sobre la mesa antes de abrirlo. Después, saca dos entradas y las observa un momento, como si estuviera comprobando algo.

—Un cliente no puede usarlas —explica—. Me las ha dado esta tarde.

—¿El qué? —pregunto acercándome.

Gira ligeramente las entradas para que pueda verlas y tardo exactamente medio segundo en entender lo que estoy mirando.

—Espera —le respondo cogiéndolas—. ¿Esto es…?

—Un musical.

Parpadeo.

—¿En serio?

—Sí.

Vuelvo a mirar las entradas, como si fueran a desaparecer si dejo de prestarles atención.

—¿Esto es de verdad?

—Suelen serlo —Alza una ceja asintiendo.

—No he ido nunca a uno —suelto sin pensar demasiado en cómo suena, pero en cuanto lo hago, me doy cuenta de que es

verdad. Nunca he tenido una de estas en la mano, ni me han invitado a algo así, ni he estado en un sitio que suene tan… fuera de mi mundo.

—Pues ya tienes oportunidad.

Levanto la vista hacia él.

—Esto es una locura.

—No, no lo es.

—Un poco sí —insisto.

—No.

—Vale —acepto, aunque no estoy nada convencida.

Hazel aparece entre nosotros, intentando subirse a la encimera.

—¿Qué es eso?

—Nada que te interese —responde Harry.

—Quiero verlo.

—No.

—Sí.

—Hazel.

—Papiiiiii.

Me muerdo el labio para no reírme y levanto ligeramente las entradas.

—Son para adultos, cariño —le explico a la niña.

—Entonces no me interesan —responde con total naturalidad antes de desaparecer otra vez hacia el salón.

Harry exhala.

—Eso ha sido demasiado fácil.

—No lo digas muy alto, que puede volver.

Se apoya ligeramente en la encimera y durante un instante ninguno dice nada. Yo sigo con las entradas en la mano, consciente de que no son solo un papel…

—¿Y qué vas a hacer con ellas? —le pregunto alzando la mirada hacia él.

—Podríamos ir.

Su frase queda suspendida sobre nuestras cabezas. Lo miro, él me mira y durante un momento ninguno de los dos hace nada.

Miro las entradas otra vez, como si fueran a darme una pista mejor que la que tengo delante, pero lo único que hacen es confirmar que esto está pasando de verdad. No es una broma, ni algo que vaya a olvidarse en cuanto cambie de tema.

—Podríamos ir —repito, más para ordenar la idea en mi cabeza que por otra cosa.

—Sí.

No añade nada más. No suaviza la frase, ni la disfraza de plan casual ni de compromiso inevitable. Lo deja ahí, como si fuera suficiente, aunque eso es lo que lo hace más complicado.

Levanto la vista hacia él.

—¿Y la pequeña dictadora?

Harry no tarda en responder.

—Se queda con Mason y Nora.

Parpadeo.

—¿Perdón?

—Ya lo he hablado con ellos.

—¿Lo habías hablado ya? —le pregunto alzando una ceja.

—Era una posibilidad —responde demasiado rápido.

—Qué eficiente —le respondo entrecerrando los ojos.

—No es eficiencia.

—No, claro.

Nos sostenemos la mirada un momento.

—No tenías que organizarlo todo antes de decirme nada —añado, apoyando las entradas sobre la encimera.

—No lo he organizado todo.

—Solo lo suficiente como para que no tenga escapatoria.

—No tienes que venir si no quieres.

—No he dicho que no quiera —respondo.

—Entonces no veo el problema.

—El problema —repito— es que esto parece una cita.

Harry se queda quieto un momento al escucharme.

—No lo es —me aclara.

—Claro.

—No lo es —insiste.

—Vale.

—Vale.

Su «vale» no soluciona nada, evidentemente, y desde el salón, Hazel vuelve a aparecer corriendo.

—¿Quién se queda con Mason?

Harry se gira hacia ella.

—Tú.

Se detiene en seco.

—¿Yo?

—Sí.

—¿A dormir?

—Sí.

Hazel se queda completamente inmóvil durante un segundo, procesando la información con una seriedad que no encaja con su edad.

—¿Y vosotros?

Ambos nos quedamos en silencio, hasta que Harry carraspea ligeramente.

—Salimos.

—¿Juntos?

—Sí.

Hazel entrecierra los ojos.

—¿Es una cita?

Harry se atraganta literalmente y yo me giro hacia la encimera para no reírme.

—No —responde él.

—Sí —añade Hazel con absoluta convicción.

—Es una cita —dictamina la cría cruzándose de brazos.

—No lo es —insiste el padre.

—Entonces, ¿por qué Sylvia tiene que ponerse guapa?

Me llevo la mano a la boca y Harry cierra los ojos un segundo.

—Sylvia no tiene que ponerse guapa.

—Sí tiene.

—Hazel…

—Y tú también.

—No voy a…

—Papiiiiii —lo corta con autoridad—. En las citas la gente se pone guapa.

Los tres nos quedamos en silencio y yo me muerdo el labio inferior para no reírme. Harry me mira, yo lo miro y tengo la certeza de que ambos sabemos que esto se nos está yendo completamente de las manos.

—No es una cita —repite.

—Vale —dice Hazel encogiéndose de hombros—. Pero parece una.

Y con esa bomba, se da media vuelta y vuelve al salón como si no acabara de dinamitar toda la conversación.

—Los niños dicen cosas —murmura Harry.

—Sí —le respondo aún apoyada en la encimera.

—No significa nada.

—Claro.

Lo miro, él me mira y ambos sabemos que sí significa algo, aunque ninguno lo diga.

—Voy a ver qué está haciendo antes de que convierta el sofá en otra estructura ilegal —añade él, saliendo de la cocina.

—Buena suerte.

Me quedo sola un momento, con las entradas sobre el mármol de la cocina y una sensación de nervios en el estómago que no me gusta lo suficiente como para ignorarla.

Un rato después, mientras Hazel se lava los dientes, me apoyo en la encimera de la cocina, fingiendo que estoy haciendo algo que no estoy haciendo, Harry entra y se queda frente a mí.

—No tienes que venir por compromiso.

—No es por compromiso —le respondo antes de que pueda decir nada más, porque prefiero dejarlo claro ahora que después.

Lo miro, él me sostiene la mirada y ahí está otra vez ese algo.

—Ah.

No sé qué más decir, ni qué debería decir. Ambos nos quedamos en silencio y tengo la sensación de como si hubiera muchas cosas sin decir acumulándose en un espacio demasiado pequeño.

—Entonces… —empiezo.

—Entonces vamos —responde.

Asiento despacio.

—Vale.

Esa noche, cuando llego a mi piso, dejo las llaves en la entrada y camino directamente hacia la habitación sin encender todas las luces, como si así pudiera mantener esto en una especie de plano más difuso, pero no funciona. Abro el armario y me quedo mirando la ropa.

—No es una cita —murmuro para mí.

Cojo un vestido y lo dejo. Justo después, cojo otro y lo observo con atención.

—No es una cita —repito.

Me miro en el espejo y ni yo misma me creo lo que acabo de decir. Lanzo un suspiro y me suelto el pelo y me acerco un poco más.

—No es una cita —vuelvo a decirme, aunque vuelvo a sacar más ropa del armario como si lo fuera, y eso ya es una respuesta.

Apoyo las manos en la cómoda y me quedo mirándome consciente de que esto no va de un musical, ni de unas entradas, ni siquiera de una salida sin más…. Va de él, de mí y de algo que no debería estar empezando a parecerse a esto.

Exhalo despacio.

—No es una cita —repito una última vez, aunque ni siquiera intento que me suene convincente.

Dejo caer los brazos a los lados, como si soltar el aire fuera suficiente para ordenar lo que tengo en la cabeza, pero no lo es. Vuelvo a mirar el armario, después el espejo y, por último, otra vez el armario.

—Esto es ridículo —murmuro, aunque sigo ahí.

Cojo el primer vestido que había descartado y me lo acerco al cuerpo sin llegar a ponérmelo, simplemente para verlo reflejado. No está mal, pero lo dejo y cojo otro, pero al instante lo dejo también.

Me paso una mano por el pelo y cierro los ojos un segundo, intentando encontrar el punto en el que esto deja de parecer una decisión importante y vuelve a ser lo que debería ser: una salida sin

más, dos personas viendo un musical porque alguien no podía usar unas entradas y las han aprovechado. Nada más.

Abro los ojos, porque no me lo creo ni yo.

—No es una cita —repito, pero ahora me suena distinto, menos firme. Porque en cuanto dejo de decirlo en voz alta, lo que aparece no es la frase, sino la imagen de Harry en la cocina, apoyado en la encimera y diciéndome «No es por compromiso».

Aprieto ligeramente los labios. Ahí está el problema: no es el musical, ni salir, ni siquiera Harry, sino cómo lo ha dicho sin rodeos y sin excusas. Me apoyo otra vez en la cómoda y bajo la mirada. Esto no va solo de si me gusta, porque eso ya está claro, sino de lo fácil que me está empezando a resultar todo cuando estoy con él y eso nunca es buena señal.

Camino un par de pasos por la habitación y vuelvo al armario, esta vez sin dudar tanto. Cojo uno de los vestidos y me lo pongo por encima, como si decidir algo concreto fuera suficiente para no pensar en lo demás. Me miro en el espejo, aunque no sonrío, ni aparto la mirada.

—Vale —digo en voz baja, aunque no es una afirmación, sino una aceptación.

En el fondo, el problema no es que esto parezca una cita, sino que quiero que lo sea.

Capítulo 21
Sylvia

No sé en qué momento he permitido que Hannah convierta mi salón en un probador y que lo haga con una actitud que deja bastante claro que esto le está divirtiendo más a ella que a mí.

—No tengo nada que ponerme —sentencio por tercera vez, de pie frente al sofá, mientras observo una colección absurda de ropa que claramente no forman parte de mi vida habitual.

—Eso es porque no tienes citas —responde mi amiga desde el otro lado, tirando otro vestido encima del montón—. Problema solucionado.

—No es una cita.

—Claro.

—No lo es —insisto.

Se incorpora despacio, con la media sonrisa que utiliza cuando sabe que va ganando.

—Te ha invitado a un musical de noche y sin la niña. Además, lo ha organizado todo para que Hazel duerma fuera —hace una pausa breve—. No es una reunión de trabajo, lo tienes claro, ¿no?

—No es una cita.

—Entonces explícame qué es —me dice, cruzándose de brazos, como si de verdad esperara que me lo creyera.

Abro la boca, pero al instante la cierro.

—Es… salir.

—Salir —repite mi amiga.

—Sí.

—Con él.

—Claro...

—Arreglada.

—Sí.

—Sin Hazel.

—También.

—A un musical.
—Eso es.
Se cruza de brazos.
—Es una cita.
—No.
—Vale.
—Que no lo es —insisto.
—Vale.
—No repitas más ese «vale».
—¿Qué «vale»?
—Ese.
—El de «no me lo creo, pero voy a dejar que te hundas sola».
—No me estoy hundiendo.
—No, directamente te estás ahogando.
Resoplo y cojo uno de los vestidos.
—Este no.
—Ese sí.
—Es demasiado…
—Es perfecto.
—Que es demasiado —repito.
—Que no, es perfecto —insiste ella.

Nos sostenemos la mirada hasta que al final ruedo los ojos, me doy la vuelta y camino hacia la habitación con el vestido en la mano, sintiendo una mezcla incómoda de nervios y resistencia que no quiero analizar demasiado. Cierro la puerta detrás de mí y me quedo un segundo quieta, mirando la tela.

—No es una cita —murmuro.

Me pruebo el vestido igualmente y cuando salgo, Hannah ya está esperando con los brazos cruzados y la sonrisa preparada.

—Sabía que tenía razón.
—No empieces.
—Estás espectacular, tía.
—No exageres.
—No lo estoy haciendo.

Me acerco al espejo, me observo con atención y compruebo que no parece exagerado, ni que intente nada poniéndomelo,

aunque eso, curiosamente, es lo que lo hace peor.

—Estoy normal —digo, aunque ni yo misma me lo creo del todo.

—No estás normal.

—Estoy bien.

—Estás guapa.

Me paso una mano por el pelo.

—No es… ¿demasiado?

—¡Para nada! Es justo lo que necesitas.

—¡Qué va! Es demasiado.

—Que no… Es justo.

—No quiero parecer que voy a una cita.

—No quieres que lo parezca, pero lo es.

La miro a través del espejo.

—No lo es.

—Te gusta.

—No estamos hablando de eso.

—Siempre estamos hablando de eso.

—Yo no.

—Pero yo sí —responde soltando una carcajada.

Exhalo por la nariz y me dejo caer en el borde de la cama.

—Es complicado.

—No —responde acercándose—. Es un tío que te gusta y punto.

—No es solo eso.

—Es exactamente eso.

—Hace mucho que no me meto en nada de esto —le cuento mirándola ahora a los ojos.

—Lo sé —me responde bajando ligeramente el tono de voz.

—Y no tengo ganas de complicarme.

—Entonces no te compliques.

—No es tan fácil.

—Nunca lo es —. Se inclina un poco hacia mí—. Pero eso no significa que tengas que salir corriendo cada vez que algo te gusta.

Aprieto los labios un segundo.

—No estoy huyendo.

—Estás a punto de salir por patas…

No le respondo, porque sé que tiene razón. Justo en ese momento suena el timbre. Es demasiado pronto, por lo que las dos levantamos la cabeza al mismo tiempo y nos miramos directamente a los ojos.

—Ahí está —dice Hannah con una sonrisa—. El problema.

—No es un problema.

—Claro.

—No lo es.

—Abre.

—No.

—Sylvia, abre la puerta —insiste y, esta vez, no suena a broma.

El timbre vuelve a sonar. No es insistente, pero tampoco es casual, porque es ese tipo de llamada que deja claro que la persona al otro lado sabe perfectamente que estás ahí dentro y que, tarde o temprano, vas a abrir.

—Es él —me dice mirándome con una sonrisa que ya no intenta disimular nada.

—Ya lo sé.

—Pues abre.

—No.

—Sylvia…

—No estoy lista.

—Estás más que lista —responde, acercándose hasta mí y colocándome un mechón de pelo detrás de la oreja con un gesto rápido—. De hecho, estás peligrosamente lista.

—No digas eso —le ruego.

—Es la verdad.

El timbre suena otra vez y esta vez siento cómo se me acelera el pulso de una forma completamente absurda.

—Va a pensar que no estoy —murmuro.

—Va a pensar que te estás haciendo la interesante.

—No me estoy haciendo la interesante.

—Entonces abre la puerta —insiste, empujándome ligeramente hacia el pasillo.

—Odio esto.

—No lo odias.

—Lo odio un poco.

—Te encanta.

No le respondo. Camino hacia la puerta con la sensación incómoda de estar yendo de cabeza hacia algo que no tengo del todo claro cómo manejar. Cuando pongo la mano en el pomo, me detengo un momento.

—Respira —dice Hannah detrás de mí.

—No es una cita.

—Abre la puerta, Sylvia.

Exhalo despacio y abro. Cuando bajo al portal, lo encuentro apoyado ligeramente en el marco de la puerta, con una mano en el bolsillo del pantalón y la otra sujetando las llaves del coche. No lleva el traje de siempre, sino una chaqueta de cuero, una camisa oscura sin corbata, ligeramente abierta en el cuello y aun así… está impecable.

Levanta la vista hacia mí y no dice nada de inmediato. Ese instante de silencio, se alarga lo suficiente como para que yo sea demasiado consciente de todo: del vestido que he elegido, de mi pelo y de la distancia que hay entre nosotros.

—Hola —digo, porque alguien tiene que romper el hielo.

—Hola.

Su mirada baja un instante y vuelve a subir. Percibo algo en su forma de mirarme, que no es habitual en él, algo menos controlado y más directo.

—Has llegado pronto.

—Un poco —admite sin moverse.

—Estoy… —empiezo, pero no sé muy bien qué iba a decir.

—Estás… muy guapa.

La frase se le escapa de la garganta con una pequeña pausa en medio, como si no fuera algo que suela decir con facilidad. Aprieto los labios un momento, antes de responderle.

—No te acostumbres.

La comisura de su boca se curva un poco en algo que no se atreve a ser aún una sonrisa.

—No lo haré.

Detrás de mí, Hannah que ha bajado justo después de mí carraspea con una intención nada sutil.

—Hola, Harry —dice asomando la cabeza—. Encantada de conocerte.

—Hannah, igualmente —responde él con un leve gesto de cabeza.

—Cuídala —añade ella mirándolo con una seriedad exagerada —. Está muy nerviosa.

—No estoy nerviosa —protesto sin girarme.

—Muchísimo —insiste.

—Gracias por tu apoyo.

—Para eso están las amigas.

Harry no dice nada, pero veo cómo baja la mirada un segundo, como si estuviera conteniendo una sonrisa.

—Bueno —digo, agarrando el bolso—. Nos vamos.

—Diviértete —dice Hannah en voz baja cuando paso a su lado —. Y deja de pensar tanto.

—No pienso tanto.

—Sí, sí lo haces.

La ignoro porque no me queda otra y salgo de la portería, cerrando la puerta detrás de mí con una sensación extraña en el estómago que no desaparece ni siquiera cuando empiezo a caminar. Harry va a mi lado, manteniendo una distancia prudente, aunque eso no ayuda en absoluto a relajarme, porque soy demasiado consciente de cada paso, de cada movimiento y de cada segundo en el que estamos los dos solos sin la excusa de Hazel de por medio.

—No hacía falta que te quedaras en la puerta —comento al llegar al coche.

—No me importa.

—Podías haber esperado en el coche.

—Prefiero no hacerlo.

Levanto una ceja.

—¿Por?

Me mira un instante de responder.

—Por esto.

No concreta más, pero tampoco hace falta. Abre la puerta del copiloto antes de que yo llegue y ese gesto sencillo, que no debería significar nada, me descoloca por completo.

—Gracias.

—De nada.

Me siento y el olor del interior a cuero nuevo y limpio me envuelve de inmediato. Él rodea el coche, se sienta al volante y durante unos segundos ninguno dice nada.

—¿Estás cómoda? —pregunta al arrancar el motor.

—Sí.

—¿Seguro?

—Sí.

—Vale.

Nos quedamos en silencio y miro por la ventana. Intento centrarme en las luces de la calle, en la gente que camina, en cualquier cosa que no sea el hecho de que él está justo a mi lado.

—Estás muy callada —dice al cabo de un momento.

—Estoy pensando.

—Eso nunca es buena señal.

—Para ti.

—Para mí, sobre todo.

Giro ligeramente la cabeza hacia él.

—¿Te pone nervioso que piense?

—Me pone nervioso que pienses demasiado.

—Siempre pienso demasiado.

—Lo sé.

Su tono no es una queja, sino una constatación y eso me descoloca un poco.

—¿Y tú? —pregunto—. ¿No piensas demasiado?

—Solo lo justo.

—Mentira.

—No.

Nos miramos apenas un segundo y aparto la vista primero, porque quedarme ahí sería cruzar una línea que todavía no sé si quiero cruzar.

El resto del trayecto pasa entre comentarios sueltos y sin importancia aparente. No hablamos de nada importante y, aun así, todo lo parece.

Cuando detiene el coche, tardo un segundo en darme cuenta de que ya hemos llegado.

—Ya estamos.

Levanto la vista y veo el teatro, las luces, la gente, el movimiento constante de personas entrando y saliendo, el murmullo que lo envuelve todo y tengo la sensación de estar en un sitio que no forma parte de mi rutina, ni de mi mundo, pero que, de alguna forma, me atrae mucho.

—Guau… —se me escapa.

Salgo del coche y me quedo quieta, observándolo todo con una mezcla de curiosidad y fascinación que no intento disimular.

—¿Nunca habías venido?

—No —respondo sin apartar la vista—. Nunca.

La gente pasa a nuestro alrededor, algunos arreglados y otros más informales, pero todos con la energía propia de los sitios donde está a punto de empezar algo importante.

—Es… —empiezo, pero no encuentro la palabra.

—Mucho.

—Sí —asiento—. Mucho.

Harry me observa y cuando giro la cabeza hacia él, me doy cuenta de que no está mirando el teatro, sino a mí.

—¿Qué?

—Nada.

—Eso no es nada.

—Lo sé.

—Entonces dime qué es.

Se encoge ligeramente de hombros.

—No te imaginaba así.

—¿Así cómo?

—Sorprendida.

—¿Por qué?

—Porque siempre pareces tener una respuesta para todo.

Sonrío un poco.

—No para esto.

—Ya lo veo.

—No todo el mundo ha vivido rodeado de musicales.

—Yo tampoco.

—Mentira.

—No, para nada.

—Entonces lo disimulas muy bien.

—Es posible —acepta encogiéndose de hombros.

Nos quedamos ahí un momento más, en medio de todo el movimiento que nos rodea, sin hacer nada.

—Vamos —dice finalmente.

Asiento y caminamos hacia la entrada. Dentro, el ambiente cambia. Las luces, el sonido, la gente buscando sus asientos, el murmullo que recorre el teatro antes de que empiece la función… todo tiene una energía distinta, más intensa y viva.

—Esto es increíble —murmuro, mirando a mi alrededor.

—Sí.

—No, en serio… —insisto girando sobre mí misma para verlo todo—. Esto es increíble.

Harry no responde de inmediato y cuando lo miro, compruebo que está observándome con una expresión que no le había visto antes.

—¿Qué?

—Nada.

—Otra vez.

—Nada —repite, aunque esta vez hay algo en su voz que lo contradice.

—Lo estás haciendo otra vez.

—¿El qué?

—Mirarme así.

—¿Así cómo?

—Como si fuera… interesante.

—Porque lo eres —me dice demasiado rápido y al escucharle, me quedo quieta sin saber muy bien qué hacer con eso. Aparto la mirada hacia el escenario antes de que mi cabeza empiece a funcionar más de la cuenta.

—Vamos a sentarnos —digo.

—Claro.

Caminamos hacia nuestras butacas y cuando me siento, noto que algo dentro de mí sigue acelerado, como si todo esto hubiera activado algo que no tenía previsto. No es el teatro, ni las luces, ni el ambiente, sino él.

Me acomodo en el asiento con una sensación extraña en el pecho, como si todo estuviera un poco amplificado. Harry se sienta a mi lado y noto su presencia sin necesidad de mirarlo.

—¿Todo bien? —me pregunta en voz baja mientras se sienta a mi lado.

—Sí, es solo que… no me lo esperaba así.

—¿Así cómo?

Miro a nuestro alrededor otra vez, recorriendo el techo, las butacas, el escenario todavía oculto tras el telón con la mirada.

—Tan… grande.

Él asiente despacio.

—Tiene su efecto.

—Sí —respondo bajando la voz—. Desde luego que lo tiene.

Se hace una pausa breve entre nosotros, pero no es incómoda. La luz empieza a aflojarse poco a poco y el murmullo se transforma en un silencio expectante que recorre toda la sala.

—Va a empezar —susurro.

—Sí.

La música irrumpe de golpe, el telón se abre y durante un instante dejo de pensar en absolutamente todo lo demás. En Harry, en mí, en si esto es o no es una cita y en cualquier cosa que no sea lo que está pasando delante de mis ojos.

—Guau… —se me escapa en voz muy baja sin que pueda evitarlo.

La puesta en escena, las luces, las voces… todo me golpea de forma directa, sin filtro, y siento cómo algo dentro de mí se relaja por primera vez desde que ha empezado la noche. Me río en un momento concreto, me inclino un poco hacia delante en otro, sigo los movimientos con una atención casi infantil y cuando me doy

cuenta de que estoy demasiado metida en todo, intento controlarme, pero no lo consigo.

En algún momento, noto la mirada de Harry sobre mí. No de forma invasiva, sino constante, como si en lugar de mirar el escenario, estuviera más pendiente de mi reacción que de la propia obra.

—¿Qué? —le pregunto girado la cabeza apenas un segundo hacia él.

—Nada.

—Estás mirando.

—Un poco.

—Mira el musical.

—Lo estoy haciendo.

Sostengo su mirada un instante más y hay algo en ese cruce que no tiene nada que ver con lo que está pasando en el escenario, pero aparto la vista primero y vuelvo a mirar al frente.

—Te estás perdiendo lo mejor —murmuro.

—No.

No respondo, porque no sé si quiero hacerlo.

Vuelvo a centrarme en la función, aunque ya no es exactamente igual que antes, porque ahora soy consciente de él de una forma que no puedo ignorar del todo. Su proximidad, su forma de moverse en el asiento, el roce de su brazo con el mío cuando cambia de postura… Es un contacto leve, pese a eso, lo noto demasiado.

En un momento especialmente intenso de la obra, sin darme cuenta, mi mano se tensa ligeramente sobre el reposabrazos. No hago nada más, ni me muevo, ni retiro el gesto, pero él sí lo nota. No me mira, ni dice nada, no hace ningún movimiento evidente, simplemente acerca un poco más la mano y roza la mía de forma casi imperceptible. Es un contacto mínimo, pero yo no aparto la mano y él tampoco.

Nos quedamos así unos segundos. Sin mirarnos, sin decir nada, con la música llenando el teatro mientras, justo ahí donde nuestras manos se rozan, pasa algo que no tiene nada que ver con el musical.

Cuando la escena cambia y la intensidad baja, aparto la mano con calma, como si no hubiera pasado nada… aunque sé perfectamente que sí ha pasado.

El resto del primer acto continúa con una normalidad un poco engañosa. Sigo disfrutando, sigo riéndome en los momentos que tocan y dejándome llevar por lo que ocurre en el escenario, pero ya no es solo eso. Hay algo más, una especie de capa que se queda ahí, debajo de todo, sin desaparecer.

Cuando cae el telón y se encienden las luces para el descanso, el ruido vuelve de golpe y exhalo despacio.

—Vale… —murmuro—. Esto es increíble.

Harry gira ligeramente la cabeza hacia mí.

—¿Sí?

—Sí —respondo mirándolo ahora sin apartar la vista—. Mucho más de lo que pensaba.

—Me alegro.

—Gracias.

—No hace falta.

—Sí, sí que hace falta.

Nos quedamos mirándonos y de nuevo siento esa misma sensación de antes, que no sé cómo llamarla, pero que no puedo hacer como si no existiera.

—Voy a por algo de beber.

—Vale.

Se levanta y desaparece entre la gente y yo me quedo en el asiento, mirando el escenario vacío, intentando poner un poco de orden en lo que tengo dentro. Cuando vuelve, trae dos bebidas y me tiende una. Bebo un pequeño sorbo y apoyo la espalda en el asiento.

—¿Siempre haces esto?

—¿El qué?

—Invitar a alguien a cosas así.

—No.

—¿No?

—Para nada.

—Entonces… —dejo la frase a medias.

—Entonces nada.

Lo miro.

—No eres muy bueno explicándote.

—No lo intento.

—Ya.

Se inclina ligeramente hacia mí.

—¿Te estás arrepintiendo?

—¿De qué?

—De haber venido —me aclara.

—No.

—Entonces es suficiente.

Me quedo callada y, casi al instante, suena la señal de que el descanso ha terminado. La gente vuelve a sus asientos y el murmullo se apaga poco a poco.

Harry se sienta otra vez a mi lado, la luz baja de nuevo y la música arranca. A pesar de que intento centrarme en el escenario, en lo que está pasando frente a mis ojos, ya no es solo eso lo que me mantiene atenta, ahora hay más como el rastro de su mano todavía en la mía, la sensación de estar aquí sentada a su lado, como si no fuera algo puntual y pudiera repetirse sin que nada chirriara.

Aprieto ligeramente los labios y fijo la vista al frente, obligándome a seguir la historia, a agarrarme a algo que no sea lo que tengo demasiado cerca.

«Esto no es una cita».

Me lo he repetido toda la noche, pero ahora mismo ya no importa demasiado cómo lo llame, porque el problema no es el nombre, sino que estoy aquí, sentada a su lado… y no deseo estar en ningún otro sitio.

Capítulo 22
Sylvia

Salir del teatro es casi tan impactante como entrar. La gente se mueve en todas direcciones, las conversaciones se superponen, las luces de la calle parecen más brillantes después de la oscuridad del teatro y durante un instante me quedo parada en la acera, intentando procesarlo todo a la vez.

—Vale… —murmuro más para mí que para él—. Creo que necesito unos minutos para asimilar lo que acaba de pasar.

—Suele pasar —me responde Harry, que se ha colocado a mi lado.

—¿A ti también te pasó la primera vez?

Me mira un instante antes de responder.

—No lo recuerdo así.

—Entonces no lo viviste bien.

—O lo viví de otra manera.

—Eso suena muy a ti —respondo, girando la cabeza para mirarlo—. Como siempre… todo controlado y en su sitio.

—No todo.

—Ya… —murmuro.

Nos quedamos un momento más en la acera, dejando que la gente pase a nuestro alrededor, hasta que él señala con la cabeza hacia la calle.

—¿Te apetece cenar?

La pregunta es sencilla, directa, pero noto que cambia algo en el ambiente en cuanto la hace, porque no formaba parte del plan y, precisamente por eso, es una elección.

—Sí —respondo sin pensarlo demasiado.

—Hay un sitio cerca.

—Confío en tu criterio —le digo, aunque en cuanto lo hago, me doy cuenta de que no es una frase cualquiera.

—Eso es peligroso —me responde con una media sonrisa.

—No tanto —contesto tratando de quitarle importancia

—Lo es —insiste, aunque percibo algo distinto en su tono, menos rígido.

Caminamos juntos por la acera, esta vez sin prisa, porque no hay un objetivo más allá de seguir alargando la noche y eso, curiosamente, es lo que más me desconcierta.

—¿Siempre aceptas planes improvisados? —pregunta al cabo de unos pasos.

—Depende.

—¿De qué?

—De quién me lo proponga.

Gira ligeramente la cabeza hacia mí.

—¿Y en este caso?

—En este caso… —hago una pequeña pausa, solo para molestar— estoy considerando seriamente no salir corriendo.

Exhala por la nariz.

—Eso es todo un avance.

—No te emociones.

—No, no pensaba hacerlo.

—Mucho mejor.

El restaurante está a dos calles del teatro. No es excesivamente elegante, pero tampoco llega a ser informal. En cuanto entramos, el murmullo de las conversaciones y el olor a comida caliente me invaden de una forma completamente distinta a la del teatro. Harry habla con el camarero con su habitual seguridad y en menos de un minuto nos están guiando hacia una mesa.

—¿Te parece bien aquí? —pregunta, deteniéndose antes de sentarse.

—Sí.

Me acomodo frente a él y durante un instante me doy cuenta de que es la primera vez que estamos así. Sentados uno frente al otro, sin Hazel, sin distracciones y sin nada que quite protagonismo a lo que sea que hay entre nosotros y eso es algo que cambia las reglas por completo.

El camarero deja las cartas sobre la mesa y desaparece.

—¿Vas a seguir mirándome así o vas a decidir qué quieres cenar? —le digo, sin apartar la vista del menú.

—No te estoy mirando de ninguna manera.

—Sí lo estás haciendo.

—Solo estoy pensando.

—Eso es peor.

—¿Por qué?

Levanto la vista.

—Porque contigo, pensar nunca es inocente.

Sostiene mi mirada un segundo antes de bajar de nuevo la vista a la carta.

—Pide tú primero.

—No.

—¿No?

—No pienso ser la responsable de tu cena.

—No dramatices.

—No es dramatizar, sino supervivencia.

—Confía en mí.

Sonrío ligeramente.

—Eso ya lo he hecho una vez esta noche.

—Y no ha ido mal.

—Eso aún está por ver.

El camarero vuelve y pedimos algo sencillo, porque en realidad no estoy prestando atención a la comida. Estoy demasiado pendiente de él, de cómo se mueve, de cómo habla y de cómo esta situación, que debería ser normal, no lo es en absoluto.

—Entonces… —empieza él apoyando ligeramente los brazos sobre la mesa cuando el camarero se aleja de nuestra mesa—. ¿Qué hacías antes de decidir dedicarte a organizar el caos de mi casa?

—¿Antes de convertirme en experta en dragones y estructuras inestables?

—Antes de eso.

Me recuesto un poco en la silla, cruzando los brazos con una sonrisa.

—He tenido trabajos bastante absurdos.

—Eso suena interesante.

—Depende de lo que consideres interesante.

—Sorpréndeme.

Lo observo un segundo, valorando cuánto quiero contar y, sobre todo, por qué quiero hacerlo.

—Fui camarera en un sitio donde los clientes pensaban que podían opinar sobre absolutamente todo, desde cómo sirves una bebida hasta cómo respiras.

—Eso no suena raro.

—También trabajé en una tienda de disfraces.

—Eso mejora.

—No tanto como crees. Hay gente que se toma muy en serio ser pirata un sábado por la noche.

—Me lo imagino.

—No, no te lo imaginas —le respondo inclinándome ligeramente hacia delante—. Hay discusiones reales por el tamaño de un parche en el ojo.

La comisura de su boca se curva un poco.

—¿Y sobreviviste a eso?

—A eso y a mucho más.

—No lo dudo —me responde y hay algo en cómo lo dice que no suena a broma.

—También cuidé a unos gemelos que se comunicaban entre ellos en un idioma propio.

—Eso es imposible.

—Te prometo que no lo es. Se miraban y sabían exactamente lo que el otro iba a hacer.

—¡Qué inquietante!

—Mucho.

—Y aun así sigues cuidando niños.

—Porque Hazel no es inquietante —respondo—. Es otra cosa.

—¿El qué?

Lo miro un instante antes de responder.

—Es… Hazel.

No hace falta que diga nada más, porque sé que él lo entiende sin necesidad de que lo desarrolle.

—Sí —asiente despacio.

Durante un segundo, algo cambia entre nosotros de forma sutil, pero está ahí. Una especie de reconocimiento compartido.

—¿Y tú? —pregunto apoyando los codos en la mesa—. Antes de convertirte en… esto —hago un gesto vago hacia él—. ¿Qué hacías?

—Lo mismo.

—No me lo creo.

—Es la verdad.

—No —niego con la cabeza—. Tú no naciste así.

—¿Así cómo?

—Controlándolo todo, serio y perfectamente estructurado.

Se recuesta ligeramente en la silla.

—No siempre he sido así.

—Bien —respondo, apoyando la barbilla en la mano—. Porque necesito conocer esa historia.

—No es especialmente interesante.

—Déjame que lo decida yo.

Me observa unos segundos, como si estuviera valorando si quiere entrar ahí o no.

—Antes de Hazel… —empieza, y en cuanto menciona su nombre, noto cómo algo cambia en su tono— las cosas eran distintas.

No le interrumpo.

—Tenía más tiempo —continúa—. Más margen para equivocarme sin que eso afectara a nadie más.

—¿Y ahora?

—Ahora no.

La respuesta es sencilla, pero hay mucho más detrás.

—Suena… —busco la palabra adecuada—. Solitario.

—No lo es.

—Pero es más rígido.

—Sí.

Asiento despacio.

—Tiene sentido.

—¿Te arrepientes de algo de antes? —pregunto sin parar a pensármelo.

Su mirada vuelve a fijarse en mí.

—No.

—¿Seguro?

—Sí.

No insiste, ni lo suaviza, ni lo explica más.

—Eso es muy poco humano.

—O muy práctico.

—O muy sospechoso.

—Elige la opción que quieras.

Sonrío ligeramente.

—Me quedo con sospechoso.

—No me sorprende.

El camarero vuelve con la comida y durante unos minutos hablamos sobre la comida y pequeñas cosas que no importan, pero que sirven para bajar la intensidad de la situación sin romperla del todo. Pese a eso, tengo claro que algo ha cambiado.

Cojo el tenedor y doy un pequeño bocado, aunque no estoy prestando atención real a lo que estoy comiendo. Lo noto, sí, pero no me interesa tanto como lo que tengo delante.

—¿Siempre eres así? —me pregunta de repente.

Levanto la vista.

—¿Así cómo? —quiero saber arrugando el entrecejo.

—Capaz de convertir cualquier conversación en algo… distinto.

Entrecierro ligeramente los ojos.

—Eso suena a crítica.

—No lo es.

—Entonces suena a observación peligrosa.

—Puede ser.

Dejo el tenedor sobre el plato y me apoyo ligeramente en el respaldo de la silla.

—No siempre —respondo—. Depende.

—¿De qué?

—De con quién esté.

—¿Y conmigo? —inquiere sosteniéndome la mirada.

Exhalo por la nariz, porque su pregunta no es inocente.

—Contigo… —empiezo, pero no termino la frase del todo—. Es diferente.

No añado nada más, aunque no hace falta, porque él lo entiende y asiente, sin apartar la vista de mí.

—Sí.

No hay sorpresa en su respuesta, ni duda, ni siquiera resistencia. Solo una aceptación tranquila que, curiosamente, es lo que más me descoloca.

Bajo la mirada al plato durante un instante, aunque enseguida vuelvo a levantarla.

—¿Te das cuenta de que esto es raro?

—¿El qué?

—Esto —hago un gesto entre los dos—. Estar aquí. Hablar así.

—No.

—Claro que sí.

—A mí no me lo parece.

Su respuesta me obliga a fruncir ligeramente el ceño.

—¿Nada?

—En absoluto.

—Eso es preocupante.

—¿Por qué?

—Porque a mí sí me lo parece.

Se inclina ligeramente hacia delante, apoyando los antebrazos sobre la mesa.

—¿Y eso es malo?

Me pregunta de forma directa y sin matices.

—Depende —respondo con cuidado.

—¿De qué?

—De lo que hagamos con ello.

No sé muy bien de dónde ha salido mi respuesta, pero en cuanto la digo, noto cómo algo se tensa ligeramente entre los dos. No es incómodo, pero sí… más claro. No obstante, Harry no responde de inmediato. Se limita a mirarme, como si estuviera procesando lo que acaba de escuchar.

—Siempre piensas demasiado —dice al final.

—Siempre dices eso.

—Porque es verdad.

—Y aun así sigues preguntando.

—Porque quiero saber qué estás pensando.

—Eso sí que es peligroso.

—Lo sé.

Me inclino ligeramente hacia delante, apoyando los codos en la mesa sin darme cuenta.

—¿Y tú? —le pregunto.

—¿Yo qué?

—¿También te parece… diferente?

No suavizo mi pregunta, porque ya no tiene sentido fingir que esto es solo una cena sin más.

—Sí —asiente manteniendo la mirada fija en mí.

Trago saliva despacio.

—Vale.

No sé qué más decir y, por primera vez en toda la noche, me quedo sin una réplica rápida.

—No sé qué quieres que haga con eso —añado al cabo de un momento.

—Nada.

—¿Nada?

—Eso es. Solo… estar aquí.

Su respuesta debería tranquilizarme, pero no lo hace. Al contrario, porque me deja aún más expuesta.

—Eso no es nada —murmuro.

—Lo es.

—No, no lo es.

—Lo es —insiste, sin subir el tono—. Porque no estoy intentando convertirlo en otra cosa.

Lo observo con atención.

—¿Y eso es bueno? —le pregunto observándolo con atención.

—Es lo único que puedo hacer ahora mismo.

Hay algo en cómo lo dice que me obliga a quedarme quieta, aunque no está huyendo. Simplemente está marcando un límite que también le afecta a él.

—Tiene sentido —admito.

—Suele tenerlo.

—No te acostumbres.

—No pensaba hacerlo.

Una sonrisa pequeña se me escapa sin permiso y, a partir de ahí, todo se relaja un poco. Terminamos de cenar sin prisa y sin la necesidad de llenar cada hueco con palabras. Todo fluye con una naturalidad que debería tranquilizarme… pero no lo hace, porque es demasiado fácil y eso es lo que más me inquieta.

Al salir del restaurante, el aire de la noche me recibe con un contraste suave que me despeja un poco la cabeza. Camino a su lado sin pensar realmente en el destino, más pendiente de la sensación de seguir ahí, de que la noche no se ha torcido en ningún momento y de que todo ha encajado con una facilidad que no controlo.

—¿Te ha gustado?

—Sí.

—¿El musical o la cena?

Levanto la vista hacia él.

—Todo.

—Bien —asiente, como si eso fuera suficiente, y seguimos andando en paralelo, sin tocarnos, pero con una cercanía que no pasa desapercibida para ninguno de los dos.

—Esto no estaba planeado —murmuro.

—No.

—Y aun así…

—Aun así —repite.

La frase se queda ahí, suspendida, sin necesidad de terminarla, porque no hace falta. Los dos sabemos perfectamente de qué estamos hablando y eso lo cambia todo.

Capítulo 23
Harry

La ciudad sigue en marcha cuando aparco el coche, pero en cuanto cierro la puerta del piso detrás de nosotros, tengo la sensación de que todo se apaga.

—Qué raro… —murmura Sylvia detrás de mí.

No me giro de inmediato. Dejo las llaves en la entrada y observo el salón antes de responder.

—Sí.

—Esta casa nunca está así de silenciosa —añade con una sonrisa.

—No —le respondo porque es verdad. Desde que ella llegó mi casa nunca ha estado así.

Me paso una mano por la nuca y enciendo una luz tenue, que rompe la oscuridad, al entrar en el salón.

—¿Te apetece algo? —le pregunto.

—Estoy bien.

Asiento mientras voy hacia la cocina y abro el mueble donde guardo el vino.

—Podemos abrir una botella.

La oigo moverse a mi espalda.

—Creo que ya he bebido suficiente esta noche.

Sonrío de lado.

—Solo un poco —le animo.

—Vale, solo un poco —repite al final.

Cojo dos copas, la botella y vuelvo al salón. Sylvia está de pie junto al sofá, con los brazos cruzados mirando alrededor, como si estuviera redescubriendo el espacio.

—Es extraño estar aquí sin Hazel —dice.

—Sí.

Sirvo el vino con calma y cuando le tiendo la copa, nuestros dedos se rozan de forma breve, aunque ninguno de los dos hace

nada por evitarlo.

—Gracias.

—De nada.

Nos sentamos en el sofá, dejando una distancia prudente entre los dos, doy un sorbo al vino y dejo la copa en la mesa baja.

—¿Te lo has pasado bien esta noche?

—Sí —responde sin dudar—. Mucho.

La miro de reojo.

—No parecía tu tipo de plan ideal…

—No, no lo era.

—Y aun así…

—Y aun así me lo he pasado bien—repite, girando ligeramente la cabeza hacia mí, aunque soy yo quien aparta la mirada primero.

—Me alegro de haberte llevado.

—Yo también —me responde y gira la copa entre los dedos— ¿Siempre ha sido así?

—¿Así cómo?

—Tú y Hazel.

Apoyo los antebrazos sobre las rodillas, mirando un punto fijo en el suelo antes de responder.

—No —me quedo callado unos segundos—. Al principio fue… complicado.

—Me lo imagino.

Niego ligeramente con la cabeza.

—No —digo—. No te lo imaginas.

—Cuéntamelo —me responde ella sin dejar de mirarme.

Exhalo despacio.

—No sabía lo que estaba haciendo.

—Eso le pasa a todo el mundo.

—Sí, pero no todo el mundo está solo.

Sylvia no me responde de inmediato, se limita a dejarme hablar.

—Tuve que aprender sobre la marcha —continúo—. Todo. Rutinas, médicos, noches sin dormir… cómo hacer que dejara de llorar cuando ni siquiera sabía por qué lloraba.

—Y lo hiciste.

—No tenía alternativa.

Se mueve ligeramente en el sofá, acercándose un poco más a mí, aunque no lo hace de forma consciente.

—Eso no es lo mismo que hacerlo bien.

La miro.

—Sobrevivimos.

—Eso ya es mucho.

—No siempre lo parecía.

—¿Y tú? —pregunto, cambiando ligeramente el peso del cuerpo hacia ella—. ¿Siempre has estado… de paso?

Sonríe un poco al escuchar mi pregunta.

—Sí.

—¿Nunca te has quedado?

—No.

—¿Por qué?

Baja la mirada a la copa que tiene aún entre sus manos antes de responderme.

—Porque es más fácil.

—No lo parece.

—Pues lo es —dice—. No tienes que construir nada, ni mantener nada… ni perder nada cuando te vas.

La observo en silencio.

—Eso también es estar solo.

—Sí, lo es —acepta sin maquillar su respuesta y, después, se queda callada un momento—. Pero funciona.

Niego ligeramente con la cabeza.

—No siempre.

Levanta la vista al escuchar mi respuesta.

—¿Y tú qué sabes?

—Lo suficiente —respondo sosteniendo su mirada.

—Eso ha sonado sospechosamente profundo para alguien que hace listas mentales hasta para respirar —me responde sin dejar de mirarme.

Su respuesta, dicha en otro momento, me habría hecho sonreír sin más.

—No hago listas para respirar —murmuro.

—Claro que no.

—No.

Nos sostenemos la mirada y, por primera vez en toda la noche, ninguno de los dos intenta rebajar lo que hay ahí con una broma o con uno de esos cambios de tema torpes, que hasta ahora nos han servido para disimular.

Ella deja la copa sobre la mesa y yo también y nos quedamos en silencio.

—No sé por qué contigo siempre parece que estoy hablando de otra cosa —dice al final, sin dejar de mirarme.

—Porque seguramente lo estás haciendo.

Sus comisuras se mueven levemente, aunque no se llega a dibujar una sonrisa completa en sus labios.

—Eso tampoco ayuda.

—No estoy intentando ayudar.

—Ya me he dado cuenta.

Se mueve un poco en el sofá, lo justo para girarse hacia mí. El gesto es mínimo, pero cambia por completo la distancia entre nosotros.

—¿Y qué estás intentando hacer? —pregunta.

No respondo de inmediato, porque mi respuesta está demasiado clara y decirla en voz alta la haría real de una manera de la que no habría vuelta atrás.

—Estar aquí —digo al final.

Sylvia baja la vista un segundo, como si mi respuesta le golpeara en un sitio que no esperaba, y cuando vuelve a levantarla, hay algo más abierto en su gesto.

—Eso es muy poco para sonar tan peligroso.

—No pretendía que sonara así.

—Pues te ha salido fatal.

Esa vez sí sonrío, aunque poco.

—No sonrías así —murmura.

—¿Así cómo?

—Como si fueras inofensivo.

—No lo soy.

—No. Ya lo sé.

Miro a nuestro alrededor y tengo la sensación de que el salón se ha vuelto más pequeño o, tal vez, somos nosotros los que hemos dejado de fingir que el espacio entre los dos es suficiente. Sylvia se inclina un poco hacia mí, aunque no llega a tocarme, pero no hace falta, porque su gesto es muy claro.

—Harry…

Mi nombre en su boca, dicho así, sin Hazel por en medio y sin ninguna excusa alrededor, hace que algo dentro de mí ceda con una facilidad que no me gusta nada y que, al mismo tiempo, no quiero detener. Me acerco primero yo, aunque no mucho, solo lo justo para darle tiempo a apartarse si quiere, pero no lo hace.

Le sujeto la cara con una mano despacio, sin apartar la mirada de la suya, y la beso. Sylvia responde en el mismo instante en que nuestros labios se encuentran, como si llevara demasiado rato conteniéndose, como si la sorpresa no estuviera en el beso, sino en haber aguantado tanto sin darlo. Me coge de la camisa con una mano, con fuerza, y ese gesto tan pequeño me borra lo poco que quedaba de prudencia.

El beso cambia enseguida y pierde la cautela en cuestión de segundos. Le acaricio la mandíbula, el cuello, la nuca y Sylvia se acerca más a mí. Su boca se abre bajo la mía y, cuando se sienta a horcajadas sobre mí sin romper el beso, siento cómo mi autocontrol termina de irse a un sitio del que ya no va a volver esta noche.

—Esto no está nada bien —murmura contra mi boca.

—No.

—Nada.

—Lo sé.

Pero no nos detenemos, no porque no sepamos lo que hacemos, sino porque lo sabemos perfectamente y, por una vez, no queremos escapar de ello.

La beso otra vez, más despacio un instante y luego con menos paciencia, mientras mis manos recorren su espalda, bajan hasta su cintura y Sylvia se estremece contra mí. El sonido ahogado que se le escapa de la garganta es lo que me acaba de enloquecer del todo.

No sé en qué momento dejamos de pensar o quizá sí lo sé, pero no me importa. Lo único que tengo claro es que, en algún momento, el beso se convierte en un desahogo, en una rendición que ninguno planeaba y que, sin embargo, nos atropella y nosotros nos dejamos llevar.

El sofá cruje cuando nos movemos y ella suelta una risa breve, que yo acallo besándola otra vez. Esa risa, en medio de lo que está sucediendo, me impacta todavía más, porque hace que esto no sea solo deseo, sino que lo vuelve real.

—Mírame —le pido en voz baja y me obedece. En cuanto lo hace, ninguno de los dos podemos volver a fingir.

No intento convertirlo en algo que pueda explicarse después con palabras bonitas, porque en cuanto dejo de resistirme lo único que queda es calor, respiraciones agitadas y cuerpos que ya no quieren esperar.

La tengo contra mí y, por primera vez en mucho tiempo, no me estoy conteniendo. Sylvia responde en el mismo instante en que la acerco más a mi cuerpo, como si el impulso fuera compartido y no hubiera un momento exacto en el que ambos hemos decidido dejar de fingir. Su boca vuelve a la mía y el beso se vuelve más profundo y exigente. Sus manos por mi pecho para aferrarse a mi cuello y tira de mí como si necesitara mantenerme pegado a ella, sin espacio, sin distancia, y respondo igual, sujetándola con firmeza, recorriendo su espalda, su cintura y atrayéndola contra mí hasta que ya no cabe ni siquiera el aire entre los dos.

Cada vez que nuestros cuerpos encajan, su respiración cambia y la mía también.

Bajo la boca a su cuello sin dejar de tocarla. Tiene la piel caliente, sensible, y cuando mis labios recorren esa zona despacio siento cómo su cuerpo reacciona contra el mío con claridad.

—Harry… —dice mi nombre en un susurro.

Vuelvo a su boca, pero ahora más despacio, como si necesitara saborearla y memorizarla para entender exactamente cómo responde a cada movimiento. Desliza los dedos por mi camisa y desabrocha los botones con un ansia que no es torpe, sino

decidida, y cuando la tela cede entre nosotros el contacto se vuelve inmediato y directo.

Estamos piel contra piel. El impacto es seco y real, lo que me hace exhalar contra su boca. Apoyo la frente un instante contra la suya en un intento fallido de recuperar algo del control que ya no tengo.

—Esto es una mala idea —murmura, aunque sus manos siguen moviéndose sobre mí.

—Lo sé —admito, aunque ninguno de los dos nos detenemos.

La ayudo a deshacerse del vestido, más deprisa de lo que me gustaría, pero no hay espacio para hacerlo bien, solo para hacerlo. Cuando vuelve a pegarse a mí, ya sin capas de ropa por medio, la sensación es más intensa.

La rodeo con los brazos y la acerco completamente a mi cuerpo, notando cada pequeño movimiento y cada cambio en su respiración. Sylvia se aferra a mí, a mis hombros y a mi espalda, como si necesitara sujetarse a algo firme.

La empujo con cuidado hasta el sofá y ella cae sobre él sin soltarme, tirando de mí para que la siga, para que no rompa el contacto. Sus piernas se enredan conmigo, su cuerpo se adapta al mío con una naturalidad que no debería ser tan fácil, y ese encaje es lo que termina de romper cualquier resistencia que me quedara.

Sus manos recorren mi espalda, bajan, vuelven a subir, se detienen y aprietan, como si no supiera dónde parar porque quieren disfrutar de todo. Yo hago lo mismo con ella. La recorro sin prisa, aprendiendo, sintiendo cómo responde y se arquea ligeramente cuando la toco.

—Mírame —le susurro y lo hace.

Cuando me encuentro en sus ojos veo lo mismo que siento yo. Vuelvo a besarla, pero ahora nuestro beso es más consciente de lo que está pasando entre nosotros. Ya no es solo impulso, sino elección.

Sylvia responde igual, sin frenar, sin suavizarlo, y cuando vuelve a acercarse a mí lo hace sin prisa y sin vuelta atrás. Sus dedos se aferran a mí cuando vuelvo a recorrer su cuello, su clavícula, cuando mi boca desciende y su respiración se rompe. Cada

reacción suya me arrastra más y me hace imposible parar, aunque no quiero hacerlo.

La siento encima de mí y ella, a horcajadas, se clava en mí, sin dejar de mirarme a los ojos mientras empieza a mover las caderas de una forma que me enloquece. Su cadencia es deliciosa. La abrazo y noto el roce de sus pezones en la piel de mi pecho. Me inclino para besarla y la abrazo para ayudarla en su particular galope. Tiene la respiración cada vez más alterada y sé que el clímax se acerca, por lo que la abrazo y la pongo sobre el sofá. Conmigo encima de ella soy yo quien controla el ritmo de las embestidas. Ella me rodea la cintura con sus piernas para que me clave profundamente y lo hago. Mis embestidas son decididas y profundas, hasta que ella se deja ir y yo lo hago con ella disfrutando de la cadencia de sus jadeos entre los besos que nos damos.

Cuando por fin el salón recupera algo parecido a la quietud, Sylvia se queda apoyada sobre mi pecho, con el pelo despenado cayéndole por la espalda y la respiración desacompasada.

La botella sigue en la mesa, junto a las capas y la casa en silencio, aunque ahora todo parece distinto.

Ninguno de los dos decimos nada, porque no lo necesitamos. Sylvia apoya la cabeza sobre mi pecho y siento el peso de su cuerpo descansando sobre mi piel. Exhalo despacio y siento una paz profunda e inesperada. Sigo acariciándole el pelo con lentitud, sin querer despertarla cuando noto que se ha quedado dormida, vencida por el cansancio, por la noche y por todo lo que acaba de suceder.

La observo y, por un momento, me permito sentir esta tranquilidad que me ofrece. Una sensación que no había sentido desde hacía demasiado y que ahora con ella ha regresado a mi vida.

Capítulo 24
Harry

No sé exactamente qué hora es cuando abro los ojos, pero todavía es de noche. Tardo unos segundos en moverme, no porque no pueda, sino porque no quiero. Siento el peso del cuerpo de Sylvia antes incluso de mirarla, el calor de su piel pegada al mío, su brazo sobre mi pecho y su pierna enredada entre las mías. Su respiración es lenta, profunda y totalmente ajena a lo que está pasando ahora mismo en mi cabeza.

Bajo la mirada despacio y con la luz que entra por la ventana puedo observar levemente su silueta, pero es suficiente para ver su cara relajada, su melena suelta y despeinada y los labios ligeramente entreabiertos. Duerme de verdad, sin tensión y sin pensar en nada de lo que vendrá después.

Aprieto ligeramente la mandíbula. Tengo claro que lo que pasó hace unas horas entre nosotros no es un error, ni un impulso, ni una decisión tomada en el momento equivocado. Tampoco estoy arrepentido, porque lo que hubo entre ella y yo fue algo inevitable.

Cierro los ojos un instante y las imágenes regresan a mi cabeza. Su boca sobre la mía, sus manos, la forma en la que me miraba… Exhalo despacio. Eso no es lo que me inquieta. Abro los ojos otra vez y vuelvo a mirarla. Sigue igual, tranquila, confiada e instalada en mi casa y en mi cama, un lugar que no debería ser suyo y que, sin embargo, ahora lo es.

Aprieto la mandíbula otra vez, porque es justo aquí donde se tuerce todo, porque no es solo que esté aquí, en mi espacio, sino que lo peor de todo es que encaja demasiado bien, no desentona y eso es lo que me descoloca.

Muevo ligeramente el brazo, con cuidado de no despertarla, y noto cómo se ajusta a mí de forma automática, acercándose apenas un centímetro más, lo justo para mantener el contacto. Ese gesto

minúsculo es suficiente para que algo dentro de mí se ponga en alerta, porque esto es lo que no puedo permitir.

Me quedo observándola unos segundos más, sabiendo que cuanto más tiempo pase así, más difícil va a ser salir de esto sin consecuencias. porque esto no es solo una noche, ni solo sexo, ni algo que vaya a acabar con una despedida sin más.

Aparto la mirada y la fijo en el techo, intentando aferrarme a una superficie que no responda, pero aun así sé que no va a servir de nada, porque el proceso ya ha empezado y lo reconozco demasiado bien como para fingir que no. Siempre ocurre igual. Primero aparece una incomodidad apenas perceptible, pero que va creciendo poco a poco hasta que deja de ser difusa y se convierte en una idea clara e imposible de esquivar. Detrás de esa idea, sin necesidad de forzar nada, todo empieza a encajar en una lógica que no falla.

Sylvia solo está con nosotros porque la señora Morrison no puede trabajar, nada más. Es una solución provisional, un recurso temporal que funciona mientras hace falta, el problema es que Hazel se ha encariñado mucho con ella.

Aprieto la mandíbula, porque Hazel la busca incluso cuando no la necesita y la incluye en cualquier cosa, como si siempre hubiera estado con nosotros.

«Sylvia vive aquí.»

Cierro los ojos un instante y en mi cabeza se repite esa frase con fuerza, como cuando la escuché por primera vez de labios de mi hija. Sin embargo, Sylvia no vive aquí, ni debería hacerlo.

Abro los ojos despacio, porque Sylvia puede marcharse cuando quiera y sin dar explicaciones. Entonces seremos Hazel y yo quienes nos quedemos con ese vacío en el pecho, un hueco de dolor que conozco demasiado bien como para hacer que no existe.

El pecho se me tensa de forma progresiva, pero no siento rabia, ni frustración, sino porqué sé cómo termina incluso antes de que empiece a romperse.

Giro la cabeza y vuelvo a mirar a Sylvia. Sigue dormida, ajena a todo esto, con la respiración tranquila y el cuerpo relajado, como si no hubiera nada que amenace ese momento.

Paso la mano por su brazo, lo justo para confirmar que está aquí y que es algo real que puedo tocar, y precisamente por eso sé que no voy a poder mantenerlo. Pero no puedo permitirlo otra vez… Sin embargo, sé lo que pasa cuando bajo la guardia y permito que alguien entre en mi vida y empiezo a pensar que puede quedarse.

Cierro los ojos un instante y pero esta vez no consigo detener las imágenes que invaden mi cabeza: el hospital, la luz blanca, el olor, el sonido constante de las máquinas… Aprieto los dientes, porque no quiero volver ahí, pero ya estoy dentro. De pie junto a una cama que no debería estar ocupada, intentando entender algo que no encaja, escuchando palabras que no tienen sentido, viendo cómo todo se rompe sin previo aviso, sin margen, sin ninguna posibilidad de control… Eso es lo que permanece y no la escena, ni los detalles, sino esa sensación de no poder hacer nada.

Abro los ojos de golpe y vuelvo al presente, a la casa, al salón y a Sylvia. Exhalo despacio, intentando que mi respiración pausada me calme, aunque tengo claro que ese miedo no se ha ido nunca. Solo ha estado contenido dentro de una rutina que funciona precisamente porque no deja espacio para nada más y ahora ha vuelto. No por lo que ha pasado sino por lo que podría pasar.

La miro una última vez y, esta vez, no tengo la más mínima duda: no puedo dejar que esto avance y que Hazel se acostumbre más a ella, porque cuando esto se rompa, lo hará igual que la otra vez, sin darme la oportunidad de recomponerlo después.

Aparto el brazo con cuidado y me separo despacio, asegurándome de no despertarla. Al notar mi movimiento, se mueve un poco, pero no abre los ojos. Me quedo inmóvil durante un instante, mirándola y después me levanto.

Siento el suelo frío bajo los pies, mientras la casa sigue en silencio, exactamente igual que antes, aunque sé que ya no es lo mismo.

Me paso una mano por la nuca y recorro el salón con la mirada, este mismo espacio donde hace unas horas todo encajaba con una facilidad que ahora me resulta sospechosa. Pero no, esto tiene que parar aquí antes de que llegue demasiado lejos y no haya forma de salir.

Respiro hondo, dejando que la decisión se asiente en mi pecho y, por primera vez desde que ella entró en esta casa, tengo claro lo que tengo que hacer: poner distancia, aunque no quiera y me duela, pero no quiero volver a romperme.

Capítulo 25
Sylvia

No sé en qué momento he empezado a notar que algo no encaja, pero lo noto incluso antes de bajarme del coche. Harry no dice nada durante el trayecto hasta casa de Mason y Nora. No es un silencio incómodo, pero hay una ausencia que no estaba anoche. Él está más tenso, como si estuviera pensando en otra cosa y no quisiera compartirla conmigo, aunque yo tampoco pregunto.

Aparca frente a la casa y apaga el motor, aunque durante un segundo ninguno se mueve.

—Vamos —dice al final, abriendo su puerta y yo salgo después.

Caminamos hasta la puerta y antes de que Harry llegue a llamar, esta se abre de golpe.

—¡Papá!

Hazel sale disparada hacia él y se le lanza encima sin ningún tipo de contención. Harry apenas tiene tiempo de reaccionar antes de que la tenga colgada del cuello.

—Cuidado —murmura, sujetándola—. Me vas a tirar.

—No —responde ella con total convicción—. Soy fuerte.

—Eso ya lo sé.

La abraza y, cuando la deja en el suelo, Hazel me ve.

—¡Sylvia! —exclama corriendo hacia mí y me rodea la cintura con los brazos.

—¡Hola, preciosa! —le digo, inclinándome un poco para abrazarla—. ¿Te lo has pasado bien?

—Sí —responde sin soltarme—. Mason me ha dejado usar sus coches teledirigidos y Nora me ha hecho tortitas y luego hemos visto una peli y después…

—Respira —interviene Harry.

—No necesito respirar —protesta ella, separándose lo justo para mirarnos a los dos—. Tengo muchas cosas que contaros.

—Ya veo... —me río al verla tan desesperada por explicarnos todo lo que ha hecho.

De repente, Mason aparece detrás de ella con una sonrisa tranquila y Nora saluda desde el interior de la casa.

—Ha sido un terremoto —dice Mason—. Pero uno muy divertido.

—Siempre lo es —añado yo.

—Siempre —confirma Hazel, muy seria.

Harry intercambia un par de frases con Mason sobre la noche, sin entrar en detalles, mientras yo me quedo con Hazel, que sigue hablándome sin parar, encadenando historias que no tienen orden ni intención de tenerlo.

—Y luego le dije que los dragones no pueden vivir en garajes porque necesitan aire y Mason no lo sabía —me explica.

—Error básico —le respondo con gravedad.

—Muy básico.

—Habrá que revisarlo.

—Sí.

Me coge de la mano como si fuera lo más natural del mundo y tira ligeramente de mí hacia el coche.

—Vamos.

—Vale.

Harry se despide de Mason y Nora y vuelve hacia nosotras. Durante un segundo nuestras miradas se cruzan, pero no se detiene en mí. Solo abre la puerta trasera.

—Sube —le dice a Hazel, la niña se mete dentro y yo cierro la puerta con cuidado.

El trayecto de vuelta es completamente distinto al de antes. Hazel habla sin parar desde el asiento de atrás, saltando de un tema a otro, mezclando lo que ha hecho con lo que quiere hacer y con lo que cree que vamos a hacer después.

—¿Hoy comemos pasta? —pregunta de pronto.

—Podemos —respondo girándome ligeramente hacia ella.

—¡Sí! Pasta boloñesa.

—Eso suena muy concreto —añade Harry, concentrado en el tráfico.

—¡Sí, porque es la mejor! —exclama Hazel.

—Discutible —murmura Harry.

—Nooooo, papi —insiste la cría.

—Vale, valeeee —le responde él.

Sigo el reflejo de la cara de Harry en el retrovisor y noto la rigidez en la mandíbula y en cómo mantiene la vista fija en la carretera.

—Entonces pasta —digo girándome de nuevo hacia delante.

—¡Sí! —responde Hazel con entusiasmo.

—Vale.

Cuando llegamos a casa, Hazel sale del coche antes de que Harry tenga tiempo de abrirle la puerta y entra corriendo como si hubiera estado fuera semanas en lugar de solo una noche.

—¡Draggy, ya estamos en casitaaaaa! —oigo que grita al entrar en la casa con el muñeco colgando de un brazo. Deja la mochila en el suelo y corre hacia el salón.

Yo me quedo en la entrada unos segundos, quitándome la chaqueta con calma. Harry entra después, cierra la puerta y deja las llaves donde siempre, pero el gesto es más seco de lo habitual.

—Voy a cocinar —anuncio, más porque necesito hacer algo que porque sea imprescindible.

—Vale.

Voy hacia la cocina y abro la nevera, saco los ingredientes casi por inercia, mientras Hazel aparece a mi lado arrastrando una silla.

—¿Puedo ayudar?

—Claro.

—Quiero cortar.

—No, eso mejor que no…

—Sí.

—No, que puedes hacerte daño.

—Sylvia, porfiiiiii.

—Te he dicho que no, Hazel.

—Vale —acepta con una rapidez sospechosa.

—Uy, ¿cómo que has aceptado tan fácil?

—Porque voy a remover —me explica con sonrisa de pilla.

—¿Ves? Eso sí que puedes hacerlo —le contesto sonriente.

La niña se sube a la silla y se coloca a mi lado, mirando cada movimiento con una concentración absoluta.

—¿Te gustó el musical? —me pregunta de pronto.

—Mucho.

—¿Mucho mucho?

—Mucho mucho.

—Papá, ¿te gustó?

—Sí —responde desde el salón.

Hazel asiente, satisfecha.

—A mí también me habría gustado.

—La próxima vez vienes tú también, ¿quieres?

—¡Sí! —exclama ella feliz alzando sus pequeños brazos.

La palabra «próxima» se queda flotando sobre mi cabeza, aunque no digo nada y sigo cocinando, pero lo noto y Harry también.

La cocina se llena enseguida de olor a tomate y carne mientras la salsa empieza a hacerse a fuego lento. Hazel remueve con una concentración casi solemne, sujetando la cuchara con las dos manos.

—¿Así? —pregunta sin apartar la vista.

—Así está bien.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Papá, ven —lo llama sin girarse—. Mira.

Harry aparece en la puerta de la cocina, apoyándose en el marco con los brazos cruzados. No entra, solo observa desde donde está.

—¿Qué tengo que mirar?

—Esto —responde Hazel, señalando la cazuela con orgullo.

Harry asiente una vez.

—Tiene buena pinta.

—Porque estoy ayudando a Sylvia —le explica la niña divertida.

—Eso explica muchas cosas.

—Sí.

Sigo vigilando la sartén, añadiendo lo que falta, controlando los tiempos sin pensar demasiado, pero soy muy consciente de que él está detrás.

Hazel sonríe y empieza a contarnos todo lo que ha hecho esta noche en casa de Mason y Nora, exagerando cada detalle, añadiendo cosas que probablemente no pasaron, mezclando lo que vio con lo que cree que debería haber pasado. Mientras yo la escucho, sonrío en los momentos adecuados y asiento cuando toca, pero mi atención está partida en dos, porque noto que Harry no está realmente aquí. Está en la cocina, sí, pero su cabeza está en otro lugar y eso se nota sin esfuerzo.

Cuando la pasta está lista, nos sentamos los tres en la mesa. Hazel empieza a comer con la energía de alguien que lleva demasiado rato hablando y necesita compensarlo.

—Está buenísima —declara.

—Muy buena, sí —le responde Harry.

—Porque la he hecho yo.

—Eso ya lo has dicho —le recuerdo.

—Pero es importante.

—Mucho —le confirmo.

Harry come en silencio y siento que evita mirarme directamente. Por suerte, Hazel no lo nota, pero yo sí.

—Papá —dice de pronto—. ¿Vamos a volver?

—¿A dónde?

—Al musical.

Harry levanta la vista un segundo.

—Ya veremos.

—Yo quiero ir también.

—Vale —acepta él.

—Con Sylvia.

—Ya veremos —repite después de un segundo en silencio.

Hazel asiente, satisfecha, y sigue comiendo. Yo bajo la mirada al plato, porque siento que ese «Ya veremos» no es más que un intento de darle largas a la niña.

Cuando terminamos de comer, Hazel insiste en enseñarnos algo que ha dibujado en casa de Mason.

—Es un dragón, pero también es un coche —explica extendiendo el papel sobre la mesa del salón.

—Tiene sentido —le digo.

—Mucho sentido —añade ella.

—Es práctico.

—¡Sí!

Harry se acerca lo justo para mirar el dibujo.

—Es… interesante.

—Es perfecto —corrige Hazel.

—Eso.

Se queda un momento más y luego se aparta, como si no supiera dónde ponerse.

—Voy a recoger —digo.

—Yo te ayudo —responde Hazel.

—No, no hace falta.

—Sí.

—No, ya puedo sola.

—Valeeeee. Voy a ver la tele —añade antes de desaparecer y Harry y yo nos quedamos solos de repente.

Recojo los platos con calma, los llevo a la cocina y empiezo a aclararlos bajo el grifo. A mi espalda, oigo cómo Harry entra, pero no dice nada, aunque sé que está ahí y que va a suceder algo.

—No hacía falta que cocinaras —dice al final.

—Sí hacía falta.

—Podíamos haber pedido algo.

—Podíamos —respondo sin girarme—. Pero no hemos querido.

No me contesta, por lo que el agua sigue cayendo y yo continúo aclarando los platos.

—Sylvia… —me dice, pero noto que ahora mi nombre en sus labios suena distinto.

—¿Qué? —le pregunto mientras cierro el grifo y me giro despacio—. Di lo que tengas que decir.

Al escucharme, aprieta ligeramente la mandíbula antes de hablar.

—Lo de anoche…

Ahí está.

—Sí —asiento una vez.

—No cambia nada.

Escucho su frase, aunque no reacciono enseguida, solo lo miro, porque ya entiendo lo que quiere decir antes de que termine.

—Esto no es una familia —continúa—. Es solo un trabajo.

No hay dureza en su tono, sino… lógica y eso es peor, porque no está intentando herirme, sino tratando de convencerse y aun así… duele igual. Yo no digo nada, porque no puedo. Sé que, si hablo ahora, diré algo que no quiero.

—¿Qué?

La voz de Hazel llega desde el pasillo y Harry se queda inmóvil y yo también.

—¿Qué? —repite Hazel, asomándose a la cocina con el ceño ligeramente fruncido.

No ha oído todo, pero tengo la sensación de que ha oído suficiente. Harry no responde, sino que se queda quieto, con la mirada fija en mí, como si cualquier palabra fuera a empeorar algo que ya está roto.

—Nada —digo, girándome hacia ella con una sonrisa que no siento—. Cosas de mayores.

Hazel no se mueve, pero nos mira a los dos, evaluando algo que no entiende, pero que nota.

—¿Qué cosas?

—Aburridas —respondo, acercándome un poco más a ella—. Muy aburridas.

—No me gustan las cosas aburridas.

—Entonces mejor no saberlas.

Se lo piensa un momento y asiente.

—Vale.

No insiste y eso debería tranquilizarme, pero no lo hace.

—Voy a ponerme el pijama —anuncia, dándose la vuelta.

—Voy contigo —digo.

—No hace falta.

—Sí hace falta —insisto.

—Valeeee.

La sigo por el pasillo sin mirar atrás, porque sé que si lo hago lo veré a él y ahora mismo no quiero.

La rutina de siempre debería devolver todo a su sitio: el pijama, lavarse los dientes, el vaso de agua en la mesilla… Hazel habla mientras se cambia, mientras salta de un tema a otro como si nada hubiera pasado, ni hubiera notado nada raro.

—Mason dice que su coche corre más que un dragón.

—Eso es discutible.

—Yo creo que no.

—Yo creo que sí.

—Vale.

Se mete en la cama y se tapa hasta la barbilla.

—¿Te vas a quedar?

La pregunta me pilla desprevenida.

—Un rato.

—Vale.

Me siento en el borde de la cama y le aparto un mechón de la cara.

—¿Te ha gustado dormir fuera?

—Sí.

—¿Mucho?

—Mucho.

—Entonces repetiremos.

—Vale —. Sonríe y cierra los ojos.

En menos de un minuto, Hazel está dormida. Me quedo mirándola unos segundos más, con una sensación en el pecho que no quiero analizar, porque si lo hago, no voy a poder moverme.

Me levanto despacio y salgo de la habitación cerrando la puerta tras de mí. Harry sigue en la cocina, en el mismo lugar que estaba antes de acostar a Hazel, como si me estuviera esperando. Cuando llego, me detengo en el umbral, aunque no me acerco hasta donde está él.

—No tendrías que haberlo dicho así —le digo al final.

Mi voz suena más tranquila y firme de lo que esperaba y eso hace que me mire.

—No lo he dicho para hacer daño.

—Ya lo sé.

Y eso es lo peor, porque ha sido una decisión y no un impulso.

—Entonces no lo repitas —añado sin alzar el tono ni acercarme a él.

—Es mejor así —me responde apretando la mandíbula.

Niego ligeramente con la cabeza.

—Será para ti…

No responde, porque sabe que tengo razón y que eso no cambia nada. Después de eso, no digo nada más, ni intento arreglarlo, porque no hay nada que arreglar. Me giro y camino hacia el dormitorio sin mirarle. Abro el armario, saco mi mochila y empiezo a meter mis cosas rápido. No tardo mucho, porque no tengo demasiado que recoger, nunca lo he tenido en ninguna relación, algo que siempre ha sido una ventaja y ahora también lo es.

Cuando vuelvo al salón, Harry sigue donde estaba. Me mira, pero no se acerca.

—Mañana pasaré a recoger lo que falte si me he dejado algo —digo, colgándome la mochila al hombro.

Asiente una vez.

—Le diré a Hazel que me ha salido trabajo —añado.

—Sylvia…

Levanto la mano ligeramente para detenerle.

—No.

No quiero escuchar nada más.

La habitación de Hazel está en silencio cuando entro otra vez. Me acerco despacio hasta ella y me siento a su lado. Le paso la mano por el pelo con cuidado de no despertarla.

—Buenas noches, pequeña —murmuro muy bajito.

Ella sigue dormida y sin moverse por suerte, porque no sabría qué decirle si abriera los ojos. Me inclino y le doy un beso en la cabeza y noto cómo algo se me rompe por dentro, aunque no le permito salir. Así que me levanto de la cama, salgo de la habitación y cierro la puerta.

No miro atrás cuando cruzo el salón, ni me detengo. Abro la puerta de entrada y salgo. El aire de la noche me golpea de lleno en la cara, más frío de lo que esperaba y bajo las escaleras con la mochila colgada al hombro y el corazón latiendo fuerte en medio del pecho. No lloro todavía, solo me concentro en caminar, sin pensar hacia dónde voy… Porque si me paro voy a querer regresar y eso no puedo permitírmelo.

Capítulo 26
Harry

No es el silencio lo que llama la atención al cerrar la puerta, sino que todo sigue exactamente igual que antes de que Sylvia llegara.

Dejo la mano en el pomo un segundo, como si esperara que algo cambie en cuanto suelte, pero no pasa nada. La casa está ordenada, limpia, con todo en su sitio, como siempre. No hay nada fuera de lugar ni ninguna señal evidente de que hace apenas unos minutos alguien ha salido por esa misma puerta con una mochila al hombro.

Camino hacia el salón sin prisa, pero tampoco me detengo en ningún punto concreto, porque no hay nada que me obligue a hacerlo. Todo está donde debería estar. El sofá, la mesa baja, la botella de vino que no terminamos anoche y las dos copas. Nada ha cambiado y, sin embargo, todo está distinto.

Aprieto la mandíbula y paso de largo, como si ignorarlo fuera suficiente para que deje de notarlo, pero no lo es. Llego a la cocina y ahí sí me detengo. El olor a tomate y carne sigue en el aire, más suave ahora, pero suficiente para reconocerlo.

Me apoyo con las manos en la encimera y noto cómo algo se me aprieta dentro del pecho. Sé que no debería afectarme tanto, de hecho, solo fue una cena… Cierro los ojos un momento y me digo que no es solo eso. Es lo que implicaba que alguien estuviera aquí, moviéndose por esta casa como si siempre hubiera estado aquí.

Abro los ojos y abro el grifo. El sonido del agua al caer rompe el silencio durante unos segundos, pero en cuanto lo cierro, todo vuelve a quedarse igual.

—Papá.

La voz de Hazel llega desde el pasillo y levanto la cabeza. No la he oído salir de la habitación.

—¿Qué haces? —pregunta, apareciendo en la puerta de la cocina con el pijama arrugado y despeinada.

—Nada —respondo demasiado rápido—. Vuelve a la cama.

Pero mi hija no se mueve y mira a su alrededor.

—¿Dónde está Sylvia?

Su pregunta se queda en el aire, pero aun así me golpea con fuerza. Me seco las manos en un paño y me giro hacia ella.

—Tenía que irse —le miento y Hazel frunce la nariz, como hace siempre que está pensando en serio.

—¿A dónde?

—A… trabajar.

La respuesta suena floja incluso para mí, pero no la corrijo. Hazel da un paso más hacia dentro de la cocina y vuelve a mirar alrededor, como si esperara encontrarla en algún sitio que se le ha pasado por alto.

—Pero Sylvia vive aquí.

Aprieto la mandíbula y no respondo, porque no hay una forma de hacerlo que no suene mal. Hazel levanta la vista hacia mí, esperando mi respuesta.

—No vive aquí —digo al final con un tono más seco de lo que pretendía.

Ella parpadea despacio.

—Sí vive —afirma.

—No.

—Sí —insiste, más bajito.

Doy un paso hacia ella.

—Hazel…

—Silvia ha dormido aquí —continúa—. Come aquí y está aquí siempre…

No eleva la voz, ni discute, ni se enfada. Simplemente enumera, como si fuera evidente y lo es.

Me paso una mano por la nuca, buscando una respuesta que no tengo.

—Era… temporal.

La palabra se queda corta incluso antes de terminar de decirla. Hazel me mira sin comprender del todo lo que le digo, pero notando que algo no encaja.

—No me gusta —dice al final.

—Lo sé.

No añade nada más y ella se queda quieta, como si estuviera decidiendo qué hacer con lo que acaba de escuchar. Después, se da la vuelta sin decir nada y vuelve hacia el pasillo. La observo alejarse con una sensación incómoda en el pecho que no termino de identificar del todo. No es solo por ella, sino por lo que acabo de hacer. Exhalo despacio y apago la luz de la cocina antes de seguir sus pasos.

La rutina debería arreglarlo todo, de hecho, siempre lo hace. Baño, pijama, cuento, luz apagada, orden, secuencia y control… Funciona, de hecho, tiene que funcionar.

—No quiero bañarme —dice en cuanto entro en el baño.

—Hazel.

—No quiero.

—Tienes que hacerlo.

—No.

Cruza los brazos y se apoya en la puerta con determinación.

—Vamos —insisto, abriendo el grifo.

—Sylvia me deja elegir el jabón.

Cierro el grifo.

—Elige el que quieras.

—No quiero.

—Hazel.

—No quiero.

La miro un segundo, valorando si insistir o cambiar de estrategia, pero no tengo margen para negociar demasiado.

—Cinco minutos —digo al final—. Solo cinco.

—No.

Aprieto la mandíbula.

—Hazel.

—No quiero, papi —repite, esta vez más bajo, aunque no es una rabieta.

Me paso una mano por la cara y bajo el tono de voz.

—Venga.

No responde y se queda quieta. Al final, la cojo en brazos sin darle opción y la meto en la bañera. Protesta, pero menos de lo que esperaba, y en cuanto el agua le cubre las piernas, deja de resistirse.

—No me gusta —murmura.

—Ya lo sé.

Le paso la esponja con cuidado, dejándola hablar si quiere, pero no dice nada más y el resto del baño transcurre en silencio. Después se viste sin decir ni una palabra y cuando la llevo a la cama, se mete bajo las sábanas sin protestar.

—¿Quieres que te cuente un cuento? —pregunto.

Niega con la cabeza.

—No.

—Vale.

Apago la luz y me quedo un momento junto a la puerta del dormitorio.

—Papá.

—¿Qué?

—¿Sylvia vuelve mañana? —susurra.

—No —cierro los ojos un instante antes de responder.

No hay forma de suavizar lo que le acabo de decir. Hazel no responde, ni insiste, ni me pregunta nada más, solo se queda en silencio.

—Buenas noches —le digo, pero ella tampoco me contesta.

Cierro la puerta despacio y me quedo un segundo en el pasillo, con la mano todavía en el pomo de la puerta. Vuelvo al salón sin encender ninguna luz, porque conozco el espacio de memoria.

Me acerco despacio hasta el sofá y me siento en el mismo sitio donde anoche estuve con ella. Apoyo los codos en las rodillas y cierro los ojos. Recuerdo el peso de su cuerpo sobre el mío, la forma en la que se movía sobre mí, el sonido de su respiración rompiéndose contra mi cuello y cómo sus manos se aferraban a mi espalda como si no quisiera soltarme.

Aprieto los dientes, porque no debería estar pensando en esto. Me echo hacia atrás y apoyo la cabeza en el respaldo, mirando al techo, intentando vaciar la cabeza, pero no lo consigo, porque no

es solo el recuerdo sino el silencio, la casa, mi hija, la cocina, la salsa que ha preparado… Todo encaja a la perfección en una escena que no debería haber existido.
Exhalo despacio y no puedo evitar preguntarme si quizá me he equivocado. Cierro los ojos un instante, porque esa posibilidad es peor que todo lo demás y si es verdad, no hay forma de arreglarlo sin romper algo más.

Capítulo 27
Sylvia

No es que mi piso haya cambiado, es que yo ya no encajo en él. Cierro la puerta con la espalda apoyada en la madera y me quedo unos segundos sin moverme, con la mochila todavía colgada del hombro, mirando alrededor como si esperara encontrar alguna señal que justifique esta sensación incómoda que se me ha instalado en el pecho nada más entrar. Pero no, todo está exactamente igual.

El sofá sigue donde lo dejé, con la manta arrugada en un lado. La mesa tiene un par de revistas abiertas. La taza que dejé en la encimera sigue ahí, con una mancha seca de café en el borde. Nada ha cambiado y, sin embargo, no me reconozco aquí.

Dejo la mochila en el suelo y camino hacia el centro del salón despacio, sin saber muy bien qué hacer con las manos, ni con el cuerpo, ni con esta sensación de estar de paso en un sitio que, en teoría, es mío.

—Genial —murmuro y hasta mi voz me suena rara entre estas paredes.

Me paso una mano por el pelo y avanzo hacia la habitación, empujando la puerta con el pie. La cama está deshecha, como la dejé ayer por la mañana, y la ropa que me probé antes de la cita sigue tirada en una silla, en el mismo orden caótico que tenía antes de salir.

Me quedo mirándola un segundo.

—No es una cita —murmuro y la frase me suena más ridícula que nunca ahora.

Suelto una risa breve y seca, que no tiene nada de graciosa, y me dejo caer sobre la cama sin quitarme los zapatos, mirando el techo con los brazos abiertos, como si así pudiera ocupar más espacio del que siento que tengo.

No funciona, porque no es el espacio, sino esta sensación que hace que todo lo que me rodea en este lugar me parezca más

pequeño, desordenado y provisional.

El sonido del timbre de la puerta me saca del bucle antes de que tenga tiempo de seguir dándole vueltas. Me levanto sin ganas, voy hacia la entrada y abro sin ni siquiera mirar por la mirilla.

—Vale, necesito que me cuentes exactamente qué ha pasado —dice Hannah sin saludar siquiera y entrando en el recibidor.

—¡Hola! Yo también me alegro de verte —le saludo sarcástica.

—No me distraigas —responde, dejando el bolso en la silla—. ¿Fue una cita?

—No.

—¿Te ha besado?

—Sí.

Se queda quieta un segundo.

—Vale —dice despacio—. Empecemos por ahí.

Me siento en el borde de la cama, apoyando los antebrazos sobre las piernas.

—No fue una cita.

—Claro…

—No lo fue, de verdad.

—Te llevó a un musical, cenasteis, te besó…

—Y lo hicimos en su casa…

—¡¿Qué dices?! ¡Haber empezado por ahí!

—No hay nada que contar… —le digo mirándola.

—Cuando lo dices así suena fatal.

—No, suena a mentira —le cuento y exhalo por la nariz.

—Vale.

—No empieces con el «vale».

—No estoy empezando —responde—. Estoy aceptando que tienes un problema grave con la negación.

Me paso una mano por la cara.

—No es eso.

—Entonces explícame qué es.

Abro la boca, pero no digo nada, porque no tengo una respuesta que no suene absurda.

—Eso pensaba —murmura ella.

Se acerca y se sienta a mi lado, girándose ligeramente para mirarme de frente.

—¿Qué ha pasado?

—Nada.

—Sylvia, no empieces…

—Nada —repito, aunque Hannah no insiste de inmediato. Se limita a mirarme, mientras espera a que le cuente.

—Hemos ido a recoger a Hazel —empiezo finalmente—. Hemos vuelto, hemos comido y todo iba normal.

—¿Y?

Aprieto los labios un segundo.

—Y luego ha dicho que no éramos una familia.

Hannah frunce el ceño.

—¿Cómo?

—Que no éramos una familia —repito—. Que es solo un trabajo.

El silencio que se queda entre nosotras es más claro que cualquier reacción inmediata de Hannah.

—Vaya hijo de… —empieza.

—No —la corto—. No es eso.

—Sí, sí lo es.

—No lo es —insisto—. No lo ha dicho para hacer daño.

—Ah, bueno —responde con ironía—. Entonces todo bien.

—Hannah.

—¿Qué?

—No es tan simple.

—Claro que lo es.

Niego con la cabeza.

—No.

—Te ha utilizado.

—No.

—Te ha besado, ha follado contigo y luego ha decidido que no le compensa.

—No, no es eso.

—Entonces explícamelo porque no lo entiendo.

La miro.

—Tiene miedo —digo al final.

Hannah se queda callada un segundo.

—¿Y eso justifica que se porte contigo como un cabrón?

—No.

—¿Entonces?

—Pero lo explica.

Se deja caer hacia atrás en la cama, mirando el techo.

—No sé qué decirte.

—No hace falta que digas nada.

—Sí hace falta.

Me levanto antes de que la conversación se convierta en algo que no quiero tener ahora mismo y camino hacia la cocina. Abro la nevera, aunque no sé muy bien qué estoy buscando, aunque como no hay nada, la cierro.

—¿Estás bien? —pregunta Hannah desde la habitación.

Me apoyo en la encimera.

—Sí —miento—. No —corrijo—. No mucho.

—Eso ya me cuadra más.

Cierro los ojos un segundo.

—No es por él.

—Ya…

—No es solo por él.

—Sylvia…

—Es por todo.

Abro los ojos y miro a mi alrededor.

—Es que ya no encaja nada de lo que me rodea…

A la mañana siguiente me obligo a levantarme temprano. No porque tenga nada urgente que hacer, sino porque si me quedo en la cama, voy a empezar a pensar y no quiero.

Me preparo un café y me siento en la mesa con el portátil delante. Abro el primer portal con ofertas de empleo que me aparece sin leer demasiado.

—Vale —murmuro.

Empiezo por lo fácil: Cafeterías. Aplico, escribo y adjunto mi currículum. Continúo con las guarderías y hago lo mismo. Repito la

misma operación con tiendas de ropa. Relleno los formularios sin pensar demasiado en lo que pongo, porque no es el contenido lo que importa, sino el hecho de hacerlo.

Necesito moverme y hacer algo.

—Esto era un trabajo —me digo en voz baja—. Nada más.

Lo repito mientras envío otro correo.

—Solo un trabajo.

Otro más.

—Nada más.

Me reclino en la silla y me quedo mirando el techo, con el portátil todavía abierto sobre la mesa.

—Perfecto —murmuro.

Después de un rato frente al ordenador, intento mantenerme ocupada. Recojo, ordeno y limpio cosas que ya estaban limpias, pero no funciona, porque los recuerdos no se van de mi cabeza, al contrario, regresan sin avisar y en el momento menos oportuno. Aparece en mi cabeza una imagen de Hazel riéndose en el parque, con las manos llenas de arena y la cara sucia, mirándome como si yo fuera parte de su mundo desde siempre. También veo a Harry apoyado en el marco de la puerta, observando la escena con una expresión contenida que ahora entiendo mejor de lo que me gustaría. La noche del musical, su voz, su forma de mirarme, el sofá, nuestros besos… Cierro los ojos un segundo, aunque eso es un error, porque lo único que consigo es verlo con más claridad.

Abro los ojos de golpe y me levanto de la silla, caminando por el salón dando vueltas como un león enjaulado.

—Ya está —murmuro—. Ya está.

Pero no, no está, porque cada recuerdo no se queda en lo que fue, sino que se extiende y se conecta con lo que podría haber sido y eso es lo que duele.

Me detengo en mitad del salón y me abrazo a mí misma sin darme cuenta.

—Genial —susurro.

Lo peor no es echarle de menos. Ni siquiera es echar de menos a Hazel, aunque eso ya sería suficiente. Lo peor es que allí todo tenía sentido. Todo encajaba sin esfuerzo: las rutinas, el ruido,

el caos, cómo Hazel me arrastraba de una habitación a otra como si yo perteneciera desde siempre a ese lugar y cómo Harry me miraba cuando creía que no me daba cuenta.

Me paso una mano por la cara.

—No.

Pero sí, sí lo sé… No echo de menos solo a Hazel y a Harry, sino también a esa casa y a lo que sentía dentro de ella. Algo que no había tenido antes, que no sabía que estaba buscando y ahora que lo he tenido… Ya no sé cómo volver a mi vida de antes.

Capítulo 28
Harry

Ajusto el retrovisor con un gesto automático, más por necesidad de verla que por otra cosa. Hazel está en su asiento, con el cinturón bien colocado y Draggy apretado contra el pecho con las dos manos y en silencio. No habla y eso es lo que me llama la atención. Hazel no es una niña silenciosa. Nunca lo ha sido. Siempre tiene algo que contar, una pregunta que hacer o una historia que explicar en ese mismo momento, sin importar si tiene sentido o no. Pero ahora está quieta, mirando por la ventana sin fijarse realmente en nada, como si lo que pasa al otro lado del cristal estuviera demasiado lejos para importarle.

—¿Has dormido bien? —le pregunto al arrancar el motor.

—Sí.

Asiento una vez con la cabeza, aunque sé que no me está mirando.

—Hoy en la guardería tenías pintura, ¿no? —insisto, buscando algún tema que no falle y que consiga que se ponga a hablar.

—Sí.

Otra vez me responde con un monosílabo. Aprieto ligeramente el volante y saco el coche de la calle. El tráfico es el de siempre, las mismas rutas, los mismos giros, la misma rutina que debería conseguir que el día avance sin esfuerzo. Todo está en su sitio y funciona, sin embargo, para mí no lo hace.

Vuelvo a mirarla por el retrovisor y compruebo que sigue abrazando el dragón.

—¿Quieres que esta tarde hagamos algo? —propongo—. Podemos ir al parque… o ver una peli en casa.

Hazel tarda un poco en responderme. Baja la vista hacia Draggy y le pasa el dedo por una de las alas, despacio, como si necesitara comprobar que está con ella.

—Vale.

No hay emoción en su voz, ni entusiasmo, ni rechazo… Solo una aceptación que no significa nada. Trago saliva.

—También podemos… —empiezo, pero no termino la frase, porque no sé qué ofrecerle para compensar lo que le he quitado.

Volvemos a quedarnos en silencio y yo aprieto un poco más el volante.

—Hazel…

—Papá…

Su voz corta la mía y levanto la vista hacia el retrovisor de inmediato.

—¿Sí?

Alza la vista y veo que su mirada es clara, directa, demasiado consciente para su edad.

Respiro hondo.

—Dime.

Se queda callada un segundo, como si estuviera pensando lo que quiere decir, y ese gesto me descoloca por completo.

—¿Por qué Sylvia ya no es nuestra?

No aparto la vista del retrovisor, porque no puedo y durante un instante no hay nada en mi cabeza. No tengo ninguna respuesta preparada, ni forma de convertir eso en algo sencillo, algo que una niña de su edad pueda entender.

—Hazel… —empiezo, pero no sé cómo continuar.

Respiro otra vez y lo intento de nuevo.

—Sylvia… tenía que hacer otras cosas.

En cuanto lo digo sé que mi respuesta no sirve, porque no explica nada, ni encaja con lo que ella sabe. Al escuchar lo que acabo de decirle, frunce la nariz, como hace siempre que algo no le cuadra.

—¿Qué cosas? —me pregunta girando un poco la cabeza.

Aprieto el volante un poco más.

—Cosas suyas.

—¿Trabajo?

—Sí… —respondo, aunque suena flojo incluso para mí.

Ella asiente despacio, pero no parece convencida. Baja la mirada otra vez a Draggy y aprieta el muñeco con más fuerza.

—Pero… —empieza, aunque no termina la frase.

—¿Qué? —pregunto.

Levanta la cabeza otra vez.

—Los dragones dicen que Sylvia vive aquí.

El aire se me queda atrapado en el pecho. No hay nada en esa frase que pueda desmontar sin hacerle daño, porque no hay lógica adulta, ni matices, ni excusas que me sirvan… Solo una verdad construida desde lo que ha visto y lo que ha sentido.

Cierro los ojos un segundo, pero sigo conduciendo.

—Hazel…

No sé cómo seguir.

—No vive aquí —digo al final, aunque mis palabras no suenan firmes ni seguras, sino insuficientes.

Ella no responde. Solo se queda mirándome a través del retrovisor, esperando algo más, aunque no se lo doy y ella baja la vista.

—Pero estaba —murmura.

«Estaba».

Esa palabra es peor que cualquier otra, porque no discute ni insiste, solo constata un hecho y eso me rompe por dentro, porque no puedo arreglarlo, ni maquillarlo de ninguna manera.

—Sí —musito.

El resto del trayecto transcurre en silencio, porque no hallo nada que decir que arregle esto.

Aparco frente a la guardería y apago el motor. Hazel se quita el cinturón despacio y se baja del coche con Draggy todavía pegado a ella. Rodeo el coche y la encuentro esperando a que le ayude a bajar a la acera.

—Vamos —le digo.

Asiente, me toma de la mano y entramos. El ruido habitual nos envuelve: niños con sus mochilas, voces, movimiento constante… Todo es igual que siempre, pero ella no, porque hoy está quieta, a mi lado y tomada de mi mano.

—¿Vienes luego? —me pregunta alzando su carita para mirarme.

—Sí.

—¿Seguro?

—Claro, cariño.

Asiente, pero no parece convencida.

—Vale.

Da dos pasos, se detiene y vuelve. Se agarra a mi chaqueta y me da un abrazo rápido antes de salir corriendo junto a su maestro.

—Adiós, papá —se gira para despedirse agitando una de sus manos.

—Adiós.

La observo hasta que desaparece dentro del aula. Cuando dejo de verla no soy capaz de moverme del sitio, porque Hazel no solo ha perdido a una niñera, sino a alguien muy importante para ella.

«Sylvia vive aquí.»

Esa frase vuelve de forma clara a mi cabeza. Cierro los ojos un instante y cuando los abro, me doy la vuelta y salgo de la guardería. Camino hasta el coche y me quedo un momento con la mano en la puerta antes de abrir. No estoy pensando en el trabajo ni en nada práctico, sino en lo que acabo de ver. En cómo Hazel ha aceptado algo que no entiende y lo ha hecho sin discutir, llorar, ni insistir. Simplemente lo ha asumido y eso es lo que peor me hace sentir.

Me subo al coche y arranco, pero no pongo la radio, ni busco nada que acabe con el silencio que me rodea. Conduzco sin prisa, dejando que la ciudad pase a mi alrededor sin fijarme en ella, aunque en cada semáforo y cada vez que tengo que parar, vuelvo a la misma escena: Hazel abrazando el dragón, diciendo que Sylvia vive aquí y preguntando por qué ya no es nuestra… Aprieto la mandíbula. No era esto lo que quería evitar, ni lo que tenía que proteger.

Llego a un semáforo y paro el coche más tiempo del necesario. El coche de atrás pita y arranco sin reaccionar. Exhalo despacio. He tomado una decisión creyendo que estaba haciendo lo correcto, pero ahora mismo, con la imagen de mi hija en la cabeza, empiezo a ver que no he evitado una pérdida, sino que la he provocado.

Aprieto el volante consciente de que lo peor no, sino que Hazel nota su hueco y ni ella ni yo sabemos cómo llenarlo.

Sigo conduciendo sin rumbo concreto. Agarro el volante con más fuerza y fijo la vista en la carretera. He intentado mantener todo bajo control, pero hay algo que se ha roto del todo… Exhalo despacio y empiezo a pensar que me he equivocado.

Capítulo 29

Harry

No recuerdo en qué momento exacto dejo de conducir hacia la oficina, pero cuando soy consciente de ello ya no estoy siguiendo la ruta habitual, sino avanzando por calles que no forman parte de mi rutina diaria. Mantengo las manos en el volante, con la mirada fija al frente, aunque mi atención no está realmente en el tráfico, sino en todo lo que llevo arrastrando desde que he dejado a Hazel en la guardería. La escena se repite con claridad y sin descanso en mi cabeza, una y otra vez: su voz preguntando por Sylvia y su forma de aceptar una respuesta que no entiende y que no es propio de ella.

Aprieto ligeramente la mandíbula y suelto el aire despacio por la nariz. No tengo un plan, ni un discurso preparado. Solo tengo una certeza que ha ido creciendo poco a poco hasta invadirlo todo: no puedo seguir fingiendo que lo que hice fue lo correcto.

Cuando aparco frente a la casa de Mason y Rachel, me quedo un instante dentro del coche, con el motor apagado y las manos todavía apoyadas en el volante, mirando la puerta sin moverme, como si necesitara unos segundos más para asumir que estoy a punto de hacer algo que no encaja en mi forma de ser. No suelo presentarme en casa de nadie sin avisar, ni me gusta mantener conversaciones incómodas, ni me expongo ante nadie
sin tener claro qué voy a obtener a cambio. Pero, por lo visto, hoy no funciona así.

Salgo del coche y camino hasta la entrada de la casa sin detenerme, porque si lo hago, sé que voy a encontrar una excusa para marcharme. Cuando estoy frente a la puerta, lanzo un suspiro y llamo al timbre. Poco después, oigo pasos al otro lado de la puerta y la voz de Rachel. Al comprobar que soy yo, me mira sin decir nada, como si le bastara con verme para entender que no he venido por cortesía.

—Harry.

—Hola. ¿Está Mason?

—Sí —responde apartándose para dejarme pasar—. Pasa.

Entro en la casa y cierro la puerta a mi espalda.

—Está en la cocina, ven —añade Rachel.

Asiento y avanzo por el pasillo hasta que encuentro a Mason con una taza en la mano junto a la cafetera. Levanta la vista cuando entro y en cuanto me ve, su expresión cambia.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta sin rodeos.

—La he cagado —le suelto sin eufemismos, sino con una frase limpia, sin matices y sin intentar convertirla en algo más aceptable de lo que es.

Mason deja la taza sobre la encimera y se incorpora un poco, apoyando el peso del cuerpo en las manos.

—Explícate.

Me paso una mano por la nuca antes de hablar, no para ganar tiempo, sino para ordenar lo que quiero decir mínimamente en mi cabeza.

—Anoche… —empiezo, aunque me detengo un segundo—. Le he dicho a Sylvia que esto no era una familia, sino solo un trabajo.

Mason no reacciona inmediatamente, solo se queda callado y su silencio lo dice todo.

—Ya —responde Mason al cabo de unos segundos.

Ese «ya» no es neutro, sino la confirmación de algo que, para él, ya estaba claro antes de que yo lo dijera.

—Se ha ido —añado.

Rachel aparece en la puerta de la cocina, apoyándose en el marco con los brazos cruzados.

—Claro que se ha ido.

Su tono no es duro, sino lógico y eso lo hace más difícil de rebatir para mí.

—No lo dije para hacerle daño —le respondo y aprieto la mandíbula.

Mason suelta una risa sin humor.

—Eso no cambia nada.

—Lo sé.

—Entonces, ¿qué cambia?

No respondo de inmediato, porque no tengo una respuesta a esa pregunta que no suene a excusa.

—Tenía que poner límites —digo al final—. Esto se estaba… yendo de las manos.

Rachel ladea ligeramente la cabeza.

—¿Para quién?

—Para todos —le contesto bajando la mirada hasta el suelo.

—No —niega ella con calma—. Para ti.

Mason no añade nada, pero tampoco es necesario.

—No puedes construir algo con alguien que no es permanente —insisto—. Sylvia puede irse en cualquier momento.

—Ya se ha ido —responde Rachel.

Aprieto la mandíbula.

—Exacto.

—No es lo mismo —continúa ella—. No es lo mismo irse porque decide hacerlo que irse porque tú la empujas a hacerlo.

Nos quedamos en silencio.

—Te estás adelantando a algo que no ha pasado —añade—. Estás tomando decisiones como si el final ya estuviera escrito.

—Porque sé cómo termina —le aseguro.

Mason se incorpora del todo y se cruza de brazos.

—No —dice—. Crees que lo sabes.

—Ya —le contesto sin apartar la vista de él.

—No —insiste—. Lo que sabes es cómo terminó una vez, pero ahora ni es la misma persona, ni la misma situación.

—Eso no cambia el resultado.

—Sí lo cambia —interviene Rachel—. Pero el problema es que esta vez no has dejado que ocurra. Lo has cortado antes de que tenga la oportunidad de ser otra cosa.

Aprieto los dientes.

—Tengo una hija.

—Y ya se ha encariñado con ella —responde Rachel—. Eso no lo puedes deshacer.

No digo nada.

—No puedes protegerla de todo —añade—. Y desde luego no puedes hacerlo rompiendo lo que ya tiene.

Me paso la mano por la cara y resoplo.

—No quería romper nada —trato de justificarme.

—Pero lo has hecho —me responde sin rastro de reproche en su voz, lo que lo hace peor.

—No quiero una vida así —digo al final sin ningún tipo de filtro y Rachel me mira con atención.

—¿Así cómo?

—Vacía —suelto sin maquillar mi respuesta—. No la quiero así.

—Entonces deja de construirla así —me responde Mason asintiendo.

—No quiero una vida sin Sylvia —añado, esta vez más despacio—. Ni para Hazel ni para mí.

Decirlo en voz alta cambia algo, porque ahora ya no puedo fingir que no lo he dicho.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer —contesta Rachel sin dramatismo en su tono.

Miro hacia la puerta de la cocina y luego hacia la salida. No suelo tomar decisiones sin pensarlas y sin calcular cada posible consecuencia.

—Sí —digo al final de forma clara y firme.

—Pues deja de darle vueltas —me responde Mason cruzándose de brazos.

Asiento y me giro para marcharme.

—Harry —me llama Rachel antes de que salga por la puerta y al escucharla me detengo—. No lo hagas perfecto, hazlo real.

La miro sin responderle, porque no hace falta. Salgo de la casa y camino hacia el coche sin detenerme, sin replantearme nada y con una claridad que no tenía hace unas horas.

Abro la puerta, me siento al volante y arranco. Esta vez no tengo dudas y en lugar de pensar en cómo evitar perderla, empiezo a pensar en cómo recuperarla.

Capítulo 30
Sylvia

Resoplo sin apartar la mirada de la pantalla. Tengo el portátil abierto delante, he actualizado la bandeja de entrada del correo por quinta vez en menos de diez minutos y el café se me ha quedado frío sin probarlo, pero sigo aquí, frente al ordenador como si en cualquier momento fuera a aparecer algo que cambie mi día. Pero no ocurre. No recibo ninguna respuesta, ni ningún «hemos recibido tu candidatura», ni ningún «nos gustaría conocerte». Nada.

—Perfecto —murmuro, aunque evidentemente esto no tiene nada de perfecto.

Me paso una mano por el pelo y vuelvo a darle a actualizar, solo por inercia, porque sé perfectamente que no va a cambiar nada. La página sigue igual. Las ofertas continúan ahí, como si no fueran para mí y todo lo que he enviado esta mañana hubiera caído en un agujero negro y profundo, donde nadie se molesta en mirar.

Cierro el ordenador con un gesto brusco y me quedo mirando la mesa. El piso está en silencio. Un silencio que antes me gustaba, pero que ahora me resulta incómodo, porque me parece demasiado vacío.

Me levanto y camino por el salón sin rumbo claro, recojo cosas que no están fuera de su lugar, recoloco una revista que ya estaba recta y doblo una manta que ya estaba doblada. Es absurdo, pero necesito moverme y no pensar, porque en cuanto paro, vuelven a mi cabeza las imágenes de Hazel riéndose en la cocina, Harry apoyado en el marco de la puerta, el sofá, nuestros besos, su boca recorriendo mi cuerpo… Cierro los ojos un segundo y apoyo las manos en la encimera.

—No —murmuro, pero sí, claro que vuelven y se repiten en un bucle infinito.

De repente, el sonido del timbre me saca de ensoñación. Me quedo completamente quieta, con las manos apoyadas en la

encimera y el corazón latiendo fuerte en medio de mi pecho. No espero a nadie, aunque Hannah no avisa cuando viene, pero tampoco toca el timbre dos veces seguidas. Vuelve a sonar el timbre y trago saliva.

—Voy —digo en voz alta, aunque nadie puede escucharme.

Camino hasta la puerta despacio, limpiándome las manos en el pantalón sin darme cuenta, y me detengo un instante antes de abrir. Lanzo un suspiro y abro.

Al otro lado de la puerta está Harry, que al verme no dice nada, al igual que yo. Simplemente nos miramos. Lleva la chaqueta abierta, el pelo ligeramente despeinado y la mandíbula tensa.

—Hola —dice al final.

—Hola —le respondo con un tono más neutro de lo que esperaba, lo cual agradezco.

Al verme, se queda inmóvil. Me da la sensación de que no tiene demasiado claro si puede moverse y dar un paso más.

—¿Qué haces aquí? —pregunto sin apartarme de la puerta.

Traga saliva, mete las manos en los bolsillos un segundo antes de volver a sacarlas, como si no supiera dónde ponerlas.

—Necesito hablar contigo.

Asiento despacio, pero no me aparto para dejarle pasar.

—Ya hablamos todo lo que teníamos que hablar.

—No —niega con la cabeza—. Eso no fue hablar.

Inclino ligeramente la cabeza, observándolo con atención.

—Pues explícate mejor.

No responde de inmediato, solo me mira y me sostiene la mirada, como si estuviera buscando la forma de decir algo que no suele decir.

—¿Puedo pasar?

La pregunta queda suspendida sobre nuestras cabezas. Podría decir que no, de hecho es lo que debería hacer, pero finalmente me aparto.

—Pasa.

No digo nada más y él entra despacio y yo cierro la puerta detrás de él sin hacer ruido. Se queda en mitad del salón, mirando

alrededor un segundo, como si necesitara ubicarse en un espacio que no es el suyo.

—Habla —le digo y me cruzo de brazos sin darle margen.

Harry exhala despacio, pero no aparta la mirada de mí.

—Lo sé —responde al final—. Sé que la cagué.

No esperaba que empezara por ahí y eso me descoloca, aunque no lo suficiente como para que yo le haga el favor de quitar tensión a la situación.

—Vaya —murmuro—. Qué gran avance.

No se enfada ni se defiende solo asiente una vez, como si aceptara que me he ganado el derecho a hablarle con sarcasmo.

—Lo digo en serio —asegura.

—Me alegro por ti.

Da un paso hacia mí y yo no retrocedo, aunque tampoco le pongo las cosas fáciles.

—Sylvia… —empieza.

—No —lo corto antes de que siga—. No vengas a hacer eso de decir mi nombre con voz grave y esperar que te allane el camino, porque no va a funcionar.

La comisura de su boca se mueve un poco y aunque no llega a ser una sonrisa, se queda cerca y eso me irrita.

—No esperaba que me allanaras nada.

—Entonces perfecto. Hablamos el mismo idioma.

Harry baja la vista un instante, se pasa una mano por la nuca y vuelve a mirarme. Tiene una forma muy concreta de preparar lo que va a decir cuando no le gusta decirlo y la reconozco tan bien que me dan ganas de cerrarle la puerta en la cara con efecto retroactivo.

—He hablado con Mason y Rachel.

Parpadeo una vez.

—¿Que has hecho qué?

—He ido a verlos.

—¿A mi hermano y a mi cuñada?

—Sí.

—¿Por voluntad propia?

—Sí.

Lo miro un instante en silencio, valorando si me está tomando el pelo o si, efectivamente, el universo ha decidido volverse todavía más extraño hoy.

—Eso sí que no me lo esperaba.

—Yo tampoco —me responde encogiéndose de hombros.

—¿Y qué? ¿Te han dado una charla, una infusión y una pegatina por ser emocionalmente analfabeto?

Esta vez sí sonríe un poco y eso no me ayuda en absoluto a mantener la distancia.

—Más o menos.

Me cruzo de brazos de nuevo.

—Qué bien. Entonces ya puedes irte a casa con tu nuevo reto conseguido.

Niega suavemente con la cabeza.

—No he venido a sentirme mejor.

—Ah, ¿no?

—He venido porque tenía que decirte la verdad.

La frase me obliga a quedarme quieta, por lo rara que me resulta viniendo de él.

—Pues adelante —respondo, aunque mi voz ya no suena tan segura—. Sorpréndeme.

Harry me sostiene la mirada y lo veo tragar saliva antes de hablar y eso, por ridículo que resulte, me golpea más que si hubiera venido aquí con un discurso impecable.

—Mi hija cree que eres parte de nuestra familia.

La frase cae entre nosotros como una bomba, porque, a pesar de que se lo he oído decir a Hazel muchas veces, no esperaba escucharle a él decirlo así, sin disfrazarlo para que deje de parecer importante. No digo nada, de hecho, ni siquiera me muevo y él tampoco lo hace.

—Y empiezo a pensar que tiene razón —añade al cabo de un momento.

Al escucharlo algo se estremece dentro de mí, porque se nota que le cuesta decir cada palabra, porque llevas días evitándolas hasta consigo mismo. Aun así, no le pongo las cosas fáciles.

—Eso llega un poco tarde, ¿no crees? —murmuro.

—Lo sé.

—Me dijiste que no era una familia.

—Sí…

—Y que era solo un trabajo.

—Tienes razón.

Que no intente dar la vuelta a lo que le digo me descoloca.

—Entonces, ¿qué se supone que quieres que haga yo ahora? —pregunto mirándolo de frente—. ¿Aplaudirte porque has tardado todo este tiempo en darte cuenta de que eres un idiota?

—No —responde con una calma que me desarma un poco—. No espero que hagas eso.

—Menos mal.

—Pero sí necesito que me escuches.

Suelto una risa breve y seca.

—Te estoy escuchando y, créeme, no me está resultando precisamente relajante.

Da otro paso hacia mí y se queda demasiado cerca.

—No puedo estar sin ti —suelta de golpe y sin rodeos.

No sé qué esperaba que me dijera, pero, desde luego, eso no. Por un momento, me quedo mirándolo sin saber qué responder, porque la parte más molesta de todo esto es que no suena a frase ensayada, suena real, porque él está roto y está siendo sincero.

—No digas cosas que luego no seas capaz de mantener —le advierto.

—No he venido a decir nada que no piense.

—Eso decías el otro día también.

Aprieta ligeramente la mandíbula.

—No. El otro día pensaba que estaba haciendo lo correcto. Hoy he venido porque sé que me equivocaba.

No aparto la mirada y él tampoco. Cuando habla de nuevo ya no hay rastro de duda en su voz.

—Te quiero.

Esas dos palabras me atraviesan de una forma absurda, porque debería protegerme, enfadarme más o hacer cualquier cosa menos quedarme ahí quieta, con el corazón desacompasado y la sensación de que el suelo bajo mis pies acaba de moverse un poco.

Pero lo único que hago es respirar, mirarlo y notar cómo toda la rabia que me he estado tragando se mezcla con algo mucho peor, que es precisamente lo que más miedo me da… Porque yo también lo quiero. Lo he sabido antes de estar dispuesta a admitirlo. Lo supe en su cocina, con Hazel y la pasta, en el parque, en el sofá, en el musical, en cada una de las veces en las que he intentado definirlo de otra forma para no asustarme.

Aun así, me agarro a lo último que me queda.

—Harry…

—No —me corta, aunque no con dureza—. Déjame terminar.

Se pasa una mano por la nuca y exhala, como si incluso ahora le costara seguir, pero ya no está huyendo y eso lo cambia todo.

—No quiero una vida sin ti, ni la quiero para Hazel, ni para mí. No quiero que vuelvas porque mi hija te echa de menos, ni porque yo la he cagado y necesito arreglarlo. Quiero que vuelvas porque… —se detiene un segundo, pero no aparta la vista de mí— porque ya no sé imaginar esto sin ti dentro.

Lo miro en silencio y noto cómo el aire se me queda congelado en los pulmones.

—Eres un imbécil —digo al final, porque necesito decir algo que no sea llorar o lanzarme encima de él.

—Sí —asiente despacio.

—Uno importante.

—El más importante.

—Y me has hecho mucho daño.

Esta vez no responde enseguida y se queda quieto antes de decirlo.

—Lo sé.

No se disculpa, ni intenta borrarlo. Solo lo reconoce y eso me deja sin argumentos.

—No puedes decirme una cosa y luego hacer la contraria cuando te entra el pánico —añado.

—No.

—No puedes acostarte conmigo y al día siguiente comportarte como si no te importara.

—No.

—No puedes usar tu autocontrol como si fuera una virtud, cuando en realidad solo es una forma muy cara de ser cobarde.

Esta vez sí exhala por la nariz con algo que se parece demasiado a una risa.

—Eso también me lo han dicho hoy.

—Bien. Me alegro de que mi círculo más cercano tenga ojos.

Nos quedamos mirándonos y ahí es donde todo se rompe de verdad.

—Yo también te quiero —confieso al final, casi enfadada conmigo misma.

Harry no se mueve, ni sonríe, ni hace ninguna de esas cosas insoportables que harían los hombres en las películas malas. Solo me mira.

—Sylvia…

—No me pongas esa cara, que bastante tengo ya.

—No sé qué cara poner.

—Pues pon una menos peligrosa.

—No creo que pueda.

Resoplo y observo cómo se acerca a mí. Me toca la cara con una mano, despacio, como si estuviera comprobando que sigo aquí y yo me inclino un poco hacia su palma antes incluso de darme cuenta de que lo estoy haciendo.

—Te quiero —repite, más bajo esta vez y entonces lo beso yo, porque si espero un segundo más, me voy a romper por dentro de una forma bastante menos elegante.

El beso no se parece al primero. No tiene esa ansia desesperada, ni ese alivio físico de quien ha aguantado demasiado. Este beso viene de la rabia que todavía no se ha ido del todo, del miedo, del amor mal colocado, del vacío de este tiempo sin él y de la certeza de que, aunque lo haya intentado, no quiero seguir lejos de él.

Harry responde al instante. Me rodea la cintura con los brazos y me atrae hacia su cuerpo. Le agarro de la camisa con las dos manos y me pego más a él, porque ya que he cruzado esta línea otra vez, no pienso hacerlo a medias.

Nos besamos sin prisa, con pausas que apenas nos dejan respirar. Cuando al fin nos separamos, seguimos con las frentes juntas notando cómo se mezclan nuestras respiraciones.

—Sigues siendo un imbécil —murmuro.

—Me lo has dejado muy claro.

—Y no te perdono del todo.

—Lo sé.

—Y seguramente vas a tener que sufrir bastante.

—También lo sé.

Su respuesta consigue que me ría. Harry me besa otra vez, aunque ahora de forma más suave, casi con cuidado.

—Vuelve conmigo —me dice cuando se aparta, aunque sigue sin soltarme—. Pero no como niñera —añade enseguida y sin dejar de mirarme a los ojos—. No quiero que vuelvas por eso. Quiero que vuelvas porque formes parte de mi vida y de la vida de Hazel. Porque… —traga saliva— porque ya eres parte de las dos.

Lo miro en silencio, aunque esta vez no me protejo, porque ya no tiene sentido.

Podría poner condiciones, hacerlo sufrir un poco más, fingir que necesito pensármelo mejor, pero la verdad es mucho menos sofisticada: lo he echado de menos desde el primer segundo en que cerré la puerta de su casa por fuera y he odiado cada rincón de mi piso por recordarme que no era allí donde quería estar.

—Sí —respondo al final.

Harry parpadea una vez, como si necesitara asegurarse de que me ha oído bien.

—¿Sí?

—Sí —repito, y no puedo evitar que una sonrisa se me escape un poco—. Pero no pongas esa cara de sorpresa, que no te favorece.

No llega a reírse del todo, pero se queda cerca. Me abraza con toda la fuerza contenida de alguien que ha estado demasiado tiempo sujetándose y yo me dejo hacer, porque, por primera vez en varios días, todo está en el sitio correcto. Apoyo la cara contra su cuello y cierro los ojos un segundo.

—Hazel va a volverse loca cuando te vea —dice en voz baja.

—Sí.

—Yo también.

Levanto la cabeza y lo miro.

—No te pongas tierno, que te sienta raro.

—No estoy tierno.

—Claro, claro…

Vuelve a besarme y yo no hago absolutamente nada por impedírselo.

—Vamos a casa —dice al final.

Asiento, porque ahora sí sé exactamente a qué lugar me apetece volver.

Capítulo 31
Sylvia

No sé en qué momento dejo de pensar con claridad. Solo sé que, durante un momento, nos quedamos ahí, en mitad de mi salón, mirándonos como si no acabáramos de creernos que esto está pasando. La diferencia es que esta vez no hay duda, ni confusión, ni excusas, ahora sí sabemos exactamente lo que estamos haciendo, pese a eso… me tiemblan las manos.

—No me mires así —murmuro, aunque no aparto la vista.

—¿Así cómo?

—Como si fueras a hacer algo de lo que no voy a poder recuperarme.

Su boca se curva un poco en una sonrisa.

—Eso no es una amenaza.

—No —respondo, tragando saliva—. Es un aviso.

No dice nada más y se acerca a mí. Le agarro de la camiseta con las dos manos y lo beso. Harry responde al instante, como si hubiera estado conteniéndose exactamente igual que yo y llevara días con esto dentro y ahora ya no hubiera forma de pararlo. Sus manos bajan a mi cintura y me atrae contra él con una firmeza que me hace soltar el aire contra su boca.

—Joder… —murmura, separándose un poco.

—No empieces —le advierto, aunque mi voz ya no suena firme.

—No puedo —responde, y vuelve a besarme, aunque ahora más despacio, pero no más suave.

Su boca se mueve sobre la mía como si necesitara asegurarse de que esto es real. Yo me pego más a él sin darme cuenta, subiendo las manos por su pecho, por su cuello y enredándolas en su pelo.

—Te he echado de menos —susurro contra sus labios.

Su respuesta no es una frase, sino una reacción. Me empuja suavemente hacia atrás sin dejar de besarme y me guía hasta la pared más cercana. Mi espalda choca con ella y su cuerpo se coloca delante, encajando con el mío de una forma que me hace perder el equilibrio durante un segundo.

—No vuelvas a decir eso como si fuera poco —dice en voz baja.

—No es poco —respondo.

—No —añade, inclinándose hacia mí—. No lo es.

Sus labios bajan a mi cuello y dejo caer la cabeza hacia atrás, porque su boca en esa parte de mi piel… es otro tipo de problema. Me recorre despacio, deteniéndose lo justo para hacerme consciente de cada punto en el que me toca.

—Harry…

—Dímelo otra vez.

—¿El qué?

—Que me has echado de menos.

Suelto una risa breve que se rompe en cuanto vuelve a morder suavemente mi cuello.

—Te he echado de menos —repito, pero sin ironía esta vez.

Su mano sube por mi costado y se cuela bajo la camiseta, tocando mi piel directamente y ese contacto me hace tensarme contra él.

—Yo no he dejado de pensar en ti —dice contra mi cuello y eso sí que no sé cómo gestionarlo. No le respondo porque no puedo, porque en el momento en el que lo hace, ya estoy reaccionando.

Le tiro de la camiseta hacia arriba y él entiende el gesto sin necesidad de que le diga nada. Se la quita de un tirón y vuelve a acercarse a mí antes de que tenga tiempo de mirarlo bien. El impacto de su piel contra la mía es inmediato.

—Ven aquí —murmura.

No sé quién se mueve primero, solo sé que dejamos de estar en el salón y que, en algún punto, estamos entrando en mi habitación sin separar nuestros cuerpos. Nos dejamos caer sobre la cama. Harry me empuja con suavidad, pero sin perder firmeza, y acabo de espaldas sobre el colchón, con él encima antes de que

tenga tiempo de recolocarme. El golpe hace que se me escape una risa, que muere en cuanto vuelve a besarme.

—No te rías —murmura contra mi boca.

—No puedo evitarlo.

—Sí puedes.

—No quiero.

Sus manos bajan por mi cuerpo con más decisión, recorriéndome sin prisa pero sin pausa. Yo hago lo mismo, aprendiendo su cuerpo otra vez, reconociendo cada gesto, cada reacción y cada respiración que se acelera cuando me equivoco o acierto.

—Mírame —me pide.

Abro los ojos y lo hago, aunque es un error, porque ya no hay forma de volver atrás.

—No me mires así —susurro.

—No sé mirarte de otra manera.

—Pues aprende.

—No quiero.

Se inclina y vuelve a besarme, pero esta vez más lento, profundo y consciente de todo lo que está pasando. Su cuerpo encaja con el mío y esa presión, ese contacto constante, hace que me arquee sin darme cuenta.

—Joder, Sylvia… —murmura.

Su forma de decir mi nombre me recorre de pies a cabeza.

—No hables así.

Sonríe un poco, pero no se aparta. Sus manos siguen moviéndose y quitando las pocas barreras que quedan entre nosotros hasta que la sensación es completamente directa, sin capas, sin distancia y sin nada que amortigüe el impacto. Estamos piel con piel y respiración contra respiración. Entra en mi con decisión y mi cuerpo se adapta a él con cada empellón. Su boca baja otra vez por mi cuello, por mi clavícula, y dejo caer la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos un segundo porque necesito sentirlo sin distraerme. A partir de ese momento deja de contenerse del todo. El ritmo cambia y se vuelve más intenso, más firme, más decidido.

—Te quiero —se me escapa, sin pensar.

Se detiene apenas un segundo y me besa con más fuerza, como si esas dos palabras hubieran terminado de romper lo poco que quedaba en pie.

—Y yo también a ti —me susurra y el movimiento de sus caderas se vuelve más constante, más profundo y sincronizado, hasta que todo empieza a girar en torno a eso, a nosotros, a este momento y a esta forma de perder el control sin querer recuperarlo.

—Mírame —me dice y lo hago para encontrarme con sus ojos fijos en los míos.

—No pares —susurro.

—No pienso hacerlo.

Mi cuerpo responde al suyo sin que tenga que pensar en ello, adaptándose, siguiéndolo, buscándolo, hasta que el ritmo se vuelve imposible de mantener y una liberación llega de golpe y me hace agarrarme a él con más fuerza y que lo arrastra conmigo.

—Joder… —murmura contra mi cuello.

—Harry…

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Nos quedamos abrazados, con la respiración agitada, su peso sobre mí y mis manos todavía agarradas a su espalda, como si soltarlo fuera a cambiar algo.

Poco a poco, nuestras respiraciones se calman, levanto la cabeza y lo miro. Veo que tiene los ojos cerrados, como si estuviera intentando asimilarlo todo, y cuando los abre, vuelve a mí.

—Sigues aquí —murmura.

—Claro que sigo aquí.

—Bien.

Se deja caer a mi lado, sin separarse del todo, y yo me acerco para apoyar la cabeza en su pecho, escuchando su corazón todavía acelerado.

—Esto no ha sido una buena idea —digo.

—No.

—Nada buena.

—Para nada.

Levanto la vista hacia él.

—Pero no pienso arrepentirme.

—Yo tampoco.

—Vas a tener que esforzarte mucho para que te perdone del todo —añado.

—Lo sé.

—Mucho…

—Lo tengo asumido.

—Bien.

Su mano sube hasta mi pelo y lo aparta de mi cara con un gesto lento, casi distraído.

—Me da igual —dice al final.

—¿El qué?

—El esfuerzo.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—¿Por qué?

Baja la mirada hacia mí.

—Porque esta vez no pienso irme —me dice sin un ápice de duda.

A pesar de que eso debería asustarme, no lo hace, porque yo tampoco pienso ir a ningún sitio.

Capítulo 32
Harry

El trayecto desde el piso de Sylvia hasta casa se me hace más corto de lo habitual y más largo al mismo tiempo, una contradicción porque tengo demasiadas cosas en la cabeza y, por una vez, ninguna responde a un esquema claro. Conduzco sin música, sin mirar el reloj cada dos minutos y sin revisar mentalmente la agenda del día siguiente. Sylvia va a mi lado, mirando por la ventana.

—¿Estás seguro? —me pregunta sin apartar la vista de la calle.

Aprieto un poco más el volante antes de contestar.

—No estoy seguro de muchas cosas —hago una pausa breve y suspiro—. Pero sí de que quiero intentarlo contigo, porque no hacerlo sería el mayor error de mi vida.

Lo digo sin adornos y me sorprende lo fácil que resulta decirlo en voz alta después de todo lo que me ha costado admitirlo solo para mí. Sylvia gira la cabeza entonces y me mira. No sonríe, pero algo en su expresión se relaja lo suficiente para que yo también lo haga.

—Vale —dice—. Eso me sirve.

Asiento y seguimos avanzando por calles que ya conozco de memoria pero que esta vez me parecen distintas, como si estuviera conduciendo hacia un lugar que no es exactamente el mismo de siempre, aunque la dirección no haya cambiado.

Cuando aparco frente a casa, me quedo un segundo con las manos sobre el volante, porque soy consciente de que lo que viene ahora no es algo que pueda organizar ni controlar.

—¿Vas a quedarte ahí mucho rato o entramos? —me pregunta Sylvia que ha abierto la puerta y salido del coche antes que yo.

—Entramos.

Salgo del coche y caminamos juntos hasta la puerta sin prisa. Saco las llaves, noto el peso metálico en la mano y, por un instante,

pienso en todas las veces que he abierto esa puerta con la única expectativa de que todo estuviera exactamente como lo había dejado. Introduzco la llave en la cerradura, la giro y abro.
La casa está igual. Entro y Sylvia lo hace detrás de mí.

—¡Papá!

La voz de mi hija llega desde el salón antes de que pueda dejar las llaves en la entrada. Levanto la vista justo cuando Hazel aparece corriendo, con dos coletas y el dragón de peluche colgando de su mano. Al vernos a los dos se detiene en seco, pero al ver a Sylvia echa a correr hacia ella.

—¡Mi Sylvia!

Sylvia se agacha justo a tiempo para recibirla y Hazel se lanza contra ella con toda la fuerza de su cuerpo pequeño, abrazándola con una intensidad que me deja sin aire durante un instante.

—Hola, cariño —murmura Sylvia, rodeándola con los brazos.

Hazel se separa lo justo para mirarla a la cara, con una seriedad que no le corresponde para su edad.

—Sabía que volverías.

Sylvia frunce ligeramente el ceño, sorprendida.

—¿Sí?

Hazel asiente con total seguridad.

—Los dragones me lo dijeron.

Sylvia suelta una carcajada y vuelve a abrazarla.

—Entonces no podía fallarles.

—No —le confirma Hazel—. Los dragones nunca se equivocan.

Me quedo de pie, a pocos pasos de ellas, observando la escena sin intervenir. Nora está en el fondo del salón, apoyada discretamente junto a la estantería, con una sonrisa que intenta disimular, pero no lo consigue del todo. Asiento hacia ella en un gesto de agradecimiento que entiende sin palabras y vuelvo la atención a ellas.

Hazel sigue abrazada a Sylvia, con el dragón atrapado entre las dos. Hablan a media voz, riéndose por algo que no llego a oír, completamente ajenas a todo lo demás.

No siento la necesidad de corregir nada, al contrario. Porque esto
es exactamente lo que temía, Que Hazel se encariñara demasiado con alguien entrara en nuestra vida, luego desapareciera y todo volviera a romperse. Y al mismo tiempo… Esto es exactamente lo que necesitábamos.

—Papá, mi Sylvia ha vuelto —me dice Hazel separándose de repente de Sylvia para mirarme.

—Sí, ya lo veo.

—Se queda.

Miro a Sylvia y ella me sostiene la mirada, sin decir nada y dejándome responder.

—Sí —digo—. Se queda.

Hazel sonríe, satisfecha, como si acabara de confirmar algo que ya sabía.

—Vale —. Se gira hacia Sylvia y tira de su mano—. Tenemos que hacer algo importante.

—Ah, ¿sí? —pregunta Sylvia.

—Sí. Muy importante.

Hazel la arrastra hacia el sofá con decisión, yo cierro la puerta, dejo las llaves en la entrada y me acerco mientras las observo.

—Tenemos que ver una película.

Me detengo a un lado del sofá.

—Es tarde.

Hazel ni siquiera me mira.

—Los viernes son de dragones.

—Tiene un argumento sólido —añade Sylvia alzando la mirada hacia mí.

Exhalo por la nariz.

—Solo una.

Hazel levanta el puño en señal de victoria.

—¡Sí!

Se sube al sofá, coloca el dragón en medio y empieza a dar órdenes con absoluta naturalidad.

—Tú aquí —. Señala a Sylvia—. Papá, tú aquí —me dice señalando al otro lado.

Me siento sin discutir, Sylvia se acomoda a mi lado y Hazel se instala entre los dos, como siempre, ocupando el espacio central con la autoridad de quien da por hecho que ese es su sitio. Cojo la manta que está doblada en el respaldo y la extiendo sobre los tres. Hazel se acurruca inmediatamente, apoyándose primero en Sylvia y luego, sin pensarlo, en mí.

Enciendo la televisión, aunque no presto demasiada atención a lo que aparece en pantalla. Mi foco está en el peso ligero de Hazel contra mi brazo, en el calor de Sylvia a mi lado y en el sonido de la casa, que ya no es silencio, sino vida.

Durante un momento muy concreto, sin grandes pensamientos ni frases elaboradas, entiendo algo que llevo evitando desde el principio. No se trata de perder el control, sino de dejar de necesitarlo.

Apoyo la cabeza hacia atrás en el sofá, sin moverme demasiado para no molestar a Hazel, y dejo que la escena siga su curso sin intervenir. Hazel no tarda en acomodarse del todo. Primero habla sin parar, señalando la pantalla, corrigiendo a los personajes, explicándole a Sylvia por qué ese dragón no puede volar así porque «no está concentrado», y luego, poco a poco, las frases se vuelven más lentas y finalmente deja de hablar. No se duerme de golpe, sino que se va apagando poco a poco. Sylvia le aparta un mechón de pelo de la cara, como si lo hubiera hecho toda la vida. No dice nada. No hace falta. Observo ese gesto y no lo analizo, algo nuevo para mí.

—Se está quedando dormida —murmura Sylvia, inclinándose ligeramente hacia mí.

—Sí.

Bajo un poco el volumen de la televisión, hasta que Hazel termina apoyando la cabeza en el pecho de Sylvia, con una mano todavía agarrando el dragón. La otra baja hasta mi brazo y se queda ahí, abierta y tranquila.

No intento recolocarla, ni llevarla a la cama, ni mantener la rutina. Simplemente me quedo donde estoy y Sylvia también.

—Está bien así —dice Sylvia en voz baja refiriéndose a la niña y yo asiento al escucharla.

Apoyo el brazo con cuidado detrás del respaldo del sofá, sin tocarla directamente, pero lo suficientemente cerca como para notar su presencia. La película sigue avanzando sin que ninguno de los dos la esté viendo realmente. Hazel respira tranquila, completamente entregada al sueño y ajena a todo lo demás. Bajo la vista hacia ella y luego la llevo hacia Sylvia y después hacia el resto del salón y veo una casa que ya no parece intocable. Ahora nada es perfecto, ni está pulcramente ordenado, ni tengo todo bajo control, sin embargo, todo encaja.

—¿En qué estás pensando? —susurra Sylvia volviéndose para mirarme.

—En que esto… —hago un gesto leve con la mano, sin querer mover demasiado a Hazel—… es nuevo.

—¿Nuevo bien o nuevo desastre?

—Nuevo bien —digo mirándole a los ojos y después asiento despacio.

—Vale.

Se recuesta un poco más en el sofá, recolocándose para que Hazel esté más cómoda. Su hombro roza el mío y yo no me muevo ni me pongo tenso, solo me adapto. El gesto es pequeño, pero sé exactamente lo que significa: no se va a marchar, ni yo voy a echarla.

Mientras la película avanza, Sylvia lanza un bostezo y, aunque intenta disimularlo, no lo consigue.

—Si te duermes, pierdes —murmuro.

—Eso no funciona así.

—Funciona exactamente así.

—No hay reglas para esto.

—Siempre hay reglas.

Sylvia ladea la cabeza.

—Ese es tu problema.

—Ese era mi sistema.

—Ya. Y te funcionaba fatal.

No respondo y Sylvia sonríe. Vuelve a mirar a Hazel, que sigue profundamente dormida, y le coloca mejor la manta.

—Se ha quedado frita.

—Hoy ha sido un día largo.

—Y un poco intenso.

—Mucho.

Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos un segundo para registrar lo que estoy sintiendo sin necesidad de ponerle nombre. Cuando abro los ojos, veo que Sylvia me está mirando.

—¿Qué?

—Nada.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que tienes ahora mismo.

—No me gusta.

Sylvia sonríe, resignada, y apoya la cabeza en el respaldo del sofá, lo suficientemente cerca como para que su pelo roce mi hombro y tampoco me aparto porque no quiero. Hazel se mueve ligeramente, buscando más calor, y se acomoda mejor entre los dos. Sylvia la rodea con un brazo. Yo hago lo mismo desde el otro lado y en ese gesto tan simple, sin importancia aparente, entiendo algo que llevo evitando desde hace meses.

Exhalo despacio.

—Oye.

Sylvia gira la cabeza lo justo para mirarme.

—¿Qué?

—Gracias.

Sylvia me observa evaluando la palabra.

—De nada.

Hazel se remueve otra vez y abre un ojo a medias, desorientada y frunciendo la nariz.

—¿Se ha acabado? —murmura.

—No —responde Sylvia muy bajito—. Pero tú sí.

Hazel considera la información durante dos segundos exactos.

—No quiero ir a la cama.

—Eso no sorprende a nadie —digo.

Me mira con dignidad ofendida.

—Los viernes no cuentan.

—Los viernes cuentan igual.

—No cuando hay dragones.

—Tiene jurisprudencia propia. Está complicado —me dice Sylvia.

—No existe ninguna jurisprudencia sobre dragones.

—Porque tú no lees las sentencias interesantes —me responde Sylvia divertida, Hazel suelta una risita medio dormida y vuelve a hundirse entre la manta y nosotros. La observo un momento y veo que tiene una mejilla aplastada contra el jersey de Sylvia y el dragón atrapado debajo del brazo. Hace unos días esta casa me parecía insoportable de tan vacía como estaba. Hoy, en cambio, tiene una niña medio dormida negociando leyes imaginarias en el sofá y una mujer que ha convertido mi salón en un lugar donde alguien se quiere quedar. Sin duda, la diferencia es obscena.

—Voy a llevarla arriba —digo al fin.

Sylvia asiente.

—Te ayudo.

—Puedo hacerlo.

—Ya lo sé, pero te ayudo igualmente.

La forma en que lo dice me arranca una media sonrisa. Me inclino con cuidado, paso un brazo por debajo de las piernas de Hazel y otro por su espalda. Ella protesta por puro reflejo, sin despertarse del todo, y enseguida se acurruca contra mi pecho. Sylvia recoge el dragón y la manta antes de levantarse detrás de mí.

Entro en la habitación de Hazel y todo está exactamente donde debería: los libros, los peluches y los dragones desperdigados con un orden que solo ella entiende. La dejo sobre la cama y aparto el edredón para taparla. Sylvia coloca el dragón junto a su almohada y Hazel abre los ojos lo justo para mirarnos. Después sonríe con una serenidad insultante para una niña de tres años que lleva razón más veces de las que debería.

—Te lo dije —susurra mi hija.

—¿El qué? —pregunta Sylvia.

Hazel abraza al dragón.

—Que vivías aquí.

Sylvia se queda quieta un segundo y yo también mientras la miramos. Hazel, satisfecha con el efecto que ha causado, cierra los ojos otra vez, como si el asunto estuviera resuelto desde hace semanas y nosotros hubiéramos tardado demasiado en entenderlo.

Apago la lámpara de la mesilla y dejamos la puerta entornada al salir. Cuando volvemos al pasillo, Sylvia se queda a mi lado, mirándome.

—Tu hija da bastante miedo cuando tiene razón.

—Muchísimo —sonrío.

—¿Tú también lo sabías desde antes?

Le rodeo la cintura y la atraigo hacia mí hasta que choca suavemente contra mi pecho.

—No —murmuro—. Yo he sido el idiota que ha tardado más en darme cuenta.

Sylvia se ríe, me agarra de la camisa y niega con la cabeza.

—Bueno, mientras lo hayas hecho.

Bajo la boca hasta besarla una vez, despacio y sin prisa. Cuando me aparto, apoyo la frente contra la suya y miro el pasillo que lleva al salón, la manta olvidada en el respaldo, la luz encendida y todo ese pequeño desorden que antes me habría puesto nervioso y que ahora solo me dice una cosa: Ahora ya no vuelvo a una casa, ahora vuelvo a ellas.

Epílogo
Sylvia

—Vale —murmuro, inclinándome sobre los fogones, mientras un humo intenso sale de la sartén—. Esto sigue siendo una tortilla.

La tortilla, por su parte, no colabora. A pesar de que intento despegar un borde con la espátula, no se mueve. Insisto un poco más, pero sigue sin moverse.

—Perfecto —añado—. Se ha fusionado con la sartén. Es una decisión respetable, de acuerdo, pero…

Detrás de mí, escucho el sonido de unos pasos rápidos.

—¡Papá! —grita Hazel desde el pasillo—. ¡Sylvia está quemando el desayuno!

Cierro los ojos un segundo.

—¡No está quemado! —respondo sin girarme—. Solo está… muy hecho.

—¡Está negro!

—Eso es un matiz.

La niña aparece en la cocina a toda velocidad, con el dragón de peluche en una mano y una energía que debería ser ilegal a estas horas de la mañana. Lleva una camiseta que claramente no combina con el pantalón y una de sus botas no es del mismo color que la otra. Todo en orden.

—Huele raro —dictamina, acercándose lo justo para mirar la sartén—. Creo que los dragones no se lo comerían.

—Los dragones no tienen criterio gastronómico —respondo—. Comen fuego.

—Y caballeros.

—Eso solo es antes del desayuno.

Hazel me mira como si estuviera evaluando si acabo de decir algo completamente absurdo o si, por alguna razón, tiene sentido.

—Voy a preguntárselo a papá.

—No hace falta consultar a un experto.

Pero ya ha salido corriendo otra vez de la cocina. Mientras, yo sigo frente a la sartén, con la espátula en la mano y una sensación bastante clara de que estoy perdiendo una batalla que nunca debería haber empezado.

La cocina está hecha un desastre. Hay harina en la encimera, un huevo roto en un rincón de la encimera, un cuenco que ya no recuerdo para qué estaba usando y en medio de todo eso… yo.

Hace unos meses, esto habría sido impensable. No porque no sepa cocinar, sino porque Harry no habría permitido que esto ocurriera. Ahora, en cambio, estoy discutiendo con una tortilla mientras una niña informa en tiempo real sobre mi incompetencia culinaria a su padre. Sin embargo, no cambiaría esto por nada del mundo.

—Papá dice que sí está quemado —anuncia Hazel volviendo a entrar—. Y que eso no es discutible.

Me giro y me encuentro con Harry apoyado en el marco de la puerta, exactamente donde imaginaba que estaría, observando la escena con una calma que antes me sacaba de quicio y ahora… bueno, ahora la entiendo demasiado bien. No dice nada. Solo observa. Primero la sartén, luego la encimera y después a mí.

—Traidor —le digo.

—Objetivo —responde.

—No estás ayudando.

—Estoy evaluando.

—Pues evalúa desde más lejos.

Hazel se coloca entre los dos, mirando a uno y a otro como si esto fuera el mejor espectáculo de la mañana.

—Papá, creo que Sylvia necesita ayuda.

—Estoy de acuerdo —dice él.

—No necesito ayuda.

—Necesitas un plan B.

—Esto es el plan B.

Harry arquea una ceja.

—No quiero saber cuál era el A.

—Era peor.

Hazel asiente.

—Eso es preocupante —sentencia Harry.

Dejo la espátula sobre la encimera y me giro completamente hacia ellos, cruzándome de brazos.

—Vale. Nadie más opina.

—Llegas tarde —dice Harry.

—Esto es un entorno hostil.

—Es una cocina.

—Exacto.

Hazel se ríe y corre otra vez hacia el salón, arrastrando a Draggy, completamente ajena a la guerra que estoy perdiendo contra el desayuno. Harry no se mueve del marco de la puerta y sigue mirándome, aunque antes me analizaba y ahora solo me observa.

—¿Vas a intervenir o vas a seguir disfrutando del desastre? —le pregunto.

—Me lo estoy pensando.

—Eso nunca es buena señal.

—Estoy decidiendo si salvar la tortilla o a ti.

—Elige bien —le advierto arqueando una ceja.

—La tortilla no tiene salvación.

—Gracias por la confianza.

Se separa del marco de la puerta y se acerca a la encimera, aparta el cuenco y coge la espátula.

—Déjame a mí.

—No.

—Sí.

—Estoy en ello.

—Eso es lo que me preocupa.

—No exageres.

—No lo estoy haciendo.

Intento recuperar la sartén, pero él ya la ha cogido y está observando la tortilla.

—Diagnóstico claro.

—No quiero oírlo.

—Está quemada.

—Está intensa.

—Está quemada.
—No seas dramático.
—No es dramatismo. Es evidencia.
Hazel asoma la cabeza desde el salón.
—¿Ya habéis decidido si se puede comer?
Harry la mira.
—No.
—Vaaaaale —dice y desaparece de nuevo.
Harry deja la sartén en el fregadero y abre el grifo.
—Haremos otra cosa.
—Podemos raspar lo negro.
—No.
—Hay gente que lo hace.
—No en esta casa.
—Esta casa ya no funciona así.
Harry me mira y sonríe.
—Tienes razón.
Parpadeo.
—¿Perdona? —le pregunto con incredulidad.
—Tienes razón —repite.
—No estoy preparada para esto.
—Ve acostumbrándote.

Apoya las manos en la encimera, inclina un poco la cabeza hacia mí y baja la voz lo justo para que Hazel no lo escuche desde el salón.

—Pero eso no significa que desayunemos carbón.

Se me escapa la risa y veo como Harry coge pan del armario.
—Haremos tostadas.
—Eso es aburrido.
—Eso es seguro.
—No hemos venido aquí a estar seguros.
—Yo sí.
—Mentira.
Me mira y sostiene la mirada.
—Antes sí.
—Ahora ya no tanto.

Hazel vuelve a entrar en la cocina corriendo.

—¡Quiero tortitas!

—No —. Harry ni siquiera se gira para responderle.

—Sí.

—No.

—Draggy quiere tortitas —dice la niña levantando a Draggy.

Harry se pasa la mano por el pelo.

—Cinco minutos —dice.

Hazel sonríe.

—Los dragones no funcionan con minutos.

Cierro los ojos un segundo.

—Esto me suena.

Harry resopla.

—No me lo recuerdes.

—Es imposible no hacerlo.

Hazel ya está sacando cosas de los armarios sin ningún tipo de criterio.

—Yo ayudo.

—Eso es lo que más me preocupa —dice Harry.

—Confía en mí.

—No.

—Es un proceso.

—Un riesgo más bien…

—Es divertido.

Hazel se gira hacia él.

—Papá, tienes que rugir.

Harry se queda quieto.

—No.

—Sí.

Lo miro.

—Hazlo.

—No.

—Hazlo.

Suspira y lo hace, aunque solo le sale un intento de rugido que es tan poco convincente que Hazel se dobla de risa y yo también. Y él… él niega con la cabeza, pero ya no está luchando

contra nada. La cocina sigue siendo un desastre, la sartén sigue en el fregadero y las tortitas tienen una forma cuestionable. Pero la casa… ahora está llena de ruido, de movimiento y de nosotros.

Miro a Hazel, cubierta de harina, dando órdenes a un dragón que no existe y a Harry, intentando seguir el ritmo sin perder del todo el control y luego miro todo lo demás y pienso algo muy simple: que quizá los dragones no existan, pero esto sí y es mucho mejor.

Harry consigue, de alguna manera que no entiendo del todo, que la segunda tanda de tortitas tenga una forma reconocible. No es perfecta ni redonda, pero sí lo suficientemente estable como para que Hazel las mire con aprobación y decida que pueden considerarse comida de verdad.

—Estas sí —dictamina, muy seria—. Estas no están enfadadas.

—Perfecto —murmuro—. Hemos pasado de comida quemada a comida con emociones.

—Todo tiene emociones —responde ella—. Los dragones lo saben.

—Claro.

Harry deja el plato en la mesa y me lanza una mirada de advertencia cuando intento acercarme a la sartén otra vez.

—Ni lo intentes.

—Solo quería ayudar.

—Ya lo has hecho.

—Eso es discutible.

Hazel se sube a la silla y se arrodilla sobre ella para llegar mejor a la mesa. El dragón se queda apoyado a su lado como vigilando la situación.

—Papá, tú aquí —dice señalando una silla—. Sylvia, tú aquí.

Nos sentamos sin discutir. Harry enfrente de mí y Hazel en medio, como siempre, organizando el mundo a su medida. La mesa no está puesta como debería. Hay platos distintos, vasos que no combinan, un bote de mermelada abierto, harina en el borde de la encimera que nadie ha limpiado y, pese a eso, todo funciona.

Cojo un trozo de tortita y lo pruebo con cautela.

—Sobreviviremos —digo.

—Ese era el objetivo —responde Harry.

—Ambición alta.

—Realista.

Hazel mastica con concentración, como si estuviera evaluando algo importante.

—A los dragones les gustaría.

—Eso es lo único que importa —le digo y ella asiente satisfecha mientras come.

Harry baja la mirada hacia su plato, corta otro trozo de tortita y lo lleva a la boca sin prisa. No está en tensión, ni espera que algo falle, solo está disfrutando del desayuno y yo también.

Hazel deja el tenedor y se limpia las manos en la camiseta sin ningún tipo de remordimiento.

—¿Ves?

Harry la mira.

—¿Qué?

Ella señala a la cocina, a la mesa, a nosotros.

—Esto.

Harry sigue su gesto con la mirada.

—Sí, ¿qué pasa? —dice el padre.

—Los dragones sabían que Sylvia se iba a quedar.

Harry sonríe.

—¿Desde cuándo lo sabían?

Hazel lo mira como si la respuesta fuera evidente.

—Desde el principio.

Asiente para sí misma y vuelve a coger el tenedor, dando la conversación por cerrada. Yo no puedo evitar mirar a Harry y a como acepta el comentario de Hazel sin cuestionarlo. Hace meses habría intentado encontrarle lógica. Ahora solo… lo deja estar.

Se levanta de la mesa, recoge un plato sin prisa y lo lleva al fregadero. No limpia la encimera, ni ordena todo de golpe, ni convierte esto en algo perfecto. Hace lo justo. Y vuelve a sentarse. Se apoya otra vez en la mesa, cerca de mí, lo suficiente como para que su rodilla roce la mía y ninguno de los dos se aparta.

Hazel termina de comer y baja de la silla con torpeza.

—Voy al salón.

—No corras —dice Harry, pero la niña corre. El dragón cae al suelo en mitad del camino y ella vuelve, lo recoge y sigue corriendo.

Yo me quedo mirando la puerta por la que ha desaparecido.

—Se nos ha ido de las manos —digo.

—Totalmente.

—¿Te preocupa?

Harry niega muy despacio.

—No.

Sé que es verdad, porque yo tampoco lo siento así. Me acerco un poco más a la mesa y me giro hacia él.

—A mí tampoco.

—Lo tengo claro —me dice mirándome a los ojos.

—¿Sabes qué es lo peor? —le pregunto.

—¿Qué?

—Que creo que tu hija tenía razón desde el principio.

—No es la primera vez.

—Ni será la última.

Harry sonríe otra vez y se acerca para apoyar la mano en mi cintura. Yo bajo la mirada un segundo hacia su mano y luego vuelvo a subirla.

—Esto… —empiezo—. No es temporal.

—No.

—Ni es un error.

—Tampoco.

—Ni es algo que vayamos a estropear en cuanto intentemos organizarlo.

—No.

Exhalo despacio.

—Vale.

Harry inclina la cabeza y roza mis labios con los suyos en un beso tranquilo y sin ansia, que no tiene nada que ver con el primero que nos dimos.

—¡Papá! —grita Hazel desde el salón—. ¡El dragón quiere ver dibujos!

Cierro los ojos un segundo.

—Claro que quiere.

Harry resopla.

—Eso significa que nosotros también.

—No necesariamente.

—Sí necesariamente.

—Podríamos negociar.

—No.

—Podríamos intentarlo.

—No.

Me separo lo justo para mirarlo mejor.

—No tienes espíritu de aventura.

—Tengo experiencia.

—Eso es peor.

Hazel aparece en la puerta otra vez.

—¡Rápido!

—Ya vamos —dice Harry mirándome—. ¿Vienes?

—Claro.

Salimos de la cocina juntos y en el salón vemos que Hazel ya está sentada, con el mando en la mano y con Draggy colocado a su lado como si fuera un invitado más. Nos sentamos con ella en medio y empiezan los dibujos.

Harry apoya el brazo detrás del respaldo del sofá y yo me recuesto lo justo para encajar en ese espacio. Hazel se mueve, busca su sitio y se instala. De repente todo encaja sin esfuerzo. Miro la pantalla un momento, luego a ella, después a Harry y, por último, todo lo demás. Apoyo la cabeza en el respaldo del sofá y sonrío para mí, porque al final no se trataba de encontrar el lugar perfecto, sino de reconocerlo cuando ya estabas dentro.

Nota de la autora

Querida lectora:

Gracias por haber llegado hasta aquí, porque sé que hoy en día hay miles de historias esperando a que las leas y, aun así, has elegido esta. Has dedicado tu tiempo a conocer a estos personajes, a entrar en su mundo, a reírte, a emocionarte… y eso, para mí, lo es todo.

Escribir esta novela ha sido un viaje muy especial. Un viaje lleno de escenas cotidianas, de momentos pequeños, de personajes que aprenden —a veces a la fuerza— que el amor no siempre llega cuando estás preparado, pero sí cuando más lo necesitas.

Si esta historia te ha hecho sentir algo, aunque solo sea una sonrisa, ya ha valido la pena.

Pero ahora quiero pedirte un pequeño favor que puede marcar una diferencia enorme para mí: si puedes, te agradecería muchísimo que dejaras una valoración o una reseña en Amazon, Goodreads o incluso que compartieras tu opinión en tus redes sociales. No te imaginas cuánto me ayuda eso.

Cada comentario, estrella, y recomendación hace que la historia llegue a nuevas lectoras y que yo pueda seguir escribiendo y

publicando más novelas como esta.

Gracias por estar al otro lado.

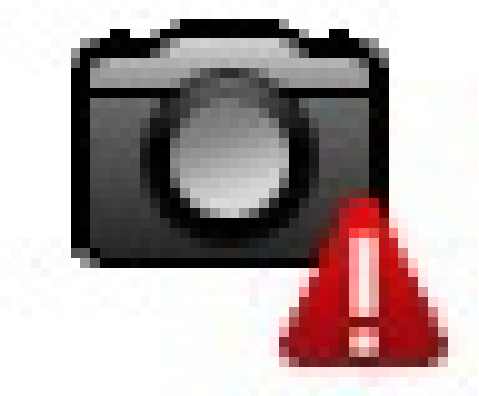
Nos vemos en la próxima historia.

Con cariño,

Rosie Promise

Sígueme en Amazon para no perderte ninguna de mis publicaciones.

Sígueme aquí.



Esto es para ti

Si te ha gustado esta novela, te animo a que leas Casados por error, la primera entrega de la Serie Romance en Nueva York. Esta es su sinopsis:

Casados por error

Un romance de enemies to lovers, un matrimonio falso, celos y pasión en Nueva York

Un matrimonio accidental, un pacto imposible y un enemigo demasiado tentador.

Despertarse con resaca ya es bastante malo. Pero **despertarse casada con Oliver Wilson**, el hermano de su mejor amiga y el tío más insufrible del planeta, es lo último que Kath Davis esperaba.

Arrogante, demasiado atractivo y un abogado que siempre lo tiene todo bajo control, Oliver nunca deja nada al azar… hasta que se encuentra con **un certificado de matrimonio y un anillo en el dedo**.

La solución es fácil: **anularlo y hacer como si nunca hubiera pasado**.

Pero Oliver no juega para perder. Con su voz grave y su sonrisa de tiburón de los negocios, le propone **un trato que podría beneficiarles a ambos**:

Seis meses de matrimonio: Sin sentimientos, sin ataduras y sin complicaciones.

El problema es que **vivir juntos** se convierte en un auténtico campo de batalla, porque las discusiones suben de tono, las pullas se vuelven más afiladas… y los

roces, más peligrosos. Hasta que, una noche, Kath **se rinde a la tentación y acaba en sus brazos, en su cama y completamente a su merced**.

Ahora lo difícil no es fingir que este matrimonio es real., sino fingir que **no siente nada por él**.

Un romance adictivo, lleno de tensión, deseo y un enemigo demasiado irresistible como para ignorarlo.

Si te gustan los **romances con mucha tensión** y con **protagonistas alfa irresistible**s, **tensión explosiva de alto voltaje** y **matrimonios accidentales**, esta historia te enganchará desde la primera página.

¡Atrévete a descubrirlo!

Casados por error es la primera entrega de **Romance en Nueva York**, una serie escrita a cuatro manos por **Sarah Valentine y Rosie Promise**, dos autoras de **novela romántica contemporánea**, que han unido fuerzas para crear historias que te harán suspirar, reír y enamorarte (al menos, de sus historias).

Puedes empezar a leerlo aquí:

Prólogo

Kath

Tengo la boca seca, la cabeza me retumba y siento que el estómago me da vueltas como si me hubiesen metido en una maldita coctelera. Mi primer pensamiento es que necesito agua. El segundo, que no pienso volver a beber tequila en mi vida. Y el tercero…

El tercero me golpea como un puñetazo en la sien en cuanto muevo la mano y algo brilla en mi dedo anular. Parpadeo varias veces, intentando enfocar la vista. Es un anillo. Un maldito anillo de bodas.

—No. No, no, no… —mi propia voz suena como papel de lija en mi garganta.

Me incorporo en la cama y siento cómo todo a mi alrededor se tambalea. Me agarro la cabeza con ambas manos, esperando que el mareo pase, y entonces me doy cuenta de que no estoy sola.

Oliver Wilson duerme a mi lado. Tiene el pecho desnudo, las sábanas enredadas en la cintura y el pelo revuelto como si hubiera pasado toda la noche peleándose con un orco de tres cabezas. Tiene el brazo doblado bajo la cabeza y su rostro, relajado, tiene una serenidad que no suele mostrar cuando está despierto. Y, lo peor de todo: un anillo a juego con el mío en su mano izquierda.

¡¡¡Socorro!!!

Siento una punzada de pánico que me sube por la columna y me deja helada. Esto no puede estar pasando. Miro a mi alrededor, buscando desesperadamente alguna pista que me ayude a reconstruir la noche anterior. Abro la boca sorprendida al ver que la *suite* donde estamos está hecha un auténtico desastre. Hay botellas vacías en la mesa, copas a medio terminar por todos sitios y mi vestido rojo, arrugado en el suelo junto a una camisa blanca que solo puede ser de Oliver. Y, entre todo el caos, sobre la mesita de noche, hay un papel con un sello dorado. Me inclino hacia adelante con las manos temblorosas y lo cojo. El estómago se me encoge cuando leo lo que pone en el documento: Certificado de matrimonio.

Creo que se me van a salir los ojos mientras leo una y otra vez el documento. Tengo la sensación de que en cualquier momento las letras se van a reorganizar en algo que tenga más sentido, algo que no implique que acabo de hacer la mayor locura de mi vida. Pero nada de lo que querría sucede, porque ahí sigue apareciendo mi nombre de forma clara y, lo peor de todo... el de Oliver, como mi *flamante* esposo.

Un destello de recuerdos borrosos aparece dentro de mi cabeza de repente: el banquete de la boda de Emma, las copas de más, las luces de neón brillando en la oscuridad de la noche, risas, tequila, margaritas… Oliver y yo en un bar, mirándonos con esa chispa desafiante que siempre ha existido entre nosotros. Y luego… un beso. Un beso ardiente, con el sabor del alcohol y la adrenalina de hacer algo prohibido. Una capilla. Dios mío, ¡una capilla!

—¡AHHHHHH! —grito, sintiendo cómo la realidad me cae encima con el peso de un camión.

Oliver se sobresalta y suelta un gruñido. Se frota los ojos antes de abrirlos y entrecerrarlos, cegado por la luz que entra por los ventanales de la *suite*, y mirarme.

—Davis… no grites —me dice con la voz rasposa e indolente—. No me quedan neuronas para soportarlo.

—¡ESTAMOS CASADOS! —exclamo mientras cojo el certificado como si fuera una bomba a punto de estallar y se lo pongo frente a su cara.

Oliver parpadea con expresión todavía confusa por el sueño y la resaca. Acto seguido, baja la mirada hasta el papel y luego a su propia mano. Frunce el ceño. Lentamente, se incorpora apoyándose en un codo y parpadeando como si su cerebro estuviera procesando la información a cámara lenta.

—No puede ser… —murmura con la voz ahora cargada de incredulidad.

—¡Pues lo es! ¡Míralo! —sacudo el papel en el aire—. Tu nombre. Mi nombre. Un maldito certificado de matrimonio con el sello de Las Vegas.

Oliver se pasa una mano por el pelo y se despeina aún más, mientras aprieta los labios en una fina línea. Sus ojos se fijan de nuevo en el anillo que adorna su dedo.

—Joder —susurra.

—Eso no es lo que quería escuchar, Oliver —le fulmino con la mirada—. Quiero que me digas que esto es una pesadilla de la que estoy a punto de despertar o que es una broma de mal gusto o que hay una manera de deshacer esto en los próximos cinco minutos…

Él se endereza en la cama y se lleva las manos a la cara antes de soltar un largo suspiro.

—Vale. Vale. Tranquila, Davis. Vamos a pensar —me dice con un tono forzadamente calmado, aunque a mí no me engaña, le conozco demasiado bien—. Lo primero es recordar cómo diablos hemos acabado aquí.

Al escucharle, suelto una amarga carcajada, porque esto no me hace ni pizca de gracia.

—¿Recordar? ¿Tienes algo más que *flashes* inconexos dentro de esa cabeza hueca? Porque yo lo único que tengo aquí dentro —le digo dándome golpecitos suaves con el dedo índice de mi mano derecha a la altura de la sien—es un batiburrillo de luces de neón, copas de tequila y tu cara demasiado cerca de la mía.

Oliver entrecierra los ojos y se presiona las sienes con los dedos de ambas manos.

—Recuerdo… —murmura—. La boda de mi hermana. Bailamos. Bebimos. Discutimos por alguna tontería… Y después…

—Teníamos un pique. Como siempre… —intervengo, sintiendo cómo la información va encajando poco a poco dentro de mi cabeza resacosa—. Recuerdo que me dijiste que nunca me atrevería a hacer algo realmente loco y yo te contesté que tú no sabías nada de mí.

—Y luego… —Oliver frunce más el ceño, como si las piezas fueran encajando—. Un bar. Muchas margaritas…

—Un beso —añado en voz baja.

Nuestras miradas se cruzan un instante y la atmósfera se carga de todas esas palabras no dichas, porque ninguno de los dos se atreve a pronunciarlas. Entre

Oliver y yo hay una historia latente, que siempre ha estado presente entre él y yo, pero que hasta ahora ninguno de los dos ha querido reconocer. Hasta anoche.

—Vale, pero eso no explica cómo acabamos casados —responde Oliver.

—Bueno, la última imagen que tengo en mi cabeza es de una capilla. Y de alguien vestido de Elvis.

—Joder —replica él.

—Sí. Justo lo que he pensado yo.

Me levanto de la cama y al ponerme de pie noto cómo la resaca me golpea en la cabeza como si fuera un martillo. Me pongo las palmas de las manos en las sienes y empiezo a buscar desesperadamente mi móvil entre la ropa tirada por el suelo.

—¿Qué haces? —quiere saber Oliver, que me mira con gesto de extrañeza.

—Buscar mi teléfono. Necesito mirar en Google cómo se anula esto. Porque vamos a anularlo. De inmediato —le digo de forma tajante, aunque sin dejar de buscar mi móvil.

Oliver sigue en la cama, observándome con los ojos entrecerrados. Finalmente, suelta un resoplido y se pasa la mano por la cara.

—Davis, espera.

—¿Esperar? —me vuelvo hacia él con incredulidad—. ¿Esperar a qué? ¿A que esto se vuelva más surrealista de lo que ya es?

—Solo… —se inclina hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas—. ¿Y si…?

—¿Y si qué? —lo miro como si le hubieran crecido dos cabezas.

Oliver aprieta la mandíbula, como si estuviera debatiéndose internamente. Finalmente, suelta el aire despacio y dice lo último que esperaba escuchar en este momento.

—¿Y si no lo anulamos?

Parpadeo al escucharlo, por lo visto, mi cerebro se niega a procesar lo que acabo de escuchar de labios de Oliver.

—¿Perdona? —le pregunto con un hilo de voz y me giro hacia él para clavarle la mirada.

—Solo piénsalo un segundo, Kath. Podría haber una razón para esto. Algo que aún no recordamos.

—O podríamos haber cometido la mayor estupidez de nuestras vidas —replico, sin poder creer que esté siquiera planteando esa posibilidad.

Él me mira fijamente, con esa intensidad que siempre ha tenido, la que hace que me hierva la sangre y, al mismo tiempo, me haga querer gritar.

—Lo descubriremos —suelta con un tono demasiado serio para mi gusto —. Pero lo que está claro es que, te guste o no, Davis… estamos casados.

Capítulo 1

Oliver

El taxi avanza por las calles de Las Vegas con un traqueteo leve, pero suficiente para recordarme que cada latido de mi cabeza es una represalia de la resaca. Me paso una mano por la cara e intento ignorar el molesto golpeteo que Kath hace con sus dedos en la puerta del coche. Su impaciencia me crispa los nervios, pero no tengo fuerzas para decirle nada. Al menos, no por ahora.

El anillo sigue en mi dedo y yo solo soy capaz de observar la banda dorada con incredulidad y frustración. Definitivamente, no hay manera de que esto termine bien teniendo en cuenta que *mi esposa* es Kath Davis, la mejor amiga de mi hermana. Lo peor es que sé que hay que solucionarlo ya, porque cuanto más tardemos, más complicado será todo.

—Davis, si sigues dando golpecitos en la puerta, te juro que la abriré y te lanzarás tú sola al asfalto —gruño, sin apartar la vista del anillo.

—¡No me hables, Wilson! —responde sin mirarme, con los brazos cruzados y la mandíbula apretada.

No me molesto en seguir discutiendo. Mi cabeza ya está demasiado ocupada intentando comprender cómo demonios hemos terminado aquí. Recuerdo la boda de mi hermana Emma, muchas copas, Kath retándome como si siempre tuviera que demostrar algo… y después todo es una neblina.

El coche se detiene de golpe frente a un bufete de abogados con un cartel dorado reluciente sobre la puerta de entrada. Kath ni siquiera espera a que el taxi pare del todo, porque simplemente abre la puerta y sale disparada. Yo, después de pagarle la carrera al taxista, la sigo con pasos largos, intentando aparentar calma, pero con cada fibra de mi ser tensa.

Cuando entramos al bufete, nos recibe una recepcionista con un moño rubio platino perfecto y un tono de voz un poco estridente pero sereno.

—¿En qué puedo ayudarles?

Kath saca el certificado de matrimonio de su bolso y lo deja caer en el mostrador con un golpe seco.

—Queremos anular esto. Ahora mismo.

La recepcionista frunce el ceño, coge el papel con delicadeza y lo examina tras sus gafas de montura roja. Su mirada se endurece al instante con una

expresión que augura una mala noticia.

—Me temo que eso no va a ser posible anular de inmediato —dice con tono neutro y confirmando mi presentimiento.

Kath parpadea varias veces antes de apoyarse en el mostrador, claramente a punto de explotar.

—¿Cómo que no va a ser posible? —pregunta con voz contenida.

—Para solicitar una anulación —explica la rubia oxigenada— deben demostrar que hubo fraude, coacción o incapacidad para consentir el matrimonio. En su caso… ¿ha sido un matrimonio legal y voluntario?

Kath se ríe sin humor.

—¡Estábamos borrachos! Eso debería contar como incapacidad para consentir, ¿no?

—Dependerá de la interpretación del juez. Si firmaron y realizaron la ceremonia sin impedimentos visibles, el tribunal podría considerar que eran plenamente conscientes de sus actos.

Kath me mira con desesperación.

—Wilson, haz algo, joder. ¡¡¡Eres abogado!!!

Me paso una mano por la cara y suelto un resoplido.

—No se puede simplemente borrar un matrimonio, porque nos arrepintamos al día siguiente —intento aclararle con tono contenido—. La anulación podría tardar meses… o no aprobarse en absoluto.

Kath cierra los ojos y aprieta los puños.

—Bien —me responde, conteniendo su furia—. Entonces, ¿qué opción nos queda?

—El divorcio —responde la recepcionista con una sonrisa tensa.

—Genial. Hagámoslo. Ahora mismo —dice Kath, girándose hacia mí.

Pero en ese instante, mi móvil vibra en mi bolsillo. Maldigo internamente y lo saco por lo inoportuno del momento. Es mi asesor. Mierda.

—Dame un segundo —murmuro, apartándome del mostrador, mientras Kath sigue discutiendo con la recepcionista.

Respondo con la voz más calmada que puedo en este momento.

—Oliver, justo quería hablar contigo —empieza mi asesor—. La junta de Stanley & Co. está revisando los perfiles para incorporar un nuevo socio a la sociedad y… bueno, para que tengan en cuenta tu candidatura necesitan asegurarse de que tienes estabilidad —me dice Richard.

Frunzo el ceño mientras lo escucho.

—¿A qué te refieres con estabilidad?

—Quieren ver que tu vida personal está en orden. Matrimonio, compromiso, nada de escándalos. Les gusta la imagen de un hombre de familia para el nuevo socio que quieren incorporar a su bufete —Hace una pausa—. Y según veo aquí… te has casado.

Cierro los ojos. No puedo creer la ironía de todo esto.

—Sí, pero ha sido un error.

—Bueno, Oliver, si me preguntas… No te precipites en solucionarlo. Mantén el matrimonio un tiempo, quizá con unos seis meses sea suficiente... Eso podría asegurarte entrar a formar parte de Stanley & Co.

Al escucharle, siento como el aire se me congela en los pulmones.

—¿Estás sugiriendo que siga casado seis meses solo para mejorar mis probabilidades?

—Solo digo que no lo descartes. Piensa en ello.

Cuelgo sin responder a Aboott, porque mi mente va a mil por hora ahora mismo. Resoplo y guardo mi teléfono en el bolsillo de mi pantalón y regreso al mostrador, Kath me mira expectante.

—Dime que esto se puede arreglar rápido —insiste.

Me meto las manos en los bolsillos y la observo con seriedad.

—Depende de cómo lo mires —le respondo con calma.

Kath cruza los brazos, aunque veo en su expresión que está totalmente en alerta y a punto de saltarme a la yugular.

—No me gustan tus rodeos. Así que suelta lo que sea que estés pensando.

Miro el anillo en mi dedo y luego a ella. Kath siempre ha sido un torbellino, pero ahora mismo, su mirada está llena de miedo y furia a partes iguales. Cualquier cosa que diga en este momento determinará nuestra relación en los próximos meses.

—Davis, tengo una propuesta que creo que no podrás rechazar.

Sus ojos se entrecierran con sospecha. La conozco lo suficiente como para saber que está evaluando todas las maneras en las que puede acabar gritándome en los próximos cinco minutos.

—¿Qué tipo de propuesta?

Tomo aire y doy un paso hacia ella. No quiero que lo vea como una trampa, aunque en cierto modo lo es.

—Si nos divorciamos ahora, habrá preguntas. Supongo que mi hermana te ha contado que quiero entrar como socio en el bufete de Stanley & Co., ¿verdad?

—Algo me ha contado…—me responde con desgana—. Pero, ¿y eso que tiene que ver conmigo?

—Pues que, ahora mismo, no puedo permitirme un escándalo. Imagínate que llegase a oídos de los socios algo de esto…

—Asume las consecuencias de tus actos… Siempre has sido un cobarde —refunfuña cada vez más enfadada.

—Escúchame, Davis, si seguimos casados al menos seis meses, podría garantizarme entrar en la sociedad del bufete de Nueva York.

Kath suelta una carcajada seca.

—¿Me estás pidiendo que sigamos casados por conveniencia? ¿Por qué a ti te va bien?

—Exactamente. Y no solo me beneficiaría a mí. Si permanecemos casados, podemos resolver esto con calma, sin abogados, sin drama… y con compensaciones.

Kath me observa durante unos segundos, que a mí se me hacen eternos. Tiene las manos en su cintura mientras me escruta.

—Voy a necesitar más detalles antes de decir que sí.

Sonrío levemente.

—Perfecto. Vamos a desayunar, y te contaré todo lo que tengo en mente.

Kath suspira, pero asiente. Nos despedimos de la rubia recepcionistas y salimos del bufete de camino a una cafetería que está justo al lado.

Trato de coger aire para tranquilizarme, porque sé que esto no va a ser fácil, pero si hay alguien capaz de convertir un desastre en una oportunidad… soy yo.

Capítulo 2

Kath

¿Casada con Oliver Wilson? Prefiero morir.

Lo miro fijamente, esperando que de repente estalle en carcajadas y admita que todo esto es una broma de pésimo gusto. Pero no lo hace. Sigue ahí, con su porte de abogado impecable, los brazos cruzados y esa expresión estoica que me saca de quicio.

—¿Has perdido la cabeza? —es lo único que consigo articular.

—Al contrario —Se inclina hacia adelante, con la serenidad de quien acaba de presentar un caso impecable ante un jurado—. Estoy siendo completamente racional.

Suelto una carcajada amarga y me aparto de la mesa. El pequeño café en el que hemos acabado huele a pan recién horneado, pero no consigo disfrutarlo, porque tengo la impresión de que me están estrangulando con una soga invisible.

—Oliver, escúchame bien, porque no lo voy a repetir. —Clavo los codos en la mesa y me acerco a él para que no le quede ni un ápice de duda en lo que le

voy a soltar—. Prefiero meter la cabeza en la jaula de un león hambriento antes que pasar seis meses fingiendo que soy tu *adorable* esposa.

—No tienes que ser adorable, ¿eh? —responde sin inmutarse—. Solo mi esposa.

—¡Es una locura! —Me dejo caer en el respaldo, exasperada—. ¿En qué universo crees que yo aceptaría esto?

—En el universo donde te ofrezco lo que más necesitas. —Se reclina en la silla con una tranquilidad irritante y deja caer la bomba—. Si aceptas estar casada conmigo durante estos seis meses, a cambio pagaré todas tus deudas y te conseguiré un trabajo estable en un periódico de renombre. Nada de esperar a que te contraten de vez en cuando, tendrás un puesto como periodista, por lo que te podrás ir olvidando de ser *freelance*. Ya ves, seguridad financiera a cambio de hacerme este pequeño favor, Davis. ¿Qué me dices?

Mi risa muere en mi garganta. Intento no mostrar ningún tipo de reacción a lo que acaba de decirme, pero un escalofrío me recorre la espalda. Mi cuenta bancaria es un desastre, mi tarjeta de crédito está temblando y mis ingresos como periodista *freelance* son cualquier cosa menos estables. He pasado más noches sin dormir de las que me gusta admitir, preocupada por cómo voy a pagar el alquiler el mes siguiente. Pero vender mi alma a Oliver Wilson… Eso es… ¡demasiado!

—¿Crees que puedes comprarme con dinero? —susurro, con los dientes apretados.

—No —Su mirada es firme y calculadora—. Pero creo que te he hecho una oferta que no puedes rechazar.

El muy cabrón sabe que me tiene contra las cuerdas.

—No puedes estar hablando en serio —mascullo, sintiendo que mi estómago se revuelve—. No puedes pedirle a alguien que pase seis meses atada a ti porque a ti te conviene.

—Tú misma lo dijiste —me recuerda—. Estábamos borrachos. Así que esto no cuenta. Solo es un trámite. Firmamos el papel, hacemos lo necesario para que mi ascenso en el bufete no peligre y, cuando todo acabe, cada uno sigue con su vida y tú te habrás olvidado de los números rojos en tu cuenta bancaria.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer durante seis meses? ¿Ponerme un delantal y esperarte con la cena hecha cuando llegues del trabajo?

—Preferiría que no lo intentaras. No me fío de tus dotes culinarias. —Esboza una sonrisa burlona y yo tengo que contener el impulso de tirarle el café a la cara.

—Eres un imbécil.

—Soy un imbécil con una oferta muy tentadora. —Se encoge de hombros y da un sorbo a su café—. Piénsalo, Davis. Seis meses y todos tus problemas desaparecerán. Sin preocupaciones económicas, ni angustia por conseguir trabajos que te paguen el próximo mes de alquiler... ¡Serás libre!

¿Libre? La ironía no podría ser mayor.

Me paso una mano por el pelo y miro a través de la ventana de la cafetería. Las calles de Las Vegas siguen su curso, ajenas a la bomba que acaba de estallar en mi vida.

En este momento mi cabeza va a mil por hora. Oliver es lo último que necesito en este momento. Siempre ha sido ese tipo de persona que lo tiene todo resuelto y que sabe exactamente qué hacer en cualquier momento. Yo, en cambio, soy un caos. Sin duda, no encajamos. Nunca lo hemos hecho.

—¿Cuánto tiempo tengo para pensarlo? —pregunto con voz tensa.

Él levanta una ceja, sorprendido de que no le haya gritado de nuevo.

—No mucho. Tengo que tomar una decisión esta misma semana. Y si aceptas, tendremos que organizar algunas cosas para que parezca convincente.

Convincente.

Esa palabra se me clava en el pecho. Esto no es un matrimonio real. No lo es y nunca lo será, es solo un teatro, una farsa bien planeada que nos beneficiará a los dos.

Agarro la taza de café entre las manos, buscando algo de calor en medio del torbellino en el que se ha convertido mi mente.

Oliver Wilson. Mi esposo.

El mundo tiene un sentido del humor muy cruel.

Salimos de la cafetería y caminamos en silencio de regreso al hotel. Oliver camina a mi lado con la misma calma exasperante de siempre, como si acabara de cerrar el trato más simple de su carrera. Pero para mí, no es un trato, ¡es un terremoto en mi vida!

Cuando entramos en el vestíbulo del hotel, la voz de Emma nos recibe con entusiasmo.

—¡Por fin os encuentro! —exclama mientras avanza hacia nosotros con una gran sonrisa. Su felicidad contrasta brutalmente con el desastre que es mi vida ahora mismo.

Antes de que pueda reaccionar, Emma me coge por el brazo y me acerca a ella.

—Tía, ¿dónde os habíais metido? Anoche os busqué después de la fiesta y nadie sabía dónde estabais. ¿Os fuisteis de juerga sin mí? —Se aparta para mirarme con gesto divertido, aunque su expresión cambia en cuanto nota el ambiente tenso entre Oliver y yo—. ¿Se puede saber qué os pasa?

—Hermanita, será mejor que te sientes —le dice Oliver con ese tono de abogado serio que me crispa los nervios.

—No me gusta cómo suena eso —contesta ella cruzándose de brazos—. ¿Qué habéis hecho?

Oliver se aclara la garganta antes de empezar a contarle y yo querría desaparecer de la faz de la tierra.

—Nos hemos casado —le cuenta con naturalidad, como si estuviera contándole el tiempo que va a hacer hoy en Las Vegas.

Al escucharle, Emma parpadea. Una, dos, tres veces. Luego suelta una carcajada.

—Buena broma. Venga, contadme la verdad —le responde divertida entre risas.

—No, no es una broma —intervengo, mostrando el anillo en mi dedo.

El rostro de Emma pasa de tener una gran sonrisa en los labios, al desconcierto, después a la incredulidad y luego al horror más rotundo y absoluto.

—¿Qué? —Su voz sube un par de octavas—. ¡¿Pero cómo?! ¡¿Cuándo?! ¡¿Por qué?!

Miro a Oliver, esperando que sea él quien la calme. Al fin y al cabo, fue su brillante idea. Pero, por supuesto, él solo se limita a encogerse de hombros.

—Fue después de tu boda —explica con la misma serenidad exasperante —. Kath y yo bebimos demasiado, las cosas se nos fueron de las manos y… bueno, terminamos en una capilla.

Emma se pasa la mano por la cara, claramente al borde de un colapso.

—No me lo puedo creer. Esto es una pesadilla. —Nos señala con un dedo acusador—. ¡Sois un desastre los dos! ¿Y ahora qué vais a hacer?

Suspiro, sintiendo cómo la presión en mi pecho aumenta.

—Hemos hablado de una solución —empiezo, tratando de ignorar la mirada inquisitiva de mi amiga—. Oliver quiere que sigamos casados durante seis meses. Dice que le conviene para su ascenso o no sé qué rollo de su trabajo y que a mí me conviene por… otros motivos.

Emma entrecierra los ojos.

—¿Qué motivos?

—Pagaré sus deudas y le conseguiré un trabajo estable en un periódico —responde Oliver sin rodeos.

Emma lo fulmina con la mirada.

—¿Así que ahora compras esposas?

—No es así —replico antes de que esto se salga de control—. Es… un trato. Un negocio.

—¿Un negocio? —Emma se lleva una mano a la frente—. Por favor, decidme que no estáis hablando en serio.

—Totalmente en serio —le aclara su hermano.

Mi amiga me mira, esperando que yo lo desmienta, pero no lo hago. Porque, por más absurdo que parezca, estoy planteándome seriamente aceptar su oferta.

—Pero pienso ponerle condiciones —añado cruzándome de brazos—. Nada de sentimientos y, por supuesto, nada de sexo. Esto solo es un acuerdo porque a ambos nos conviene, porque los dos vamos a beneficiarnos.

Oliver arquea una ceja.

—¿Nada de sexo? —pregunta con fingida decepción.

—Ni se te ocurra insinuar lo contrario —le advierto.

Emma nos observa como si le hubiéramos dicho que planeamos incendiar el hotel o algo peor.

—Esto es lo más ridículo que he escuchado en mi vida —suelta indignada.

—Pero funciona —apunta Oliver—. Todos ganamos.

Emma sacude la cabeza, completamente horrorizada.

—Voy a necesitar una copa para procesar esto —responde mi amiga negando con la cabeza.

Capítulo 3

Oliver

Aterrizamos en Nueva York en el primer vuelo disponible. El silencio entre Kath y yo durante el trayecto ha sido tenso. Ambos sabemos todo lo que aún no nos hemos dicho y lo que nos queda por discutir. Ella ha dormido la mayor parte del viaje, con los brazos cruzados y la cabeza apoyada en la ventanilla, como si así pudiera aislarse de la realidad. Yo, en cambio, he revisado contratos y correos para mantener mi cabeza ocupada y no pensar demasiado en el desastre en el que nos hemos metido.

Cuando el taxi nos deja frente a mi edificio en el Upper East Side, Kath sale del coche con expresión neutral, pero su mirada se desliza por la imponente estructura del edificio. No dice nada, pero sé lo que está pensando. Su silencio es lo único que necesito para saber que está impresionada.

—¿Qué? ¿No tienes algún comentario sarcástico sobre lo ostentoso que es el edificio de mi apartamento? —le pregunto mientras el portero nos abre la puerta con una sonrisa.

—Oh, por favor, Wilson —me responde y se ajusta la correa del bolso en el hombro—. Como si no supieras lo ridículo que es vivir en un sitio como este. Dime que al menos tienes un mayordomo para que esto tenga sentido.

—No necesito un mayordomo.

—¿Ah no? No te creo…

—Créeme… Lo único que necesito es alguien que no invada mi espacio.

—Genial, porque eso es exactamente lo que yo también necesito —suelta quitándose las gafas de sol para colocárselas sobre la cabeza a modo de diadema.

El ascensor nos lleva hasta la última planta y, cuando las puertas se abren, Kath avanza con cautela. Mi apartamento es espacioso, moderno y tiene unos impresionantes ventanales de suelo a techo, que ofrecen una vista espectacular de la ciudad. Toda la decoración es de líneas rectas, minimalista y con colores neutros. Elegante, ordenado y sin nada fuera de lugar. Y ahora, tendré que compartirlo con un huracán de energía caótica como Kath. Resoplo de forma disimulada, porque lo único que querría ahora mismo es que se diera cuenta de lo que estoy pensando.

—Bienvenida —le digo después de dejar mi maleta junto a la puerta.

Ella apoya su mochila contra la pared y cruza los brazos mientras inspecciona el lugar con la mirada. Sé que no querrá admitirlo, pero le gusta. Aunque se trague las palabras, aunque tuerza los labios con gesto de desdén, no tengo la menor duda de que le encanta.

—Si intentas impresionarme, no funciona —murmura, recorriendo el salón con la mirada, mientras posa los dedos sobre la gran mesa de cristal, que preside esta zona de la estancia.

—No necesito impresionarte. Ya estás aquí.

Kath suelta un resoplido y se gira para mirarme directamente.

—Dejemos claras las reglas de convivencia—me dice con ese tono de mando que me saca de quicio—. Nada de tocar mis cosas. Nada de invadir mi espacio y, sobre todo, nada de traer aquí a tus… amigas.

—¿Mis amigas? —arqueo una ceja, divertido—. No sabía que estabas interesada en mi vida social.

—No lo estoy, pero no pienso despertarme y encontrarme con una desconocida en la cocina. Así que, si quieres hacer de las tuyas, que sea fuera de este apartamento.

Cruzo los brazos y me apoyo en la encimera de la cocina, estudiándola con atención.

—¿Siempre tienes que tener esa actitud desafiante?

Kath se encoge de hombros con una media sonrisa que no me gusta nada.

—No es desafío... Es supervivencia.

Sus palabras me sorprenden. No solo por el tono que utiliza, sino por la verdad oculta tras esa afirmación. Kath ha aprendido a valerse por sí misma y no confía en los demás. Y ahora entiendo por qué. Sus padres se divorciaron cuando era adolescente y, desde entonces, no ha tenido un verdadero hogar. Se pagó la carrera de periodismo trabajando en una cafetería y sobreviviendo a base de contratos eventuales, sin nadie que la respaldara.

—No tienes que estar siempre a la defensiva —comento, sin poder evitarlo.

Kath me mira con los ojos entornados.

—Claro que sí. Siempre.

Dejo el tema porque sé que no voy a sacarle más. Pero algo en su expresión me dice que este matrimonio falso va a ser más complicado de lo que esperaba.

A lo largo de la tarde, Kath recorre el apartamento, examinando cada habitación de manera minuciosa. Se detiene en la cocina, abre los armarios y suelta una carcajada seca.

—Déjame adivinar. Todo lo que tienes es café, whisky y comida congelada.

—No me gusta perder el tiempo cocinando —le respondo encogiéndome de hombros.

—Pues prepárate, porque yo tampoco soy precisamente una chef. Más bien diría que soy especialmente habilidosa en pedir comida a domicilio.

—Eso sí que no, Davis. No pienso dejar que llenes mi casa de cajas de comida rápida.

—Entonces haz espacio en la nevera, porque si voy a vivir aquí, necesito cosas que llenen la despensa y que tu cocina no parezca el almacén de un bar de mala muerte.

Kath continúa explorando, abre la puerta de mi dormitorio y suelta un silbido bajo.

—Tienes buen gusto, lo admito. Aunque esta cama parece demasiado grande para alguien tan aburrido como tú.

—Me gusta el espacio.

—No me sorprende. Lo malo es que ahora tendrás que compartirlo.

—No vamos a compartir dormitorio, Davis.

—No estaba insinuando eso, tranquilo. Me basta con un sitio donde pueda dormir sin escuchar tus ronquidos.

—No ronco.

—Claro, lo que tú digas.

A pesar de que acabamos de llegar, no me resulta demasiado difícil de imaginar que la convivencia con Kath va a ser un desafío diario. Y por primera vez desde que propuse este trato, me pregunto si realmente estoy preparado para poder sobrevivir a esto.

Más tarde, cuando la noche ya se ha asentado sobre la ciudad, Kath entra en la ducha. Yo me quedo en la sala de estar, revisando cosas de mi trabajo en mi portátil e intentando obviar el hecho de que ahora hay alguien más en mi casa. Pero la sensación es imposible de ignorar. Estoy acostumbrado a la soledad, al orden y a mi propio ritmo y, como no podía ser de otra manera, Kath rompe con todo eso.

El sonido del agua cayendo en el baño me recuerda su presencia. Intento concentrarme en los documentos y en los correos que debo responder, pero mi mente divaga. Así que me levanto de la silla y me recuesto en el sofá,

masajeándome la sien. Este acuerdo debería ser sencillo, un contrato beneficioso para ambos, pero algo me dice que nada con Kath Davis puede ser fácil.

Miro el reloj y veo que son casi las doce de la noche. Resoplo y me levanto para ir a mi habitación a dormir. Al girar por el pasillo, choco de lleno con una figura cálida y húmeda: Kath, que solo lleva una toalla atada con un nudo flojo bajo los brazos, las gotas de agua resbalan por su piel y su larga melena rubia, aún empapada, cae sobre su espalda. Su piel brilla por la humedad y el vapor del baño aún flota a su alrededor como una neblina envolvente. Al verla así no sé qué decir y ambos nos quedamos inmóviles.

Demasiada piel a la vista y demasiada cercanía.

Su respiración se acelera y la mía también. Los segundos se estiran en un limbo incómodo y electrizante, hasta que Kath traga saliva y retrocede un paso, pero el pasillo es estrecho y yo, al intentar hacer lo mismo, termino rozando su brazo con el dorso de mi mano. Su piel sigue caliente por el agua y yo, sin quererlo, me quedo con esa sensación ardiente impregnada en los dedos.

Sus ojos se clavan en los míos, alerta, pero no hay burla en su expresión. No hay comentarios sarcásticos, ni esa actitud desafiante que siempre la acompaña, en cambio, veo algo diferente en ella, algo contenido.

—¿Puedes moverte? —murmura, con la voz algo más ronca de lo normal.

Intento reaccionar, pero el aroma del jabón, la calidez de su cuerpo y la manera en que la toalla se aferra peligrosamente a su piel hacen que mi cerebro funcione más lento de lo habitual. Me aparto al fin, dejando que pase, pero el roce es inevitable.

Kath avanza con pasos apresurados y entra en su habitación, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria. Mientras yo me quedo en el pasillo, aún notando el contacto de su piel en la mía. Exhalo el aire que no sabía que estaba conteniendo y me paso una mano por mi nuca. «Mierda», me digo chasqueando la lengua. Entro en mi habitación, pero el incidente sigue repitiéndose en mi cabeza. Me dejo caer en la cama, con el cuerpo aún tenso, e intento sacarme de la mente la imagen de Kath envuelta en esa toalla ridículamente pequeña. Pero no puedo y lanzo un largo resoplido.

Me cubro la cara con las manos. Esto es una locura. Me levanto y camino hasta el baño para darme una ducha rápida, aunque no necesito refrescarme, sino despejar mi cabeza. Cuando salgo, con el pelo aún húmedo, escucho ruido en la cocina. No puede ser. ¿Kath está preparándose algo a estas horas?

Salgo de mi habitación y cuando llego a la cocina, la encuentro en pijama, con el pelo mojado cayéndole sobre la espalda, y veo cómo saca una taza del armario. Se sobresalta al verme.

—¿Qué haces despierto? —me pregunta, sin girarse del todo.

—Podría preguntarte lo mismo —respondo, apoyándome en el marco de la puerta.

Kath suspira y se pasa una mano por la cara.

—No puedo dormir —admite, en voz baja.

Hay algo en su tono que me hace fruncir el ceño. No es su típico tono irónico o desafiante, parece honesto.

Me acerco y abro el frigorífico, para sacar una botella de agua. Kath me observa mientras le da un sorbo a su té. El ambiente sigue cargado de algo indescriptible, como un hilo invisible que nos mantiene atrapados en una tensión incómoda.

—Esto va a ser un problema —murmuro, más para mí que para ella.

Kath deja la taza en la encimera y me mira con seriedad.

—¿Te refieres a la convivencia o a otra cosa? —inquiere, con la mirada fija en la mía.

Sé exactamente a lo que se refiere, pero no voy a ponérselo tan fácil.

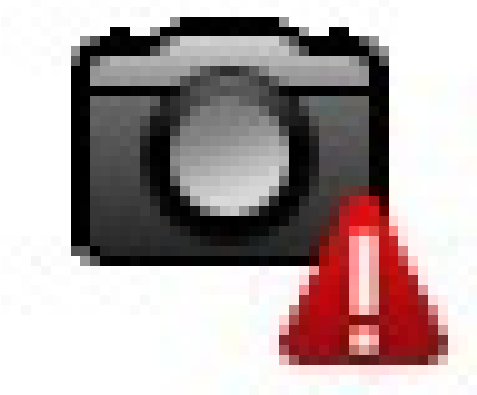
—A todo, Davis, a todo…

Ella esboza una media sonrisa, pero su expresión sigue siendo cautelosa.

—Bueno, pues acostúmbrate. Porque estamos atrapados en esto.

Bebe otro sorbo de su té y se aleja, caminando hacia su habitación, dejándome solo en la cocina, con demasiadas ideas en la cabeza y la certeza absoluta de que este matrimonio de mentira va a ser un jodido problema.

Sigue leyendo esta historia aquí.



Encuéntrame aquí

En mi newsletter: Rosie Promise

Instagram: @rosiepromise_escritora

TikTok: @rosiepromise.escritora

Facebook: Rosie Promise

En mi mail: rosiepromise.escritora@gmail.com
